

ANTONIO

GRAMSCI

Una biografía



ANDREW PEARMAIN



Índice

Andrew Pearmain

Antonio Gramsci

Una biografía

Traducción de
Teresa Arijón



Pearmain, Andrew
Antonio Gramsci: Una biografía / Andrew Pearmain.- 1ª ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2022.

Libro digital, EPUB (Vidas para Leerlas)

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de Teresa Arijón

ISBN 978-987-801-191-2

1. Biografías. 2. Política. 3. Sociología. I. Arijón, Teresa, trad. II. Título.

CDD 306.092

Título original: *Antonio Gramsci. A Biography*

Traducción publicada mediante acuerdo con Bloomsbury Publishing de Londres, Reino Unido

<www.sigloxxieditores.com.ar>

Diseño de portada: Ignacio Marmorides y Mr.

Digitalización: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI Editores Argentina

Primera edición en formato digital: septiembre de 2022

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN edición digital (ePub): 978-987-801-191-2

1. El final


GIUSTIZIA E LIBERTÀ

ANTONIO GRAMSCI È MORTO

dopo undici anni di atroci sofferenze nelle prigioni fasciste

Il proletariato italiano non ha che un modo per commemorarlo:
ACQUISTARE COSCIENZA DEL SUO COMPITO STORICO E BATTERSI

Primo Maggio

Lento assassinio

ANTONIO GRAMSCI

Primera plana de *Giustizia e Libertà*, órgano del grupo homónimo, nº 18, París, 30 de abril de 1937

El 21 de abril de 1937 expiró formalmente la condena a prisión de Antonio Gramsci; pero él no estaba en condiciones de dejar la clínica Quisisana en Roma, donde estaba confinado desde agosto de 1935: nueve difíciles años después de que lo arrestasen por orden de Benito Mussolini en 1926. “Nino” (como lo llamaban sus parientes y amigos) planeaba regresar a Cerdeña en cuanto lo liberaran, para vivir cerca de su familia de origen. Le habían alquilado una habitación en Santu Lussurgiu, donde había cursado la escuela secundaria, no muy lejos de la casa de sus padres en Ghilarza. Pero su último deseo, expresado a su amigo más cercano (el economista Piero Sraffa, que había viajado desde Inglaterra para

visitarlo) era reunirse con su esposa Julia y sus hijos Delio y Giuliano en la Rusia soviética. Gramsci no pudo llevar adelante ni concretar estos planes: sufrió una hemorragia cerebral la noche del 25 de abril, pasó inconsciente todo el día siguiente y murió a primera hora de la mañana del 27 de abril de 1937, pocos meses después de cumplir 46 años. Los únicos familiares presentes eran su cuñada Tatiana Schucht, más conocida como Tania, y su hermano Carlo, que llegó a la clínica cuando Antonio ya había fallecido. Juntos, se ocuparon de los arreglos fúnebres.

El 12 de mayo, Tania le escribió desde Roma a Sraffa, que ya estaba de regreso en King's College, Cambridge. En su carta, hacía un relato pormenorizado de las últimas horas de Nino y le pedía consejos acerca de qué destino dar a sus efectos personales, en especial los atesorados cuadernos que había escrito en la cárcel.[1] Tania los había sacado de la clínica de manera subrepticia, escondidos entre la ropa y otras posesiones personales de Nino, con ayuda de una agradable enfermera que distrajo a los guardias. Desde entonces, estaban guardados en la bóveda de la Banca Commerciale Italiana, cuyo director, Raffaele Mattioli, recordaba a Nino con afecto de sus épocas de periodista y diputado. Gramsci había pedido que le enviaran los cuadernos a su esposa Julia, que estaba en Moscú, pero evidentemente Tania consideraba que hacerlo sería complicado tanto desde lo político como desde lo práctico; por eso le preguntaba a Sraffa qué convenía hacer. Seguramente depositarlos en la bóveda del banco haya sido idea de él.

La cremación ya se había realizado, y Tania prosiguió con una serie de trámites engorrosos en Roma bajo una imprevista tormenta eléctrica. Fue difícil obtener el permiso de la policía para continuar con el funeral: hubo obstáculos legales y burocráticos de todo tipo en el camino, pero finalmente llegó la autorización. Antes de abandonar la clínica Quisisana, Tania hizo los arreglos necesarios para que se tomara una foto del cadáver y se le hiciera una máscara mortuoria, que pretendía vaciar en bronce, junto con la mano derecha del fallecido.[2] También tenía algunas fotos tomadas en 1935, cuando Nino recibió la libertad condicional en la clínica donde había estado antes. Eran, según le escribió a Sraffa, "preciosas,

sobre todo por la expresión de satisfacción, e incluso el atisbo de una sonrisa, en su rostro”. Tania agregó que, pocos días antes de morir, Nino no solo no se sentía peor que de costumbre, sino que parecía mucho más sereno. El 25 de abril, ella llegó a la clínica a la hora de siempre, las 5.30 de la tarde. Como solían hacer, comentaron las noticias del día. Cuando Tania sacó sus libros para preparar una clase de literatura francesa que debía dar esa noche, Nino se opuso e insistió en que continuaran conversando. “¡No tendrías que haber aceptado un trabajo que exige conocimiento especializado y te deja exhausta! ¿Cómo te las vas a arreglar para cuidarme?”, la regañó entre risas.

De todos modos, buscaron juntos algunas palabras en el Larousse. Luego conversaron hasta la hora de la cena, que consistió, como siempre, en un plato de sopa, compota de frutas y una porción de bizcochuelo. Antonio salió de la habitación al baño caminando, pero regresó en una silla cargada por varios ordenanzas. Se había desplomado dentro del cubículo y había perdido por completo el control del lado izquierdo de su cuerpo; sin embargo, logró arrastrarse hasta la puerta y pedir ayuda. Cuando lo acostaron en su cama, Nino pidió un tónico estimulante, pero el médico se negó a administrárselo, aduciendo que podía empeorar su condición. Le llevaron una bolsa de agua caliente para los pies y dijo que estaba muy caliente, pero que casi no sentía nada en el pie izquierdo. Cerca de las 9 de la noche llegó por fin el catedrático Vittorio Puccinelli –encargado de seguir a Gramsci como “médico tratante”, y hermano del “médico habitual” de Mussolini– y, después de una rápida revisión, ordenó que le realizaran una sangría y recomendó que permaneciera calmo. Aferrado a los barrotes de la cama con la mano derecha, Nino luchó por buscar una posición más cómoda, y estuvo a punto de caer al suelo. Vomitó varias veces durante la siguiente hora. Intentó sonarse la nariz, que tenía obstruida con comida, y siguió respirando con dificultad. Dejó de hablar. Otro médico lo examinó y comentó que su estado era de extrema gravedad. En ese momento, se acercaron monjas y un sacerdote. Tania se opuso de manera enérgica e insistió en que se marcharan. Después de una breve discusión, en la que el sacerdote cuestionó la autoridad de Tania, las monjas enfermeras y el religioso se retiraron.

Durante todo el día siguiente, 26 de abril, Nino yació inmóvil y apenas consciente. Muy temprano ese nuevo día, volvió a vomitar y empezó a respirar con mayor dificultad. Tania no se movió de su lado; le humedecía los labios, intentaba respiración artificial cuando parecía que los pulmones no funcionaban. De pronto, notó una última exhalación y un silencio irremediable. Fue a buscar al médico, quien confirmó que todo había terminado. Eran las 4.10 del 27 de abril. A las 5.15 las enfermeras llevaron el cuerpo a la morgue. Carlo llegó esa misma mañana, un poco más tarde. Tania y Carlo hicieron los arreglos necesarios para que el fotógrafo y el encargado de hacer la máscara mortuoria pudieran llevar adelante su trabajo. No les resultó fácil salir de la clínica: tuvieron que realizar todo tipo de declaraciones por escrito acerca de su vínculo con los deudos. Después, en horas de la tarde, Carlo pidió ver a su hermano una vez más, pero su pedido fue rechazado, supuestamente por orden del gobierno.

Carlo y Tania fueron las únicas personas presentes en la cremación, además de una fuerte escolta de policías. Las cenizas fueron depositadas en una caja de zinc, a su vez colocada dentro de una caja de madera, y albergadas en el cementerio romano de Campo Verano, donde podían permanecer hasta diez años sin necesidad de pagos. La noticia de la muerte de Gramsci fue comunicada por la radio nacional italiana y publicada por la prensa escrita, en un tono que a Tania le resultó profundamente perturbador: "Es obsceno; no sé cómo empezar a protestar", le escribió a Sraffa. La mayoría de la prensa escrita publicó un anuncio breve divulgado por la agencia de noticias fascista Stefani: "Murió en la clínica Quisisana de Roma, donde estaba internado hacía mucho tiempo, el exdiputado comunista Gramsci".[3] Pero buena parte de la cobertura periodística retrató a Gramsci como criminal político y subversivo comunista, y un artículo llegó al extremo de calificarlo como "el más loco, el más fanático de todos".

En efecto, en el momento de su muerte en 1937, Antonio Gramsci había sido abandonado por casi todas las personas que conocía, excepto Tania Schucht, Carlo Gramsci y Piero Sraffa. No veía a sus padres desde antes de su arresto en 1926, y recién se había enterado de la muerte de su madre varios años después de que

sucediera en 1932. De sus seis hermanos, los únicos que lo visitaron en la cárcel fueron Gennaro y Mario; lo hicieron por separado y en una sola oportunidad en el transcurso de once años, por distintos motivos personales. En ese momento, los dos habían tomado las armas, aunque en bandos opuestos y en distintos continentes: Gennaro peleaba junto a los republicanos en España y Mario en las filas del ejército italiano en África. Antonio no había visto a ninguna de sus dos hermanas que aún vivían –con quienes había sido muy cercano en la niñez– desde octubre de 1924. Tampoco veía a su esposa Julia y a su hijo mayor Delio desde agosto de 1926, cuando regresaron a Moscú después de pasar seis poco felices meses de convivencia con él en Roma. Cuando se marcharon de Italia, Julia estaba embarazada de su segundo hijo, Giuliano, a quien Gramsci no llegó a conocer. La relación con sus parientes políticos, la numerosa y dispersa familia Schucht, siempre había sido complicada y a menudo tensa. Cuando lo arrestaron, Gramsci era secretario general del pequeño y asediado Partito Comunista d'Italia (por entonces conocido con la sigla PCd'I) desde hacía poco más de dos años, liderazgo que también había ejercido tras el arresto o el exilio de casi todos sus cuadros jerárquicos cuando los fascistas tomaron el poder en Italia en 1922. Desde finales de los años veinte y durante la década de 1930, mientras el partido se adecuaba a las cambiantes circunstancias de la hegemonía fascista en Italia y a su propia ilegalidad –y también a otro factor igualmente importante como era la hegemonía estalinista en el Partido Comunista Internacional–, Gramsci fue, según el momento, idolatrado, relegado, condenado al ostracismo y, en última instancia, poco menos que olvidado por el mundo exterior. Murió en una oscuridad personal y política casi total, tal como había nacido y se había criado: en la periferia de la vida y de la historia.

---

[1] A. Gramsci, *Letters from Prison*, ed. al cuidado de L. Lawner, Nueva York, 1973, pp. 277-281 [Piero Sraffa (1898-1983) conoció a Gramsci a instancias de Umberto Cosmo, docente de los dos, en 1919. Era época de activa militancia socialista. En 1921, los dos amigos formaron parte de la escisión de la cual surgió el Partito Comunista d'Italia. El origen judío de Sraffa y su negativa a prestar juramento al fascismo truncaron su brillante y temprana

carrera académica y administrativa en Italia. Desde el Reino Unido –donde Keynes le dio respaldo institucional y alentó sus investigaciones–, organizó la defensa de Gramsci, financió su estadía en cárcel y se mantuvo leal hasta los últimos días. N. de E.].

[2] Según se llegó a saber, la colada de bronce en los moldes de rostro y mano de Gramsci nunca se realizó.

[3] Reprod. por J. Buttigieg, en su introducción a A. Gramsci, *Prison Notebooks*, ed. al cuidado de J. A. Buttigieg y A. Callari, vol. 1, Nueva York, 2007, p 2.

2. El comienzo

Antonio Gramsci nació el 22 de enero de 1891 en la ciudad de Ales, cerca de Cagliari, la capital de Cerdeña. Fue el cuarto de siete hermanos: Gennaro, Grazietta, Emma, Antonio, Mario, Teresina y Carlo. Todos recibieron de sus devotos padres los nombres de los santos más importantes en la isla. A los seis días de nacido, Antonio fue bautizado en la catedral de Ales por el vicario general, asistido por su padre Francesco y un representante de su padrino, un respetado personaje llamado Francesco Puxeddu que más tarde no desempeñaría papel alguno en la vida de su ahijado. En la pila bautismal, Antonio recibió como segundo nombre Francesco, por su padre y su padrino, y como tercero Sebastiano, en honor al vicario general. En un primer momento, la madre de Antonio –de soltera Giuseppina Marcias, más conocida como Peppina– no pudo amamantarlo a causa de una mastitis. Durante sus dos primeras semanas de vida, fue nodriza de Antonio la señora Melis, amiga y vecina de los Gramsci, que lo amamantaba junto a su hijo recién nacido.

Francesco, el padre de Antonio, había nacido en 1860 en Gaeta, una ciudad sobre la costa del Lacio, a medio camino entre Roma y Nápoles. Descendía de una familia de origen griego-albanés, de allí el apellido inusual. Durante toda su vida, y con indisimulable disgusto, Antonio tuvo que pronunciarlo y deletrearlo para que la gente lo entendiera, además de lidiar con múltiples variaciones. Su abuelo paterno, Gennaro, había sido coronel en la gendarmería del infausto Reino de las Dos Sicilias, un conjunto bizarro de territorios que la mayoría consideraba el sistema estatal más reaccionario, ineficaz y desigual de Europa. El reino fue derrocado de manera violenta y absorbido por el Estado italiano recientemente unificado en el Risorgimento de 1861, un año después del nacimiento de Francesco. El coronel Gennaro Gramsci sobrevivió al sitio de Gaeta

por el ejército del general Enrico Cialdini, y su esposa y su hijo bebé tuvieron que atravesar las filas enemigas para poder salvarse, según rezaba la leyenda familiar. Ni lerdo ni perezoso, Gennaro transfirió su lealtad a los piamonteses vencedores y mantuvo su rango de coronel con los *carabinieri* del flamante Reino de Italia. A sus hijos mayores les fue bien. Los tres varones ocuparon cargos públicos de alto rango, y uno de ellos llegó a ser oficial de artillería. Su hija prosperó por la vía del matrimonio: se casó con un acaudalado noble.

Francesco, el menor de los cinco hijos de Gennaro, estaba estudiando abogacía cuando su padre falleció de manera inesperada en 1881. El cambio repentino en la situación familiar lo llevó a buscar un trabajo menos prestigioso de inmediato como empleado público. Lo mandaron a dirigir el Catastro en la ciudad sarda de Ghilarza, en la remota frontera del nuevo país, con la expectativa razonable de regresar pronto al continente. “Los de afuera” creían que Cerdeña era una especie de pozo sin salida, mientras que la mayor parte de la población nativa odiaba a esos arrogantes *strangeros* que llegaban a gobernarlos y se aprovechaban de su trabajo, su producción y sus impuestos en beneficio de los lejanos “continentales”.[4] En una economía agrícola semifeudal en que las tierras comunes habían sido demarcadas poco tiempo antes y los terratenientes extranjeros y casi siempre ausentes todavía eran propietarios de grandes fundos, las disputas por la tierra eran un foco permanente de tensión social. El “flamante” burócrata Francesco, encargado de juzgar y registrar estas cruentas aunque a menudo insignificantes disputas territoriales, solía estar a favor del bando más poderoso (casi siempre integrado por italianos continentales como él), seguramente resentido con el puesto que lo habían obligado a aceptar y, por ende, doblemente resentido con los rústicos insulares.

A menos de un año de su llegada a Ghilarza, Francesco se vinculó con los disolutos latifundistas locales y (según Davidson) “empezó a formar parte del insignificante *circolo* burgués del pueblo, aficionado a los naipes y a las bromas subidas de tono [...] que intercambiaba favores mediante un elaborado sistema de clientelismo”.[5] Estos *signores* creían estar por encima de las masas trabajadoras y

minifundistas. El hijo de Francesco, Antonio, definiría más tarde el estrato social del que provenían los amigotes de su padre como “pensionados de la historia económica” o, con más dureza, “la escoria de la sociedad [...] el pueblo de los monos”, holgazanes que subsistían a base de herencias menguantes y prebendas y no hacían ninguna contribución productiva a la economía ni a la sociedad, “italianos que solo viven para sus mezquinos intereses personales, hombres que solo han nacido para disfrutar de la bebida”.[6] El primer héroe intelectual de Antonio, Gaetano Salvemini, ofreció un veredicto similarmente condenatorio acerca de “estos ociosos del campo [...] flácidos, inertes, que no sirven para nada”. Este grupo social aportaría el grueso de la pujante oficialidad del ejército italiano y, más adelante, sería parte integral de la burocracia del Estado fascista.[7]

Francesco Gramsci tenía la complexión adecuada para el papel que le tocó y supo representar: “Corpulento, dado a pergeñar planes grandiosos de escasa o nula practicidad, propenso a la vanidad y la jactancia, [...] un típico autoritario [cuyos] valores Antonio rechazaba de plano”.[8] Dentro de los límites de discreción y tabú que caracterizaban la atmósfera de la familia Gramsci, el padre de Antonio, que lo sobrevivió apenas dos semanas, aparecería en las notas, las cartas y los recuerdos de su hijo como la viva encarnación de las profundas debilidades y flaquezas de la sociedad italiana. Una vez establecido en Ghilarza, Francesco buscó pareja. Se casó con Giuseppina “Peppina” Marcias en 1883, contra la rotunda desaprobación de su familia, que despreciaba el origen insular de la novia y el hecho de que, por ser hija de un recaudador de impuestos local, su nivel social fuera ostensiblemente inferior al de los Gramsci. Al igual que su futuro esposo, Peppina soportaba un doble estigma dentro de la muy estratificada jerarquía de clases de Cerdeña. Su padre, empleado del fisco, podía ser uno de “los funcionarios más detestados” por la población local, pero “para un continental (como Francesco), casarse con una sarda rozaba el mestizaje”.[9] Esta sensación de indeterminación social, de navegar entre castas, clases y territorios y nunca pertenecer del todo a ninguno, perseguiría a los Gramsci sardos. Además de una atmósfera familiar “carente de compasión, seca y formal, [donde]

escaseaban las demostraciones de afecto”, la distancia de los Gramsci sobreponía un aire de subterfugio y reserva con el que respondían a la adversidad y dejaban una estela de desprecios y agravios difíciles de olvidar.[10] Antonio llevaría muchos de estos resentimientos a su vida adulta, junto con una persistente sensación de vértigo social. Él tampoco era del todo claro sobre su precario origen de clase media. Ya de adulto, su camarada Palmiro Togliatti, también sardo, decía a quien quisiera oírlo que Gramsci tenía ascendencia campesina.

Tal vez Francesco comprendió mejor que su familia continental que Peppina era en realidad un buen partido y que –dentro de los restrictivos roles de género de una época en que el *pater familias* mandaba con el puño cerrado y una palabra o una mirada dura– resultaría ser una excepcional mujer, esposa y madre. Además de aportar al matrimonio una importante dote de tierras heredadas e ingresos devengados por los arrendamientos –y una familia numerosa, comprensiva, servicial y comparativamente próspera que ayudó a disimular la indolencia de su esposo socialmente superior–, tenía la ventaja de haber cursado tres años de educación primaria y sabía leer y escribir a la perfección. En un pueblo donde se estimaba que solo unos 200 de sus más de 2200 habitantes sabían leer y escribir, esta habilidad era incluso más inaudita por tratarse de una mujer. Peppina leía con voracidad los clásicos italianos y podía recitar de memoria pasajes enteros de Dante y del picante Boccaccio. Además, vestía “a la europea” en vez de llevar trajes tradicionales y, pese a que nunca en su vida se alejó más de 40 kilómetros de Ghilarza, poseía un conocimiento y una comprensión notables de lo que ocurría más allá de las fronteras de Cerdeña. Antonio aprendió mucho sobre geografía en su infancia estudiando mapas y atlas bajo la tutela de su madre, un aprendizaje que luego compararía favorablemente con el de sus propios hijos criados en la ciudad.

Francesco se quedó en la rural Cerdeña el resto de su vida, algo absolutamente inusual para un *strangeri*. Su decisión de no aceptar un puesto más promisorio en otro lugar, incluso para estar más cerca de su familia de origen en el continente, podría verse como un tributo a la fortaleza y la lealtad de la “Signora” Peppina (como la

llamaban respetuosamente sus vecinos) y también como una manifestación de inercia y falta de ambición de su parte. El primer hijo de la pareja nació en Ghilarza en 1884 y fue bautizado con el nombre de su abuelo paterno, Gennaro, el coronel *dei carabinieri*. La familia se mudó poco después a una ciudad más grande, Ales, donde en rápida sucesión nacieron los siguientes tres hijos, Antonio incluido. En esta etapa, la familia gozaba de un buen pasar: Francesco tenía un prestigioso y seguro empleo estatal y Giuseppina esperaba heredar importantes extensiones de tierra en Ghilarza. Entre sus amigos y conocidos en Ales, se contaban el bedel del pretor, algunos notarios y otros funcionarios administrativos importantes. En 1892, ya tenían una empleada doméstica y Antonio tenía niñera propia. Todo esto indica que Gramsci nació en un grupo social privilegiado para los estándares sardos.

Los niños Gramsci eran sanos y robustos, incluido el bebé Antonio, hermoso y de piel blanca, con cabello rubio enrulado y ojos claros, según el testimonio de un amigo de la familia. Durante sus primeros tres o cuatro años de vida, era un niño feliz y saludable. Después pasó por un período de enfermedad y debilidad, que le dejó una joroba, retrasos en el crecimiento y una salud para siempre frágil; durante el resto de su vida lucharía por encontrarle sentido a esa época. La historia familiar decía que se había caído o, en una versión algo más tenebrosa, que su niñera lo había arrojado desde lo alto de una escalera empinada. Los supuestos motivos eran igual de retorcidos: el médico del pueblo la había dejado embarazada y había huido por miedo a una *vinditta*. El “accidente” de Antonio y la subsiguiente inflamación de su pecho y su espalda le sirvieron de excusa a la niñera para recorrer, con la bendición de la familia, el largo y agitado camino en un carro de bueyes y visitar al médico. Cuando regresaban, Antonio sufrió una hemorragia bucal y anal. Continuó sangrando durante tres días y estuvo muy enfermo durante tres meses. En cierto momento, como él mismo recordaría en una carta años más tarde, su estado era tan grave que los médicos lo dieron por muerto y su familia mandó hacer un pequeño ataúd y una mortaja.[11] Su tía materna, Grazia Delogu, insistía en que lo había salvado ungiéndole los pies con el aceite de una

lámpara consagrada a una Virgen. Grazia también le rezaba, recordaría Antonio más tarde, a “una dama muy piadosa llamada Donna Bisodia; tan piadosa que su nombre se repetía siempre en el Pater noster. Era el *dona nobis hodie* [‘dánoslo hoy’, en latín] que ella, como otras, leía *Donna Bisodia*”.[12] Su madre conservó el ataúd y la mortaja hasta que Antonio, ya adulto, se mudó a Italia continental.

Una vez más, Francesco Gramsci no salió bien parado del episodio. El médico de la familia había aconsejado llevar a Antonio al continente para un tratamiento a cargo de especialistas (y más oneroso), pero Francesco se resistió. Cuando quedó claro que la enfermedad había dejado a Antonio secuelas de retrasos en el crecimiento, una joroba en la espalda y una protuberancia más pequeña en el pecho, su padre visitó a distintos “especialistas” en Orestano y Caserta, y consiguió un arnés, con el que colgaban a Antonio del cielorraso de la cocina. Una vecina recordó “una especie de corsé con anillas. Nino se lo ponía y *tiu* Gramsci o Gennaro lo colgaban del techo y lo dejaban colgando en el aire”.[13] Su madre también “lo hacía acostarse para darle largos masajes con tintura de yodo, y nada”; incluso es probable que haya empeorado la inflamación. La infortunada niñera embarazada había manejado mal el supuesto accidente, la enfermedad y la deformidad de Antonio, por lo que pronto se convirtió en un conveniente chivo expiatorio para los Gramsci. Pero casi con seguridad la causa subyacente era una infección infantil, de esas que tanto abundaban en la Cerdeña empobrecida y subdesarrollada del siglo XIX. Siendo Gramsci ya adulto, pasados los albores de su dolencia y su discapacidad crónica, un especialista diagnosticó la enfermedad de Pott, una tuberculosis que afecta las vértebras superiores y que suele producir una joroba, y sugirió que lo más probable era que la hubiera tenido desde la infancia. Cualquiera fuera la causa, Antonio nunca superó el metro y medio de estatura, y la joroba y la pequeña protuberancia en el pecho persistieron el resto de su vida.

De los 3 a los 7 años, Antonio asistió a un jardín de infantes dirigido por monjas cerca de Nuoro, donde se había mudado la familia cuando su padre tomó otro puesto en el Registro Catastral de Sorgono. En aquella época había solo once jardines de infantes en

toda Cerdeña, lo cual indica un aumento en la prosperidad y el privilegio relativos que gozaba la familia Gramsci. Antonio iba al jardín con sus hermanas y se volvió muy cercano con Teresina, cuatro años menor que él y también de temperamento estudioso. La educación era sumamente valorada en el hogar de los Gramsci, en especial por la mamá, Peppina, cuya alfabetización era una ayuda invaluable y un indiscutible indicador de superioridad respecto de sus vecinos en Ghilarza. Más tarde, Antonio recordaría que otras mujeres acudían a ella para que les escribiera cartas destinadas a sus esposos migrantes o, lo más triste de todo, encarcelados. Peppina les enseñó a leer a todos sus hijos desde muy pequeños.

En 1897 –para entonces, la discapacidad de Antonio ya era permanente– otro desastre, de mayor envergadura, cayó sobre la familia Gramsci y puso un fin abrupto a la tranquilidad y prosperidad relativas de su infancia. Francesco fue despedido de su puesto en Sorgono, y fue arrestado y encarcelado al año siguiente. Había tenido la mala suerte de escoger el bando perdedor en una encarnizada y amarga batalla electoral por el distrito parlamentario de Isili entre dos *grand'uomini* (peces gordos) locales y sus acólitos, ya que de eso se trataba la política sarda en aquella época. El ganador –el diputado Francesco Cocco-Ortu, ya presente en el gabinete del gobierno italiano, donde meses después pasaría a ser ministro– y la violenta y vengativa camarilla que lo rodeaba se encargaron de repartir favores entre los victoriosos y castigar a los perdedores. En este último grupo, formado en torno al candidato derrotado Enrico Carboni Boy, estaba Francesco Gramsci. En ausencia de Francesco, que había asistido al entierro de su hermano mayor, los simpatizantes de Cocco-Ortu en Sogorno impulsaron una investigación en las cuentas del Catastro. Como cabía esperar, la investigación reveló algunas irregularidades menores y Francesco fue suspendido de su cargo sin goce de sueldo. El padre de los Gramsci quedó sumido en una oscuridad glacial, imperturbable, y Peppina tuvo que hacer frente a las consecuencias. Llevó a la familia de regreso a Ghilarza, donde se alojaron con su hermana Grazia Delogu, y le ordenó a su hijo mayor, Gennaro, que abandonara la escuela para empezar a trabajar con un salario fijo en el Catastro local, exactamente en el mismo lugar

donde había comenzado la carrera de Francesco. El 9 de agosto de 1898, el propio Francesco fue arrestado y acusado de peculado, extorsión y falsificación de documentos, y esperó su juicio encerrado durante dos años en la cárcel de Oristán. El 27 de octubre de 1900, fue sentenciado a cinco años, ocho meses y veintidós días de prisión, el mínimo posible porque el juez solo había encontrado infracciones “de escasos perjuicio y cuantía”.[14] Francesco cumplió su condena cerca de Gaeta, su ciudad natal en Italia continental, y fue uno de los pocos personajes locales importantes que sufrió la venganza de los victoriosos *coccisti*.

En el momento del arresto de Francesco, la Signora Peppina Gramsci tenía 37 años y siete hijos, cuyas edades iban de 1 a 14 años, incluido el enfermizo y discapacitado Nino. Y su única fuente de ingresos era su propia y menguante herencia. En las fotografías que se conservan de este período, se ve a Peppina cansada, agobiada y preocupada, con razón. Se negaba a recurrir a la familia de Francesco; según Fiori, la intención era “ahorrarse la humillación de pedir ayuda a esos parientes a quienes casi no conocía” y que no le habían demostrado el menor cariño, pero también ocultar el hecho de que su esposo estaba encarcelado a pocos kilómetros de su familia de origen en Gaeta.[15] Incluso recibía las cartas que Francesco enviaba desde la prisión a su familia y otros parientes, y las reenviaba desde su propia casa, con el precioso matasellos de Ghilarza. Y por supuesto que, reacia como era a los viajes, jamás fue a visitar a su esposo en la cárcel. Mientras tanto, les dijo a todos sus hijos, excepto a Gennaro, que su padre había ido a visitar a su familia en Gaeta y se quedaría con ellos un buen tiempo.

Peppina vendió las pocas tierras que había heredado y tomó un inquilino, un cirujano veterinario llamado Vittore Nessi. Cosía por encargo y vendía ropa que ella misma hacía, y era asistida en las tareas domésticas por sus hijas y, dentro de lo posible, en lo económico por sus hijos. Siempre se aseguró de que la familia comiera relativamente bien y, lo más insólito, de que nunca faltaran los regalos de cumpleaños, un resto (como su compromiso con la alfabetización y la educación) de sus valores culturales de clase media. La familia se las arreglaba a duras penas, pero logró salir a flote y Nino pudo asistir a la escuela primaria en Ghilarza desde sus

7 años y medio. Era el más brillante y el más estudioso de los Gramsci y le iba muy bien en la escuela, pese a haber comenzado un año más tarde. Siempre era el primero de la clase, en parte porque hablaba mucho mejor el italiano que la mayoría de sus compañeros. Pero también reveló una sorprendente veta práctica y construyó, entre otras cosas, una ducha con una lata grande colgada del techo de la cocina, una flota de barcos y carros de juguete, e incluso (con la divertida asistencia de sus hermanos mayores) un rudimentario equipo de levantamiento de pesas, hechas con palos de escoba y piedras, con la intención de fortalecer y desarrollar su cuerpo enclenque.

Más tarde, sus parientes lo recordarían como un individuo bastante reservado, siempre amable y afectuoso, pero consciente de su deformidad y su fragilidad, lo cual lo llevaba a preferir la lectura o los paseos solitarios a los juegos bruscos con otros chicos. Le gustaba pasar tiempo con su hermana menor, Teresina, también amante de los libros, o con Mario, el hermano más próximo en edad y el bromista de la familia. Los libros predilectos de Antonio eran *Robinson Crusoe* y *La isla del tesoro*, parte de la biblioteca que la esposa del recaudador de impuestos local, el señor Mazzacurati, le regaló antes de que esa familia fuese trasladada a un nuevo destino. Más tarde, Antonio escribiría: “Nunca salía de la casa sin unos granos de trigo en el bolsillo y unos cuantos fósforos envueltos en trozos de lona, por si acaso llegaba a dar con una isla desierta”.[16] En sus largas caminatas por el campo, capturaba animales y conservaba algunos como mascotas, entre ellos un hermoso halcón al que daba de comer ratones y culebras. Era un atento observador de la vida silvestre y en sus cartas desde la cárcel solía recordar hasta el mínimo detalle las travesuras de los zorros y los puercoespines.

Lo que siguió de su infancia no fue para nada despreocupado. Casi desde un comienzo, Nino y sus hermanos sospecharon de la prolongada visita de su padre al continente, tanto por las conversaciones de los adultos que a veces escuchaban a escondidas como por las burlas de otros niños o por los chismes de los vecinos. Después de todo, no solo el hijo mayor, Gennaro, sino “todos en el pueblo sabían que Francesco Gramsci estaba preso,

pero Peppina insistía con su ridículo subterfugio".[17] Antonio más adelante recordaría cuánto lo irritaban esas pequeñas mentiras, aunque fueran producto de mejores intenciones, y cómo eso lo volvió cada vez más introspectivo. "A los 10 años ya me había convertido en un auténtico tormento para mi madre, y tanto me había fanatizado por la franqueza y la verdad en nuestras relaciones recíprocas que generaba tremendas escenas y provocaba escándalos".[18] La infancia fue para Gramsci "una cloaca de amargura" que marcaría de por vida su temperamento y sus relaciones con los demás, pese a los esfuerzos de su madre para mantener unida a la familia y preservar al menos un barniz de respetabilidad. Incluso de adulto, Antonio mantuvo en secreto que siempre había sabido la verdad sobre la deshonra y el encarcelamiento de su padre, porque eso "le envenenaría estos años de vida" a su madre.[19] Lo cierto era que conservaba recuerdos vívidos de su madre escabulléndose de la casa por la noche para ir a la iglesia, con la cabeza cubierta por una mantilla negra. Peppina rezaba y lloraba en soledad, durante horas y horas, y luego regresaba para enfrentar otro día de trabajo arduo y grandes preocupaciones.

Antonio nunca le dio mucha importancia al asunto, y los recuerdos de sus contemporáneos tendieron a minimizarlo por sus propias razones, pero es indudable que sufrió la burla y el escarnio, e incluso cosas peores, por parte de los otros niños a causa de su discapacidad, su estatus social incierto como hijo de una clase media venida a menos, el encarcelamiento de su padre y "la altanería" de su madre, más su propio temperamento retraído y solitario que era el resultado inevitable de esos infortunios. La anormalidad de su joroba –en una época y un lugar donde casi todos creían que semejante deformidad era obra del demonio y que tocar una joroba traía buena suerte– habrá bastado para llamar la atención de todos, atención que por supuesto Antonio no deseaba. Pero también se trataba de una sociedad y una cultura profundamente conformistas y uniformes, abrumadoramente campesinas, premodernas y sin instrucción, donde "se ignoraba que existían hoteles, porque la gente todavía no había imaginado que alguien pudiera estar lejos, en medio de los peligros de la noche, sin

contacto familiar”.[20] Pese al empobrecimiento material compartido, la familia Gramsci tenía bien claro que era diferente de sus vecinos, ni campesina ni del todo sarda, y acostumbraba “hacer chistes sobre algunos personajes del pueblo y sus peculiaridades rurales”.[21] Esas bromas insidiosas y esa sensación de superioridad seguramente hicieron que Antonio tomara todavía más conciencia de sus “diferencias” individuales, que lo aislaban socialmente y lo volvían vulnerable a las burlas, la intimidación y el acoso.

Más tarde recordó:

> Cuando era niño, los niños del pueblo nunca se me acercaban, excepto para burlarse de mí. Casi siempre estaba solo. A veces, al encontrarme casualmente entre ellos, se lanzaban contra mí, y no solo con palabras. Un día […] empezaron a tirarme piedras con más violencia que de costumbre, con esa maldad que es propia de los niños y de los seres débiles. Perdí la paciencia y también yo tomé piedras. Empecé a defenderme con tanta energía que los hice huir. […] Desde ese día me tuvieron respeto y no me fastidiaron más.[22]

Es probable que el acoso tuviera un componente de miedo, que en esta ocasión jugó a favor de Antonio: el jorobado que gruñe y devuelve el golpe es un personaje común en la literatura popular de la deformidad y la monstruosidad. Pero el costo psíquico para un niño pequeño debió haber sido inmenso, más allá del remate final de Gramsci cuando afirma que, cuando le contó el incidente a su madre, esta lo besó con orgullo y cariño. Cuando Gramsci llega a la conclusión de que ese beso materno por sí solo hizo que valiera la pena apedrear a otros chicos, surge la pregunta inevitable acerca de cuán a menudo, y con cuánta sinceridad, recibía amor en su casa. También echa otro tipo de luz sobre sus recuerdos de perderse durante horas en un libro de cuentos, de sus paseos solitarios por las colinas, los campos y los huertos de Ghilarza, de atrapar y entrenar animales pequeños y pájaros como mascotas, de la dulce compañía y la callada solicitud de su madre y sus hermanas, de las bromas y las sátiras de su vivaz hermano menor Mario, de recortar y

colorear fotos de los periódicos y de su silenciosa concentración en pequeños proyectos de construcción (a veces acompañado por Luciano, el hijo del farmacéutico, seguramente también discriminado por los otros niños debido al estatus profesional de su padre). Vemos, en cambio, la independencia forzosa del inadaptado múltiple y manifiesto, “el niño desesperadamente solitario” a quien una vecina de insólita candidez “nunca vio reír de alegría [...] o jugar con otros niños”, que se autoagredía al extremo de “golpearse con una piedra hasta que sangraba”, imitando lo que solían hacerle otros niños.[23] También es fácil detectar el origen de su identificación, que duraría toda la vida, con las víctimas de crueldad arbitraria y que el propio Gramsci recuerda en otros relatos morbosamente detallados, como el de aquel hijo con discapacidad severa que vivía en el chiquero de una granja cercana, encadenado por su propia madre, o aquella madre senil que padecía el constante maltrato físico y verbal de su hija.



Antonio Gramsci en 1897



Antonio Gramsci (sentado, junto a su profesor) en el Ginnasio de Santu Lussurgiu, donde estudió entre 1905 y 1908

---

[4] Véase A. Davidson, *Antonio Gramsci. Towards an Intellectual Biography*, Londres, 1977, p. 14.
[5] Ibíd., p. 15.
[6] A. Gramsci, *Selections from Prison Notebooks*, ed. al cuidado de Q. Hoare y G. Nowell-Smith, Londres, 1971, p. 134; *History, Philosophy and Culture in the Young Gramsci*, ed. al cuidado de P. Cavalcanti y P. Piccone, Saint Louis, 1975, p. 29.
[7] R. J. B. Bosworth, *Mussolini's Italy*, Londres, 2005, p. 81.
[8] Davidson, ob. cit., p. 15.
[9] Ibíd., pp. 19-20.
[10] Ibíd., p. 19.
[11] A. Gramsci, *Letters from Prison*, ed. al cuidado de F. Rosengarten y R. Rosenthal, vol. 1, Nueva York, 1994, p. 15 [pasaje de la carta del 16 de noviembre de 1931 a Teresina. N. de E.].
[12] G. Fiori, *Antonio Gramsci. Life of a Revolutionary*, Londres, 1970, pp. 11-12 [ed. cast.: *Antonio Gramsci. Vida de un revolucionario*, Madrid, Capitán Swing, 2017.
[13] Ibíd., pp. 16-17.
[14] Ibíd., pp. 14-15.
[15] Ibíd., p. 17.
[16] Gramsci, *Letters from Prison*, ed. Lawner, ob. cit., p. 74.
[17] Fiori, ob. cit., p. 28.
[18] Gramsci, *Letters from Prison*, ed. Lawner, ob. cit., p. 73.
[19] Ibíd., p. 92.

[20] Bosworth, ob. cit., p. 41.
[21] Fiori, ob. cit., p. 45.
[22] Gramsci, *Letters from Prison*, ed. Lawner, ob. cit., p. 124 [se trata de un testimonio aportado por Mario Garuglieri, militante comunista que compartió días de cárcel con Gramsci en Turi. N. de E.].
[23] Fiori, ob. cit., pp. 29, 34.

3. Los días de escuela en Cerdeña

La Cerdeña de entresiglos era un lugar sucio, de agobiante pobreza, situado al margen de la masa continental y la civilización europeas, un lugar temible y peligroso donde era muy usual la muerte por inanición. Las personas más necesitadas se alimentaban de pasto y malezas, y el gobierno nacional indefectiblemente se quedaba con más de un tercio de la renta comunal mediante el cobro de impuestos.[24] La mayor parte de la población trabajadora se ganaba a duras penas la vida cultivando la tierra o, si la cosecha no era próspera, excavando las vetas de minerales en los yacimientos subterráneos. La economía tradicional de la isla, tal como era, se basaba en la exportación de vino, aceite de oliva, productos lácteos y ganado. El destino principal de las exportaciones era Francia, cuya costa sureña está tan cerca de Cerdeña como la propia Italia, con la isla francesa de Córcega en el medio, y que a lo largo de los siglos anteriores había abastecido a algunas de las desconcertantes potencias que habían invadido la isla. En tiempos antiguos, Cerdeña había sido sucesivamente cartaginesa, romana y bizantina, y había sido explotada por las gramíneas cultivadas por esclavos en las inmensas llanuras del Oeste y el Sur antes de alcanzar cierto grado de independencia en 900 d.C. Desde 1400 la gobernaron desde Aragón, y durante dos siglos estuvo absorbida por el imperio español. En 1700 fue brevemente austríaca y después saboyarda bajo el Reino de las Dos Sicilias. Para mantener controlados a los insulares, la actividad comercial estaba exclusiva y deliberadamente reservada a los extranjeros, como los genoveses o los pisanos. En 1861 se incorporó Cerdeña a la recién unificada Italia, pero, a decir verdad, el gobierno “continental” no era muy diferente de los anteriores. Trataban a la isla como una fuente de materia prima que se extraía y se trasladaba a otro lugar para su procesamiento industrial y su explotación comercial, ya se tratara de su producción

agrícola, de los metales y minerales de sus montañas, o del valor de la mano de obra de sus habitantes.

A fines de la década de 1880, una sucesión de *cracks* bancarios hicieron temblar la economía sarda y obligaron a muchos pequeños agricultores a recurrir a usureros. Esto produjo una ola de bancarrotas y ejecuciones hipotecarias. Para agravar todavía más las cosas, el gobierno italiano impuso onerosos aranceles aduaneros al comercio con Francia para proteger los intereses de los grandes industriales del Norte en Turín y Milán, y así bloqueó de manera abrupta la vía principal de comercio exterior de Cerdeña. En consecuencia, en el transcurso de la década de 1890, la isla padeció una escalada de desempleo y subempleo; hubo una fuerte emigración, principalmente a Italia continental, Francia y los Estados Unidos; resurgieron el bandidismo y las enemistades a muerte en el campo, y se intensificó la explotación de las minas en la costa sudoeste, que constituían la mayor fuente de trabajo. Los propietarios de las minas eran, en su inmensa mayoría, franceses o belgas no residentes en Cerdeña, y las condiciones de trabajo eran espantosas, no muy diferentes de las que habían conocido los esclavos en las minas romanas. Los mineros trabajaban sin días de descanso ni paga por enfermedad, extraían los minerales a pico y pala en túneles angostos y traicioneros en las entrañas de la tierra.

Entre los casi 15.000 mineros que trabajaban en Cerdeña en el año 1900, eran muy comunes las enfermedades vinculadas con el trabajo y las muertes tempranas o por accidente. En 1906, una comisión parlamentaria de investigación recibió informes que certificaban que, durante el ventenio 1884-1905, el 35% de los mineros habían muerto de tuberculosis, mientras que solo en 1905 habían ocurrido 2219 accidentes laborales. Los mineros vivían hacinados en barracas, lejos de sus familias y casi obligados a comprar a crédito en las tiendas de la compañía, cuyos precios eran sustancialmente más altos que los de otros comercios. A medida que la producción aumentaba, los salarios bajaban. Esta era la forma de capitalismo más despiadadamente explotadora y extractiva que se puede imaginar, ajena a cualquier clase de compromiso o preocupación relacionada con la humanidad o el medio ambiente. Era casi tan mala como las colonias francesas y belgas en África,

con un trasfondo similar de superioridad en la postura de los empleadores "civilizados" del Norte respecto de sus empleados del Sur, que se limitaban a constatar (según el testimonio de un médico ante la Comisión Parlamentaria de 1906) que los mineros "escupen negro" (por los tiznes y minerales inhalados).

Los políticos insulares eran meros acólitos de quienes proveían las mayores limosnas, mientras que las ideas renovadoras provenían mayormente de italianos continentales que se encontraban en Cerdeña por casualidad, casi siempre propensos a respaldar sus propias formas de arribismo personal y oportunismo ideológico. Los asuntos públicos estaban dominados por los *signores* y sus camarillas de aduladores y clientes, los mismos que primero habían dado la bienvenida a Francesco Gramsci y su familia y luego los habían deshonrado. En cuanto a las masas campesinas y trabajadoras, según un relato contemporáneo, la reacción natural a su (casi siempre) resignado sufrimiento era el motín ocasional, en vez de alguna clase de lucha paciente y disciplinada.[25] Los intentos de organizarse en sindicatos y las protestas eran brutalmente reprimidos pero, a falta de una solución política a los reclamos y las necesidades básicas, se retomaban una y otra vez con firmeza.

Las tensiones alcanzaron su punto culminante en 1906, el mismo año de la Comisión Parlamentaria, en un comienzo entre los trabajadores de los muelles, las tiendas y las panaderías de Cagliari, más organizados y sindicalizados que otros, que entraron en huelga por menos horas de trabajo y salarios más altos, con algunos éxitos considerables inmediatos. El 12 de mayo, una manifestación inicialmente pacífica de trabajadores se volvió violenta y terminó atacando y prendiendo fuego oficinas del gobierno y depósitos de empresas. Al ver que la insurrección se propagaba por la isla, el gobierno continental envió a miles de soldados para detenerla; hubo muchísimos muertos y heridos. A comienzos de junio, las autoridades ya habían recuperado el control –aunque con extrema brutalidad y muchas más muertes– y habían encarcelado a cientos de socialistas, campesinos y activistas sindicales. La respuesta política insular fue un significativo aumento del sardismo, el nacionalismo sardo, que veía al distante Estado italiano como "una

máquina monstruosa para reprimir huelgas e imponer ejércitos de recaudadores de impuestos, prefectos e inspectores de policía en connivencia con las compañías mineras”.[26]

La vida tampoco había sido fácil para la familia Gramsci después de que en enero de 1904 se anticipase la liberación de Francesco. Al principio rechazado y aislado por la comunidad, este luchó durante un año entero para encontrar trabajo y, como quizá cabía esperar, restablecer al menos una relación cordial con su esposa y sus hijos. Finalmente, consiguió un puesto como secretario de la cooperativa de criadores de ganado y luego como asesor de magistrados, cargo en el cual pudo utilizar su conocimiento de las leyes. Gracias a que su posición pública mejoró, pudo regresar al Catastro como redactor de documentos, trabajando media jornada. Esto le permitió contar con un pequeño estipendio por el resto de su vida, pero para entonces “ya había despilfarrado todo el dinero que su esposa había aportado al matrimonio”, y nunca dejó de ser una suerte de extraño para su familia.[27]

Antonio ya había terminado la escuela primaria cuando su padre salió de la cárcel, y todos los años había sido el mejor alumno de su clase. Aun así, el recién llegado Francesco, al comienzo sin trabajo y decidido a terminar de exprimir las finanzas ya exiguas de la familia, insistió en que Antonio abandonara la escuela y consiguiera un empleo de tiempo completo en el Catastro en Ghilarza bajo el mando de su hermano mayor Gennaro. Era un trabajo extenuante por tan solo 9 liras al mes, que apenas alcanzaban para comprar un kilo de pan por día. Antonio recordaría luego que trabajaba diez horas de lunes a sábados, más las mañanas de los domingos, “cargando de un lado a otro esos libros de registro que pesaban más que yo y muchas noches lloraba a escondidas, porque me dolía todo el cuerpo”.[28] Cuando Gennaro debió partir a Turín para hacer el servicio militar, el Antonio adolescente fue, durante al menos un año, el principal varón asalariado proveedor de la familia. Muchos años después, le escribió a su esposa:

> Ya hace muchos, muchos años me acostumbré a pensar que hay una imposibilidad absoluta, casi inexorable, de que yo pueda ser amado. [...] Cuando era un muchacho de 10

> años, empecé a pensar de ese modo respecto de mis padres. Estaba obligado a hacer demasiados sacrificios y mi salud era tan endeble que me convencí de que era una carga, un intruso en mi propia familia.

Lo que más le molestaba a Antonio era que su padre le hubiera impedido continuar sus estudios mientras que el hijo del carnicero, el hijo del vendedor de telas y el hijo del farmacéutico (su antiguo compañero de juegos, Luciano) seguían en la escuela. Francesco, el padre ausente, había regresado bajo la forma del tirano doméstico. Esto tendría un profundo efecto sobre el temperamento de Antonio, de por sí observador y distante, y también sobre sus ideas políticas: "Me acostumbré […] a esconder mis estados de ánimo tras una máscara de dureza o una sonrisa irónica".[29] En la primera pieza de su escritura que se conserva, un ensayo de su último año lectivo, noviembre de 1910, afirmó: "El hombre, que en cierto momento se siente fuerte, con conciencia de su responsabilidad y de su valor, no quiere que nadie más le imponga su voluntad y pretenda controlar sus acciones y su pensamiento".[30] Esto era una aspiración personal tanto como política.

Sin darse por vencido, Antonio continuó sus estudios de manera autodidacta, entre ellos los primeros rudimentos de latín, aprovechando el poco tiempo libre y la poca energía que le quedaba. Después de pasar dos años cargando pesados libros de registro de un lado a otro, pudo volver a la escuela en 1905, a los 14 años, gracias al apoyo económico, material y moral de su madre y sus hermanas. Cursó los últimos tres años de la escuela secundaria a 18 kilómetros de Ghilarza, en Santu Lussurgiu, donde se alojó con una familia campesina durante el ciclo lectivo por 5 liras al mes. Su habitación era minúscula, y la casera, poco amigable. La crueldad de aquella mujer con su propia madre, frágil y senil, lo perturbaba profundamente. Antonio escribía con regularidad a su familia pidiendo dinero para pagar el alquiler, la escuela y los útiles y comprar provisiones, y solía quejarse de que no lo ayudaban. Casi siempre vendía la comida que le enviaban y compraba libros, para consternación de su madre y su propio detrimento físico. De todos modos, hizo amigos entre los hijos de las familias más acaudaladas

del pueblo, solía visitar sus casas y, al parecer, disfrutaba de su hospitalidad, aunque siempre con plena conciencia del abismo social y cultural que los separaba. Así le escribió a su madre: “Mis amigos de la escuela tocan el piano, no la rústica mandolina”.[31] En esa época, los principales intereses académicos de Antonio eran las matemáticas y las ciencias. Más tarde recordaría la escuela de Santu Lussurgiu como “un lugar muy venido a menos [...] donde tres autoproclamados maestros despachaban, con mucho descaro, la enseñanza de las cinco divisiones [de alumnos]”. La escuela tenía grandes dificultades para atraer a docentes calificados, y los que llegaban de Italia continental “casi siempre echaban un vistazo y se mandaban a mudar”.[32] Durante un tiempo, un profesor con título de ingeniero les enseñó francés y ciencias. El último año lectivo de Antonio comenzó con retraso en enero por falta de docentes. No es de sorprender que su interés inicial en las ciencias y las matemáticas hubiera menguado. Antonio rindió los últimos exámenes del nivel secundario en el verano de 1908, y al principio le fue mal. Volvió a rendirlos en septiembre y por fin obtuvo su certificado de estudios, no sin antes persuadir a su padre para que pagara la cuota escolar y completara el papeleo: “Date prisa; si no lo haces, ¡es adiós a todo!”.[33]

En este ambiente se gestaron los primeros años de formación intelectual y política de Antonio Gramsci: una infancia en una isla empobrecida, en el seno de una familia numerosa, rota y monoparental en los hechos, y una escolarización interrumpida, parcial y deficiente. Ciertos incidentes del período, que usualmente implicaban alguna forma de humillación o correctivo injustificado, continuarían afligiéndolo y exasperándolo durante el resto de su vida; por ejemplo, que le pidieran sin previo aviso que recitara los ochenta y cuatro artículos básicos de la Constitución italiana durante un examen, hecho que recordó en una carta desde la cárcel y también, utilizando la tercera persona de “un pobre muchacho”, en un artículo publicado en un periódico en 1915.[34] Las privaciones y las luchas de su infancia engendraron en Gramsci un distanciamiento, una independencia y una ética del trabajo feroz que este conservaría a lo largo de su vida y que lo mantendrían siempre a cierta distancia de los demás, sumado a la sensación de distancia

física habitual entre quienes de niños sentían que estaban de más o que no los querían. Todo esto no solo le otorgó una predisposición temperamental hacia la objetividad y el historicismo del marxismo, sino también una comprensión profunda e íntima de los efectos materiales, psicológicos y culturales de la pobreza y la desigualdad. Sus ideas políticas socialistas demoraron en surgir y tomar forma, en particular porque también tenía un profundo interés –que lo acompañaría toda la vida– en la cultura y la historia. Su hermano mayor Gennaro se había involucrado en el resurgimiento de la militancia sindical en Cagliari y Turín con el cambio de siglo, y llevaba a casa ideas, periódicos y literatura radicales, sobre todo al receptivo e inquisitivo Antonio. Cuando estaba lejos haciendo el servicio militar, Gennaro le enviaba a su hermano menor el periódico socialista *Avanti!,* lo cual irritaba muchísimo a su padre profundamente conservador. Antonio tenía que interceptar al cartero antes de entregarse a la ávida lectura a escondidas. Pero en aquel entonces sus propias ideas políticas no iban mucho más allá de un sardismo intensamente retórico y emocional, que derivaba más de sus resentimientos y enojos adolescentes que de una comprensión más amplia de la política. Uno de los ensayos que escribió para la escuela culminaba con el consabido llamado a arrojar a "¡Los continentales al mar!".[35] Antonio devoraba toda la literatura y el folclore sardos que caía en sus manos, en especial los poemas de Sebastiano Satta acerca de los padecimientos del emergente proletariado que se deslomaba en las minas.[36]

En 1908, a sus 17 años, se inscribió en el Liceo Classico Giovanni Maria Dettori en Cagliari. Para entonces, Gennaro estaba trabajando en la capital sarda, al comienzo en el Catastro, como había hecho en Ghilarza. Después consiguió un empleo, con mejor sueldo y mejores perspectivas, como auxiliar contable en una fábrica de hielo. Durante su primer año en el liceo, Antonio se alojó con su hermano mayor. Pero no se llevaban bien, sobre todo porque debían arreglarse ambos con el humilde salario de 100 liras mensuales de Gennaro más lo poco que les enviaba la familia, y se evitaban lo más que podían. Sin embargo, Antonio se sentía atraído por los mismos círculos de jóvenes radicalizados y las fervientes discusiones en que participaba su hermano. Cagliari era una ciudad

grande y vital, sobre todo comparada con las ciudades pequeñas y los pueblos donde Antonio había vivido hasta entonces. Allí había tres periódicos, varios boletines, dos buenos teatros y numerosos cines, cabarets, restaurantes, clubes y asociaciones.

La nueva vida urbana era apasionante y le abrió los ojos a un montón de cosas, pero también entrañaba un desafío para Antonio, en particular a causa de su pobreza material. Un compañero de liceo recordó: "Creo que nunca vi a Nino Gramsci con sobretodo. Siempre usaba la misma ropa, un par de pantalones angostos y cortos y una chaqueta que le quedaba muy justa. Los días de frío iba a la escuela con una bufanda de lana bien envuelta bajo la chaqueta. No tenía libros, o no los tenía todos; […] a veces se daba el caso de que se los prestáramos nosotros, o el profesor".[37] Escribía una y otra vez a su familia pidiendo dinero, incluido un dinero que le debía el Catastro de Ghilarza, donde aún trabajaba su padre. También amenazaba con escribir directamente al Registro Catastral si Francesco no resolvía el asunto "y entonces veremos qué pasa".[38] Asimismo, su desempeño académico fue algo caótico, en parte por problemas con los requisitos administrativos –"Me suspendieron por tres días, justo los de exámenes trimestrales, por no entregar el analítico" cuyo envío le había pedido a su padre–, y en parte por las lagunas de su formación anterior –"De Santu Lussurgiu no venía con la mejor de las preparaciones, especialmente en Latín, Griego y Matemáticas"–. El segundo año en Cagliari, Gramsci alquiló una habitación en un ático, que, según un compañero, olía a queso y tenía libros y papeles desparramados por todas partes. En otra carta a la familia, se quejaba de la humedad y la pintura descascarada de las paredes del ático, donde había un solo ventanuco que daba a una especie de hueco que era más parecido a una letrina que a un patio; aun así estaba mucho más feliz que cuando vivía con Gennaro. "Una noche nos invitó a su cuarto", recordó su compañero de vivienda. "Nos llegaban desde la habitación cantos y melodías. Encontramos a buena cantidad de gente que no conocíamos, en su mayoría de los poblados. […] Y en el medio estaba Gramsci, atento a interpretar danzas populares sardas con un acordeón".[39] Sus calificaciones también mejoraron mucho, y Antonio parecía estar consagrado al estudio, en parte

simplemente porque no tenía dinero para salir. Su desaliño lo avergonzaba. "Tengo un aspecto terrible con esta vieja chaqueta gastada y brillosa. [...] Hoy no fui a la escuela porque tuve que recambiarles las suelas a mis zapatos", le escribió a su padre.[40]

En 1910 publicó su primer artículo en *L'Unione Sarda*, un periódico local radicalizado, cuyo propietario y editor había sido uno de los maestros más compasivos de Antonio en tiempos en que el diputado Cocco-Ortu había desempeñado un papel decisivo en la deshonra y el encarcelamiento de Francesco Gramsci. Como una suerte de consuelo irónico, lo nombraron corresponsal de Aidomaggiore, un pueblito cercano a Ghilarza, y le dieron su primera y preciada credencial de prensa. El artículo consistía en veinticinco renglones bastante inocuos acerca de una elección local, y su único rasgo notable era cierto escepticismo hacia el reciente otorgamiento del voto al campesinado. Su punto de vista estaba bastante alineado con el rechazo por parte de los nacionalistas sardos de la democracia parlamentaria –que Gramsci mantendría como elemento integral de su propio ideario político, incluso cuando él mismo llegó a ser diputado–, y sus contubernios e intrigas principalmente al servicio de los intereses corporativos del Norte continental. Por medio de la lectura de diarios y periódicos, Antonio empezó a conocer mejor la floreciente cultura intelectual de Italia, con un particular interés en sus estrellas guías –Gaetano Salvemini, Benedetto Croce, Giuseppe Prezzolini y Emilio Cecchi–, cuyos escritos coleccionaba y archivaba. Por primera vez, y de momento por mera curiosidad intelectual, estudió algunos artículos sueltos de Marx. Un tema recurrente de la época, al que retornaría durante toda su vida, era la "cuestión meridional" en Italia y, dentro de esta, la situación de las islas. La conciencia política de Gramsci de cierto modo se profundizó durante un viaje que organizó el liceo "para visitar las minas de Montevecchio, dado que estamos estudiando mineralogía", le escribió a su padre en un apartado de una de sus habituales cartas pidiendo dinero.[41] Este fue su primer encuentro personal con el proletariado industrial, y coincidió con un cada vez mayor interés en la ideología del sindicalismo: la noción ampliamente propagada a comienzos del siglo XX de que la revolución proletaria se concretaría gracias a la organización en el

lugar de trabajo y la acción de los obreros, en crudo contraste con el reformismo parlamentario y el marxismo pasivo y fatalista del convencional Partido Socialista liderado por Filippo Turati.

En el ínterin, Gennaro Gramsci fue electo para integrar el comité ejecutivo de la Cámara del Trabajo local y luego ocupó el puesto de tesorero. También fue nombrado secretario de la rama local del Partido Socialista. En una atmósfera de creciente tensión industrial y política en Cerdeña, la policía comenzó a investigar sus antecedentes. Al enterarse de esto, Francesco y Peppina Gramsci se enojaron y angustiaron en Ghilarza, al punto que Francesco amenazó con viajar a Cagliari para tomar cartas en el asunto. Antonio le escribió a su madre para que no fueran ingenuos: la policía solo estaba investigando a un nombre hasta entonces desconocido entre los líderes sindicales, especialmente teniendo en cuenta que Gennaro, como tesorero, tenía a su cargo los fondos del sindicato que la propia policía estaba autorizada a secuestrar en caso de huelga. Realmente no había motivos para preocuparse, les aseguró Antonio a sus padres, y los alentó: “Ríanseles en la cara al teniente y en sus barbas a todos los carabineros, como hago desde tiempo atrás. Pobrecitos, al final hay que tenerles compasión. Al ocuparse tanto como se ocupan de socialistas y anarquistas, no tienen tiempo de pensar en ladrones y malandrines”.[42] Era evidente que Antonio no estaba tan agobiado por sus recursos magros y que participaba, al menos hasta cierto punto, en la vida urbana y estudiantil. Una vez, según anotó, “la gente me reconvenía porque yo admiraba en voz alta los espléndidos mostachos de un guardia de policía y le dije que se los recortase si no quería dar pie a comentarios”. En la misma carta le contaba a su madre que había ido al teatro y “a causa de mi espléndida melena, que se me ondula a cada soplo de viento, me tomaron por una muchacha, y se admiraban de que una mujer causase tanto alboroto en un teatro. En efecto, solo veían mi cabeza y mi mano mientras daba un sonoro chiflido”.

Pero el dinero seguía escaseando y era causa de recurrentes fricciones con Gennaro, que harto de tanta disputa amenazó con mandar a su hermano menor de regreso a Ghilarza. La dieta de Antonio era frugal: un café por la mañana y una sola comida diaria,

lo más tarde posible. Durante ocho meses comió una sola vez al día, y terminó su tercer año en el liceo en un estado de desnutrición severa. Esta condición, sumada a su discapacidad, lo llevó a redactar una solicitud oficial para ser eximido de las clases de gimnasia, disciplina que costaba 60 centavos. Durante las vacaciones escolares, Antonio trabajaba como auxiliar contable, igual que su hermano mayor, y como maestro particular para pagar sus gastos personales y de estudio. Terminó la secundaria en el verano de 1911, a los 20 años, y pasó seis meses en el pueblo marítimo de Oristán dando clases particulares a Delio, el hijo de su bondadoso tío materno Serafino, en parte con el objetivo de recuperar la salud y la fuerza junto a esta rama cómodamente lejana y relativamente afín de la familia. En ese momento, Antonio comenzó a hacer planes para asistir a la universidad en Turín y se postuló a una de las treinta y nueve becas que ese año otorgaba el Collegio Carlo Alberto, 70 liras mensuales destinadas a estudiantes pobres de Cerdeña. Con el magro salario de Francesco, Mario desempleado en casa a la espera de unirse a alguna fuerza armada, Carlo, que apenas había dejado la escuela primaria, y Gennaro, que ya había contribuido con creces a la educación de Antonio, la familia no estaba en condiciones de solventar sus estudios universitarios.

---

[24] El premiado film *Padre Padrone*, estrenado por los hermanos Taviani en 1979, aporta un vívido panorama de medio siglo de vida cotidiana de las familias de los pequeños propietarios en Cerdeña, pese a cincuenta años de cuestionable "progreso" desde 1900 (y precisamente *Novecento* es el título de un film bastante más tendencioso de Bernardo Bertolucci).

[25] Fiori, ob. cit., p. 43.

[26] Ibíd., p. 50.

[27] A. Gramsci, *A Great and Terrible World. The Pre-Prison Letters 1908-1926*, ed. al cuidado de D. Boothman, Londres, 2014, "Introduction", p. 11.

[28] Gramsci, *Letters from Prison*, ed. Lawner, ob. cit., p. 87.

[29] Gramsci, *A Great and Terrible World…*, ob. cit., p. 247.

[30] A. Gramsci, *Selections from Political Writings 1910-1920*, ed. al cuidado de Q. Hoare y J. Matthews, Londres, 1977, p. 3.

[31] Gramsci, *A Great and Terrible World…*, ob. cit., p. 67.

[32] Fiori, ob. cit., p. 38.

[33] Gramsci, *A Great and Terrible World…*, ob. cit., p. 63.

[34] A. Gramsci, “The Light Which Went Out”, en *History, Philosophy and Culture…*, ob. cit., p. 26 [“La luce che si è spenta”, *Il Grido del Popolo*, 20 de noviembre de 1915. N. de E.].
[35] Gramsci, *Selections from Prison*…, ob. cit., p. xix.
[36] Davidson, ob. cit., p. 49.
[37] Ibíd., p. 51.
[38] Gramsci, *A Great and Terrible World…*, ob. cit., p. 73.
[39] Fiori, ob. cit., pp. 52-53.
[40] Gramsci, *A Great and Terrible World…*, ob. cit., p. 72.
[41] Íd.
[42] Ibíd., p. 74.

4. Los años de universidad en Turín

Para ser admitido en la Universidad de Turín, Antonio primero tenía que obtener un buen promedio en los exámenes de reválida del liceo y después rendir una rigurosa serie de exámenes orales y escritos en esa ciudad. Pasó el último mes de las vacaciones de verano, ya de regreso de la casa de su tío en Oristán, intentando colmar las desesperantes lagunas de su formación escolar. A comienzos de septiembre de 1911, recibió dos buenas noticias: sus calificaciones le permitían rendir los exámenes de ingreso y era uno de los dos candidatos a la beca en Cagliari. Durante el período de exámenes en Turín, de mediados de octubre en adelante, recibiría una asignación de 3 liras diarias más sus gastos de viaje desde Cagliari. Todo se pagaría a posteriori. Primero llegaría a la ciudad del Piamonte con solo 55 liras en el bolsillo, después de gastar en su pasaje de tercera clase 45 de las 100 que le habían dado en casa.

Turín, gran metrópolis industrial, era uno de los principales centros de manufactura de Europa, y su economía giraba en torno a las gigantes automotrices Fiat, Spa y Lancia y sus compañías subsidiarias y proveedores; “una ciudad moderna [donde] la actividad capitalista palpita con el estrépito feroz de ciclópeos talleres que amontonan a decenas y decenas de miles de proletarios en unos pocos miles de metros cuadrados”, dirigidas por “una temeraria e inescrupulosa burguesía capitalista”, escribiría Gramsci años más tarde.[43] Como observó G. A. Williams, Turín era “una clásica ciudad industrial monolítica”, el centro de “un sector de la civilización burguesa europea que persigue el cambio técnico revolucionario, el capitalismo del monopolio, la expansión del imperio y la integración del Estado”, y en consecuencia, “una fortaleza de la militancia socialista, la solidaridad de la clase trabajadora y el ambicioso espíritu proletario”.[44] El propio Gramsci

informaría esperanzado a la Internacional Comunista, o Comintern, cómo la combinación de factores históricos –la emigración durante la unificación italiana de la “burguesía media e intelectualmente insignificante de Turín [la hasta entonces capital del reino, en Piamonte] a Roma para aportar al nuevo Estado burgués el personal administrativo que necesitaba para poder funcionar” y el crecimiento explosivo de la industria automotriz– había convertido a Turín en “el centro industrial de Italia, [...] la Petrogrado de la revolución proletaria italiana”.[45]

La inmensa y pujante ciudad fue un verdadero *shock* cultural para el joven estudiante, en especial porque en ese momento se celebraba con bombos y platillos el cincuentenario de la unificación de Italia, lo que provocó un meteórico aumento en los precios del alojamiento y los alimentos. En su primera carta a la familia, además del habitual pedido de dinero, Antonio se explayó sobre el riesgo de ser atropellado por los innumerables automóviles y tranvías que aparecían de la nada. La habitación que le había conseguido un amigo de la familia en Ghilarza costaba 3 liras diarias –su asignación completa–, pero afortunadamente el secretario del Collegio se las ingenió para conseguirle otro lugar por la mitad del precio, aunque sin calefacción y con pocos muebles. Los exámenes comenzaron el 18 de octubre; Antonio aprobó el primero, una composición sobre literatura italiana, pero escribió a casa que estaba todo menos tranquilo, porque solo cinco de los setenta candidatos habían reprobado, “lo cual significa que todos estaban bien preparados” (sin embargo, el comité evaluador informó más tarde que, en líneas generales, los resultados habían sido pobres).[46] Pese a sufrir varios desmayos y mareos, le fue muy bien en los otros exámenes –Historia, Latín, Griego y Filosofía– y terminó de rendir el 27 de octubre, día de los exámenes orales.

Para su grata sorpresa, salió noveno entre setenta aspirantes, con un promedio de 7,51. El segundo de la lista era otro sardo, Palmiro Togliatti, hijo del intendente de un hogar escuela. Lo que unió a estos “dos jóvenes por entonces bastante huraños y cerrados” –según recordaría más tarde Togliatti– no fue solo su origen sardo sino también “nuestra común condición de gran carencia, que nuestro modo de vestir volvía evidente”.[47] Las familias de los dos

habían sufrido por las calamidades recientes de sus padres: la cárcel en el caso de los Gramsci y la muerte prematura en el de los Togliatti. Las vidas y las carreras políticas de Antonio y Palmiro correrían paralelas a partir de esa época, con varios períodos de intensa colaboración. Pero nunca fueron amigos demasiado cercanos, dado que sus personalidades y temperamentos no congeniaban. Como veremos, también hubo períodos de completo alejamiento en lo político y lo personal.

Con la llegada del invierno del Norte, especialmente severo en aquella ciudad al pie de las montañas, Gramsci estaba solo, casi siempre con frío y enfermo, sin un céntimo. Durante su primer mes en Turín, quedó atrapado en una maraña burocrática, sin poder inscribirse en la universidad ni reclamar su beca porque no pudo pagar la matrícula –que la universidad, por error, requería completa– y su padre, una vez más, no había enviado a tiempo sus certificados de estudio del liceo. También se metió en problemas por haber viajado desde Cagliari en tercera clase y no en segunda (para poder embolsarse la preciada diferencia), por lo que no tenía el boleto para presentar como comprobante y se vio en la necesidad de decir que se lo habían retenido en la estación. Finalmente, Francesco se avino a pagarle 75 liras a la universidad el 10 de noviembre y seis días después Antonio se inscribió en la carrera de Filología Moderna en la Facultad de Letras. Recibió de inmediato su primera asignación mensual de 70 liras, pero descubrió que después de pagar el alquiler y otros gastos básicos le quedaba poco y nada para comida: “Hasta hace pocos días […] me daban un platito de maccheroni por 60 centavos y por la misma suma un bife delgado como un papel, de modo que tenía que comer seis o siete pancitos y quedaba más hambriento que antes”.[48] Como aún no había encontrado un alojamiento más barato y adecuado para reemplazar su habitación húmeda y ruinosa, pasaba todo el tiempo que podía en la universidad o en la Biblioteca Nacional. Se quejaba amargamente con su familia por tener que

> atravesar la ciudad tiritando, y después, al regreso, encontrar una habitación fría y [...] tener que quedarme sentado un par de horas tiritando todavía. […] Lo peor es

> que la preocupación por el frío me impide estudiar porque o me paseo por la pieza para calentarme los pies, o bien tengo que quedarme envuelto con ropas y mantas porque no consigo soportar la primera helada. [...] Espero que todos tengan una feliz Navidad, sin temer el peligro de ser echados de la casa o tener que andar pateando el piso para calentarse los pies.

Los Gramsci respondían a las quejas de Antonio con todo el dinero que lograban reunir, en general 15 o 20 liras por envío. Y Antonio sobrevivía, pero con lo justo. En la primavera de 1912, según recordaría más adelante, “estaba en tan malas condiciones que casi no hablé más durante varios meses. Al hablar, confundía las palabras. Por añadidura, vivía justo a orillas del río Dora y la bruma helada me destrozaba”.[49]

Sin embargo, empezó a hacer amigos, sobre todo entre los profesores de la Facultad de Letras, a quienes frecuentaba en la biblioteca o en la universidad y que obviamente notaban su extrema pobreza. Además, al parecer, era un par de años mayor que sus compañeros de estudios, y por lo tanto un poco más cercano en edad a sus profesores, aunque no por eso dejaba de generarles una preocupación paternal. Matteo Bartoli era un especialista interesado en el dialecto sardo, que a su entender arrojaba luz sobre las últimas estribaciones del latín vernáculo, y supo aprovechar a este extraordinario ejemplar de la universidad que era un hablante sardo nativo. La colaboración académica entre ambos, que implicaba que Antonio escribiera a casa para averiguar los equivalentes sardos de algunas palabras italianas, se transformó en una cálida amistad y un interés compartido en la glotología, la lingüística histórica comparativa. Antonio también trabó amistad con Umberto Cosmo, un notable profesor de literatura italiana que había dado clases en el Liceo Dettori de Cagliari antes de que Gramsci estudiara allí. Cosmo le prestaba libros y dinero, y más tarde lo recordó como uno de sus mejores alumnos (volvieron a encontrarse en 1922 en circunstancias muy diferentes, cuando Gramsci era funcionario comunista y Cosmo, funcionario estatal).

Pese a sus marcadas diferencias políticas, Antonio y Cosmo encontraron un terreno común en el movimiento de reforma moral e intelectual del “sumo sacerdote del liberalismo italiano”, Benedetto Croce, vagamente asociado con los impulsos de modernidad y secularismo que cundían en el continente, y cuya premisa fundamental era que el hombre moderno podía y debía vivir sin el consuelo de la religión.[50] Esta perspectiva en esencia nietzscheana y ferozmente secular estaba muy difundida entre los intelectuales progresistas europeos de la época, y Togliatti la describió más tarde como “la ley suprema [de] sinceridad a ultranza con nosotros mismos”.[51] La temprana afinidad de Gramsci con Croce sazonaría todas sus cavilaciones filosóficas y aportaría los fundamentos de su posterior crítica del positivismo y del “cientificismo”, y de su propio “historicismo absoluto”. Sin embargo, su materialismo marxista lo distanciaría del idealismo de Croce (y de Nietzsche). Por el momento, dado que aún no había definido con claridad su posición, tenía mucho para compartir y discutir, y en lo que concordar con Cosmo y los otros croceanos de la universidad, quienes también aportaban otras lecturas fructíferas como Maquiavelo, De Sanctis y Hegel. Todo parece indicar que estos académicos y escritores fueron la única compañía intelectual y social de Gramsci durante al menos sus primeros seis meses en Turín. Y cabe mencionar que, si bien se sentía atraído por la autoridad académica, Gramsci no tenía miedo de desafiarla, a veces de maneras inusitadas. Durante una clase sobre literatura latina, y aunque hubiera novicias presentes en el salón, el profesor hizo algunos comentarios lascivos acerca de dobles sentidos y apóstrofes en la poesía erótica de Catulo, un clásico favorito entre los estudiantes varones. Pese al *ethos* autoritario de la universidad, y de ese profesor en particular, Gramsci lo reprendió en público. Después de un silencio sepulcral, el profesor continuó su clase pero se atuvo a lo que indicaba el programa del curso y se abstuvo de comentarios insinuantes.[52]

A Gramsci le llevó más tiempo hacer amigos entre sus compañeros de estudios, pero aun así llegó a conocer bien a Angelo Tasca, hijo de un obrero socialista de Turín y muy involucrado en esa corriente política ya desde la adolescencia. Tasca había

formado un grupo de “ciclistas rojos” que salían casi todos los domingos por la mañana a “difundir la buena nueva” entre los campesinos, quienes casi nunca querían enterarse (no hay evidencia de que Gramsci haya participado en esas travesías ni, para el caso, de que alguna vez haya andado en bicicleta; aunque muchos años más tarde afirmara que vio una traqueteando por Ghilarza, un claro signo de la modernización del pueblo). El 11 de mayo de 1912, Tasca le obsequió a Gramsci un ejemplar de *La guerra y la paz* en francés, con la profética dedicatoria: “Para el compañero de estudios –hoy–, para mi compañero de luchas –espero– mañana”, y una evidente intención de cultivar un potencial nuevo recluta para los Jóvenes Socialistas. También le envió, estando de vacaciones, un par de postales con un saludo amistoso. Ese mismo año, Gramsci convivió un tiempo con Tasca mientras buscaba un lugar más conveniente para alojarse, pero dos cosas lo aquejaban: el hecho de que Tasca comprara libros que jamás abría –una señal de avaricia y despilfarro– y el abierto desprecio hacia su padre proletario –una señal de falta de seriedad intelectual y moral–.

Gramsci asistió a un debate sobre jurisprudencia en el que participó su compañero de beca, el sardo Palmiro Togliatti. Posteriormente, retomaron su relación, “el comienzo” –recordaría más tarde Togliatti, no sin cierta ampulosidad– “de aquel largo debate que con Gramsci habríamos de retomar tantas veces, bajo otras formas, sobre el eterno tema de la historia de los hombres, matriz de todo lo que los hombres saben o pueden saber”.[53] Pero por el momento, siempre según Togliatti, las ideas políticas de Gramsci seguían teniendo un fuerte cariz nacionalista sardo, en parte alimentadas por la ignorancia y el prejuicio que advertía entre los italianos del Norte, incluidos la mayoría de los socialistas y los proletarios, hacia el Sur y hacia su propia isla natal. Había reunido un nutrido conjunto de libros sobre Cerdeña y –para Davidson– “tendía a romantizar la isla, presentándose, no sin justicia, como el experto en la materia en los claustros”.[54]

A comienzos del verano de 1912, Gramsci se preparaba para sus primeros exámenes universitarios, mal alimentado, mentalmente exhausto y con constantes jaquecas. Como su estado le impedía rendir los exámenes, tuvo que posponerlos hasta el otoño, y regresó

a la casa de su familia en Cerdeña para pasar el verano y recuperarse. Si bien dio algunas clases particulares, se las ingenió para disfrutar de unas vacaciones a orillas del mar en Bosa Marina. Regresó a Turín a comienzos del otoño, bastante recuperado, y sus altas calificaciones en los exámenes de Geografía, Gramática Griega y Latina, y Glotología lo eximieron de pagar las cuotas académicas de ese año. Pese a su pobreza, su desnutrición y sus enfermedades, le iba muy bien en la universidad y los docentes tenían grandes esperanzas puestas en él, en especial Bartoli, el profesor de Lingüística, de quien Gramsci escribiría luego que "estaba convencido de que yo era el arcángel destinado a abatir definitivamente a los neogramáticos [positivistas]".[55] Bartoli estaba tan impresionado que le pidió a Gramsci que transcribiera su curso de Glotología del siguiente año lectivo para los otros estudiantes y lo alentó a escribir sus primeros artículos académicos. La investigación que le encargó sobre el dialecto sardo se publicó un año más tarde, en 1914, en un prestigioso estudio etimológico de lenguas romances cuyo autor era ni más ni menos que el renombrado Wilhelm Meyer-Lübke, quien además había sido el director de tesis de Bartoli. Gramsci tomó clases de literatura y derecho con docentes de la talla de Arturo Farinelli y Luigi Einaudi; en suma, todo indicaba que estaba destinado a seguir una brillante carrera académica.

Pero el invierno de 1912-1913 llegó con más problemas de salud, incluida una bronquitis que afectó a Antonio durante las fiestas navideñas, que pasó en Turín. Esto exacerbó su aislamiento social y su soledad, e hizo que estudiar se transformara en una lucha. A lo único que no renunciaba, pese a su magra beca y las todavía más magras remesas de dinero que le enviaba su familia, era a los libros y el cigarrillo. Prefería asistir a conferencias interesantes fuera de la facultad antes que concurrir a espectáculos o cafés, aunque el arte le interesaba tanto que en mayo de 1913 escribió un artículo algo recargado que reseña burlescamente la situación de la literatura italiana. Veía en los tempranos exponentes del futurismo "lo mejor que la poesía contemporánea puede ofrecerle a la historia" y en Marinetti, un buen tema de discusión antes que "el penúltimo fuego artificial de un individuo de ingenio exaltado"; así, se pronunciaba contra sus críticos burgueses del periódico de la universidad.[56]

Por entonces, Gramsci tenía una comunicación intermitente con su hogar natal (por primera vez sucedió que su familia se quejó de la falta de contacto, y no al revés). En julio de 1913, tuvo que postergar, una vez más, sus exámenes antes de regresar a Cerdeña a pasar el verano. La isla atravesaba entonces otro período de agitación política e industrial debido a sus acuerdos comerciales con Italia continental y el resto de Europa. Gramsci sumó su nombre a una carta de apoyo al periódico sardista *La Voce*, que fue divulgada el 9 de octubre de 1913 y constituyó su primera declaración política pública. Aproximadamente en la misma época, se unió a la Liga Antiproteccionista Sarda que, integrada por los socialistas y sindicalistas más prominentes de la isla, defendía el libre comercio y abogaba por poner fin a los aranceles prohibitivos que favorecían al Norte industrial.

Por primera vez se llevó a cabo una elección basada en el voto casi universal (masculino). Esto dejó al descubierto las tensiones de clase en la sociedad sarda, antes oscurecidas por las políticas de las camarillas paternalistas y el amorfo sardismo opositor, y puso en primer plano la primera representación política abiertamente socialista de la isla. Así, sobrevino una reacción tremenda: una feroz campaña antisocialista de intimidación y propaganda a cargo del *establishment* local y sus aliados políticos y medios afines. Sin embargo, tres diputados socialistas fueron electos en Cerdeña con el apoyo de los campesinos –que por primera vez ejercieron su derecho al voto– y del proletariado organizado de los distritos mineros. Gramsci le escribió a su amigo socialista Angelo Tasca en Turín, dejando en claro su creciente compromiso con las políticas socialistas y su abandono del chovinismo sardo, y destacando su admiración por “la fortaleza de carácter y la rectitud moral” de los socialistas que había conocido en Cerdeña (en marcado contraste con la opinión que le merecía Tasca en aquella época, según cabe señalar).[57]

En el otoño de 1913, de regreso en Turín, la salud de Antonio volvió a empeorar mientras se preparaba para sus exámenes diferidos. Presa del pánico por la enfermedad y el agotamiento nervioso, le escribió a su padre que no se sentía capaz de rendir los exámenes porque, si bien “[llevo] un mes estudiando y

obstinándome, no conseguí otra cosa que causarme raptos de vértigo y, de nuevo, lacerante dolor de cabeza, más una forma de anemia cerebral que me anula la memoria, que me devasta el cerebro, que me enloquece hora tras hora”.[58] Alarmada, su casera llamó al médico, que le administró un calmante para sedarlo; después, el joven estudiante pasó a tomar opio. Gramsci creyó que podía volver a posponer los exámenes hasta la primavera con un certificado médico, sin perder la beca y pagando la matrícula. En el ínterin, le suplicó a su padre que le enviara más dinero para el alquiler y la comida, cosa que Francesco hizo a fines de noviembre. El 19 de febrero de 1914, el consejo directivo del Regio Collegio delle Provincie evaluó su caso, apoyado por su amigo y mentor Bartoli y un certificado médico donde constaba “una forma grave de neurosis”. Su beca fue suspendida provisoriamente, hasta que aprobara los exámenes de Historia Moderna, Filosofía Moral y Cultura Griega, exámenes que aprobó con buenas notas, aunque no sobresalientes como en otras oportunidades. Gramsci recuperó la beca a mediados de abril, pero como le escribió a su hermana Grazietta, el esfuerzo extra hizo mella en su salud: “Hace por lo menos tres años que no paso un día sin dolores de cabeza, sin un vértigo o un mareo”.[59]

Sin embargo, por fin había logrado encontrar un buen alojamiento, con la madre viuda de su compañero de estudios Camillo Berra, en el mismo edificio donde vivía Angelo Tasca. Era una habitación en el altillo, amplia, luminosa y ventilada, donde viviría los siguientes nueve años; es decir, el resto del tiempo que pasaría en Turín. Una vez concluidos y rendidos con éxito los exámenes, en el verano de 1914 comenzó a frecuentar más a sus amigos, en especial a Tasca y Togliatti, y otro joven estudiante socialista recién reclutado, Umberto Terracini. En esa época, todos eran fervorosos croceanos antipositivistas y fervientes admiradores del joven editor revolucionario del diario socialista *Avanti!,* un tal Benito Mussolini. No está claro cuándo exactamente se unió Gramsci al Partito Socialista Italiano, aunque Togliatti más tarde insistió en que fue antes que él mismo lo hiciera en 1914; Davidson sugiere que se afilió en junio o julio de 1913.[60] De hecho, todo indicaría que Gramsci solicitó la afiliación bastante antes en 1913, estimulado por

la exitosa huelga de tres meses de los trabajadores automotrices de Turín y con el patrocinio de Tasca, pero demoras administrativas para procesar un aluvión de nuevos militantes lo hicieron esperar hasta fin de año. Su transición del sardismo al socialismo se vio facilitada por sus experiencias y sus observaciones de la lucha de clases en Cerdeña y ahora en el Norte industrializado, y también por sus lecturas y sus debates con otros estudiantes socialistas.

Uno de sus primeros compromisos políticos fue una campaña para ofrecerle al gran intelectual meridional Gaetano Salvemini ser candidato a una banca en Turín por el Partido Socialista. Se aspiraba a una verdadera unidad nacional entre las masas populares de campesinos del Sur y obreros del Norte. En esa época, la iniciativa de Gramsci representaba un enfoque político sumamente innovador. Los jóvenes socialistas ganaron el debate en el partido local; pero Salvemini –que agradeció su buena voluntad– se sintió obligado a rechazar el nombramiento porque recientemente había abandonado el partido en protesta contra su dominación por parte de los intereses industriales del Norte. El hecho de involucrarse en política amplió y revitalizó el círculo social de Gramsci:

> Solíamos salir en grupo de las reuniones del partido, rodeando a aquel que era un líder nuestro, y cruzábamos las calles de la ciudad ya silenciosa, mientras los últimos noctámbulos se paraban a mirarnos de soslayo porque, olvidándonos de nosotros mismos, con los ánimos todavía expandidos por la pasión, continuábamos nuestras discusiones intercalando en ellas planes feroces, estallidos de risa y galopes hacia el reino de lo imposible y de los sueños.[61]

Mientras tanto, el estallido de la guerra estaba creando profundas tensiones dentro de la Internacional Socialista y los movimientos de trabajadores; en Italia, la crisis del socialismo adoptaría diversas formas locales. En 1912, Mussolini había ascendido a secretario general del Partido Socialista y editor del *Avanti!*, aprovechando los titubeos del liderazgo reformista parlamentario respecto de la

invasión de Libia por parte del gobierno de Giolitti, que el proletariado rechazaba de plano. Ya instalado en ese liderazgo, Mussolini montó un ataque feroz contra la democracia burguesa y propuso la expulsión de aquellos socialistas que desearan formar parte de ella: "A los camaradas que proclaman su deseo de entrar a la fortaleza democrática solo para conquistarla, les respondemos: en cuanto estén adentro de la fortaleza, las puertas se cerrarán a sus espaldas. ¡Nosotros no queremos que el proletariado quede atrapado con ellos!".[62] La nueva perspectiva de Mussolini, abiertamente marxista y revolucionaria, fue muy exitosa. Bajo "el *duce* –como empezaban a llamarlo *los socialistas* antes de 1914–" (destacado en el original), el partido duplicó la cantidad de miembros, aumentó la cantidad de lectores del *Avanti!* de 20.000 a 100.000 y reclutó a una gran cantidad de jóvenes hasta entonces independientes pero desencantados, entre ellos Gramsci y muchos de su círculo en Turín. Un ejemplo de la popularidad de Mussolini en ese momento fue que, después de que Salvemini rechazara ser candidato socialista al Parlamento, sus jóvenes seguidores socialistas de inmediato se la ofrecieron al *duce*.[63] Intuyendo otro tipo de gloria en el futuro, este también la rechazó. En un comienzo, Mussolini se oponía a la participación de Italia en la guerra europea, pero con la perspectiva de la invasión austríaca y el consiguiente (e inevitable) surgimiento del patriotismo masivo, su postura cambió por completo a lo que denominó "una neutralidad activa y operativa" en defensa de los intereses nacionales y el territorio italianos; en los hechos, esto constituyó una tregua provisoria con el capitalismo. Italia no atacaría a nadie, pero estaría preparada para defenderse contra la invasión extranjera.

Entre los jóvenes socialistas de Turín, Gramsci era uno de tantos que apoyaban la nueva línea de Mussolini. Por eso, Togliatti lo instó a escribir una carta al periódico socialista local *Il Grido del Popolo* en respuesta a una carta anterior de Tasca que la condenaba.[64] De hecho, pronto quedó claro que la flamante belicosidad de Mussolini –expresada con su habitual grandilocuencia: "¡Pronuncio una palabra temible y fascinante: guerra!"– provocaba un profundo rechazo en las masas socialistas. Lo expulsaron del partido y de inmediato creó su propio periódico, *Il Popolo d'Italia,* ruidosamente

intervencionista (esto es, partidario de que Italia entrase en guerra) y piedra fundacional del Partido Fascista. El coqueteo de Gramsci con la neutralidad activa y operativa y el intervencionismo implícito no duró mucho, pero sería recordado en su contra varias veces en los años venideros; Williams incluso argumenta que su reputación política "nunca se recuperó del efecto negativo de aquel artículo".[65] Gramsci volvió a la universidad para el nuevo año lectivo 1914-1915 un tanto escarmentado por su primera experiencia en la política de masas. Durante los dos años siguientes, de acuerdo a una carta que le escribió en 1916 a su hermana Grazietta, procedió a "vivir fuera de este mundo, en una especie de sueño, [...] una existencia completamente egoísta para mi sufrimiento solitario".[66]

Más allá de su controversia coyuntural, la carta de Gramsci en defensa de Mussolini prefiguraba varias de las formulaciones maduras de sus cuadernos de la cárcel: por ejemplo, el llamado a tomar en cuenta "las características nacionales particulares" que devendrían en el carácter necesariamente "nacional-popular" de la lucha revolucionaria exitosa, o la noción de un "Estado potencial en proceso de formación" que "se haría cargo de los asuntos públicos" y dirigiría el proceso social y cultural de hegemonía; y quizá, por sobre todas las cosas, un llamado a la acción política de la voluntad humana. Pero, como era de esperar, estos aspectos más sutiles, quizá obvios para Gramsci pero no para muchos otros, quedaron perdidos en el *furore*. Por otra parte, y sin que el propio Gramsci se diera cuenta, la defensa que hizo de Mussolini como "alguien que sabe demostrar energía y tiene una clara visión de hacia dónde se dirige" (una síntesis demasiado precisa de la reputación del *duce* en esa época) y las "algo desorganizadas declaraciones [de su] concretismo realista" también prefiguran su crítica posterior al oportunismo y el "cesarismo" del Estado fascista: un hombre fuerte que busca el poder a partir de la dictadura, no del proletariado socialista, sino de la burguesía reaccionaria, y en última instancia, por supuesto, la dictadura del propio Mussolini.

Con el regreso del invierno, la salud de Gramsci volvió a empeorar. Solo pudo rendir uno de sus tres exámenes diferidos en noviembre de 1914, y volvieron a suspenderle la beca. Pero continuó yendo a la universidad y, por sugerencia de Bartoli, asistió a un curso de

Annibale Pastore, el profesor de Filosofía Teórica, sobre interpretaciones críticas del marxismo, además de tomar clases particulares con él. El tema central del curso era “la incubación de las condiciones materiales para la revolución en el útero de la sociedad actual” como impulso del cambio histórico, y en tanto tal suponía una significativa adaptación de la dialéctica hegeliana. Según recordó luego Pastore, “Gramsci captó enseguida la originalidad de esta idea, y la veía como una nueva apreciación crítica del sentido de la crisis y de la revolución. [...] Quería descubrir cómo el pensamiento conduce a la acción, cómo las ideas se transforman en fuerzas prácticas”.[67] Es posible que Pastore haya exagerado un poco su propia influencia sobre el joven estudiante socialista –en retrospectiva, no fue el único de los profesores y amigos de Gramsci en hacerlo–; pero lo cierto es que Gramsci estaba haciendo importantes ajustes en su pensamiento político y filosófico, alentado por esta nueva afirmación de la acción política como fuerza práctica en la historia, que a su vez aportaría un tema central y recurrente a su propia filosofía de la praxis.

Por fin, en abril de 1915, Gramsci rindió su último examen en la universidad. Dejó inconcluso su ciclo de grado, aunque le faltaba poco para terminarlo, y abandonó el sistema. No le habían renovado la beca. Había sobrevivido al invierno con los préstamos y donaciones de sus amigos, las magras remesas de dinero que llegaban de su casa y lo poco que ganaba dando clases particulares, entre otros, a tres niños ricos a quienes despreciaba por imbéciles y cuyas tareas escolares solía hacer *in toto*. Sus profesores claramente se decepcionaron al verlo marchar, pues pensaban que sus mejores artículos académicos eran el comienzo de una prometedora carrera docente, y continuaron lamentando su partida varios años más. Su propia perspectiva del asunto debe haber sido un poco más confusa en ese momento. En un artículo del *Avanti!* publicado en julio de 1916, Gramsci calificaba a “las universidades [como] llagas supurantes que producen charlatanes e inadaptados” y pedía un nuevo sistema de educación que formara “una nueva generación de productores que den al país menos sonetos y novelas y más máquinas y chimeneas de fábricas”.[68] Por otro lado, mucho después, en 1918, el exdesertor universitario

pensaba en volver a Turín para terminar sus estudios de grado, con una tesis supervisada por Bartoli que aplicaba la nueva perspectiva marxista de Gramsci a la historia del lenguaje. Ocho años más tarde, en una noticia publicada en vísperas del juicio de 1926, el periódico comunista británico *Sunday Worker* describió a Gramsci como “exdiputado, profesor y reconocido etimólogo”.[69]

Sin embargo, la falta de título universitario no marcó una diferencia material en el curso de su vida, y si bien reconocía que había decepcionado a sus maestros, nunca expresó arrepentimiento por haber abandonado los estudios. En todo caso, manifestó un sincero y completo desprecio por “el intelectualismo inconcluyente e incoloro”, “pedantesco y árido” o, en otras palabras, “la cultura como saber enciclopédico, en que se contempla al hombre apenas en forma de recipiente que llenar” que siempre había sido parte integral de la vida académica, en especial cuando esta se consideraba “superior al resto de la humanidad”, y se mostró aliviado de no haber hecho carrera en ese mundo.[70] Gramsci pasaría varios años en la cárcel hasta anunciar su plan para un programa de estudio *für ewig*, para la posteridad, que incluía elementos de sus estudios de grado abandonados –literatura y lingüística sobre todo–, pero cuyo objetivo principal era mantener viva la mente y resistir el torpor de la rutina en prisión.[71] Esto no quiere decir que el tiempo que pasó en la Universidad de Turín desde 1911 hasta 1915 –la duración normal de una carrera de grado, aunque con postergaciones e intervalos reiterados, en su caso– haya sido tiempo perdido o carente de importancia. La Universidad de Turín era una institución académica importante, con reputación internacional en estudios avanzados e investigación, incluido el campo que eligió Gramsci, lingüística comparativa, en el cual se destacó. Sus estudios le habían aportado una sólida formación metodológica y valiosos contactos y redes, que darían frutos sustanciales en futuras colaboraciones y proyectos. Pero también habían requerido un intenso esfuerzo intelectual y serias adversidades personales; eso, sin mencionar la adaptación cultural a la vida en una gran metrópolis italiana continental. Estaba claro que deseaba y necesitaba un descanso. La agitación política global causada por lo que luego se conocería como la Primera

Guerra Mundial ofrecía oportunidades y recompensas en verdad más inmediatas y excitantes.

En una época y un lugar más plácidos, Gramsci bien podría haber regresado a la universidad y completado la etapa final de su carrera. Pero continuó presentándose, en las páginas del *Avanti!* con polémicos textos acerca de la viabilidad del idioma “universal” esperanto (a su entender, un constructo ahistórico un tanto absurdo), como un estudiante que redactaba una tesis sobre la historia del lenguaje. Sin embargo, era evidente que el cambio no dejaba de acelerarse, y eso atrajo a miles de jóvenes brillantes y comprometidos a la acción política. Gramsci había comenzado a militar activamente contra el nacionalismo en sus años de estudiante y a escribir artículos antinacionalistas para *Il Grido del Popolo*, el periódico socialista local. Con su credibilidad parcialmente restaurada entre el proletariado de Turín tras el breve coqueteo con Mussolini, comenzó a dar conferencias en organizaciones socialistas sobre temas de actualidad y teoría marxista, cuestiones que convocaban a un público popular masivo en Italia, aunque no siempre se los comprendiera del todo o con exactitud textual. Los participantes recordarían más su manera de hablar serena y firme y su énfasis en el contenido que el discurso, lo cual significó un cambio refrescante respecto de las florituras retóricas y la ampulosa gestualidad de otros oradores de la época.

En noviembre de 1915, Gramsci se unió al equipo de *Il Grido del Popolo* como escritor y redactor. En 1916, también contribuía con una columna regular en la sección turinesa del *Avanti!,* llamada *“*Sotto la Mole” por la Mole Antonelliana, por entonces el edificio más prominente de la ciudad, que se cernía sobre su propia casa y las oficinas del periódico en Corso Siccardi. Le habían ofrecido un trabajo mejor pago como director de escuela en el pueblo alpino Sauze d’Oulx, 80 kilómetros al oeste de Turín; pero lo rechazó por lo que, a su entender, era un puesto mucho más gratificante en lo político y lo cultural. Ahora trabajaba como periodista de tiempo completo bajo las órdenes del editor del *Avanti!* y líder socialista de izquierda Giacinto Menotti Serrati. Al parecer, la familia de Gramsci cuestionaba esta decisión profesional, tanto por la exigencia que temían afectara sus limitados recursos físicos y mentales como por

razones abiertamente políticas. Dado que Gramsci no les enviaba noticias claras, solo tenían los chismes y rumores que llegaban de otros residentes sardos en Turín. En respuesta a sus preocupaciones, Antonio les pidió ayuda concreta y se dirigió a su hermana Grazietta: “Si alguno de ustedes viniera a quedarse conmigo en Turín, seguramente andaría mucho mejor”. En la misma carta anunció que le escribiría a su hermano Mario para pedirle más ayuda (aunque no especificó de qué tipo). Más allá de la visita ocasional de alguno de sus hermanos varones, la familia se quedó en Cerdeña, y en sus ocasionales comunicaciones Gramsci siguió quejándose de su negligencia y de las adversidades materiales.[72]



Retrato del grupo redactor de *Il Grido del Popolo*. Julio de 1916


L'ORDINE NUOVO

Rassegna settimanale di cultura socialista

SOMMARIO

EDITORIALE

Battute di preludio

La situazione italiana

Primera plana del primer número de *L'Ordine Nuovo*, 1º de mayo de 1919

---

[43] A. Gramsci, *Selections from Cultural Writings*, ed. al cuidado de D. Forgacs, G. Nowell-Smith y W. Boelhower, Londres, 1985, p. 33 [es fragmento de "Cultura e lotta di classe". N. de E.].

[44] G. A. Williams, *Proletarian Order. Antonio Gramsci, the Factory Councils and the Origins of Communism in Italy*, Londres, 1975, pp. 13-14, 47.

[45] A. Gramsci, "The Turin Factory Councils Movement", en *Selections from Political Writings 1910-1920*, ob. cit., pp. 310-320.

[46] Gramsci, *A Great and Terrible World*…, ob. cit., p. 79.

[47] Fiori, ob. cit., p. 71.

[48] Gramsci, *A Great and Terrible World*…, ob. cit., p. 83.

[49] Ibíd., p. 85.

[50] D. Mack Smith, *Mussolini*, Londres, 1994, p. 74 [ed. cast.: *Mussolini*, Madrid, FCE, 2001].
[51] P. Togliatti, *On Gramsci and Other Writings*, Londres, 1979, p. 35.
[52] Davidson, ob. cit., p. 55.
[53] Togliatti, ob. cit., p. 42.
[54] Davidson, ob. cit., p. 62.
[55] Gramsci, *Letters from Prison*, ed. Lawner, ob. cit., p. 112.
[56] Gramsci, *Selections from Cultural…*, ob. cit., p. 53.
[57] Fiori, ob. cit., p. 88.
[58] Gramsci, *A Great and Terrible World…*, ob. cit., p. 89.
[59] Ibíd., p. 95.
[60] Davidson, ob. cit., p. 63.
[61] Fiori, ob. cit., pp. 95-96.
[62] Mack Smith, ob. cit., p. 16.
[63] Williams, ob. cit., pp. 31, 42; allí se señala con tino que la clásica biografía de Gramsci escrita por Fiori "no menciona el proyecto Mussolini" (ibíd., p. 42, n. 11).
[64] A. Gramsci, "Active and Operative Neutrality", *Selections from Political Writings 1910-1920*, ob. cit., pp. 6-9 ["Neutralità attiva ed operante", *Il Grido del Popolo*, 31 de octubre de 1914. N. de E.].
[65] Williams, ob. cit., p. 50.
[66] Gramsci, *A Great and Terrible World…*, ob. cit., p. 95.
[67] Davidson, ob. cit., p. 76.
[68] A. Gramsci, "Schools of Labour", en *A Gramsci Reader*, ed. al cuidado de D. Forgacs, Nueva York, 2000, pp. 59-62.
[69] A. Gramsci, "General Introduction", en *A Great and Terrible World…*, ob. cit., p. 15.
[70] A. Gramsci (con la firma Alpha Gamma), "Socialismo e cultura", *Il Grido del Popolo*, 29 de enero de 1916.
[71] Gramsci, *Selections from Prison…*, ob. cit., p. 37.
[72] Gramsci, *A Great and Terrible World…*, ob. cit., p. 96.

5. El trabajador de prensa

En una carta desde la cárcel, Antonio Gramsci escribió que en sus casi diez años como periodista había producido material suficiente para llenar entre quince y veinte volúmenes de cuatrocientas páginas cada uno. Su producción sumaba más de mil artículos, casi siempre publicados en forma anónima, solo con sus iniciales o bajo un seudónimo (el preferido era “Alpha Gamma”). Incluso hoy, no pasan muchos años sin que se le atribuyan nuevos escritos. En 1918, su mentor académico Umberto Cosmo le propuso compilar una colección de los editoriales breves que había escrito durante los años de guerra. En 1921, su amigo y colega Piero Gobetti compiló una antología de los artículos de Gramsci para el semanario *L’Ordine Nuovo*, que, por motivos que se desconocen, nunca se publicó. Más tarde, cuando ya era un funcionario comunista conocido a escala nacional y futuro diputado, un editor independiente le hizo una propuesta similar. Después de la Segunda Guerra Mundial, integraron una parte sustancial, a veces desconcertante, del aluvión de escritos que el Partido Comunista Italiano definió póstumamente como “gramscianos”.

Pero a partir del volumen y la variedad de su actividad periodística, y de los relatos propios y ajenos acerca de su vida cotidiana, queda claro que de 1916 en adelante esta fue su principal ocupación durante muchos años y constituyó la base práctica que lo ayudaría a consolidar su reputación en otros proyectos políticos. Si Gramsci hubiese tenido que especificar cuál era su empleo convencional, en un *curriculum vitae* o un pasaporte, habría sido periodismo, más específicamente lo que actualmente conocemos como reseñas, artículos y columnas de opinión, antes que la crónica diaria. Esta no era una ocupación inusual para los activistas políticos, en aquella época o desde entonces, sobre todo para aquellos de la izquierda revolucionaria que no tenían otra fuente regular de ingresos. Sin

embargo, para Gramsci no era “solo un trabajo”. Él mismo lo escribió en una de las pocas cartas que sobrevivieron de ese período, mientras encomiaba un artículo de otro socialista eminente y de paso discutía una afirmación, posiblemente chistosa, de Giacinto Serrati que tachaba de “purista” a Gramsci: “Soy un revolucionario, un *historicista*”, con un enfoque enteramente práctico abierto a las correcciones y sugerencias de otros.[73] Gramsci veía su actividad periodística como una contribución al gran proyecto de la revolución socialista.

Incluso como secretario general del PCd’I, en sus últimos años de libertad y legalidad antes de ser arrestado, la escritura de Gramsci era prolífica y a veces se extendía en números completos de sus periódicos, mientras el partido luchaba contra el acoso fascista y la merma de miembros para mantener su perfil público. Una parte sustancial de los cuadernos de la cárcel se ocupa de cuestiones técnicas de la práctica periodística, las políticas editoriales y las estrategias de publicación, con la doble aspiración (para Forgacs) de “comprender cómo está organizada la prensa burguesa y planear la organización de una prensa comunista, [...] un modelo a escala adecuado para contemplar detalles como el diseño visual, la subdivisión de una publicación en secciones y la capacitación de los periodistas”, claramente imbuido de su propia experiencia como trabajador de prensa.[74] Gramsci también juzgaba con ojo de periodista avezado aquello que era actual, relevante y significativo en todo lo que leía o encontraba, y en sus escritos siempre trasluce una sólida sensación del ritmo y la estructura de la narración. Muchas de sus cartas personales desde la cárcel, en especial aquellas que describen incidentes, jornadas o personajes interesantes, se leen más como artículos que como mensajes privados.

Al mismo tiempo, se esforzaba por diferenciarse de los periodistas que vendían su pluma al mejor postor sin respetar principios políticos o profesionales y escribían lo que mejor le cuadraba al editor o el dueño del periódico. La prensa italiana había sido notoriamente sumisa a los intereses de la élite en cuestiones de economía y sociedad, en parte porque la publicación de diarios y periódicos masivos requería una importante inversión de capital.

Esta faceta, así como otras de la hegemonía burguesa, fue muy combatida en los últimos años de democracia liberal bajo el gobierno de Giolitti durante y después de la guerra. Durante un período de aumento exponencial de la tensión y de la actividad que se desplegaban en el campo de la política, las formas de periodismo comprometido e incisivo con un programa explícito propio en los medios de prensa independientes eran no solo posibles sino comercialmente exitosas, en buena parte debido a la fortaleza del proletariado industrial organizado y al alcance de los movimientos socialistas, cooperativistas, sindicalistas y radicalizados. La amplia gama y concentración de material impreso –desde varios diarios en cada región de Italia, e incluso en las ciudades más grandes, hasta un vasto conjunto de reseñas y periódicos sobre todos los temas concebibles– es asombrosa. Aunque, como más tarde señaló el propio Gramsci, el país carecía de un "periódico autorizado" comparable con *The Times* británico.

Mientras la Primera Guerra Mundial daba sus últimos estertores y la revolución proletaria se propagaba por el mundo, los escritos periodísticos de Gramsci eran abierta y orgullosamente partidistas y no ahorraban directivas; incluso, o quizá especialmente, los que se ocupaban de la cultura. También tenían un estilo propio, rotundamente argumentativo y para nada rimbombante, sin miedo a profundizar en temas complejos de filosofía, historia o literatura, siempre dispuestos a desafiar a los lectores y atentos al panorama general detrás de cualquier acontecimiento o personaje específico. El siguiente es el comienzo de una reseña de teatro publicada en abril de 1917, una pequeña muestra de lo que Gramsci el trabajador de prensa se esforzaba por *no* ser (y un boceto irónico de muchos de los periodistas "políticamente comprometidos" de nuestra era):

> Los hombres ingeniosos son una parte muy importante de la vida social moderna, y son muy populares. Suplantan la verdad con una ocurrencia que hace reír, la seriedad con una ocurrencia que hace reír, la profundidad con una ocurrencia que hace reír. El ideal de su vida espiritual es el salón elegante, la conversación fatua y brillante del salón, el aplauso mesurado y la sonrisa velada de los asiduos a

> salones. [... Todo se reduce a] muchas palabras, amable escepticismo, levemente salpicado de sentimentalismo melancólico. El hombre ingenioso se volvió todavía más importante por obra de la última encarnación que sufrieron los salones: las redacciones de los periódicos burgueses. Así, el hombre ingenioso amplió el círculo de su auditorio y volvió ingeniosamente risible todo –la política, la guerra, el dolor, la vida y la muerte– y por ende obtuvo muchos aplausos y ganó mucho dinero.[75]

Al mismo tiempo, debemos tener cuidado de no idealizar la carrera periodística de Gramsci. Hubo momentos en que su instinto periodístico lo condujo a acciones u opiniones que a posteriori resultaron políticamente cuestionables, como el intento de conocer y entrevistar al poeta e ideólogo protofascista Gabriele D'Annunzio (en retrospectiva, justificado como un intento de sembrar cizaña entre el vate y Mussolini) o, durante ese mismo año (1921), el envío de un artículo a *Il Popolo d'Italia,* el diario abiertamente fascista de Benito Mussolini. Por fortuna para la reputación de Gramsci –quien ya tenía bastante que enfrentar con las persistentes acusaciones de "intervencionismo", "idealismo" y "voluntarismo"–, el encuentro con D'Annunzio no se concretó y el artículo fue rechazado.

La redacción de *Il Grido del Popolo* y la sección turinesa del *Avanti!* (que enviaba con regularidad sus columnas al diario con sede en Milán) estaban en el último piso de la Casa del Pueblo, en Corso Siccardi, cuyos pisos inferiores estaban ocupados por la Alianza Cooperativa y los sindicatos locales. En la planta baja funcionaba un café muy grande y popular. Cuando Gramsci empezó a trabajar en *Il Grido…*, la editora era Maria Giudice, una formidable maestra de escuela primaria y madre de ocho hijos, de una intransigencia feroz en política y populista a la hora de hacer propaganda, con una marcada insistencia en que se escribieran mensajes simples y claros que no requirieran altos niveles de instrucción o sofisticación política por parte de los lectores. Todo indicaría que Giudice aplicaba el mismo rasero en el periódico y en el salón de clases. El director de la oficina del *Avanti!* en Turín era Ottavio Pastore. El *Avanti!* le pagaba a Gramsci un salario semanal de apenas 50 liras,

menos de lo que en otros tiempos recibía como estudiante becado, y para *Il Grido…* trabajaba gratis. Por eso, tenía que seguir dando clases particulares para sustentarse. Pasaba el poco tiempo libre que le quedaba con sus coterráneos sardos o con jóvenes socialistas. En esa misma época, entabló una amistad duradera con Attilio Carena y su hermana Pia, que trabajaba para el periódico como taquígrafa y dactilógrafa, e incluso hubo insinuaciones (por parte de Fiori, pero nunca documentadas) de un romance entre Pia y Gramsci.[76]

El tono de los primeros artículos periodísticos de Gramsci era estridente, bajo la evidente influencia de su editora Giudice, y muchas veces elaborado e ingenioso, dado que buscaba ofrecer perspectiva política y orientación teórica en una situación global que cambiaba de manera acelerada: las noticias que llegaban siempre eran parciales y a menudo poco fiables. Lo que ocurría en Rusia, por ejemplo, se publicaba en Italia meses más tarde y casi siempre con datos imprecisos y errores. Si bien el interés popular era enorme, poco se valoraban los aspectos políticos y las implicaciones históricas, o incluso las diferencias entre los distintos grupos y matices de agitadores antizaristas. Cuando una delegación del gobierno provisional (y liberal-burgués) de Aleksandr Kérenski se dirigió a una numerosa multitud reunida frente a la Casa del Pueblo en Turín en agosto de 1917, fue recibida calurosamente al grito de "¡Viva Lenin!".[77]

En un comienzo, Italia entendió la Revolución de Octubre más como un estallido de insurrección anarquista –o incluso, para un periódico conservador, como un desenfreno de una plebe borracha– que como una estrategia deliberada y decidida, perseguida sin compasión y hasta las últimas consecuencias por Lenin y los bolcheviques. No sin razón quizá, porque eso parecía ser de lejos, especialmente bajo las condiciones de censura que imponía la guerra. Incluso de cerca el panorama de la Revolución de Octubre era confuso los primeros días posteriores al derrumbe del gobierno provisional de Kérenski, cuando, como todos sabemos, Trotsky comentó que "el poder cayó en las calles".[78] Para los participantes activos y los testigos oculares (y mucho más para los observadores distantes) era difícil encontrar sentido a la precipitada sucesión de

acontecimientos históricos en la cual (como señaló John Reed, el confidente de Trotsky) todo gobierno establecido "se había desmoronado por completo".[79] En esta etapa inicial, había algo más que un indicio de anarquismo en la primera revolución proletaria del mundo. El 24 de diciembre de 1917, Gramsci escribió un artículo para el *Avanti!* titulado "La rivoluzione contro il capitale", en explícita referencia a la obra maestra de Karl Marx. El artículo dejaba traslucir el idealismo persistente de Gramsci y también sus intentos de dilucidar lo que estaba pasando en Rusia. *El capital* de Marx

> en Rusia era el libro de la burguesía, más que de los proletarios. Era la demostración crítica de la inexorable necesidad de que en Rusia se formase una burguesía, se iniciase una era capitalista, se instaurase una civilización de tipo occidental, antes de que el proletariado pudiese siquiera pensar en conquistar su propia libertad, en sus propias reivindicaciones de clase, en su propia revolución. Los hechos superaron las ideologías. […] Los bolcheviques reniegan de Karl Marx, afirman con el testimonio de la acción llevada a término, de las conquistas realizadas, que los cánones del materialismo histórico no son tan feroces como podría pensarse y como se pensó. [...] [Los bolcheviques] no son "marxistas", […] sobre las obras del Maestro no compilaron una doctrina exterior de afirmaciones dogmáticas e incuestionables. Viven el pensamiento marxista […] que es una continuación del pensamiento idealista italiano y alemán, que en Marx se había contaminado con incrustaciones positivistas y naturalistas.[80]

El blanco retórico inmediato de "La rivoluzione contro il capitale" era en realidad el insípido, cauteloso y predecible marxismo de la Segunda Internacional y su elemento dominante, el Partido Socialdemócrata de Alemania guiado por el "revisionismo" de Eduard Bernstein y otros, junto a las más habituales *bêtes noires* intelectuales positivistas de Gramsci. Bernstein insistía en que la

construcción del socialismo debía seguir un curso predeterminado, pasando por una democracia burguesa plenamente desarrollada y una economía industrial (que por supuesto continúa siendo la perspectiva estratégica de la socialdemocracia), y proponía para el corto plazo un acuerdo con el capitalismo y la democracia parlamentaria, en cuyo marco el socialismo cotidiano del proletariado industrial maduraría poco a poco y se iría propagando. Esta estrategia de transigencia y gradualismo llevaría a Friedrich Ebert y los otros marxistas "científicos" del Partido Socialdemócrata de Alemania al gobierno en la República de Weimar en la posguerra y abonaría la violenta represión –por obra de sus fuerzas policiales en colaboración con el protonazi Freikorps– de la revolución proletaria en Alemania en noviembre de 1918. En Italia, el marxismo "reformista" o "gradualista" continuó siendo el único elemento más fuerte dentro del Partido Socialista hasta la ruptura de comienzos de los años veinte y la aparición del fascismo, en parte porque estaba profundamente alojado en el sistema de clientelismo y subsidios operado por el Estado y las instituciones políticas.

Así, quizá de manera confusa, al atacar a Marx y *El capital*, Gramsci estaba poniendo la mira en el determinismo mecanicista de los devotos de la socialdemocracia y lo que entendían por "marxismo" (y también, acaso inadvertidamente, estaba identificando las primeras bases del bolchevismo ruso en la *intelliguentsia* burguesa radicalizada y no en las masas populares). Pero para entender esta línea de argumentación, primero había que entender de filosofía y comprender la historia del pensamiento subyacente a la mayoría de los "marxistas", especialmente aquellos que no gozaban de una educación universitaria liberal. Muy pronto, Gramsci renegaría de "La rivoluzione contro il capitale" por considerarlo desinformado y erróneo, luego de realizar una lectura más exhaustiva y adecuada de los textos. Aun así, en ese desaforado y muy denostado artículo –que suele citarse contra el Gramsci "idealista" y "voluntarista" en los años venideros de conflicto intrapartidario–, aparecen una vez más ciertos elementos de su perspectiva madura, específicamente los compromisos relacionados con los datos históricos y la acción política, el "historicismo absoluto" esencial para el cambio revolucionario efectivo, y la necesidad de un

partido disciplinado, organizado y conscientemente revolucionario o “Príncipe moderno” que dirija ese cambio revolucionario por medio de la educación y la agitación de las masas populares. El resultado final (al cual Gramsci en esta etapa temprana se refería como “elevación” –término dilecto del idealismo italiano–) sería una acción deliberada de cambio revolucionario llevada adelante por un proletariado esclarecido, guiado por líderes compasivos y capaces. [81] Por otra parte, su apreciación de la *excepcionalidad* de la Revolución Soviética –al comienzo, un factor positivo para superar una hegemonía burguesa localizada relativamente débil– encontraría eco en la posterior evaluación de Lenin, mucho más cargada de remordimiento, acerca de las perspectivas reales de la hegemonía proletaria en una de las sociedades y economías menos desarrolladas del mundo. Lo mejor que se podía esperar en Rusia, al menos en el corto o el mediano plazo, era (en las proféticas palabras de Gramsci en “La rivoluzione contro il capitale”) “un colectivismo de la pobreza y el sufrimiento”. En términos “historicistas absolutos”, los bolcheviques no tenían otra opción que “tomar el poder para que el pueblo ruso no sufriera una horrible calamidad”, aunque esto representara (en palabras de Lenin al último Congreso de la Comintern al que asistió en 1923) “un gran infortunio para la revolución proletaria internacional”.[82]

En efecto, el experimento radical de los bolcheviques con la historia salvó y modernizó el imperio ruso, pero sacrificó a cambio la revolución proletaria global. Y así, por el momento, el capitalismo abandonó Oriente, y, en parte por su lógica inherente de crisis cíclicas y conflicto bipolar, floreció en Occidente. Más aún, la socialdemocracia al estilo alemán resultaría mucho más atractiva a escala internacional y perduraría tanto más a lo largo de la historia que el bolchevismo ruso, sobre todo en lo atinente a anticipar y frustrar la revolución proletaria en aquellos países donde más se la esperaba: principalmente Alemania, pero también (con una orientación mucho más laborista y, en consecuencia, mucho menos “marxista”) Gran Bretaña. Esta (más allá de que sea o no algo que ocurra en efecto, históricamente –según argumentó Gramsci en su crítica al trotskismo en sus *Cuadernos de la cárcel*–) es la prueba definitiva del valor político de una estrategia.

"La rivoluzione contro il capitale" resultaría ser el más famoso, o en realidad el más controvertido, de los artículos tempranos de Gramsci, pero hubo otros de importancia perdurable, sobre todo porque también anticiparon temas característicos de su pensamiento maduro. Gramsci retomó el tema distintivo de lo "nacional-popular" en "Socialismo e cultura", escrito en enero de 1916 para *Il Grido…* bajo el habitual seudónimo Alpha Gamma, donde argumentaba que "cada revolución fue precedida por una intensa labor de crítica, de penetración cultural".[83] Este "trabajo" de aculturación permite el cambio individual que debe acompañar la lucha colectiva para que esta pueda transformar, de manera verdadera y permanente, las relaciones sociales: "La cultura es [...] organizar, disciplinar el yo interior de cada cual, es tomar posesión de la personalidad propia, conquistar una conciencia superior, por la cual uno llega a comprender su propio valor histórico, su propia función en la vida, sus propios derechos y sus propios deberes". Este es el fundamento de lo que, un par de años más tarde, definirá –en "I misteri della poesia e della cultura", publicado en *Il Grido…* en octubre de 1918– como "comunismo crítico [...] la concepción filosófica de que uno 'es' cuando uno 'es de uno mismo' y 'tiene conciencia' de su propio ser".[84]

En otro lugar, afirma que "la idea socrática de cultura: pensar bien, sea lo que sea que uno piense, y por tanto actuar bien, sea lo que sea que uno haga" es un ingrediente esencial del cambio social revolucionario. Para poder entender el mundo y cambiarlo, la misión básica del marxismo, uno primero tiene que entenderse y cambiarse a sí mismo: "Voluntad, en el sentido marxista, significa tener conciencia del objetivo estratégico, lo que a su vez significa tener una noción exacta del propio poder y de los medios para expresarlo a través de la acción".[85] Este era un "individualismo radicalizado" marxiano integrado que pronto desaparecería casi por completo del discurso de la izquierda bajo una sucesión de versiones autoritarias del materialismo histórico: el estalinismo, el trotskismo, el maoísmo, e incluso el algo sombrío estructuralismo de la escuela de Frankfurt. El individualismo radicalizado resurgiría en una forma extrañamente distorsionada como impulso rector del capitalismo consumista de fines del siglo XX, y no sería la única idea originariamente radical

que atravesaría semejante mutación (o lo que Gramsci luego denominaría "transformismo": cambios sutiles en la ideología dominante para adaptarse o absorber a la oposición). Para entonces, el individualismo radicalizado era propiedad intelectual de la derecha, bajo las categorías ideológicas de thatcherismo y *reaganomics*, mientras que la izquierda política organizada estaba embarcada en su larga y lenta deriva hacia la irrelevancia marginal. Otra curiosa mutación desplazaría más adelante a las "políticas identitarias" de los años setenta, firmemente focalizadas en los movimientos liberacionistas de género, raza y sexualidad, con una nueva política reaccionaria basada en la pertenencia regional, nacional y en algunos casos extremos racial.

Hasta su muerte, Gramsci jamás perdió del todo de vista su *marxismo abierto* –*Open Marxism* es el título de una compilación estadounidense de sus escritos realizada en los años setenta, cuya introducción lo describe como alguien "no contaminado por la derrota histórica que no llegó a vivir"–, aunque comprendía desde lejos y con meridiana claridad –gracias a los dieciocho meses cruciales y altamente formativos que pasó en Rusia en los años críticos de 1922 a 1924– las tensiones y conflictos que este enfrentaba a causa de la lucha bolchevique por proteger y preservar los logros de la Revolución Soviética que él había apoyado con tanto fervor.[86] Otros escritos tempranos contemplan la necesidad de nuevas formas de conciencia colectiva y también individual, y de programas de educación organizados, profundos y rigurosos, otro tema recurrente en su pensamiento. Su observación –en "I ricorsi della storia e le vicende delle cotoniere", escrito en diciembre de 1916–[87] de que "nada tiene de servil [la] mirada" del proletariado triunfante y seguro de sí mismo anticipa su posterior énfasis en la actitud moral de las masas, en la importancia de la responsabilidad colectiva, en la independencia de criterio y la asertividad, y en los afectos debilitantes de la mentalidad "subalterna" fomentada por la hegemonía burguesa para mantener el consentimiento popular a la opresión y la explotación capitalistas. Con el mismo fin, Gramsci se involucró en la fundación en Turín de un Club de Vida Moral, vagamente asociado con *Il Grido del Popolo*, cuyo objetivo era lograr que "los jóvenes que se comprometan con el movimiento

económico y político socialista se acostumbren a la discusión objetiva e imparcial de cuestiones sociales y éticas". Como observa Boothman: "Esta es la primera referencia explícita al tema de la 'reforma intelectual y moral', un concepto clave de los *Cuadernos de la cárcel*".[88]

En "Uomini o macchine?", escrito para el *Avanti!* más adelante ese último mes de 1916, Gramsci argumentaba a favor de "una escuela humanista" que impartiera, de manera sistemática pero bondadosa, los valores del iluminismo progresivo y el conocimiento técnico necesario para poder aplicarlos en la práctica. Su persistente resentimiento contra las privaciones de su infancia es evidente en el pedido que hace: que se dé "a los más capaces esa independencia económica que es indispensable para dedicar con tranquilidad su tiempo al estudio". Pero hasta los menos aptos para estudiar necesitan una educación liberal de anchas miras para poder asumir un rol adulto apropiado en la sociedad: "La escuela profesional no debe volverse una incubadora de pequeños monstruos áridamente instruidos para un oficio, sin ideas generales, sin cultura general, sin alma, sino solo de ojo infalible y de mano firme".[89] La educación de la clase trabajadora tendría que abarcar mucho más que el trabajo. En "L'intransigenza di classe e la storia italiana", una reflexión bastante extensa sobre la naturaleza y el rol del Estado moderno publicada en *Il Grido…* en mayo de 1918, se oyen ecos de la experiencia personal del joven Antonio cuando comenta que "los maestros, elegidos de entre una acotada cantidad de indigentes, dado lo exiguo de las remuneraciones, no están a la altura del objetivo de la educación nacional". Sus ideas posteriores acerca del rol educativo y directivo del Estado moderno en cualquier economía y sociedad exitosa, ya sea capitalista o abiertamente socialista, se pueden entrever en su insistencia en que "un Estado democrático no es el producto de un corazón bondadoso o de una educación liberal; es una necesidad de la vida para la producción a gran escala, para el intercambio, para la concentración de la población en las ciudades modernas".[90] Gramsci retomará estos temas más adelante, en sus escritos de la cárcel sobre "americanismo y fordismo". Allí también aparece el desprecio por la filantropía liberal que cultivaría hasta el fin de su vida, con particular énfasis en la

caridad y las “buenas obras”, que en otro artículo contrapondría a la dupla “solidaridad y organización”.[91] A lo largo de este período, Gramsci siguió viviendo en casa de la señora Berra, en su cómoda, sencilla y, sobre todo, barata habitación del altillo. Pero, a medida que su carrera periodística y política, y sus relaciones personales y políticas, fueron progresando, empezó a pasar cada vez menos tiempo allí. Todo indicaría que no se privó de tanto como los primeros inviernos y que gozó de una salud relativamente buena, aunque las crisis económicas y los sacrificios de la época de guerra hacían que la vida fuera más difícil para todos. La mejoría de su salud y estado de ánimo, al igual que su círculo social más amplio y su compromiso personal más profundo con este, se ven reflejados en sus escritos. En un artículo inusualmente personal que escribió para *Il Grido…* poco después de la Revolución de Octubre, texto que ofrece un panorama real de lo que se *siente* al vivir el cambio revolucionario, escribió:

> Discurro con compañeros, amigos y allegados; siento en todos algo diferente. [...] Surgieron nuevas necesidades. […] Todos están inquietos. [...]
> ¿Por qué esconderlo? Yo también participo en esa inquietud, en esa incertidumbre. […]
> Tres años de guerra acarrearon grandes cambios en el mundo. Sin embargo, quizá el mayor de todos los cambios sea este: tres años de guerra volvieron *sensible* el mundo. *Sentimos* el mundo; antes solamente lo *pensábamos*. […]
> Se formó un nuevo clima moral: todo es móvil, inestable, fluido.[92]

Bertolt Brecht escribió en términos sorprendentemente similares acerca de la exigencia impuesta a su generación de artistas e intelectuales de entreguerras: ser sensibles a las corrientes artísticas, estéticas y culturales, y al mismo tiempo insensibles al impacto del ajuste económico, social y político si querían producir algo que tuviera un valor perdurable; el resultado final era que “el individuo productivo debía pagar el precio de la vulnerabilidad”.[93]

David Bowie lo expresó con otras palabras, cuando habló de “una dicotomía que te marea –la sed de vida *versus* lo definitivo de todo– […] y que produce esos momentos que se sienten como la verdad real”.[94] Estos dilemas existenciales, insolubles a fin de cuentas –cómo hacer para encarar el mundo desde cero cada día; cómo vivir al máximo una vida que sabemos que terminará con la muerte; qué lugar ocupa nuestra experiencia pasada, duramente ganada, en el transcurso de nuestros siempre renovados presente y futuro–, preocuparon a Antonio Gramsci durante los veinte años de vida que le quedaban. Pero hasta el momento el estudiante solitario se está convirtiendo en un joven en la ciudad, tanto como lo permite su conducta siempre ascética. La sensación de un inminente cambio social masivo, de que “se forma un nuevo hábito: no temer lo nuevo; primero porque las cosas no pueden ir peor, y segundo porque uno se convence de que van a ir mejor”, comienza a socializarlo *a él.*[95] Sus preocupaciones, reflejadas en sus opiniones periodísticas, eran tanto culturales como políticas, aunque en esos tiempos de turbulencia universitaria la diferencia (en sí misma un artificio de la hegemonía burguesa, según Gramsci) era muy difusa. De acuerdo con Forgacs, ese fue un “período en el que ‘la cultura’, en los sentidos dominantes vinculados a la palabra en italiano en esa época (que incluía la ‘educación’ y aquello que la jerga del idealismo llamaba ‘actividades del espíritu’, como la filosofía, el arte y la literatura), fue una parte importante de su rutina de vida”.[96]

Los movimientos artísticos convergentes en lo que luego se identificaría como modernismo –futurismo, constructivismo y sus retoños más *outrés*: dadaísmo y surrealismo– eran en esa etapa explícita y deliberadamente políticos en sus aspiraciones e intervenciones, impulsados por el rechazo a la masacre de la guerra y el viejo orden imperial que la había provocado. Este talante se condensaría en lo que John Willett llama una visión constructiva particular que se origina al finalizar la Primera Guerra Mundial, un nuevo realismo que buscaba métodos para ocuparse de las cuestiones reales y de las necesidades humanas reales, una visión filosamente crítica de la sociedad existente y los individuos, y una determinación de manejar los nuevos medios y descubrir nuevos

enfoques colectivos para la comunicación de conceptos artísticos.[97]

Gramsci adoptaría con entusiasmo ese enfoque –algo relativamente inusual, si se tiene en cuenta la degeneración del futurismo al comienzo de la guerra en una herramienta de propaganda militarista y uno de los primeros ingredientes del fascismo– en el discurso cultural italiano y lo cargaría con una valoración del "americanismo" que, en los años veinte y después, se volvió sinónimo de este nuevo, expansivo y práctico estado de ánimo cultural.[98]

En una época en que, según Willett, la crítica teatral europea era de una calidad y un impacto incomparables como medio esencial entre los artistas experimentales y el público que los admiraba, casi una forma de arte por derecho propio, Gramsci se construyó una sólida reputación como crítico. Gran parte de sus más de mil artículos publicados en la prensa escrita eran, de hecho, reseñas de obras de teatro y exposiciones –escribió más de doscientas columnas sobre teatro solo para el *Avanti!* entre 1916 y 1920– y muchos otros aludían a movimientos culturales y eventos artísticos dentro de una indagación más amplia sobre la época. Es probable que dedicara la mayor parte de su tiempo y su atención al teatro, las salas de exposición y las galerías; un estilo de vida nada desagradable para un joven soltero que aún no había cumplido los 30 y perseguía lo que en 1915 había denominado "la posibilidad de sentir la belleza dondequiera que esté".[99] Incluso cuando lo invitaban a dar conferencias en alguno de los círculos de estudios en los barrios de clase trabajadora de Turín –había una creciente red, que culminaría en la cofundación del Instituto de Cultura Proletaria en 1921-1922, según el modelo del movimiento Proletkult soviético–, era muy probable que hablara de una nueva novela como si se tratara de una controversia política del momento: "Un episodio histórico, un libro recién publicado o una nueva pieza teatral, todos eran pretextos válidos para propagar ideas".[100]

En general, su apreciación de las nuevas formas y temas culturales era adelantada para la época. Por ejemplo, encomiaba el "arranque de virtuosismo, de habilidad literaria y de destellos discursivos" de Luigi Pirandello y su "plasticidad" y "evidencia

fantástica, admirable”, un arte “que de la vida capta la mueca más que la sonrisa” en un tiempo en que el dramaturgo (cuya pieza más famosa y perdurable, *Seis personajes en busca de autor*, es un texto clave en la apertura del teatro hacia las vanguardias y las problemáticas contemporáneas) era tenido por superficial e incomprensible, cuando no loco de remate.[101] Si bien era un crítico feroz de las fallas dramáticas de los experimentos de Pirandello en lo atinente a la trama y la puesta en escena –“desconcierta seguir encontrando [humanidad] en tal orgía de pirotecnia filosófica propia de un profesor de liceo de provincia”; actores reducidos a “marionetas escénicas”; “un pantano retórico de moralidad inconscientemente predicatoria y de mucha verbosidad inútil”–, Gramsci fue uno de los primeros críticos en tomarlos en serio y ver en ellos la base de un nuevo teatro moderno capaz de expresar los dilemas y las crisis morales contemporáneos. Al menos parte de su atractivo para Gramsci era el uso desprejuiciado que hacía Pirandello de su dialecto siciliano natal, y la alentadora y vital “erupción de un paganismo naturalista para el cual la vida, la vida toda, es bella, el trabajo es una obra feliz, y la fecundidad irrefrenable irrumpe de toda la materia orgánica”. Esos métodos innovadores y esas fuentes artísticas totalmente novedosas ayudaron a convertir (para Forgacs) a Pirandello en “un barómetro del cambio cultural”.[102] Gramsci era mucho más crítico de los gustos y expectativas convencionales del público burgués hostil a Pirandello, para el cual “hacía falta sangre o un casamiento, y por lo tanto no aplaudió”. Muchos años más tarde, en una carta escrita desde la cárcel a su cuñada Tatiana, Gramsci recordaría con cierto orgullo que “escribí sobre Pirandello de 1915 a 1920, tanto como para compilar un librito de 200 páginas, y en ese momento mis afirmaciones eran originales y sin precedentes: Pirandello era o tolerado amablemente o ridiculizado abiertamente”.[103]

En marzo de 1917, Gramsci escribió una reseña sumamente favorable sobre *Casa de muñecas*, la pieza teatral de Henrik Ibsen estrenada en el Teatro Carignano de Turín, con Emma Gramatica en el rol protagónico de Nora Helmer, contra una recepción en general fría por parte del público.[104] Dicha recepción derivaba, para

Gramsci, de un machismo latino simplista, una reacción a la nueva sensibilidad feminista, una nueva tendencia para la cual

> la mujer y el hombre ya no son más solo músculos, nervios y epidermis, sino esencialmente espíritu; para [la] cual la familia no es solo una institución económica. [...] La mujer ya no es más la hembra que nutre de sí a los recién nacidos y siente por ellos un amor que está hecho de espasmos de la carne y de sobresaltos de la sangre, sino que es una criatura humana por sí misma, que tiene una conciencia para sí, que tiene necesidades interiores suyas, que tiene una personalidad humana completamente suya y una dignidad de ser independiente.

Esta perspicaz sensibilidad artística del norte de Europa, amplia de miras, cuyo ejemplo más señero era Ibsen, contrastaba con la tendencia italiana ("las costumbres de la burguesía latina pequeña y grande") a presentar la mujer de familia como "esclava, sin profundidad de vida moral, […] sometida incluso cuando parece rebelde". El protofeminismo ibseniano de Gramsci sería reforzado y al mismo tiempo puesto a prueba por sus propias relaciones románticas, extrañamente anticipadas en otra reseña escrita tres años más tarde sobre una obra del dramaturgo ruso Leonid Andréiev. La trama de *Anfisa*, escribió Gramsci, giraba en torno a "tres figuras femeninas, o mejor dicho una sola figura contenida en todas ellas: el ser que vive para el amor y bajo el dominio de un hombre, al extremo del sacrificio personal, la pérdida de la individualidad, el odio, el crimen".[105] Esto fue publicado exactamente dieciocho meses antes de que conociera a la primera de las tres hermanas Schucht que –una después de la otra y de maneras muy diferentes, pero que quizá se puedan comprender mejor desde la persistente y confusa perspectiva de Gramsci cuando habla de "una sola figura"– llegarían a dominar cada etapa y cada faceta de su vida emocional adulta.

Fiel a su propio marxismo, que se profundizó en lo que algunos llamarían su período culturista, Gramsci estaba tan preocupado por las relaciones sociales y la economía industrial de la producción

cultural como por su resultado artístico. En el verano de 1917 –mientras la marcha de los acontecimientos en la guerra y en Rusia se aceleraba, y justo un mes antes de que Turín experimentara su propia insurrección, pobremente liderada y cruelmente reprimida, provocada por la escasez de alimentos y otros rigores propios de la época de guerra, en la que murieron más de cincuenta personas y hubo más de doscientos heridos–, Antonio se enredó en un debate en *Il Grido…* acerca de la "industrialización" del teatro en Turín bajo la influencia de los propietarios/empresarios, los hermanos Chiarelli. [106] Gramsci los acusó de desplazar el verdadero arte dramático con operetas, espectáculos de variedades y *vaudevilles*, y de consentir el gusto popular vulgar por el entretenimiento fácil, todo sea por defender "la autocracia del capital monopolizado". Giovanni Chiarelli respondió indignado con una lista de compañías teatrales que los hermanos habían contratado, para no mencionar "varias conferencias, conciertos y compañías francesas", respuesta que Gramsci menoscabó debidamente con su propia lista de espectáculos de variedades y operetas que habían dominado los escenarios de Turín en los últimos meses. Por último, en su propia recapitulación, cita el comentario de otro periódico: "Los propietarios teatrales están reunidos en consorcio sobre bases comerciales e industriales: tutelan exclusivamente sus propios intereses; el arte les importa un bledo". Gramsci volvió a pedir "topes impuestos por el Estado" para restablecer el equilibrio y evitar las "exageraciones monopólicas".

Poco después, como casi todo el personal había sido arrestado tras los levantamientos y la reacción de agosto de 1917, Gramsci quedó a cargo de la edición de *Il Grido…* También fue nombrado como uno de los doce miembros del comité ejecutivo *ad hoc* del Partido Socialista de Turín, tras la disolución de los cuerpos oficiales y la ocupación de las oficinas en Corso Siccardi por parte del ejército. El hecho de que en ese momento de crisis Gramsci no haya sido arrestado y se haya unido al liderazgo del movimiento por defecto probablemente nos dé un indicio no de su relevancia sino de su estatus inferior. Bajo las condiciones de represión y censura imperantes, el comité pudo hacer poco y nada, excepto reuniones clandestinas para debatir y votar una resolución sobre el libre

comercio y el proteccionismo arancelario, una preocupación de Gramsci desde sus tiempos de sardista. Lo cierto es que continuó liderando charlas informales entre grupos de activistas y, lo que es más significativo, cambió la orientación de *Il Grido del Popolo*: alejado de la propaganda agitadora y las explicaciones simplistas que privilegiaba Maria Giudice y hacia lo que Piero Gobetti definiría con admiración como "una incitación a la libre iniciativa de los de abajo".[107] Gramsci encargaba traducciones de textos bolcheviques clave y las publicaba con regularidad y en un lugar destacado, confrontando lo que denominaba "la manera nacional" con las maneras europeas, y transformando "una propaganda evangélica semanal con algunas noticias locales [en] una pequeña reseña de cultura socialista, desarrollada de acuerdo con la teoría y la estrategia del socialismo revolucionario".[108] Se las ingenió para mantener *Il Grido…* vigente un año más; el último número se publicó el 19 de octubre de 1918, pero su forma y enfoque aportarían un modelo para su siguiente emprendimiento en el rubro de las publicaciones periódicas, que sería más famoso y más exitoso.



Una de las ocupaciones decididas por los consejos de fábrica turineses (especialmente, en el sector metalmecánico), durante septiembre de 1920

---

[73] Gramsci, *A Great and Terrible World*…, ob. cit., p. 99 [carta a Leo Galetto, febrero de 1918; destacado de Pearmain. N. de E.].

[74] Gramsci, *Selections from Cultural*…, ob. cit., pp. 386-387. Este volumen incluye la selección más amplia en inglés de notas de Gramsci sobre periodismo (ibíd., pp. 386-425).

[75] Ibíd., p. 73 [en el texto de Gramsci –"'Non amarmi così!' di Fraccaroli al Carignano", *Avanti!*, 5 de abril de 1917– hay un juego de palabras entre *spiritoso* –ingenioso– *y motto di spirito* –chiste, réplica sagaz y cómica–. N. de E.].

[76] Fiori, ob. cit., p. 112 [en la actualidad, esa relación íntima está confirmada por distintos testimonios adicionales. N. de E.].

[77] Ibíd., p. 110.

[78] I. Deutscher, *The Prophet Armed*, Óxford, 1970, p. 54 [ed. cast.: *Trotsky. El profeta armado*, México, Era, 1976].

[79] J. Reed, *Ten Days that Shook the World*, Nueva York, 1919, p. 78 [ed. cast.: *Diez días que estremecieron el mundo*, Madrid, Akal, 2011].

[80] A. Gramsci, "The Revolution against Capital", en *A Gramsci Reader*, ob. cit., pp. 32-36 ["La rivoluzione contro il capitale", *Avanti!*, 24 de noviembre de 1917. N. de E.].

[81] M. W. Martin, *Futurist Art and Theory*, Óxford, 1968, p. 23, n. 1.

[82] Gramsci, *Selections from Political Writings 1910-1920*, ob. cit., pp. 34-37; V. I. Lenin, discurso pronunciado ante el Congreso de la Comintern en 1923.

[83] Gramsci, *History, Philosophy and Culture…*, ob. cit., p. 21.
[84] Ibíd., p. 18.
[85] Gramsci, “Filantropia, buona volontà e organizzazione”, *Avanti!*, 24 de diciembre de 1917; “Il nostro Marx”, *Il Grido del Popolo*, 4 de mayo de 1918.
[86] A. Gramsci, *The Open Marxism of Antonio Gramsci*, ed. al cuidado de C. Manzoni, Nueva York, 1974, p. 7.
[87] *Il Grido del Popolo*, 9 de dicembre de 1916, incluido en *Cronache torinesi*, Turín, Einaudi, 1980, pp. 635-641. [N. de E.]
[88] Gramsci, *A Great and Terrible World…*, ob. cit., pp. 100-101, y n. 10.
[89] A. Gramsci, “Men or Machines?”, en *The Antonio Gramsci Reader*, ob. cit., pp. 62-64 [“Uomini o macchine?”, *Avanti!*, 24 de diciembre de 1916. N. de E.].
[90] A. Gramsci, “Class Intransigence and Italian History”, en *The Antonio Gramsci Reader*, ob. cit., pp. 40-44 [“L’intransigenza di classe e la storia italiana”, *Il Grido del Popolo*, 18 de mayo de 1918. N. de E.].
[91] Gramsci, “Filantropia, buona voluntà e organizzazione”, cit.
[92] A. Gramsci, “Literature”, en *History, Philosophy and Culture…*, ob. cit., pp. 23-26; destacado en el original [el título italiano es “Letture”. N. de E.].
[93] S. Parker, *Bertolt Brecht. A Literary Life*, Londres, 2014, p. 1.
[94] D. Bowie, *Interview*, 25 de mayo de 2002; disponible en <www.davidbowie.com/2002/2002/05/26/bowie-in-june-edition-of-interview-magazine>.
[95] A. Gramsci, “The Watchmaker”, en *History, Philosophy and Culture…*, ob. cit., pp. 36-37 [“L’orologiaio”, *Il Grido del Popolo*, 18 de agosto de 1917. N. de E.].
[96] D. Forgacs, en su introducción a Gramsci, *Selections from Cultural…*, ob. cit., p. 16.
[97] J. Willett, *The New Sobriety. Art and Politics in the Weimar Period*, Londres, 1978, p. 11.
[98] Martin, ob. cit., p. xxvii.
[99] A. Gramsci, “The Light Which Went Out”, en *History, Philosophy and Culture…*, ob. cit., p. 28.
[100] Fiori, ob. cit., p. 104.
[101] Gramsci, *Selections from Cultural…*, ob. cit., pp. 77-86.
[102] Forgacs, en Gramsci, *Selections from Cultural…*, ob. cit., p. 12 [las citas corresponden a los artículos “‘Il giuoco delle parti’ di Pirandello al Carignano”,“‘Pensaci Giacomino!’ di Pirandello all’Alfieri”, “‘Il piacere dell’onestà’ di Pirandello al Carignano” y “‘Liolà’ di Pirandello all’Alfieri”. N. de E.].
[103] Gramsci, *Letters from Prison*, vol. 1, ed. Rosengarten, ob. cit., p. 84 [carta del 19 de marzo de 1927. N. de E.].
[104] Gramsci, *Selections from Cultural…*, ob. cit., pp. 70-73 [“La morale e il costume (*Casa di bambola* di Ibsen al Carignano)”, *Avanti!*, 22 de marzo de

1917. N. de E.].
[105] Ibíd., p. 75.
[106] Ibíd., pp. 56-67.
[107] Ibíd., p. 411.
[108] Fiori, ob. cit., p. 114.

6. En la lucha: *L’Ordine Nuovo* y los consejos de fábrica

Esta primera etapa de la carrera política de Antonio Gramsci, entre el final de la guerra y su partida hacia Moscú en 1922, demostró ser, en muchos sentidos, la más beligerante. Por diversas razones polémicas y políticas, quienes compiten por ser los herederos del legado de Gramsci han tendido a darle más importancia de la que merece. Por ejemplo, los opositores izquierdistas del Partido Comunista Italiano han exagerado el rol de Gramsci en los “dos años rojos” y el movimiento de los consejos de fábrica, y la importancia de los propios “soviéticos en Italia”. La afiliación masiva de posguerra del Partido Comunista Italiano bajo Palmiro Togliatti construyó su propio mito fundacional alrededor de Gramsci, saliendo con sus camaradas comunistas, con toda intención y necesidad, del atolladero reformista y maximalista del socialismo italiano, mientras que el propio Gramsci siempre había tenido una visión decididamente mixta y arrepentida de la escisión. Casi todos los bandos han definido a *L’Ordine Nuovo*, el diario que Gramsci, Togliatti, Angelo Tasca y Umberto Terracini produjeron conjuntamente durante este período, como una suerte de vocero de los consejos de fábrica, y al movimiento mismo como lo más cerca que alguna vez llegó Europa Occidental a una revolución proletaria genuinamente exitosa al estilo soviético. Pero así como los efímeros consejos de fábrica de Turín se encontraron casi por completo aislados y abandonados por las principales corrientes de trabajadores y movimientos socialistas italianos, y la Internacional Comunista pensaba que el primer PCd’I era solo una pequeña secta díscola que no había podido impedir la aberración histórica del fascismo y ni siquiera convocar a la mayoría del proletariado italiano, el joven y libre Gramsci luchó para hacer sentir su presencia

en esos tiempos cruciales. Lo cierto es que siempre estuvo en los márgenes de los acontecimientos políticos, usualmente dentro de alguna pequeña fracción en las feroces controversias del momento o bien como parte minoritaria o un aliado de una mayoría victoriosa. Cuando ascendió a posiciones de liderazgo político por derecho propio, casi siempre fue por defecto, debido a la deserción, la remoción o el arresto de personalidades más enérgicas. Quizá, como veremos con mayor claridad en sus escritos de la cárcel, el hecho de que Gramsci fuera un hombre común y corriente (y se definiera como tal) lo hacía estar más en sintonía con las preocupaciones de la gente común y corriente que sus colegas más soberbios.

Además, las cualidades intelectuales que le otorgaron fama póstuma (rigor organizativo, curiosidad obstinada, apertura a tradiciones y corpus de pensamiento diferentes de los de sus camaradas, aceptación de la complejidad intratable –y casi placer al respecto–, impaciencia con la ostentación en los modales y en la retórica, distanciamiento respecto de la rutina cotidiana de la controversia política y un compromiso “historicista absoluto” con el dato objetivo y la evidencia) habrían sido ventajas en el clima político cargado de esos años y movimientos. Estas cualidades de reserva y mesura también fueron esenciales para sus escritos políticos, en especial los cuadernos de la cárcel, que siempre fueron más perdurables y muchísimo más significativos que sus acciones políticas y cualquier otra cosa que hayan dejado sus contemporáneos políticos (con la sola excepción de Togliatti). El periodismo político de sus años de activista es o bien de actualidad, focalizado en acontecimientos pasajeros, o bien excesivamente optimista, a tono con los tiempos que corrían. En las notas y cartas de Gramsci durante su cautiverio hay poca o ninguna referencia a su propia experiencia como activista político, en parte porque era consciente de la censura fascista y las consecuencias legales de cualquier tipo de admisión; eso, sin mencionar los riesgos de quedar enredado en la agresiva pelea interna de fines de los años veinte y comienzos de los años treinta en el seno de la Comintern y el PCd’I, pero también por modestia respecto de sus propios logros. Gramsci se siente mucho más cómodo hablando de su infancia en Cerdeña y

sus estudios universitarios, e incluso de su vida diaria como convicto, que de su época en *L'Ordine Nuovo* o en el Partido Comunista. Una vez fuera de la acción, que es como se veía a sí mismo en la cárcel, Gramsci tendía a considerar sus años más agitados de activismo como una suerte de interludio. Si acaso Gramsci fuera nuestro mayor filósofo de la derrota, alguien que nos ayuda a explicar cómo la revolución proletaria fue sofocada y se esfumó en Europa Occidental en el siglo XX y por qué la hegemonía burguesa resultó tan perdurable en el mundo entero, su experiencia personal del fracaso político fue mucho más importante que cualquier éxito efímero y parcial.

Por lo tanto, debemos tomar con cautela los relatos establecidos sobre la relación de Gramsci con los consejos de fábrica de Turín y la influencia de *L'Ordine Nuovo*. Fueron los acontecimientos públicos de mayor envergadura en que se vio involucrado, pero es como si detrás de ellos hubiera desaparecido el hombre (que ya no era particularmente joven, con 29 años en 1920). Sabemos muy poco de lo que hizo Gramsci durante estos tiempos cruciales. Rara vez escribía a casa; pasaron años sin ningún contacto directo con su familia en Cerdeña. Se conservan escasas cartas a otros destinatarios, ninguna de carácter personal, y sus escritos públicos se concentraban en cuestiones de disputas internas dentro del Partido Socialista de Turín, los consejos de fábrica y los sindicatos. Los relatos de otros sobre Gramsci en general provienen de recuerdos evocados muchos años más tarde y tienden a la hagiografía o a usarlos como cobertura política. Solo podemos suponer que seguía viviendo en la habitación del altillo en casa de la señora Berra porque no hay registros de que se hubiera mudado, y no sabemos casi nada acerca de sus relaciones personales durante este período.

Después del cierre de *Il Grido del Popolo* en noviembre de 1918, Gramsci trabajó exclusivamente en el *Avanti!,* que entonces publicaba por separado una edición piamontesa que se imprimía en Turín. Sus reseñas sobre teatro, deliciosamente cáusticas como solían ser, se esperaban con entusiasmo y, en algunos círculos, con temor. No tenía un cargo político formal en el Partido Socialista local, nuevamente bajo el control de la vieja guardia que había

regresado de la guerra, el exilio o la cárcel. Todo indicaría que pasaba la mayor parte del tiempo en la redacción del *Avanti!,* un primer piso al que se accedía por escalera de caracol en el viejo edificio de un reformatorio que había sido tomado por los movimientos de trabajadores socialistas y cooperativos de Turín. Sus jóvenes camaradas socialistas Angelo Tasca, Palmiro Togliatti y Umberto Terracini, que habían regresado a Turín después de la guerra, propusieron crear un nuevo periódico con la intención inicial de informar y difundir las lecciones de la Revolución de Octubre, independientemente de los jerarcas del Partido Socialista. La independencia de *L'Ordine Nuovo* permitió que sus editores convocaran a otros intelectuales y activistas no socialistas, como el liberal revolucionario Piero Gobetti, "el más sensato y sutil de todos los periodistas italianos".[109] Unos años más tarde, Gobetti publicaría un impactante retrato escrito a mano alzada de su amigo Antonio Gramsci en los días de *L'Ordine Nuovo*:

> El cerebro se ha impuesto por sobre el cuerpo. […] La voz es cortante como la crítica corrosiva; la ironía se emponzoña en sarcasmo. […] En ocasiones, su rebelión es el resentimiento; en otras, el rencor más profundo del insular que no puede abrirse si no es mediante la acción, que no puede liberarse de la secular esclavitud si no es impartiendo algo de tiránico en las órdenes y en la energía del apóstol.[110]

Gobetti escribió apreciaciones similares, un tanto exageradas, acerca de los otros *ordinovisti*. Son retratos de hombres jóvenes, completamente inmersos en su propio pequeño mundo, ligeramente encantados consigo mismos y con sus camaradas, y también con su proyecto común.

El primer número de *L'Ordine Nuovo* se publicó en mayo de 1919, con un capital inicial de 6000 liras recaudado entre donantes por Angelo Tasca. Pia Carena se hizo cargo de la mayor parte de las tareas administrativas, y Gramsci fue nombrado "secretario editorial". En primera plana, desplegó el grito de arenga: "Instrúyanse, porque necesitaremos toda nuestra inteligencia.

Sacúdanse, porque necesitaremos todo nuestro entusiasmo. Organícense, porque necesitaremos toda nuestra fuerza”. En un comienzo, el periódico atrajo a 300 suscriptores y 3000 lectores; en 1920 ya tenía 1100 suscriptores, imprimía alrededor de 5000 ejemplares, y se distribuía principalmente en Turín y en el Piamonte.[111] Al principio, Gramsci no estaba conforme con *L’Ordine Nuovo*, que describía como “una antología, nada más que una antología […] con tendencia a publicar cuentitos horripilantes y xilografías bienintencionadas”.[112] Quería enfocarse con mayor precisión en la Revolución Soviética y en las lecciones que esta podía ofrecer a la lucha revolucionaria del proletariado en Italia. En particular, ¿existía en Italia alguna institución de la clase trabajadora comparable con los soviets y capaz de asumir el control de la producción y la macroeconomía?

L’Ordine Nuovo identificaba como consejos de fábrica embrionarios al estilo soviético[113] a los comités internos que los sindicatos y los empleadores habían establecido en Turín y otros centros industriales como foros para resolver los conflictos laborales. En un comienzo, esos comités eran elegidos en cada fábrica solo por los trabajadores sindicalizados. Gramsci sugirió que esa base electoral se ampliara a todos quienes trabajaban en la fábrica, a partir de los intereses e identidades compartidos en el proceso de producción, y afirmó que su objetivo último debía ser hacerse cargo de la dirección de la fábrica. Eso los llevaría mucho más allá de las tradicionales preocupaciones de los sindicatos por los salarios de los obreros y las condiciones de trabajo. Un artículo titulado “Democrazia operaia”, firmado por Gramsci y Togliatti y publicado en *L’Ordine Nuovo* el 21 de junio de 1919, argumentaba que los consejos de fábrica, una vez desarrollados en su plenitud, serían un medio para que “la dictadura del proletariado” dejara de ser un eslogan con el cual hacer gala de “fraseología revolucionaria” y se transformara en una realidad práctica, la base de “un nuevo Estado típicamente proletario, en el cual confluyan las experiencias institucionales de la clase oprimida”.[114] Invitaron a los jóvenes intelectuales a explicar y debatir la propuesta en círculos de estudio y en reuniones celebradas en las grandes fábricas, y en general obtuvieron respuestas positivas de sus oyentes proletarios. Llevaban con ellos,

y publicaban en *L'Ordine Nuovo*, documentos e informes acerca de la vida en las fábricas y los consejos de trabajadores tomados de otras publicaciones obreras rusas, francesas y británicas, además de textos teóricos de Lenin, Grigori Zinóviev, Béla Kun y otros. Gramsci insistía en publicar y difundir los escritos sobre cultura de Anatoli Lunacharski, Romain Rolland, Max Eastman, Marcel Martinet, Máximo Gorki y otros. Todo indicaría que en esa época conoció a una cantidad de individuos prominentes en el movimiento revolucionario internacional, entre ellos (en octubre de 1919) a Sylvia Pankhurst, quien colaboró con varias “Cartas desde Inglaterra” que publicaba *L'Ordine Nuovo*, traducidas por Togliatti. [115]

A medida que se intensificaba el malestar de posguerra y se filtraban noticias (casi siempre falaces o parciales) de la Revolución Soviética en Italia, Gramsci y varios otros revolucionarios autoproclamados fueron electos para ocupar cargos ejecutivos en el Partido Socialista Italiano (PSI) de Turín y comenzaron a propagar la agitación más allá de las paredes de las fábricas. Gramsci fue arrestado el 20 de julio y estuvo retenido varios días en la cárcel de la ciudad, su primera experiencia en prisión. Un compañero de celda recordó más tarde lo bien que se llevaba con sus coterráneos sardos que trabajaban como guardiacárceles. Gramsci citó una conversación del mismo período entre un trabajador inmigrante sardo y un miembro de la Brigada Sassari, en su mayoría integrada por campesinos reclutados que habían sido trasladados de Cerdeña a Turín para ayudar a mantener la ley y el orden. “¿Qué vinieron a hacer a Turín?”. “Vinimos para liquidar a los señoritos que hacen huelga”. “Pero los que hacen huelga no son los señoritos; son los obreros y son pobres”. “Acá son todos señoritos: todos tienen cuello cerrado y corbata; ganan 30 liras por día. De pobres sé, y de cómo van vestidos. […] Todos los labriegos somos pobres y ganamos 1,50 por día”. “Pero yo también soy trabajador y soy pobre”. “Eres pobre porque eres sardo”.[116] Tal vez no sorprenda que la Brigada Sassari se haya retirado a Roma antes de que comenzaran problemas serios.

A comienzos de septiembre de 1919, los 2000 trabajadores de la filial de la Fiat en Brevetti eligieron el primer consejo de fábrica,

seguido poco después por otro consejo más numeroso en la sede central. *L'Ordine Nuovo* continuó cubriendo las noticias, además de publicar en traducción artículos de apoyo prácticos y teóricos de toda Europa, siempre con el objetivo de crear una nueva forma de autogobierno proletario basada sobre la tradición sindicalista de Georges Sorel, los Trabajadores Industriales del Mundo (IWW, por sus iniciales en inglés) y el Movimiento de Delegados Sindicales británico (un interés particular de Gramsci), y en el ejemplo más actual de la Revolución Soviética. Como cabía esperar, esta línea de argumentación no fue bien recibida por el liderazgo sindical dominante, que en líneas generales era reformista. Similares alineamientos y disputas iban tomando forma en el Partido Socialista, que por entonces estaba dividido, *grosso modo*, en tres grandes orientaciones: por un lado, los moderados de Turati; por otro, la extrema izquierda de Amadeo Bordiga con sede en Nápoles, y, por otro, los maximalistas de Serrati, que buscaban alguna solución de compromiso pragmática y unificadora en la línea del medio. El tema candente era, a todas luces, la actitud del partido respecto de las inminentes elecciones parlamentarias. Turati apoyaba la plena participación, Bordiga insistía en abstenerse por principios y Serrati proponía involucrarse de manera simbólica con el único fin de propagar de una manera más intensiva las ideas comunistas. Pero las divisiones políticas calaban más hondo que las tácticas electorales y representaban diferencias estratégicas en verdad más amplias. Bordiga quería transformar al partido en un Partido Comunista Italiano abiertamente revolucionario al estilo bolchevique y expulsar a todos los que apoyaran la democracia liberal y se opusieran al uso de la violencia en la guerra de clases; "Una buena grieta deja entrar la luz", proclamaba *Il Soviet*, el periódico de su fracción.[117] En el congreso nacional del PSI –celebrado en octubre de 1919, un mes antes de las elecciones–, el ala electoralista obtuvo 48.411 votos; los centristas o maximalistas unitarios, 14.880, y los abstencionistas, apenas 3417.[118]

La posición de los *ordinovisti* de Turín al respecto no era del todo clara, incluso entre figuras centrales como Gramsci, Togliatti, Terracini y Tasca. En vísperas del congreso, la mayoría había apoyado la línea conciliadora del maximalismo unitario de Serrati;

pero al menos dos de los suyos se dejaron tentar por el abstencionismo de Bordiga cuando el congreso se celebró. Gramsci asistió a un mitin de la facción comunista de Bordiga en Florencia, pero, como era de esperar, su argumento de que el abstencionismo no era base suficiente para la fundación de un Partido Comunista separado no ganó mucho apoyo ni para el propio Gramsci ni para *L'Ordine Nuovo*. El año anterior, los jóvenes socialistas de Turín se habían preocupado casi exclusivamente por el desarrollo local de los consejos de fábrica, que a su vez despertaban poca simpatía en el partido nacional. Cuando se dignaban a prestarle atención al movimiento de los consejos de fábrica, las tres corrientes del PSI tendían a ser críticas y en ocasiones directamente hostiles, ya fuera porque para Turati quería dar voz incluso a los trabajadores no organizados y por consiguiente subvertía el rol de los sindicatos, o porque Bordiga pensaba que su focalización en cuestiones industriales y técnicas dejaba intacto el control capitalista sobre el Estado y el poder político. Algo que da noción del aislamiento político del grupo de Gramsci dentro del PSI, tanto en el nivel local como en el nacional, es que en las elecciones generales de noviembre de 1919 al partido le fue muy bien en Turín y ganó 11 de 18 bancas en el área, pero ni un solo candidato provenía de *L'Ordine Nuovo*.

Sin embargo, los consejos de fábrica siguieron creciendo y propagándose por Turín. En el otoño, más de 30.000 trabajadores técnicos se involucraron en los consejos en las fábricas de automóviles Fiat y Lancia. Los consejos trascendían claramente y con meridiana seguridad las limitaciones del corporativismo y el laborismo industrial, y se interesaban por cómo eran dirigidas sus empresas y cómo se producían los productos. En julio de 1920, Gramsci le informó con orgullo al plantel ejecutivo de la Internacional Comunista que se habían "forjado vínculos con los empleados administrativos y los técnicos para controlar la información financiera e industrial".[119] Más aún: la solidaridad y la disciplina organizacional calaban hondo. En respuesta a la orden de la seccional del Partido Socialista –desbaratar un mitin fascista–, "los consejos de fábrica movilizaron [sin preaviso] a 120.000 trabajadores en el transcurso de una hora. [...] El ejército proletario

se precipitó como una avalancha hasta el centro de la ciudad y barrió de las calles y de los parques a toda esa canalla nacionalista y militarista".

Las autoridades y los empleadores estaban claramente nerviosos con el ascenso de los consejos de fábrica y anhelaban sofocar lo que amenazaba convertirse en una revuelta seria, aunque estrictamente local. El pretexto llegó en forma de una disputa en apariencia insignificante por la adopción de un nuevo horario oficial en Italia, que daría comienzo a las veinticuatro horas desde la medianoche en vez de hacerlo desde la salida del sol como hasta entonces. En una de las ramas de la Fiat, los delegados sindicales pidieron que se respetasen los horarios de trabajo previos a la nueva hora oficial y fueron despedidos de inmediato por insubordinación. Entraron en huelga y enseguida, en todo Turín, los trabajadores del rubro mecánico se sumaron en solidaridad y empezaron a ocupar las fábricas. El 29 de marzo de 1920, los empleadores impusieron un cierre temporario de las empresas y pidieron al ejército que se encargara. En las negociaciones que siguieron, presentaron sus objeciones a los nuevos consejos de fábrica y lo que consideraban una interferencia en sus prerrogativas de gerenciamiento. Los delegados de los sindicatos y el Partido Socialista ofrecieron respuestas ambivalentes.

A juzgar por las apariencias, los sindicatos nacionales y las membrecías de los partidos habían tenido un auge durante los años de la guerra y poco después. El PSI había crecido de 50.000 miembros en 1914 a 300.000 en 1920, y ahora había más de 2.000.000 trabajadores sindicalizados, cuando antes de la guerra eran apenas 500.000. En las elecciones generales de 1919, la bancada de diputados socialistas había aumentado de 50 a 150 integrantes. Pero, según cita Fiori, esta rápida expansión solo había servido para diluir la claridad ideológica y la eficacia política del partido y para que asumieran "cargos directivos absolutamente inadecuados a sus capacidades [...] demagogos sin preparación doctrinaria y carentes de experiencia".[120] Esto dio por resultado un "paroxismo de revolucionismo verbal"[121] sin estrategia práctica ni perspectivas de concreción, y lo que Angelo Tasca denominó una atmósfera de "monomanía delirante e inofensiva" (que aquejaba al

PSI) y “orgías de palabras” (en que se disipaba el potencial revolucionario). Tasca y los otros *ordinovisti*, enredados en la agitación prerrevolucionaria en Turín, solo atinaban a quejarse –según escribió Gramsci en un documento remitido a la rama local del partido– de que “el Partido Socialista asiste como un espectador al curso de los acontecimientos, nunca tiene una opinión suya para expresar que dependa de las tesis revolucionarias del marxismo y de la Internacional Comunista, no lanza consignas que las masas puedan tomar para sí, dar un rumbo general, unificar y concentrar la acción revolucionaria”.[122] Argumentando a favor de “soluciones comunistas para los problemas actuales: control proletario de la producción y la distribución, el desarme de los cuerpos armados mercenarios, control de los municipios ejercido por las organizaciones obreras”, Gramsci anticipaba dos resultados posibles: la “conquista del poder por el proletariado revolucionario… o una tremenda reacción por parte de la clase propietaria y la casta gobernante”.

En abril de 1920, Gramsci informó en el *Avanti!* turinés que la ciudad era una plaza fuerte ocupada, con 50.000 soldados en la ciudad, fuerzas de artillería en las colinas, refuerzos en los campos aledaños y tanques recorriendo las calles. En las casas privadas, en los suburbios que tenían fama de ser particularmente rebeldes, así como en todos los puentes, cerca de cruces de caminos y de las fábricas, se habían apostado ametralladoras. Con las fábricas metalúrgicas cerradas y vacías, la ciudad estaba en efecto bajo ley marcial. El 13 de abril, se decidió una huelga general para exigir el control del proceso de producción mediante los consejos de fábrica. La huelga duró solo diez días y concluyó con la negociación de un acuerdo y una renuente vuelta al trabajo que equivalía a una grave derrota. En un intento por restablecer la autoridad gerencial y normalizar la producción, los empleadores cerraron las fábricas la noche del 30 de abril. Al día siguiente, los trabajadores las ocuparon durante veinticuatro horas, y los consejos de fábrica tomaron el control de la producción. En el principal establecimiento de la Fiat, se las ingeniaron para fabricar aproximadamente la mitad de la producción diaria de automóviles, pese a la escasez de materiales y la ausencia de casi todo el personal técnico y administrativo. El

Avanti! anunció con temeridad que “la clase trabajadora, hasta hoy instrumental, se ha convertido en la clase dominante”. Y para Piero Gobetti los trabajadores de Turín estaban construyendo un nuevo orden. Los *ordinovisti* y las otras corrientes del PSI en Turín estaban metidos en el asunto hasta la raíz. Pero, una vez más, estas luchas más avanzadas se limitaron a Turín, y el partido nacional y los liderazgos sindicales se mantuvieron alejados. Algunas fábricas siguieron funcionando con relativa eficiencia, pero otras tuvieron que interrumpir su producción. En agosto estalló otra protesta, esta vez a escala nacional y más estrechamente focalizada en los salarios y el reconocimiento de los sindicatos, que consistió en bajar las herramientas pero sin dejar de presentarse a trabajar todas las mañanas para impedir un cierre patronal. Las cosas volvieron a la normalidad en octubre, tras un acuerdo negociado por el gobierno nacional de Giolitti con ambas partes. Los consejos de fábrica jamás volverían a tomar el control de la producción: en el otoño de 1920, este último experimento radical con la historia fue derrotado de manera rotunda y definitiva.

En las amargas postrimerías, las diversas facciones locales del Partido Socialista empezaron a culparse unas a otras, ya fuera por haber sido cortas de miras o por haber actuado demasiado rápido. Gramsci y los otros *ordinovisti* buscaron un terreno común para diferenciarse del reformismo de Turati, el abstencionismo de Bordiga y el maximalismo de Serrati, pero lo único que lograron fue aislarse todavía más del partido nacional y los sindicatos. Como Gramsci reportó más tarde a la Internacional Comunista, los camaradas de Turín eran acusados de “anarquistas” y “aventureros” desde todos lados. Más aún, comenzaron a dividirse entre ellos: Terracini y Tasca se alinearon con el eleccionismo, y Tasca en particular argumentó a favor de reorientarse hacia los sindicatos convencionales. Por su parte, Gramsci y Togliatti tendían al abstencionismo, con Gramsci intentando superar todo con el argumento de que cualquier partido político debía fundarse en un contacto amplio y estrecho con las masas y adoptar formas de organización totalmente nuevas como los consejos de fábrica. En febrero de 1920, le escribió a Serrati, su editor en el *Avanti!*: “No soy el editor de *L’Ordine Nuovo*”, y explicó concretamente que “la cuestión de quién es el editor se pospuso

hasta el 1º de mayo de 1920, y se planteó con el objetivo de quitarme cualquier poder para arrojar al cesto de la basura los artículos de ese grupo de compañeros que en un comienzo se comprometió a colaborar”.[123] Su relato acerca de las relaciones en el periódico da una buena idea del conflicto interno. Gramsci describió la posición de Terracini como “una trillada fórmula barata” y amenazó con no tratarlo “con guantes de seda” en su respuesta. Su abstencionismo “no era una cuestión de principios”, y estaba subordinado a mantener la unidad partidaria, pero los puntos más sutiles de este argumento unificador-abstencionista –al igual que su opinión sobre la neutralidad activa y operativa de Mussolini– obtuvieron muy poco apoyo. Había sido opacado por una visita a Turín del alborotador purista Bordiga, decidido a llevar de regreso a su redil a los incautos que se habían dejado embaucar por *L’Ordine Nuovo*. En su carta a Serrati, Gramsci minimizó el rol del periódico en los disturbios políticos e industriales en Turín:

> Nunca quisimos [...] adquirir una reputación de “iniciadores” o “promotores”. Nuestro trabajo se ha orientado a persuadir a la rama del Partido Socialista y la Cámara del Trabajo de hacerse cargo de la tarea de iniciar y guiar el movimiento de los consejos de fábrica, y en esto hemos triunfado. Tampoco queremos el “crédito” ni la “responsabilidad” por un movimiento de este tipo, que solo tiene valor en tanto es la expresión de las grandes masas. La única “responsabilidad” que podemos asumir es una responsabilidad intelectual respecto de aquellos que nos desafían y una responsabilidad política dentro del partido.

Por último, disculpándose con los jerarcas socialistas si los “había ofendido de alguna manera”, admitió que tenía “mucho, incluso demasiado, que aprender”.[124]

Las discusiones entre los antiguos camaradas continuaron en las páginas de *L’Ordine Nuovo* a lo largo del verano de 1920. Mientras el Partido Socialista padecía las presiones de sus propios conflictos internos y las crecientes tensiones políticas en todo el país, cuya manifestación más alarmante era la agitación y violencia fascista en

su etapa más coercitiva, las demandas por un Partido Comunista formalmente constituido eran cada vez mayores y las divisiones entre fracciones se profundizaban. Gramsci creó un grupo de educación comunista con la intención de profundizar el debate, lograr una suerte de término medio estratégico y enfatizar el punto de que la política de masas –educación, agitación y propaganda– debe preceder a la insurrección revolucionaria. La cuestión de las elecciones –participar o abstenerse– era completamente secundaria, y ya había consumido demasiado tiempo y energía. El grupo reclutó solo diecisiete miembros, entre un padrón partidario de varios cientos. Cuando el partido de Turín eligió un nuevo comité ejecutivo a comienzos del otoño, los eleccionistas obtuvieron una clara mayoría con 466 votos, los abstencionistas consiguieron 186 y el grupo de educación comunista de Gramsci apenas 31. De hecho, cuando se anunció el nombre de Gramsci en la reunión, hubo una silbatina y abucheos. El artículo de 1914 en apoyo a Mussolini volvió a la luz, y Gramsci fue catalogado en los círculos socialistas con el archiinsulto de “intervencionista”. De acuerdo con un relato posterior de Angelo Tasca, durante los cuatro años anteriores, Gramsci se había ganado muchos enemigos en el PSI de Turín, principalmente por su aspereza en el trato y en la conversación, y sus adversarios aprovecharon la oportunidad para dar rienda suelta a su hostilidad. Además, “Gramsci no tenía ni un ápice de tribuno, y por eso solo lo conocían y respetaban en un círculo acotado de intelectuales y obreros”.[125] Si su fortuna política estaba en baja, lo mismo podía decirse de su fortuna personal. Después de muchos años lejos de Cerdeña y de tener solo contactos intermitentes con su familia en Ghilarza, en noviembre de 1920 recibió un telegrama donde le anunciaban que su hermana Emma estaba gravemente enferma de malaria, que había contraído mientras trabajaba en la construcción de la represa de Tirso, en una región de Cerdeña que se destacaba por sus casos de malaria. Cuando Antonio regresó a Ghilarza, Emma ya había muerto y estaba sepultada. Se quedó unos pocos días compartiendo el duelo con su familia, pero no hizo mayores esfuerzos por recomponer la relación. Sus padres se alarmaron al verlo tan demacrado y exhausto. Era indudable que, a los 29 años y con su salud precaria, ya no era un hombre joven.



Antonio Gramsci a inicios de la década de 1920

---

[109] Mack Smith, ob. cit., p. 91.
[110] Fiori, ob. cit., p. 118.
[111] Véase "Chronology", en Gramsci, *Prison Notebooks*, ed. Buttigieg, ob. cit., vol. 1, p. 71.
[112] Fiori, ob. cit., p. 118.
[113] En efecto, *soviet* significa "consejo". [N. de E.]
[114] A. Gramsci y P. Togliatti, "Workers Democracy", en Gramsci, *Selections from Political Writings 1910-1920*, ob. cit., pp. 65-68.
[115] Davidson, ob. cit., p. 165.
[116] Fiori, ob. cit., p. 121.
[117] Williams, ob. cit., p. 175.
[118] Fiori, ob. cit., p. 124.
[119] Gramsci, *Selections from Political Writings 1910-1920*, ob. cit., p. 318.
[120] Fiori, ob. cit., pp. 126-127 [la expresión pertenece a Pietro Nenni. N. de E.].
[121] Íd. [N. de E.]
[122] Gramsci, *Selections from Political Writings 1910-1920*, ob. cit., p. 190.
[123] Gramsci, *A Great and Terrible World…*, ob. cit., p. 102.
[124] Ibíd., pp. 102-104.
[125] Fiori, ob. cit., pp. 141-142.

7. Gramsci el comunista

En esta etapa, el marxismo de Gramsci era estridente y avasallante, y estaba marcado por la exuberancia juvenil, el celo del flamante converso y el dogmatismo mecanicista y formulaico al que son propensos los sistemas de pensamiento universalistas. Como a todos los activistas políticos de izquierda de su generación, la Revolución Soviética lo atrajo como imán y le resultó todavía más conmovedora por su descubrimiento tardío y sin previo aviso, sobre todo en Italia. En realidad, no había muchas otras fuentes de inspiración para un joven socialista de aquella era. La socialdemocracia estaba estancada y dividida (para Walter Laqueur) “en una suerte de estupor permanente”.[126] Quienes habían sido grandes hombres del apogeo de la Segunda Internacional en las décadas de 1890 y 1900 habían quedado mancillados por su claudicación ante el capitalismo y su indecisión en cuanto a la intervención militar en las empresas imperialistas de sus países y en la Primera Guerra Mundial. Cargaban con su versión particularmente insípida, inerte y oficial del marxismo, una estrategia pasiva que consistía en esperar y ver, que en la práctica no iba mucho más allá de la organización de sindicatos, las mutuales cooperativas y la solidaridad de clase en busca de un mejor trato para el proletariado por parte del capitalismo, y algún puesto en el Parlamento y el aparato estatal para ellos y sus seguidores más próximos. Alguien como Gramsci, tan sintonizado con la cultura en sus formas más experimentales y con los movimientos modernos en favor de la comunidad, no podía menos que sentir repulsión hacia el tradicionalismo estético de la socialdemocracia imperante, “que refleja a media luz el gusto de la clase media iluminada de décadas pasadas”.[127]

Incluso en las iteraciones maximalistas del socialismo en el sur de Europa, la retórica feroz y la exhortación moral iban aparejadas a

una completa falta de programas transformadores o algo que se pareciera, al menos remotamente, a una política práctica distintiva. La socialdemocracia "latina" prometía una utopía lejana, pero hacía pocos cambios reales para alcanzarla. El PSI mostraba una marcada tendencia al compromiso chapucero y a procedimientos caóticos, y sus máximos objetivos consistían en sueños y esperanzas cada vez más lejanos, mientras sus demandas mínimas se adaptaban cómodamente a cualquier componenda parlamentaria que el primer ministro Giolitti, el personaje dominante de la política italiana durante todo este período formativo, pudiera improvisar. Como muchos otros partidos socialdemócratas y laboristas basados en los valores, el objetivo último de este socialismo desvaído apuntaba más a reunir a unas fuerzas políticas discrepantes dentro de una iglesia tolerante y con propósitos en general mundanos, que a guiar una acción resuelta y decidida hacia el cambio permanente de largo plazo. Era más una fe que una política, como Gramsci observaría más de una vez, pese a su rotunda postura anticlerical (al menos en Italia).

Los otrora vibrantes y diversos movimientos de anarcosindicalismo –surgidos del mismo semillero que la socialdemocracia: la Primera Internacional a mediados del siglo XIX– habían logrado poca cosa, más allá de la contraorganización de los empleadores, la agresiva represión estatal y un catálogo completo de mártires galantes y falsarios traidores. La reacción negra del fascismo fue una respuesta a estos frustrantes y estériles callejones sin salida, que sumó el nacionalismo feroz, el simbolismo ritualista, el militarismo macho, el estatismo corporativo, la demagogia populista y el culto del líder fuerte a un socialismo desvaído y anticapitalista por elección. Es un hecho histórico e incómodo que Mussolini haya disfrutado de un ascenso meteórico y un éxito espectacular dentro del PSI antes de extralimitarse con su política de "neutralidad activa y operativa" y verse obligado a seguir su propio camino. Durante el período de los consejos de fábrica, poco *después* de la formación del fascismo, "incluso organizó un encuentro secreto con los representantes de los trabajadores y les dio a entender que él podía ser el hombre que los condujera a la victoria".[128] Mussolini continuaría coqueteando durante toda su carrera con la retórica y

las posturas del socialismo revolucionario, y en ocasiones buscaría pactos formales de reconciliación y alineamiento. Más aún, se sabe que Lenin (figura indiscutida de la Tercera Internacional) reprendió a los socialistas italianos por haber permitido que se les escapara de las manos Mussolini, a quien él (y Trotsky) habían conocido y consideraban un agitador político sumamente talentoso y eficaz. Mucho más tarde, ya bien entrada la década de 1930, Mussolini siguió su política de coqueteo con Stalin, para entonces muy consolidado en su propia dictadura.

Lo único que Gramsci y los otros autoproclamados comunistas italianos tenían como orientación o guía política a seguir en 1920 era el modelo ruso, sumado a una imperiosa sensación de que su propia responsabilidad inmediata era proteger a la joven Revolución Soviética contra la intervención extranjera de su propio gobierno y de otros gobiernos igualmente hostiles. Incluso en ese entonces contaban con muy poca información confiable y detallada sobre lo que ocurría en Rusia, en el resto de Europa o en el ancho mundo. Tampoco alcanzaban a comprender el trasfondo histórico de la toma del poder por los bolcheviques, ni su carácter peculiarmente súbito y localizado, ni cómo podía conducirse algún tipo de revolución proletaria similar en las circunstancias que atravesaba Italia. Dentro de esa confusión, los tropos clásicos de la extrema izquierda adquirieron una nada sorprendente prominencia en los comentarios de Gramsci en *L’Ordine Nuovo,* entre ellos la tendencia a culpar del fracaso y la derrota, e incluso de la cautela y la vacilación, a la traición y la deslealtad del partido establecido y los liderazgos sindicales, e imaginar que las masas simplemente estaban esperando las personalidades, señales y eslóganes correctos para salir de su ofuscamiento, derrocar a sus opresores y caminar con paso resuelto hacia una nueva sociedad. Moverse más allá de ese izquierdismo estrecho de miras, condescendiente y mal informado, hacia una concepción más madura de cómo se ejerce el dominio de clase en la sociedad moderna y cómo viven las personas comunes y corrientes dentro de esa sociedad, sería el proyecto intelectual central de Gramsci durante sus años de prisión, principalmente a través de su concepto clave de hegemonía.

Pero los hábitos de la política facciosa, formados dentro del PSI de los últimos tiempos, eran difíciles de abandonar. Incluso entre los comunistas que apoyaban a los soviéticos, la intriga sectaria estaba a la orden del día. En Turín, Gramsci había ayudado a pergeñar una alianza entre la rama local del Partido Socialista y los abstencionistas de Bordiga con base en Nápoles, lo que causó una ruptura con el eleccionista alineado con los sindicatos Angelo Tasca y llevó a la elección de un comité ejecutivo para el PSI de Turín integrado por ocho abstencionistas y tres *ordinovisti*. Esto en cierto modo contribuyó a aliviar su aislamiento y el del grupo de *L'Ordine Nuovo*, pero tuvo el efecto de sumergir su distintiva posición comunista educacionista o culturalista dentro de la postura mucho más simplista y superficialmente atractiva de los abstencionistas y agudizó los conflictos internos que los afectaban. Cabe mencionar que Gramsci y sus camaradas de otrora no tenían otra opción más que colaborar con Bordiga si no querían desaparecer por completo del mapa, pero esto redujo de manera sustancial su impacto político y teórico. En uno de sus pocos discursos grabados de este período, durante la reunión de la fracción comunista del PSI en Ímola celebrada el 29 de noviembre de 1930, Gramsci se alineó claramente con Bordiga y, al hacerlo, comparó a los "unitarios de Serrati [...] con los socialistas revolucionarios de Rusia", en aquel momento bajo el feroz ataque de los bolcheviques por ser unos "pequeños burgueses oportunistas".[129] Es más, Gramsci "no compartía la idea de una fase socialdemócrata en Italia", la vía reformista estándar hacia el socialismo del marxismo de la Segunda Internacional. "Nosotros estamos", dijo, "mucho más cerca de la etapa de la conquista del poder por el proletariado". En líneas generales, así se entendía la estrategia leninista de transición inmediata de la autocracia a la dictadura del proletariado, propuesta en el Segundo Congreso de la Internacional Comunista en julio de 1920 y codificada en las 21 condiciones para la admisión de Partidos Socialistas a la Comintern, que incluía entre otras cosas adoptar la designación de comunistas y expulsar de su seno a los reformistas. Había sido promovida incansablemente en Italia por Bordiga y sus seguidores durante varios años, con el emergente Estado soviético como ejemplo deslumbrante a seguir. Los

bolcheviques habían demostrado que pasar directamente al gobierno del proletariado y la construcción del socialismo era posible, e incluso esencial, para mantener el ímpetu del cambio revolucionario. Dado que –en el turbulento período inmediatamente posterior a la guerra– los comunistas estaban ganando preminencia en casi todas partes, parecía una estrategia por demás plausible.

Con el reflujo de la marea revolucionaria internacional en los años siguientes, más el énfasis en que Rusia había pasado de un avance revolucionario a una supervivencia del Estado y una reconstrucción nacional, el propio Lenin calificaría de manera significativa al leninismo poco antes de morir. Ya en 1920, en su folleto *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo*, dirigido principalmente a Bordiga y otros intransigentes de la Internacional Comunista, Lenin criticó la política de abstención de las elecciones y los procedimientos parlamentarios. Argumentó que el abstencionismo ignoraba la necesidad de muchos países de emprender la lucha para destruir el Parlamento desde adentro, por no mencionar las oportunidades de progreso político que ofrecía la democracia liberal. En el Segundo Congreso de la Comintern celebrado ese año, Lenin también elogió el informe de *L'Ordine Nuovo* sobre los consejos de fábrica de Turín, algo que disgustó enormemente a la delegación del PSI, que estaba integrada en su totalidad por maximalistas unificadores de Serrati y abstencionistas de Bordiga. Lenin estaba al tanto de la existencia de *L'Ordine Nuovo* gracias a un delegado de la Comintern en Italia, Vladímir Degott, que en un posterior recuerdo vívido evocaría haber conocido a Gramsci en Roma, "un hombre un poco jorobado de cabeza grande (tan grande que no parecía suya) y ojos penetrantes e inteligentes". [130]

Pero en los primeros escritos políticos de Gramsci siempre hubo destellos de una comprensión más profunda y más madura, sobre todo cuando permitía que su flamante materialismo dialéctico adoptara las inflexiones del idealismo de Benedetto Croce con el que se había criado y se aproximara al historicismo absoluto de la filosofía de la praxis que más tarde abrazaría, con su énfasis en la importancia de una acción política planteada desde los hechos, informada con datos históricos y flexible en términos de táctica.[131]

Entonces, la revolución y la creación del Estado proletario no era "un acto taumatúrgico", sino "un hacer, un proceso de desarrollo" hacia un reino de libertad organizado y controlado por la mayoría de los ciudadanos. La educación, conducida con "rigor y disciplina", era absolutamente crucial si el proletariado quería utilizar su poder recién obtenido con eficiencia y lograr un cambio histórico permanente. Habría reveses y dificultades, sobre todo en las etapas iniciales, cuando "las instituciones proletarias [estaban] bajo la presión formidable de hechos y coerciones dependientes de la competencia capitalista"; así, "los comunistas marxistas [no deben librarse] al curso de los acontecimientos determinados por [...] la competencia burguesa, sino [encarar una] expectativa crítica".[132] Incluso la traición de los liderazgos consolidados debía entenderse en sus específicos contextos nacional e histórico, sobre todo si se los comparaba con la democracia liberal y parlamentaria establecida, que siempre tenía la capacidad de neutralizar y absorber a la oposición. Gramsci retomaría todos estos temas en sus últimos y más moderados escritos de la cárcel.

Gramsci también entendió muy pronto los peligros epocales del fascismo, y ya en 1919 advirtió contra

> los grupos irresponsables de hombres armados, ya no sometidos a la disciplina del Estado o controlados por alguna autoridad responsable, que anhelan establecer poderes pretorianos en el nivel local y posiblemente una dictadura militar en el nivel nacional; coaliciones de fuerzas pseudopolíticas que no tienen intereses vitales y permanentes que defender y propugnar, sino solo intereses y objetivos individuales y contingentes. [...] Llegó la hora de los charlatanes, de los vendedores de humo, de las grandes promesas con largas esperas.[133]

En aquella época esta era una perspectiva inusual y sumamente sugestiva, a años luz de la intransigencia purista de Bordiga, la complacencia de Turati e incluso el maximalismo unitario de Serrati. En estos primeros días de fascismo emergente, las facciones socialistas dominantes estaban más preocupadas por su propia

fortuna sectaria dentro del Partido Socialista que por los acontecimientos más vastos y perturbadores que afectaban a la sociedad italiana. La violencia fascista podía considerarse simplemente como otro aspecto de una sociedad sumida en el caos, que terminaría con una buena revolución proletaria. Si en el proceso acababa con el viejo y corrupto circo liberal parlamentario de la Italietta (Pequeña Italia) de Giolitti, con su barniz de respetabilidad que ocultaba las crudas realidades del capitalismo, tanto mejor. Eso dejaría el camino despejado para una revolución proletaria propiamente dicha, al estilo soviético.

En líneas generales, en especial tras la derrota de los consejos de fábrica de Turín, el propio Gramsci aceptó la necesidad de establecer un Partido Comunista Italiano, ya fuera a través de la transformación del Partido Socialista o, lo que parecía cada vez más probable, como producto de una ruptura. A comienzos de octubre de 1920, se realizó un encuentro de todos quienes se consideraban comunistas, incluidos los *ordinovisti* de Turín y las agrupaciones abstencionistas nacionales sustancialmente más numerosas y mejor organizadas de Bordiga, detrás de un manifiesto común que fue respaldado en la conferencia de Ímola del 28 y 29 de noviembre. De todos modos, siguieron existiendo diferencias sustanciales, sobre todo acerca del momento oportuno y la severidad de la ruptura, que Bordiga proponía hacer de inmediato y sin transigencia, mientras Gramsci argumentaba que aún se podía tomar el toro por las astas y transformar el Partido Socialista. Esta vez la balanza se inclinó decisivamente a favor de Bordiga gracias a una posterior y contrastante intervención de Moscú, donde Lenin insistía en la imposición de las 21 condiciones de la Comintern en cada circunstancia nacional. En particular, expresó su frustración ante lo que consideraba un eufemismo en Italia: “La principal […] condición para el éxito en vísperas de la revolución proletaria [es librarse] de los oportunistas y ‘centristas’”.[134] Los comunistas debían alejarse definitivamente de Turati y los reformistas, y luego buscar una alianza de todos los partidos de la izquierda reconfigurada para alcanzar objetivos de corto plazo. Más aún, esta flamante línea divisoria marcaba la necesidad de remover de cargos de responsabilidad a aquellos comunistas, por lo demás no

reprochables, que fuesen propensos a titubear en cuestiones de ‘unidad” con los reformistas. La situación en Italia era “exactamente la misma” que la vivida en Rusia los meses anteriores a la Revolución de Octubre, cuando un importante número de prominentes bolcheviques había exigido de manera equivocada cautela y componendas. Al parecer, llegado a este punto, a fines de diciembre de 1920, Gramsci aceptó la orientación “leninista” de Bordiga hacia la fundación inmediata de un Partido Comunista Italiano, más con resignación derrotista que con entusiasmo servicial: “Sería ridículo lloriquear por lo que ha ocurrido y por lo irremediable”, escribió en un artículo.[135]

Una vez más, sus responsabilidades periodísticas locales lo mantuvieron totalmente ocupado. El último número semanal de *L’Ordine Nuovo* se publicó el 24 de diciembre de 1920. La edición piamontesa del *Avanti!,* para la que Gramsci había trabajado los últimos cuatro años, fue rebautizada como *L’Ordine Nuovo* y pasó a ser el órgano oficial de los comunistas de Turín, con Gramsci como editor a cambio de un respetable salario mensual de 1100 liras. El primer número diario apareció el 1º de enero de 1921, con una cita de Ferdinand Lassalle como lema: “Decir la verdad es revolucionario”.[136] El comité editorial estaba integrado por Palmiro Togliatti, Alfonso Leonetti y otros socios de larga data de Gramsci. A Piero Gobetti le confiaron el antiguo rol de Gramsci como crítico de teatro. El 14 de enero, Gramsci ayudó a fundar un Instituto de Cultura Proletaria, una suerte de retoño de *L’Ordine Nuovo* afiliado al Proletkult ruso.

La crisis política al interior del PSI alcanzó su punto culminante en el 17° Congreso Nacional en Livorno, celebrado el 15 de enero de 1921, al que Gramsci asistió, aunque no hay registro de su participación. Las elecciones de líderes ilustraban el decisivo vuelco del partido hacia la izquierda bajo la atracción magnética del joven Estado soviético, con 98.028 votos para los maximalistas unitarios (que todavía proclamaban su adhesión a la Internacional Comunista), 58.783 para los “comunistas puros” (que ya no eran manifiestamente abstencionistas desde que las 21 condiciones de la Comintern habían estipulado la participación en los Parlamentos burgueses allí donde estos existieran) y solo 14.695 para los

reformistas. Sin embargo, no llegó a refrendar la afiliación a la Internacional Comunista, la expulsión de los reformistas ni la transformación formal en un Partido Comunista. Al día siguiente, la minoría comunista agrupada en torno a Bordiga se reunió en el teatro San Marco en Livorno y constituyó el nuevo Partito Comunista d'Italia, con una membrecía fundadora nominal de aproximadamente 60.000 personas (en realidad eran cerca de 40.000, cantidad que caería de manera estrepitosa en los años siguientes). Bordiga fue el personaje más dominante en los inicios del PCd'I, mientras que Gramsci permaneció en una posición marginal e incierta. Su candidatura al comité central del nuevo partido tuvo una ruidosa y vigorosa oposición: se volvió a hablar de su supuesto intervencionismo e incluso (según recordó Togliatti más adelante) se llegó a inventar que había peleado en el frente (cabe mencionar que Togliatti había sido voluntario en la Cruz Roja y luego en las filas de los Alpinos, aunque jamás se usó este dato en su contra). Gramsci fue electo para integrar el comité central, pero no en el sector ejecutivo, ahora dominado por los otrora abstencionistas "comunistas puros" congregados en torno a Bordiga. Dos años y medio más tarde, Gramsci expresó su visión personal, en retrospectiva, de la fundación del PCd'I en un mensaje que jamás envió a Togliatti –probablemente porque no estaba seguro de que el destinatario lo recibiera–, mientras reconsideraba su posición en el liderazgo del partido. Allí se burlaba de "la actitud de 'genios incomprendidos' que hemos adoptado hasta ahora" y concluía, en términos para nada dubitativos, que "la escisión de Livorno (la separación de la mayor parte del proletariado italiano de la Internacional Comunista) fue sin lugar a dudas el mayor triunfo de la reacción".[137]

Los maximalistas unitarios que respondían a Serrati continuaron expresando su apoyo a la Internacional Comunista y se postularon para afiliarse, aunque dudaban si abandonar el Partido Socialista e intentar expulsar a los reformistas. Otra facción del PSI, que se había fusionado en torno a un trío de viejos socialistas conocidos como la fracción Maffi-Lazzari-Riboldi, también prometiendo lealtad a la Tercera Internacional y de allí en más apodados los *terzini*, fue descripta por Gramsci en un memorándum a Zinóviev, el presidente

de la Comintern, como un grupo marginal e ineficaz. El grupo de Serrati y los *terzini* serían eventualmente absorbidos por el PCd'I, pero para entonces los fascistas ya se habían adueñado del poder. La experiencia italiana fue una advertencia temprana acerca de cómo las divisiones sectarias en la izquierda podían facilitar la supremacía del fascismo, en parte por no haber tomado en serio la amenaza emergente. El nuevo partido liderado por Bordiga se aferró a la idea de que una dictadura fascista o militar era imposible en Italia e hizo apenas dos menciones al fascismo en su primera declaración política importante, las Tesis de Roma, en marzo de 1922.[138] Según las tesis, el fascismo no era tan diferente de lo que había antes, apenas "una etapa de desarrollo natural y predecible en el orden capitalista". En el debate del Congreso, Bordiga lo definió como "un mero cambio en el equipo de gobierno de la burguesía".

Momentáneamente, según parece, Gramsci no tuvo más opción que callar sus reservas y seguir a Bordiga. Los otros ex *ordinovisti*, Togliatti y Terracini, ya eran plena y sinceramente bordiguistas en ese entonces, mientras que Tasca se había embarcado en el largo y doloroso proceso de desencanto que, hacia el final de los años veinte, lo llevaría a distanciarse de plano del Partido Comunista para terminar –final triste y desalentador– como funcionario del régimen colaboracionista francés de Vichy durante la guerra. Gramsci fue incluido en la lista de candidatos de Turín del PCd'I en las elecciones generales de abril de 1921, cuando el nuevo partido obtuvo apenas 290.000 votos a escala nacional, comparados con más de 1.500.000 del sobreviviente PSI. Sin embargo, Gramsci no fue electo para ninguna de las dos bancas que ganó el partido. Vladímir Degott, el empático enviado de la Comintern que le había recomendado *L'Ordine Nuovo* a Lenin, observó en ese momento que Gramsci "en el aspecto exterior, no puede influir en las masas. Ante todo, no es un orador; y, en segundo lugar, es joven, bajo de estatura y jorobado, lo que es significativo para quienes lo oyen".[139] La rutina cotidiana de Gramsci era siempre la misma: todos los días, cerca de las 14 o las 15 se levantaba para ir a trabajar, escoltado por un guardaespaldas llamado Giacomo Bernolfo, exsargento de artillería de montaña que debía protegerlo de

posibles ataques fascistas, y en ocasiones también lo escoltaba un coterráneo de Ghilarza, Titino Sanna, desempleado. Iban a Via Po o a una lechería en Via Santa Teresa donde Gramsci desayunaba. O, si no (más a menudo), pasaban por la casa de Pia Carena antes de dirigirse a la redacción del periódico en Via dell'Arcivescovado. Allí Gramsci trabajaba de manera incansable hasta el amanecer –solo hacía una pequeña pausa para comer algo ya en horas de la noche– y regresaba a su casa cuando los primeros cafés de Via Roma y Via Po abrían sus puertas. De hecho, trabajaba durante el turno de la noche, tal como lo exigía el horario de publicación de un diario de aquella época.

Quizá previsiblemente, Gobetti observó cierta "inercia" en Gramsci y llegó al extremo de mencionar "una esterilidad de ideas y acción".[140] Esta inercia también parecía haber afectado a *L'Ordine Nuovo*, que entonces salía todos los días y era, según Gobetti, uno de los "tres periódicos ilegibles" publicados por el PCd'I y, según Fiori, "subordinado a la línea partidaria de Bordiga". El diario *L'Ordine Nuovo* carecía de "la audacia teórica, la imaginación y el impulso creativo que alguna vez lo habían distinguido" como semanario, nuevamente según Fiori. A veces Gramsci rechazaba algunos textos, que tildaba de basura insignificante, y solía ordenar la reescritura de artículos. Su salud también estaba en baja, con reiterados episodios de enfermedad y agotamiento. Además, había problemas en la familia Gramsci en Cerdeña, ya que el hermano mayor de Antonio, Gennaro, se negaba a casarse con la madre de su hija Edmea, que fue recibida y criada por la Signora Peppina. Su hermano menor, Mario, se había unido a los fascistas en la lejana ciudad de Varese, en el norte de Italia continental, donde se había establecido, casado e iniciado negocios. Antonio fue a visitar a Mario –de niños habían sido muy cercanos– para discutir su nueva filiación política, sin mucho efecto. Años más tarde, le escribió a su madre que aquella visita le había permitido tener "una opinión exacta sobre la totalidad del ambiente del cual él [Mario, que había llegado a secretario federal fascista en Varese] es una especie de héroe".[141]

El Tercer Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en Moscú en junio y julio de 1921, ordenó un nuevo cambio de

orientación en la estrategia del PCd'I, más específicamente hacia una *reconciliación* con los socialistas con el objetivo de defender la democracia liberal. Esa vez Bordiga se resistió, con el fundamento de que esa búsqueda de reconciliación implicaría que la reciente escisión de Livorno había sido un error. Más aún, en agosto de ese año, el grupo parlamentario del PSI dominado por los reformistas firmó un "pacto de conciliación" con los fascistas que difícilmente podría considerarse un respaldo a cualquier tipo de alianza con la izquierda, aunque poco después los propios fascistas renegaran del pacto.[142] La resistencia de Bordiga le costó una reprimenda personal de Lenin y reforzó la opinión generalizada de la Comintern acerca de que los comunistas italianos eran solo uno más de esos partidos artificiales surgidos de la fascinación que irradiaba el lejano faro de la Revolución de Octubre pero sin verdaderas raíces históricas o sociales en sus propias sociedades. Sin embargo, el Segundo Congreso del PCd'I, que tuvo lugar en marzo de 1922 en Roma, respaldó lo que Togliatti más tarde describió como la concepción sectaria que Bordiga tenía del partido. El Congreso rechazó el pedido de la Comintern de adoptar una estrategia común y solo una pequeña minoría del ala derecha encabezada por Angelo Tasca se opuso al liderazgo de Bordiga. Gramsci guardó un obstinado silencio durante esos debates feroces, al menos en público; Togliatti después recordaría sus reservas, expresadas en privado, respecto de la línea mayoritaria de Bordiga. Todo indicaría que Gramsci apoyaba la estrategia de hacer un frente común para trabajar en los sindicatos, pero no entre los partidos políticos, con el fundamento de que esto representaría una unidad más significativa de abajo hacia arriba, arraigada entre las masas populares, en vez de una especie de remiendo o sutura de arriba abajo. Pese a estos sutiles puntos de disenso, la aquiescencia de Gramsci a la línea dura de Bordiga, junto con un perdurable prestigio personal en la Internacional Comunista derivado de su trabajo como editor de *L'Ordine Nuovo*, le ganaron el puesto de representante del partido italiano en el comité ejecutivo de aquella en Moscú. Gramsci había viajado antes en representación de la Comintern a Lugano y Berlín en enero y febrero de 1922, siendo este último su primer viaje fuera

de Italia que se conoce, y desde Alemania partió rumbo a Rusia, a fines de mayo.



Gramsci hacia 1922

---

[126] W. Laqueur, *Weimar. A Cultural History*, Londres, 1974, p. 54.
[127] Willett, ob. cit., p. 156.
[128] Mack Smith, ob. cit., p. 41.
[129] Gramsci, *A Great and Terrible World…*, ob. cit., p. 105 (publicado en el semanario de la fracción comunista *Il Comunista*, 6 de diciembre de 1920).
[130] Pasaje de las memorias de Degott, publicadas en Moscú en 1923.
[131] Davidson, ob. cit., p. 94.
[132] A. Gramsci, "La conquista dello Stato", *L'Ordine Nuovo*, julio de 1919; *Selections from Political Writings 1910-1920*, ob. cit., pp. 74-75.
[133] A. Gramsci, "Ritorno alla libertà…", *Avanti!*, ed. piamontesa, junio de 1919; *Selections from Political Writings 1910-1920*, ob cit., p. 71.
[134] V. I. Lenin, *On the Struggle within the Italian Socialist Party*, "False Talk on Freedom (Instead of an Epilogue)", Moscú, 1920 [luego incluido en *Collected Works*, vol. 31, *April-December 1920*, Moscú, Progress, 1966; ed. cast.: A*cerca de la lucha en el Partido Socialista Italiano*, "2. Falsos discursos acerca de la libertad (A manera de epílogo)", en *Obras Completas*, t. 41, *Mayo-noviembre de 1920*, Moscú, Progreso, 1986. N. de E.].
[135] Fiori, ob. cit., p. 144. [La cita corresponde a "Scissione o sfascelo?", *L'Ordine Nuovo*, año II, nº 22, 11-18 de diciembre de 1920. N. de E.].

[136] Gramsci ya la había retomado en su artículo “Democrazia operaia”, de 1919. [N. de E.]
[137] Gramsci, *Selections from Political Writings 1921-1926*, ob. cit., pp. 159-160 y n. 83. [La cita corresponde a una carta a Togliatti, Moscú, agosto de 1923. N. de E.].
[138] A. Gramsci, “The Rome Congress”, en *Selections from Political Writings 1921-1926*, ob. cit., pp. 93-117.
[139] Fiori, ob. cit., p. 150.
[140] Ibíd., p. 151.
[141] Gramsci, *Letters from Prison*, ed. Rosengarten, vol. 1, ob. cit., p. 131.
[142] Mack Smith, ob. cit., p. 45.

8. En Serebriani Bor

Antonio Gramsci partió de Berlín rumbo a Rusia el 26 de mayo de 1922 (no hay datos sobre su salida de Italia). El Cuarto Congreso de la Internacional Comunista estaba programado para comenzar en noviembre, después de muchos meses de intensos preparativos. Gramsci viajó con compañeros delegados de la Comintern, el líder del partido Amadeo Bordiga y Antonio Graziadei, economista fogueado en las luchas de los campesinos. Entraron a Rusia por la frontera letona y finalmente llegaron a Moscú el 2 de junio, una semana después de haber partido. Al día siguiente, Gramsci y el presidente de la Comintern, Zinóviev, enviaron una carta al comité ejecutivo del PCd'I, urgiéndolo a "propagar entre las masas la consigna 'gobierno de los trabajadores' [como] un llamado a los trabajadores de todos los partidos", en un nuevo intento de propiciar la fusión con los socialistas.[143] Bordiga regresó casi de inmediato a Italia, pero Gramsci y Graziadei permanecieron mucho más tiempo en Moscú. El 13 de junio, Gramsci fue electo en el comité ejecutivo de la Comintern; ya lo habían nombrado para defender a Lidia V. Konopleva, una joven revolucionaria social acusada de haber cometido delitos contra el Estado soviético. Antes de que comenzara el juicio, Gramsci cayó gravemente enfermo de algo que, en un principio, diagnosticaron como "fiebres maláricas".[144] Los síntomas físicos que lo afectaban consistían en lo que el propio Gramsci describió como ataques "casi feroces" de temblores convulsivos seguidos por una opresión en el pecho, "como si una mano estrujara mi corazón, como si un pulpo lo envolviera con sus tentáculos".[145] Durante la media hora de observación inicial, su temperatura fluctuó entre los 35 y los 38 °C, uno o dos grados más o menos respecto de la temperatura normal de 36.5 °C. Gramsci notó la mirada de alarma de quienes se habían amuchado a su alrededor y en una carta de 1933 recordaría que, ante sus "feroces estallidos",

“estas personas gentiles que acudían para asistirme […] me dijeron más tarde que, sabiéndome sardo, ¡¡¡temieron que tal vez quisiera acuchillar a alguien!!!”.[146]

El presídium de la Comintern encomendó al comunista alemán Hugo Eberlein la tarea de conseguir un médico, el tratamiento necesario y una alimentación apropiada para el camarada Gramsci. Eberlein organizó una temporada de recuperación en el sanatorio reservado para miembros del partido y funcionarios estatales en Serebriani Bor, en medio de un bosque de pinos plateados (de allí el nombre del lugar, “Bosque de Plata”) a 8 kilómetros al noroeste de Moscú. Allí se llegó a la conclusión de que Gramsci padecía neurastenia, o agotamiento nervioso, un diagnóstico bastante común y casi “de moda” para la aflicción y la inercia que afligían a individuos de todo el mundo occidental después de la Primera Guerra Mundial, la lucha revolucionaria y los levantamientos sociales afines. Los soviéticos estaban orgullosos de la calidad de la asistencia que brindaban para subsanar esa epidemia extrañamente moderna, a la vez símbolo y producto del progreso de la civilización. La neurastenia prevalecía especialmente en Rusia, donde la fatiga física y mental se había vuelto moneda corriente después de dos revoluciones, la Primera Guerra Mundial y la guerra civil, los bloqueos capitalistas, las hambrunas y las enfermedades, y las epidemias masivas y muertes que siguieron. Incluso se culpó a la neurastenia de una ola de suicidios de varones jóvenes angustiados por la posibilidad de padecer disfunciones sexuales como consecuencia de la masturbación excesiva. También se la consideraba, no sin cierta perversidad, un reflejo o consecuencia de los avances sociales alcanzados por la primera revolución proletaria del mundo. Mientras en Occidente las enfermedades nerviosas se limitaban a los intelectuales de lo que se daba en llamar “razas avanzadas” y “clases superiores”, en la Unión Soviética se manifestaban en todos los estratos de la población. Esto se consideraba una señal de la creciente igualdad y la movilidad social ascendente, y llevaba el nombre clínico de “nerviosismo soviético”: *itsnoshennost* o *utomlionie* en ruso. Prevalecía especialmente entre los miembros activos del Partido Comunista y los veteranos del Ejército Rojo.[147]

Gramsci comenzó a sentirse mucho mejor en el sanatorio, aunque más no fuera por los efectos de la alimentación saludable y regular, el descanso obligatorio y (para un insomne consuetudinario como él) un sueño relativamente profundo y sin interrupciones. Hasta las jaquecas, que eran la maldición de su vida adulta, le dieron un respiro. En una rara fotografía de esa época, se puede observar que, a sus 31 años, Gramsci decidió dejarse el bigote (aunque no por mucho tiempo: en otras fotos tomadas uno o dos años después se lo ve prolijamente afeitado). En un comienzo, pudo continuar con las tareas políticas más sencillas desde el sanatorio: intercambiaba correspondencia con regularidad con otros funcionarios del partido en Moscú e Italia. El 6 de agosto, asistió a una reunión del comité ejecutivo de la Comintern y, al día siguiente, dio un discurso en el Duodécimo Congreso del Partido Comunista Ruso, donde trazó algunos paralelismos tendenciosos entre los revolucionarios sociales y los fascistas italianos. Su asistencia a las reuniones era intermitente, algo que a veces producía confusión y quejas, y suscitó varias recriminaciones de Bordiga en Italia por la aparente inactividad de la delegación del PCd'I. Sin embargo, Gramsci continuó escribiendo sus cartas e informes desde el sanatorio y, cuando mejoró, desde la Comintern en Moscú. Buena parte de esta correspondencia tenía un propósito mediador: buscaba explicarle a la Internacional Comunista cuál era la situación en Italia o introducir al PCd'I en las perspectivas y expectativas de la Internacional Comunista. No era una tarea fácil.

En septiembre, recibió un pedido de Trotsky: necesitaba datos fehacientes acerca del futurismo italiano para incluir al movimiento en una compilación de artículos sobre *Literatura y revolución*. La respuesta de Gramsci fue amplia e informativa, y probablemente haya significado un descanso momentáneo de su rutina política. Unos años antes, Gramsci creía que los futuristas eran una promesa, lo cual lo llevó a escribir un artículo donde preguntaba acerca de su representante más destacado: "¿Marinetti revolucionario?".[148] En esa ocasión informó que

> antes de mi partida de Italia, la sección de Turín del Proletkult le había pedido a Marinetti, en ocasión de la

> inauguración de una muestra de cuadros de trabajadores integrantes de la organización, que explicara el significado [del futurismo de preguerra]. [...] Marinetti aceptó de buena gana […] y luego expresó que para las cuestiones del futurismo los trabajadores tenían mucho mejor sensibilidad que los burgueses. [...] Durante la muestra, los trabajadores defendieron a los futuristas contra las agresiones físicas de la juventud semiaristocrática y burguesa.[149]

Pero entonces los futuristas estaban enalteciendo la guerra y adulando a los fascistas. Incluso su arte y su poesía, alguna vez tan modernos y pioneros, mostraban signos de conformidad y contubernio. Más tarde, en 1930, desde la cárcel, Gramsci llegaría a la conclusión de que los futuristas eran como “un grupo de estudiantina que se escaparon de un colegio jesuita, hicieron un poco de lío en el bosque cercano y fueron devueltos a la férula por la guardia campestre”.[150]

En Serebriani Bor, Gramsci conoció a Evguenia Schucht, la hermana del medio de las cinco Schucht, tres de las cuales –la propia Evguenia, Julia y Tatiana– dominarían el resto de su vida personal y emocional. En aquella época, Evguenia (apodada “Genia” en el seno de la familia) estaba en silla de ruedas por agotamiento nervioso, que le impedía caminar y la tenía postrada desde 1919. Ninguno de los médicos de Ivánovo-Voznesiensk, la ciudad donde residía la familia Schucht, del instituto especializado en Moscú ni del sanatorio de Serebriani Bor había logrado diagnosticar la causa de su afección más que en términos muy vagos. Podía estar relacionada con los servicios que había prestado en el cuerpo de artillería del Ejército Rojo durante la guerra civil (en efecto, había tomado un curso para las divisiones de “fusileros”) y las secuelas de una neurosis de guerra por haber estado expuesta al combate. Pero también podía provenir de otras causas, vinculadas antes con su psicología que con sus vivencias. La parálisis de Evguenia había comenzado poco después de que la aceptaran como miembro del Partido Comunista de la Unión Soviética, bajo el patrocinio personal de Lenin. Este había actuado por pedido de su esposa Nádiezhda Konstantinovna Krúpskaia,

quien conocía a los Schucht un poco mejor que su eminente marido y de quien Evguenia había sido, durante un breve período, secretaria personal. En las décadas anteriores a la Revolución, las familias de las dos habían integrado el pequeño grupo itinerante de ignotos intelectuales antizaristas que entraban y salían del exilio dentro de la vasta masa continental de Rusia y los refugios más afines de Europa Occidental.

El contraste entre los Schucht y los Gramsci no podía ser más marcado. La familia de Evguenia era un rebaño cosmopolita y multilingüe de cinco hijas errantes y un hijo solitario, el menor de todos, Víktor. Esta gran nidada era vigilada de manera laxa por su madre, Julia Grigorievna Girschfeld, y mantenida por la generosa herencia que su padre, Apollon Aleksándrovich, había recibido de antepasados ilustres y emprendedores. El legado abarcaba una granja casi en ruinas en Suiza y una parcela familiar (donde serían enterradas las cenizas de Gramsci) en el hermoso cementerio protestante (“de los Ingleses” o “Acatólico”) en el Testaccio romano. La fortuna de los Schucht era algo más magra en aquellos días, después de la Primera Guerra Mundial y la Revolución, pero todavía alcanzaba para sustentar a la numerosa familia junto al dinero extra que las chicas y Víktor podían aportar. Por ser católicos romanos que habían huido de la persecución durante la Reforma a comienzos del siglo XVIII, sus antecedentes fueron remitidos a la corte de Catalina la Grande. Cuando fueron absorbidos por la aristocracia rusa, el apellido alemán de la familia, Schacht, fue rusificado y se transformó en Schucht. El abuelo de Apollon había sido propietario de una fábrica de relojes en San Petersburgo. Su padre, Aleksandr, era mayor de caballería. Había muerto combatiendo a los turcos en 1878 y lo habían enterrado con grandes honras militares en Constantinopla. Ottilia, esposa de Aleksandr y madre de Apollon, era hija de Franz Xaver Winterhalter, que se había vuelto un célebre retratista de corte y recibía encargos de casi todas las monarquías europeas.

Bajo el orden zarista prerrevolucionario, Apollon fue designado formalmente noble de la ciudad bielorrusa de Moguilev y sucesor de su padre en la caballería imperial. Pero en la década de 1880, atraído por las ideas revolucionarias, abandonó la escuela militar

para estudiar piano y composición. Apollon era un hombre muy leído y un avezado escritor y crítico que dominaba el ruso, el alemán, el francés y el italiano. En 1885, se casó con Julia, hija de un eminente abogado judío de San Petersburgo llamado Grigori Girschfeld. Su hermano Ósip fue compañero de Lenin en la Universidad de Kazán. Bajo la ley rusa, Julia tuvo que convertirse al cristianismo ortodoxo para poder casarse con Apollon. En 1887, la joven pareja se integró a la organización revolucionaria Naródnaia Volia (Voluntad del Pueblo) junto al hermano mayor de Lenin, Aleksandr Uliánov. Cayeron presos durante una ola de arrestos posteriores a uno de varios intentos fallidos contra la vida del zar Alejandro III. Uliánov fue sentenciado a muerte y colgado junto con otros tres conspiradores un mes después de haber cumplido los 21 años: herida que sería la llama que encendería la carrera revolucionaria de su hermano menor. Por su parte, Apollon, que había repudiado el terrorismo revolucionario de los *naródniki* (pupolistas) y denostado el intento de asesinato, recibió una sentencia menos cruenta: el exilio en Tomsk, Siberia. Las tres primeras hijas de los Schucht nacieron allí en veloz secuencia: Nadine en 1885, Tatiana (Tatanka) en 1887 y Evguenia en 1889.

Tras varios años de un exilio relativamente cómodo en Siberia, los Schucht fueron autorizados a trasladarse al Sur, al clima menos áspero de Samara, donde entablaron una sólida amistad con el gobernador regional progresista. En Samara se reencontraron con Lenin, también exiliado con su familia y padrino de Anna (Asia), la cuarta hija del prolífico matrimonio. En 1894, los Schucht se mudaron a la ciudad suiza de Ginebra, donde dos años después nació Julia. La familia la llamaba por el diminutivo ruso Julka, en parte para diferenciarla de su madre Julia Grigorievna y en parte porque era la menor de la familia. Víktor fue el último en nacer, en 1899. Los Schucht se mudaron a Montpellier, en Francia, en 1904, y después a Roma en 1908. A lo largo del camino, las hijas absorbieron la pasión de Apollon por la música y la literatura, y la de Julia por las ciencias naturales y la filología. Todas dominaban con fluidez la mayoría de las lenguas europeas más importantes y se destacaban en la música o en la ciencia. Juntas interpretaban duetos y cuartetos, expertamente lideradas por Apollon al piano, y

bajo el nombre de Las Schucht reunían un número considerable de oyentes cada vez que ofrecían un concierto.

En el ancho abismo histórico que se abrió entre revolución y reacción a finales del siglo XIX, y las agonías de la lucha de clases por el botín del capitalismo industrial y el imperialismo rapaz, los miembros de este sector social intermedio podían inclinarse hacia un lado o hacia el otro. Persiguiendo el destino elegido por su padre Apollon, los Schucht habían elegido desde un comienzo el comunismo internacional. El exilio interno de la familia en Siberia y Samara bajo el zar era casi una tendencia elegante en la época; ya después de la Revolución, conllevaba un enorme prestigio retrospectivo. Pero, incluso en el exilio, los Schucht se las ingeniaron para evitar la miseria y la degradación que afectaban a la población local, en su mayoría campesinos pobres, y vivieron con comodidad, aunque nunca llegaron a ser prósperos. Jamás se tomaban la molestia de echar raíces permanentes en algún lugar, más allá de cierta afectación estilística y un vago anhelo nostálgico por su relativamente prolongada y placentera temporada en Roma, ciudad donde la familia se había establecido (si es que alguna vez se estableció en algún lugar) durante casi nueve años: los primeros seis durante los años dorados de la Vieja Europa, antes de la guerra. Fue entonces cuando adquirieron el dominio del italiano y allí donde Apollon tuvo su único empleo regular: daba clases de ruso a oficiales de distinto rango en el Ministerio de Guerra. En el otoño de 1913, las hermanas iniciaron sus viajes independientes a Varsovia y Suiza, y tres de ellas –Evguenia, Anna y Julia– finalmente recalaron en Moscú junto con su madre Julia. El resto de la familia se reunió con ellas en 1917, justo a tiempo para vivir las últimas etapas de la Revolución de los soviets. Apollon no se involucró en la Revolución de Octubre, pero contribuyó a la nacionalización de los bancos poco después. En 1919, en pleno apogeo de la guerra civil, ayudó a supervisar la educación y rehabilitación de prisioneros de guerra y refugiados.

Los Schucht estaban instalados en la ciudad textil de Ivánovo-Voznesiensk, 250 kilómetros al noroeste de Moscú, desde 1922. Todos estaban profundamente involucrados en las luchas políticas

de los bolcheviques, en especial contra los revolucionarios sociales que causaban problemas en los molinos y fábricas de la ciudad.

Excepto Tatiana (Tania), que se había quedado en Italia para estudiar Medicina y con quien ya casi no tenían contacto. Lo último que habían sabido de ella –gracias a Leonilde “Nilde” Perilli, una amiga de la familia en Roma– era que estaba trabajando en el policlínico Humberto I como enfermera de niños con malaria. Tampoco tenían muchas novedades de Nadine. En ese hiato, tras el vertiginoso caos de la guerra civil, se presumía que estaba en algún lugar del sur de Rusia con su esposo. Los demás Schucht gozaban de cierto grado de estabilidad y previsibilidad, en la medida en que el ímpetu revolucionario comenzaba a apaciguarse y la nueva Unión Soviética pasaba a parecerse a una sociedad normal. Dado que el “prontuario político” de temprana agitación revolucionaria y exilio interno de Apollon era entonces más una ventaja que una carga, también empezaron a cosechar los frutos de sus impecables credenciales bolcheviques.

En la relativa comodidad y tranquilidad de Serebriani Bor, Evguenia –que había pasado la barrera de los 30 años soltera– seguramente se haya preguntado por los sentimientos y las intenciones de Antonio Gramsci hacia ella. Todo indica que en esa época se llevaban muy bien, entre otras cosas porque podían conversar libremente en italiano y compartían numerosos intereses políticos y culturales, algo probablemente inusual entre los residentes del sanatorio. Pero su relación, tomara el curso que tomara, se habría desarrollado con cautela. Pese a toda la agitación y turbulencia posrevolucionaria en la Unión Soviética y más allá de sus fronteras –con la insurrección en el aire en Alemania y Hungría, la persistente esperanza de una rápida transición a la dictadura del proletariado en Italia, y los flamantes partidos comunistas que afloraban a lo largo y lo ancho del mundo y se proclamaban herederos de los heroicos bolcheviques de Lenin–, las relaciones personales entre comunistas todavía se daban dentro de un marco de formalidad rígida y ceremoniosa. Esto se debía en parte a la falta de tiempo y oportunidad, ya que había tantos otros objetivos más grandes e importantes que alcanzar y mucho por hacer, y en parte a una obligación de principio de cumplir las normas proletarias

tradicionales, que se fortalecerían con la creación del primer Estado de los trabajadores. Los librepensadores y los amantes de la vida mundana, el punto débil de la vanguardia intelectual transnacional, quizá se sentían autorizados o incluso políticamente obligados a satisfacer sus necesidades y deseos carnales y malgastar su tiempo en especulaciones idealistas e ilusiones románticas, pero no eran más que *rarae aves* diletantes, que se regodeaban en su decadencia y su falta de rumbo, y en la mayoría de los casos terminaban mal. En cambio, los comunistas que se preciaban de tales se sentían obligados a predicar con el ejemplo y evitaban ofender a los trabajadores, cuyos valores y honestidad moral habían sido erigidos y codificados como nuevo orden global. Los comunistas debían ser personas serias, capacitadas, disciplinadas y responsables, personas que inspiraran confianza en su habilidad para manejar con éxito la sociedad y la economía, en especial en esa época de progreso científico, productivismo industrial, gerenciamiento técnicamente eficiente y reconstrucción posrevolucionaria. Eran, o aspiraban a ser, “expertos rojos”.

En septiembre de 1922, bajo el persistente calor de fines del verano ruso, Julka Schucht viajó a Serebriani Bor a visitar a su hermana Genia. Julia vivía con sus padres y su hermana Anna en Ivánovo-Voznesiensk. Había trabajado como profesora de música en el liceo de esa ciudad hasta el año anterior, cuando le asignaron un puesto como traductora de documentos para el Comisariado del Pueblo de Asuntos Internos (NKVD, por sus iniciales en ruso), el Ministerio de Interior soviético. Este empleo le dejaba tiempo para participar en actividades de agitación y propaganda en las fábricas. Julia había sido la primera de las hermanas Schucht en unirse al Partido Bolchevique en el verano de 1917 y había desempeñado un papel honroso en la Revolución de Octubre. Sus padres Apollon y Julia Grigorievna Schucht viajaban a Serebriani Bor a voluntad, casi siempre cada quince días pero a veces una vez por semana, y se alojaban en uno de los hoteles de Moscú que el partido reservaba para sus funcionarios, líderes y luminarias. Por su parte, Julia solo podía visitar a Evguenia cuando tenía tiempo para el largo viaje circular y para pasar la noche en Moscú, generalmente en época de vacaciones o los fines de semana. Esta era su primera visita desde

Pascua y el primer encuentro con Antonio Gramsci, el nuevo amigo y camarada de Evguenia. Seguramente vio a un hombre bajito, de poco más de 1,5 metros de estatura –unos 15 centímetros más bajo que ella–, con una cabeza enorme de frente amplia y delgados labios en un cuerpo de hombros cuadrados con una joroba en la espalda. Pero también debe haber quedado impresionada al enterarse de que el camarada Gramsci asistiría al Cuarto Congreso de la Internacional Comunista como delegado del Partido Comunista de Italia. Más aún, como vimos, se sentaría en el Ispolkom (el comité ejecutivo) de la Comintern.

Julia Schucht era alta, esbelta, de tez blanca y cabello castaño rojizo largo hasta los hombros; sus grandes ojos almendrados se destacaban en una cara ovalada, de proporciones perfectas, que cautivó de inmediato a Gramsci. Este la veía como la mezcla perfecta de la delicadeza y el refinamiento judíos, presuntamente por parte de su madre, y la angulosidad teutona de su padre, con esos pómulos altos que enmarcaban una nariz noble y levemente respingada. Esta combinación le otorgaba los rasgos más finos de la belleza eslava, evidentes en el transcurso de su larga vida e incluso en períodos de grave enfermedad física y mental. A partir de las pocas fotografías que han sobrevivido, puede verse que Evguenia parecía haber heredado los rasgos más toscos de sus progenitores: una frente amplia, pómulos menos marcados y una nariz grande, mucho más prominente que la de su hermana. Gramsci recordaría luego que, cuando vio por primera vez a Julia junto a la cama de Evguenia, tuvo la impresión de estar contemplando a una mujer de "rostro magnífico", con "algo de bizantino".

Entre las visitas familiares a Serebriani Bor, Gramsci todavía buscaba consuelo y diversión en la compañía de Evguenia. Discutían sobre política como si sus vidas dependieran de ello, cosa que por supuesto era así, aunque en maneras en que ellos –con el entusiasmo optimista y apremiante de la Revolución todavía en su etapa expansiva– quizá no podían apreciar. El Congreso de la Comintern era inminente y todos los días en *Pravda* e *Izvestia* aparecían noticias sobre los preparativos. "¡Un nuevo mundo que ganar!", como decía uno de los eslóganes del Congreso. Una cantidad cada vez mayor de delegados se dirigía a Moscú desde

todos los rincones del mundo, en busca del reconocimiento bolchevique que quizá podía sacarlos de la oscura clandestinidad o la absorción burguesa y catapultarlos a la vanguardia de la historia. Circulaban informes y resoluciones sobre la rápida mejoría de la situación económica en Rusia, que se distribuían a todo el mundo a través de *Inprecor* (*International Press Correspondence*), el boletín de noticias de la Comintern. Al menos había señales de que el apoyo extranjero a los brigadistas blancos (esto es, zaristas) y mercenarios contrarrevolucionarios comenzaba a menguar, aunque solo fuera porque los británicos y los franceses ya tenían bastantes problemas que enfrentar en sus propios países. Incluso se rumoreaba que los Estados Unidos, la otra flamante y dinámica sociedad, reconocería al Estado soviético.

En contraste, la situación en Italia se agravaba día a día. Los fascistas se estaban volviendo cada vez más temerarios y violentos. Bajo Giolitti y su camarilla, los gabinetes liberales, más debilitados que nunca, iban a la deriva, en una atmósfera de fallida unidad nacional.[151] Una huelga general convocada por una alianza liberal-laborista –la Alleanza del Lavoro– de base amplia –incluía a los comunistas, los socialistas reformistas y los sindicatos– había fracasado en medio de la ignominia y recriminaciones cruzadas. Para empeorar todavía más las cosas, la pelea entre fracciones internas del PCd’I se había intensificado. Entonces, los camaradas no solo discutían sobre la manera correcta de avanzar, sino también sobre lo que había que aprender del pasado reciente. Gramsci intentaba mantenerse al margen de las desavenencias: Bordiga se negaba a colaborar con los reformistas y los maximalistas del Partido Socialista residual, e incluso con los unitarios de Serrati y los *terzini* pro-Comintern, y Tasca abogaba por un Frente Unido de todos los antifascistas con base sindical, pero le resultaba cada vez más difícil. Continuaba la eterna disputa acerca de si el PCd’I debía presentarse en las elecciones parlamentarias como proponía Tasca o debía mantenerse apartado de lo que Bordiga llamaba “la burla de la democracia burguesa”.[152] No ayudaba en nada que durante esos años cruciales de formación la Comintern y el propio Lenin –pese a su reputación mundial de ser un líder despiadadamente decidido– cambiaran de posición todo el tiempo, casi siempre

debido a los giros en las políticas interna y externa soviéticas y las prerrogativas del joven Estado. En un principio, como hemos visto, habían apoyado la propuesta de Bordiga de una escisión. Pero ahora respaldaban con fuerza la línea de colaboración con los reformistas y la entusiasta y plena participación electoral que propugnaba Tasca. Los intentos no tan entusiastas de Gramsci por adoptar la vía intermedia –una con más matices, de largo plazo y con raíces más profundas–, con su habitual énfasis en el trabajo cultural y educativo con las masas, obtuvieron poco apoyo y no despertaron mayor interés.

Lenin continuaba empático, al menos en privado. Una carta que salió a la luz en 2008 revela un encuentro con Gramsci el 25 de octubre de 1922, momento en que "los dos hombres analizaron la situación general de Italia, incluida una imprescindible evaluación del fascismo y su importancia, y coincidieron en que la posición de Bordiga –Estado burgués contra Estado proletario, casi sin tomar en cuenta la naturaleza específica del fascismo– era [...] demasiado rígida".[153] Pero, en público, Gramsci adhería a la línea partidaria bordiguista. El 22 de julio, le escribió a Karl Radek, el secretario general de la Comintern, atacando al "remanente maximalista" del Partido Socialista Italiano bajo Giacinto Serrati y argumentando contra su admisión (ya seriamente considerada por el Ispolkom –comité ejecutivo del Soviet de Petrogrado–) en la Internacional Comunista.[154] Serrati, a quien un par de años atrás Gramsci temía "haber ofendido de alguna manera", era entonces víctima de un virulento maltrato a su persona: no había ni un solo trabajador que lo respaldara y apenas contaba con su propia fracción del partido, que no estaba compuesta por trabajadores sino por funcionarios sindicales y consejeros locales. Serrati ni siquiera podía hablar en público porque lo abucheaban todos los trabajadores, no solo los comunistas. En un informe enviado al PCd'I dos semanas más tarde, Gramsci fue contundente: "Creemos que Serrati y los cabecillas de su fracción son enemigos del Partido Comunista".[155] A fines de agosto, Gramsci y Ambrogi le informaron a Zinóviev que "Serrati sigue su juego dentro del más pérfido de los equívocos. […] Se debilita la polémica contra los reformistas y ya no se habla más de escisión".[156]

Por el momento, su vida personal era mucho menos díscola. En sus notas y cartas, Gramsci expresaba de manera asidua su devoción por Evguenia y a veces amor; o al menos la expresión italiana *le voglio bene*, que ella pudo haber interpretado como un “la amo” (en realidad, el significado puede ser más vago, expresando un afecto más general y en varios contextos cabría traducirlo como “la quiero”).[157] Pero, hasta donde sabemos, Gramsci no hizo ningún avance hacia una intimidad emocional real o algún tipo de consumación física en la relación. Evguenia sabía que Gramsci era tímido, e incluso torpe y poco amable con el prójimo, pero podemos entender su expectativa de que, llegado ese momento, se conocían lo suficiente como para dejar a un lado la formalidad respetuosa. También debía saber, por los dichos del propio Gramsci, que se sentía solo, aislado y profundamente perturbado por algunos aspectos de su pasado. Quizá pasaba tiempo con ella como consuelo o cuando quería distraerse, sin ningún interés romántico particular. Pero es por completo comprensible que Evguenia se haya sentido algo confundida, sobre todo cuando empezó a ver que cada vez había más interés e intimidad entre Gramsci y la muchacha con “algo de bizantino”, Julia, durante las ocasionales visitas de su hermana menor ese otoño e invierno de 1922-1923.

A comienzos de octubre de 1922, su quinto mes en Serebriani Bor, los médicos dictaminaron que el camarada Antonio Gramsci ya había descansado lo suficiente y estaba en condiciones de retomar sus actividades políticas y deberes oficiales dentro de ciertos límites. Lo autorizarían a salir del sanatorio para asistir a encuentros preparatorios del Congreso de la Internacional Comunista. También –siempre y cuando no se alejara mucho y la tarea no exigiera demasiado de su salud precaria y complexión delicada– podría contribuir a la educación pública y la agitación en cuanto a los propósitos y la importancia de ese Congreso en ciernes. Su primera excursión fue como integrante de una visita oficial a la Biblioteca Estatal de la Unión Soviética en Moscú, en cuyo transcurso pudo observar –en las instalaciones de la Editorial del Estado, Gosizdat– cómo se preparaba una hermosa nueva edición de *El libro de la selva* de Rudyard Kipling en ruso. Gramsci era un gran admirador de

la historia de Rikki-Tikki-Tavi y el niño Mowgli criado por lobos, y solía referirse a ellos en sus notas y cartas.

Su siguiente compromiso, que seleccionó de una lista que circulaba entre los delegados de la Comintern, fue asistir a un congreso regional de empleados de comercio en Ivánovo-Voznesiensk. Gramsci convocó a la joven Julia Schucht para que lo ayudara como traductora, quizá sin necesidad, dado que ya dominaba el ruso, al menos lo suficiente como para pronunciar un discurso escrito. Ivánovo-Voznesiensk estaba varios kilómetros más al norte de la ciudad de Vladimir, en medio de una zona de campos bajos que se destacaba por sus ríos, que eran varios y correntosos. Las cosas iban mejorando poco a poco bajo la "Nueva Política Económica" (NEP, por sus iniciales en ruso) pensada para revivir la economía de mercado dentro del estricto marco de las normas socialistas del joven Estado. Los bolcheviques por fin se habían dado cuenta de que el "comunismo de guerra" de Trotsky no podía durar para siempre, con la disciplina militar que se requería para lograr que la gente fuera a trabajar por salarios irregulares de valor cuestionable (ni mencionemos sus raciones de hambre, las expediciones de requisa a las zonas rurales, tampoco las hambrunas y el tifus que se propagaban como regueros de pólvora). A menudo se contaba una historia en voz baja para ilustrar el horror de aquellos tiempos, acerca de unos campesinos amotinados que habían abierto de un tajo el vientre de un *komissar*, lo habían llenado de granos y dejado al costado del camino como lección para los demás.

La NEP permitía la libertad de comercio y producción de los artesanos y otorgaba concesiones en términos atractivos para el capital extranjero, lo cual era, en efecto, una restauración parcial del capitalismo. Trotsky y sus seguidores podían despotricar y llamar a la revolución permanente, pero después de unos meses de la NEP la situación había mejorado de manera rápida y visible. Las fábricas y talleres retomaron niveles de producción similares a los de la época previa a la Revolución. Los trabajadores volvieron a sus puestos, por voluntad propia y con una actitud productiva. Se recuperó el salario y la gente volvió a gastarlo. Los restaurantes reabrieron sus puertas y –según Victor Serge, con quien Gramsci

entablaría amistad un poco más adelante en este período– se vendían galletas que se podían comer de verdad a 1 rublo la unidad. [158] Los comerciantes, ahora conocidos como *nepmen* (hombres-NEP) reabastecieron las tiendas e hicieron una buena diferencia en el proceso. Tuvieron un éxito admirable pese a que Lenin, apenas un par de años antes, había dicho que los odiados comerciantes –a quienes equiparaba con "el especulador, el merodeador del comercio, el saboteador del monopolio"– debían ser confiscados, arrestados y fusilados.

Todo lo que sabemos con certeza acerca de la reunión de Gramsci en la fábrica de Ivánovo, y la primera vez que pasó largo rato a solas con Julia Schucht, es que al final de la jornada ella le presentó un contrato escrito por sus servicios. No queda claro si se debió a que ella generalmente era meticulosa o a un deseo personal de impresionar a su nuevo amigo. Lo que sí sabemos, a partir de cartas posteriores de ambos y otros relatos, es que, en el transcurso de las siguientes semanas y meses de la primavera y el invierno en Moscú, desde 1922 hasta entrado 1923, llegaron a conocerse mucho mejor y se sintieron cada vez más atraídos y apegados uno al otro. Julia le contó a Gramsci una versión muy diferente de la historia de la familia Schucht de la que le había compartido Evguenia. El incansable espíritu viajero de los Schucht había sido mucho más perturbador y agotador para Julia, quien después de su niñez peripatética pasó casi toda su adolescencia instalada en Roma y claramente habría preferido quedarse allí, como su hermana Tatiana. Julia también le habló de sus clases en el Liceo Musical de la Academia Santa Cecilia romana con el famoso violinista Ettore Pinelli. Allí había aprendido a tocar el violín y a expresarse mejor que con las palabras. Su solicitud para unirse a los bolcheviques, presentada en septiembre de 1917, había sido procesada y aceptada con inusual rapidez gracias a sus destrezas musicales y su conocida reputación. Poco después, en el Año Nuevo de 1918, el primer año nuevo del flamante Estado socialista, había dado un concierto de violín en la Escuela Alexéiev de Moscú al que habían asistido 8000 personas. Había tocado *Légende* op. 17 para violín y piano de Kenryk Wieniawski, una de sus piezas favoritas. "Sobre todo", dijo (según recordaría más tarde el propio Gramsci), "porque

cuando la escucharon por primera vez, los padres de la futura esposa del compositor, que hasta ese momento desaprobaban el matrimonio... ¡lo aceptaron de buen grado!”.[159] Julia tuvo una reseña muy elogiosa en el periódico *Izvestia*, firmada por el prestigioso crítico Aleksandr Serafimóvich.

Desde entonces, tocaba con regularidad en eventos culturales del partido y reuniones privadas, casi siempre a dúo con su hermana Anna. Su interpretación conjunta del concierto para violín de Bach gozaba de especial renombre, aunque Julia temía que ese compositor estaba pasando de moda. También había compuesto algunas piezas musicales sobre poesía rusa: su preferido era Mijaíl Lérmontov. El público apreciaba en especial su composición inspirada en “La muerte del Poeta”, acerca del duelo que se cobró la vida de Pushkin: “Sucumbió el corazón [del Poeta] ante el oprobio / de mezquinas injurias. / Afrontando la opinión del mundo, / él solo, como siempre… fue vencido. / ¡Muerto!”.[160] Ese verano de 1918, mientras la guerra iba llegando a su fin, Julia contrajo la gripe española (así llamada porque, al ser uno de los pocos países no combatientes, España había reconocido la epidemia y tomado medidas para enfrentarla). A diferencia de millones de personas en todo el mundo, entre ellos muchos de sus amigos y camaradas en Ivánovo, Julia sobrevivió y se recuperó; pero la enfermedad la dejó debilitada y propensa a los desmayos y episodios en que se quedaba mirando al vacío durante minutos interminables. Años después, estos episodios serían identificados como la causa probable y la manifestación inicial de su mucho más grave “debilidad nerviosa”, o, en términos más precisos, perturbación psicológica y enfermedad mental.

Antonio y Julia empezaron a escribirse, todavía de una manera formal y distante, cuando el otoño daba paso al invierno. Para esa misma época, los médicos de Gramsci decidieron que ya estaba en condiciones de abandonar el sanatorio. En sus cartas, que (según confesaría luego) le requerían al menos cinco cuidadosos borradores hasta que se atrevía a enviarlas, Julia lo llamaba “Profesor” y casi siempre se limitaba a hablar sobre temas triviales como el clima: “¡Hoy encontré el sol! Parecía haber desaparecido”. Por su parte, Gramsci continuaba dirigiéndose a ella con el formal

Lei o *Ella*, en vez del familiar *tu*, y tomaba todos los recaudos para sostener un tono impersonal, casi de correspondencia comercial.[161] Era como si tuvieran que recordarse todo el tiempo a sí mismos y al otro que de momento su relación, si acaso era una relación, no pasaba de una pura y sana camaradería. Gramsci trabajaba arduamente en sus tareas políticas. Aún no se había recuperado del todo del agotamiento nervioso que lo había llevado al sanatorio, que ahora se manifestaba como una especie de anemia que le provocaba decaimiento, desmayos y ataques de amnesia sumados a su perenne insomnio. Pero Julia debe haber detectado una capa de reserva en el comportamiento y el carácter de Antonio. Mucho más tarde, en una carta dirigida a ella, Gramsci atribuiría esa tendencia a replegarse en sí mismo en momentos de incertidumbre a patrones de conducta adquiridos en su infancia y de su entorno –"Me acostumbré a esconder mis sentimientos detrás de una máscara de dureza o una sonrisa irónica"– y le pediría perdón por haberla sometido a ese mismo trato distante y discreto. "Supongo que mi única excusa es que intentaba alimentar tu interés en mí".[162]

Desde el punto de vista de Julia, Antonio debía resultar una personalidad fascinante y cautivadora. Su espectro de experiencia y visión era muy superior para su edad y su estatura física, y no se parecía en nada a los individuos con que ella solía cruzarse en el acotado ambiente de nobles cosmopolitas descontentos y despojados de sus posesiones y soñadores utopistas con quienes se había criado y convivido en los círculos de emigrados que frecuentaba su padre. Ese hombre parecía estar firmemente arraigado en el mundo real, donde la gente producía y cultivaba cosas y pertenecía a lugares y a otras personas. También era, por supuesto –y pese a su profunda reserva personal y su fulgurante y feroz racionalidad– vigorosa y audazmente italiano. Cada vez que Julia tocaba el violín, comentaría más tarde Gramsci, la música parecía llevarla de regreso al calor y la luz de Italia. Con el correr del tiempo, el contacto entre Antonio y Julia adquirió mayor intimidad. Ya era a todas luces un coqueteo, si no una relación. Era tan evidente que, de hecho, Antonio la acusó medio en broma, medio en serio de dejarlo plantado cuando la enfermedad le impidió a Julia

concurrir a Serebriani Bor con su familia. Era un hombre que, pese a todas sus fragilidades y deformidades físicas, más su manifiesta inexperiencia romántica, estaba acostumbrado a salirse con la suya; aquel reclamo era apenas un atisbo de la voluntad de hierro que le había permitido alcanzar su actual estatus en el PCd'I y la Comintern. A vuelta de correo, Julia le prometió que en el futuro haría planes definidos y le comunicaría cualquier modificación de último momento; una vez más, otra señal de su creciente apego. Les gustaba salir a caminar juntos por el parque del sanatorio y, cuando llegaba el momento de que Julia se marchara, Antonio la acompañaba hasta el portón principal y el camino que llevaba de regreso a la ciudad. Los dos sentían –lo admitieron cuando su intimidad ya era un hecho– la tortura de la separación y el delicioso cosquilleo de la expectativa de su siguiente encuentro.

Mientras tanto, la situación en Italia empeoraba con rapidez. Mussolini y sus *squadristi* fascistas estaban abocados a restaurar el orden en las ciudades y zonas rurales, con la activa connivencia del rey y los funcionarios del Estado. Las negociaciones y maniobras detrás de escena culminaron en la grotesca pantomima de la "marcha sobre Roma" del 22 de octubre de 1922, cuando miles de camisas negras convergieron en la capital, en su mayoría armados con palos y látigos, e incluso, se rumoreaba, con rifles y revólveres de juguete tallados en madera. La marcha, realizada dos días *después* de que el rey invitara a Mussolini a formar un gobierno en el que participarían los disidentes derechistas del Partido Popular y los liberales, no tuvo otro propósito que un show político. Si eso era una revolución –al menos así la describió Mussolini a sus fanáticos embelesados–, era una revolución impuesta desde arriba a un país y a un populacho resignados y acobardados.

Gramsci pasó sus últimos días en Serebriani Bor redactando un artículo sobre "los orígenes del gabinete de Mussolini" para la versión francesa del *Inprecor*, conocido y leído en todo el mundo. [163] En ese artículo, que entrañaba un profundo sondeo histórico en los factores subyacentes al golpe de Estado de Mussolini, Gramsci indagó lo que había debajo de los titulares de los diarios e informativos radiales y la fanfarronería absurda de los propios fascistas, y expuso el carácter clasista y las contingencias políticas

de la crisis. Empezó por explicar las debilidades históricas de la burguesía italiana y su fallido intento, durante la unificación, de forjar un Estado nacional moderno e integrado para enfrentar la alianza cuasi feudal entre los grandes terratenientes y el Vaticano. El desarrollo industrial había sido lento y parcial, principalmente concentrado en el Norte. La política nacional había estado dominada por temas de propiedad de la tierra y cuestiones rurales vinculadas, lo cual significaba que el emergente Partido Socialista era fuerte en el campo pero débil en las ciudades: "El 60% de los afiliados al partido eran campesinos; de los 150 diputados socialistas en el Parlamento, 110 habían sido electos en las zonas rurales; de las 2500 administraciones comunales conquistadas por el Partido Socialista Italiano, 2000 eran exclusivamente campesinas".[164] En el vacío político resultante, el liberal Giolitti había reunido una somera coalición social de habitantes urbanos y trabajadores rurales asalariados. Mediante maniobras parlamentarias y concesiones paternalistas, viejos trucos de lo que entonces se conocía como transformismo, Giolitti se las había ingeniado para organizar una serie de precarias mayorías gubernamentales que respaldaban su programa de industrialización, libre comercio y armonía social. Este frágil estado de las cosas había durado unos veinte años bajo una forma u otra, e incluso había pasado de un siglo al otro, para ser por fin desbaratado por la desgracia imperialista y la guerra mundial.

Sin embargo, pese a su masiva membrecía campesina, los socialistas eran incapaces de una acción política concertada. En cambio, estos maximalistas se dedicaban a lanzar ruidosos pronunciamientos en el Parlamento, pegaban carteles en las paredes, y entonaban cánticos y marchas. Eran puro sonido y furia, sin un ápice de organización sistemática o educación para las masas. Mientras tanto, la pequeña clase trabajadora industrial italiana continuaba desorganizada y sin representación, fuera de sus escasos bastiones en las ciudades del Norte. Los trabajadores italianos no tenían ninguna injerencia política comparados con los trabajadores de otros países desarrollados de Europa Occidental, con sus numerosos y eficaces movimientos sindicales y sus partidos laboristas y socialdemócratas. Las luchas proletarias como el movimiento de consejos de fábrica de Turín habían quedado

condenadas al aislamiento, e incluso se las culpaba de ser agentes irresponsables del gobierno de Moscú, además de ser suprimidas por los funcionarios del Partido Socialista y los líderes sindicales que protegían sus propios puestos. Es posible que la ola europea de agitación y alzamientos de posguerra haya barrido a Italia en su fragor, en medio de huelgas ilegales y clamorosas protestas masivas, pero los huelguistas y manifestantes lograron muy poco, más allá de la angustia y los inconvenientes esperables, y pronto se sintieron confundidos y desmoralizados. En marzo de 1920, los industriales, banqueros y terratenientes iniciaron la contraofensiva: una febril faena de organización contrarrevolucionaria, con asistencia activa del Estado. Los oficiales del ejército desmovilizados podían conservar cuatro quintos de su paga si se unían a los *fasci di combattimento*, que hasta entonces habían sido una pequeña organización de elementos socialistas, anarquistas, sindicalistas y republicanos que habían apoyado la participación de Italia en la guerra. Estos intervencionistas –antes “líderes sin seguidores”, como los motejó Gramsci– resultaron colmados de dinero y de reclutas. Y ese sería el brazo armado de la campaña de terror de Mussolini. Pese a toda su cháchara y grandilocuencia revolucionaria de exsocialista, en ese momento Mussolini no era más que una herramienta voluntaria de los elementos más reaccionarios de la burguesía italiana que lo habían forrado de dinero, armas y hombres. El artículo se publicó en *Inprecor* el 20 de noviembre de 1922, y Gramsci recibió muchos comentarios amables y elogios en el Hotel Lux de Moscú, donde se había alojado mientras retomaba sus tareas oficiales en la Comintern. Los camaradas de otros países europeos y de otros continentes lo paraban en pasillos y comedores para preguntarle cuándo publicaría el siguiente artículo. Incluso lo abordó el miembro húngaro del Ispolkom, Matyas Rákosi (a quien respetaba muy poco), que le pidió que considerara la posibilidad de reemplazar a Bordiga como líder del partido italiano. Gramsci sabía que Rákosi jamás lo habría abordado sin tener autorización de arriba, pero también sabía que le estaba sugiriendo algo que no era políticamente viable en esa etapa. Gramsci pensaba que esa estrategia dividiría en dos al partido italiano y que, tal como estaban las cosas, Bordiga –con su

“mentalidad sectaria” y su actitud “catastrófica” hacia los socialistas, a quienes comparaba con “un cadáver que hay que sacar del camino”– se llevaría consigo a la mayor parte de sus miembros. [165] “Efectivamente”, escribió, “en cuanto a capacidad de trabajo, Amadeo vale al menos por tres. [...] Para mí sería imposible reemplazarlo”.[166] Y prosiguió: “Yo caminaba sobre carbones encendidos”, con Bordiga que insistía de un lado sobre la necesidad de pureza y dureza, y gente como Angelo Tasca exigiendo del otro lado la fusión inmediata y total con los socialistas. Y si no, “estoy retorciéndome como una anguila” para lograr algún tipo de acuerdo.

Y finalmente llegó a un acuerdo, por el cual la facción de los *terzini* del Partido Socialista liderada por Serrati, que aceptaba sin reparos las 21 condiciones fundantes de la Internacional Comunista, se fusionaría con el Partido Comunista. Eso era mucho mejor que tratar de absorber la totalidad del Partido Socialista, grandes partes del cual jamás aceptarían las doctrinas y las prácticas del bolchevismo y ni siquiera del marxismo. Hasta Bordiga, más sombrío y belicoso en privado que nunca, se sintió obligado a aceptar esta solución a medias.



Gramsci en Moscú. Octubre de 1922



Credencial que permitía a Gramsci acceder a edificios públicos soviéticos. Septiembre de 1922

---

[143] Gramsci, *A Great and Terrible World*…, ob. cit., p. 108.
[144] Ibíd., p. 113.
[145] Gramsci, *Letters from Prison*, ed. Rosengarten, ob. cit., vol. 1, p. 121.
[146] Carta de Gramsci a Tatiana Schucht, 3 de abril de 1933. [N. de E.]
[147] S. Fitzpatrick y A. Rabinovitch, *Russia in the Era of NEP*, Londres, 1991, pp. 78-79.
[148] Gramsci, *Selections from Cultural*…, ob. cit., p. 49 [es el artículo "Marinetti Rivoluzionario?", *L'Ordine Nuovo*, año I, nº 5, 5 de enero de 1921. N. de E.].
[149] Ibíd., p. 52 [carta de Gramsci a Trotsky, 8 de septiembre de 1922. N. de E.].
[150] Gramsci, *Selections from Cultural*…, ob. cit., p. 19.
[151] Bosworth, ob. cit., p. 14.
[152] Williams, ob. cit., p. 183.
[153] Gramsci, *A Great and Terrible World*…, ob. cit., p. 21.
[154] Ibíd., p. 111.
[155] Ibíd., p. 114.
[156] Ibíd., p. 119.
[157] Le agradezco a Derek Boothman por desenterrar y explicar este equívoco potencialmente crucial.
[158] V. Serge, *Memoirs of a Revolutionary*, trad. de Peter Sedgwick, Londres, 1963, p. 165 [ed. cast.: *Memorias de un revolucionario*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2019].

[159] Gramsci, *Letters from Prison*, ed. Lawner, ob. cit., p. 103.
[160] M. Lermontov [Mijaíl Lérmontov], *A Hero of Our Time*, trad. de N. Randall, Londres, 2009 [ed. cast.: *Un héroe de nuestro tiempo*, México, Siglo XXI, 2007].
[161] Gramsci, *A Great and Terrible World…*, ob. cit., p. 106.
[162] Gramsci, *Letters from Prison*, ed. Lawner, ob. cit., p. 127.
[163] Gramsci, *Selections from Political Writings 1921-1926*, ob. cit., pp. 129-131 [es el artículo “Le origini del Gabinetto Mussolini”, *La Correspondence Internationale*, 20 de noviembre de 1922. N. de E.].
[164] Ibíd., p. 130.
[165] Gramsci, *Selections from Political Writings 1921-1926*, ob. cit., pp. 153, 136, 145.
[166] Fiori, ob. cit., pp. 160-161.

9. En el Hotel Lux, Moscú, 1923

El Hotel Lux era un edificio de cuatro pisos, ocupado de manera ilegal, en el número 36 de la calle Tverskaya moscovita. Originalmente llamado Hotel Frantsiy, estaba bajo el comando de los bolcheviques y se utilizaba para alojar a funcionarios y delegados extranjeros de la Internacional Comunista. Pese a su nombre, no tenía nada de lujoso, ni siquiera para los estándares rusos. Diseñado en sus orígenes para poco menos de cien huéspedes, durante los congresos y otros eventos oficiales debía recibir a centenares de personas de todas partes del mundo. Algunos se volvían residentes más o menos permanentes de lo que llamaban su "jaula dorada", ya que dependían por completo de sus anfitriones rusos cuando las revoluciones fracasaban, o no podían regresar a casa por la situación en sus países, o resultaban más útiles, en términos políticos, en Moscú. Siempre había gran cantidad de alemanes alojados en el Lux, incluso cuando su propia estrella política estaba en ascenso. En 1924, para educar (en alemán) a sus hijos, fundaron su propia escuela primaria, llamada Karl Liebknecht, en homenaje al líder del Partido Comunista de Alemania (KPD, por sus iniciales en alemán) asesinado junto con Rosa Luxemburgo en 1919.

Los huéspedes se alojaban de acuerdo al lugar que ocupaban en la jerarquía de la Comintern, y en la mayoría de los casos debían compartir la habitación con varios otros. La calefacción era errática. La gente se amontonaba alrededor de los calentadores primus en sus habitaciones y los pequeños incendios eran un accidente habitual. Solo se disponía de agua caliente dos veces por semana y había que bañarse en grupo, de a cuatro personas por vez. Abundaban los chistes procaces acerca de la vida comunitaria bajo el socialismo y cómo los pobres capitalistas privilegiados tenían que hacer todas esas cosas solos. Los niños jugaban en los pasillos y

las salas de reuniones, o bien afuera en la calle y los pasajes. En las cocinas comunitarias, las ollas de comida compartían hornallas con otras donde se hervían los pañales de los bebés. El lugar estaba infestado de ratas y cucarachas, de modo que requería la colocación rutinaria de trampas y venenos en un infructuoso intento de controlar las pestes.[167]

Durante su prolongada estadía en el Lux, desde los últimos meses de 1922 hasta bien entrado 1923, Antonio Gramsci compartió una pequeña habitación con su camarada y casi homónimo italiano Antonio Graziadei, con quien había viajado de Alemania a Rusia, en mayo pasado. Dado su estándar de vida de los últimos varios años en Cagliari y Turín, Gramsci seguramente se sentía mucho más cómodo que su compañero de pieza. Graziadei era un aristócrata, un conde hecho y derecho, un miembro prominente del Partido Socialista que se había unido al Partido Comunista en la escisión de Livorno. Alto e imponente, lucía un grueso mostacho de puntas untadas con pomada. No podía ser más diferente de Gramsci, tanto en lo social como en lo político. Graziadei sentía un persistente y abarcador rechazo, común entre los italianos con su formación intelectual, por todo lo que fuera italiano, ya que de manera casi automática lo consideraba inferior a lo producido por otras nacionalidades. Podía hablar horas sobre lo perezosos, cobardes y socialmente inferiores que eran sus compatriotas. Esto le llamaba la atención a Gramsci y a veces lo irritaba. Era la contrapartida lisa y llana de la italofilia afectuosa e indulgente de los Schucht y la mayoría de la burguesía transnacional, una suerte de antipatriotismo que (según Gramsci) derivaba de odios de clase lejanos y ya no atendibles. Graziadei simplemente había encontrado en el comunismo una nueva válvula de escape para su desdén aristocrático, un desdén que siempre corría el riesgo de convertirse en un desprecio generalizado hacia todos los estratos más bajos, incluso cuando (como en ese momento) había encontrado un claro foco de menosprecio en las políticas reaccionarias y el moralismo malintencionado de la pequeña burguesía que apoyaba a los fascistas. Graziadei había hecho carrera académica en economía política antes de unirse al Partido Comunista. Había sido titular de varias cátedras universitarias y, según decía, siempre había varias

otras esperándolo, que podía postergar indefinidamente o dignarse a aceptar cuando se le antojara. Era el principal experto en reforma agraria del nuevo partido y se identificaba estrechamente con la facción minoritaria de derecha liderada por Angelo Tasca y sus políticas de Frente Unido con los socialistas y la presentación a elecciones. Defendería y representaría estas políticas en el Cuarto Congreso de la Internacional Comunista.

Gramsci se llevaba bastante bien con Graziadei, pese a todas sus diferencias políticas y sociales y al fastidio inevitable de tener que compartir una habitación minúscula durante varios meses. Además del cuarto, compartían el amor por el teatro y disfrutaron muchas noches juntos en los teatros Meyerhold, Bajrushin y Bolshói, asistiendo a espléndidas producciones de nuevas piezas de Gorki o Sujovo-Kobylin o nuevas puestas radicales de Lérmontov o Hoffmann, Aristófanes o Shakespeare. Algunas noches preferían perderse por los tugurios, como le decía Graziadei a Gramsci con una mirada despectiva y tentadora a la vez. Entonces iban al Teatro de Variedades o a alguno de los tantos circos que levantaban sus carpas entre los matorrales de los suburbios de Moscú. Les gustaban especialmente los actos de magia en el Teatro de Variedades, que les ofrecían una deliciosa combinación de placer culpable con inocente asombro infantil, aún más deliciosos porque Graziadei conseguía entradas gratuitas gracias a quienes llamaba sus “conexiones”. También encontraban terreno común en los gratos recuerdos del clima y la cocina italianos (aunque no del pueblo y la cultura popular) cuando acostados en sus duras camas a la noche recordaban caminatas por la ciudad y viajes a la costa marítima o recitaban de memoria recetas y menúes, y en el sardónico rechazo hacia la humedad gris y helada del invierno moscovita y el desagradable estado general del Lux.

Entretanto, Evguenia Schucht por fin mostraba señales de recuperación plena después de casi cuatro años en el sanatorio de Serebriani Bor: había recobrado la capacidad de caminar sin ayuda. Todavía necesitaba apoyarse en las paredes y los muebles cada pocos metros, pero era un avance notable respecto de su anterior necesidad de apoyarse en alguien más. Los médicos le habían anunciado que en pocas semanas, a lo sumo unos meses, le darían

el alta y quedaría al cuidado de su familia. Pero la buena nueva no mejoró su estado de ánimo, y ciertos aspectos de su conducta continuaban preocupando a la familia. Gramsci aún sentía los efectos persistentes de su propia enfermedad y el agotamiento nervioso: un letargo que lo afligía durante varios días seguidos y unas jaquecas cegadoras si se exigía mucho. Siempre estaba alerta a cualquier cosa que pudiera amenazar su frágil equilibrio, lo que seguramente incluiría la impredecible irritabilidad de Evguenia. A veces, durante alguna visita de Antonio, esta se enojaba mucho cuando él tenía la desfachatez de criticar sus bordados. Gramsci bromeaba con que las golondrinas y otros ornamentos que Evguenia bordaba en los pañuelos siempre eran lagartijas e incluso los monogramas terminaban por adoptar aspectos de saurios, algo que la enfurecía. También hubo incidentes que sugirieron problemas mentales persistentes y más profundos, como cuando Antonio descubrió que ella había guardado "cien huevos" que no había comido. Esto explicaría su falta de amigos fuera del círculo familiar inmediato y por qué, a los 34 años, seguía empecinadamente soltera. Y por supuesto también incentivaría el creciente apego de Antonio con Julia, la hermana menor, más atractiva y ostensiblemente mucho más saludable y equilibrada en esa época. Gramsci sentía un afecto genuino por Evguenia, que era más baja y llana; los unía un vínculo persistente producto de los meses que habían compartido en el sanatorio. Eran casi contemporáneos en edad y en experiencia, y en términos de temperamento y aspecto tenían mucho en común. En el sanatorio, habían jugado juntos muchas veces con inocencia infantil. Antonio la llevaba a pasear por el parque en un pequeño carro al estilo sardo que había armado con ruedas viejas de cochecito de bebé y tablas de madera. Uno de los últimos mensajes de Gramsci a Evguenia Schucht en Serebriani Bor, enviado por el correo de la Comintern a comienzos de 1923, decía: "Valoro su voluntad de quererme por los esfuerzos que logra hacer para volver a estar en condiciones de saltar los arroyos". Hacia el final de la carta, para despedirse, aseguró: "Y la quiero". [168]

Ese invierno y primavera de 1923, Gramsci tuvo otras preocupaciones personales. Los fascistas habían golpeado y herido

de gravedad a Gennaro, su hermano mayor, en Turín; el pobre había perdido un dedo y muchísima sangre. Ese mismo día, asesinaron a otros dieciocho camaradas en la ciudad, entre ellos a algunos trabajadores de automotrices que Antonio conocía personalmente. Los fascistas también cerraron *L'Ordine Nuovo* y acusaron a sus editores de subversión y posesión de armas y explosivos, sin pruebas ni evidencia alguna. Esto causó un breve revuelo en Italia, pero para Antonio lo más perturbador del incidente fue que los fascistas habían atacado a Gennaro porque lo habían confundido con su hermano menor, es decir, con él. Durante su ausencia, también circuló otro rumor perturbador: que todos los meses que Antonio había pasado en el sanatorio y en Moscú, Gennaro había retirado el salario de su hermano de la cuenta del partido. En cualquier caso, lo que más le molestaba a Antonio no era el dinero en sí sino la deshonestidad. Gennaro, por su parte, parecía echarle la culpa por la paliza que había recibido. En suma, este fue otro giro desagradable en la casi siempre tensa relación de estos dos hermanos. Antonio describió en varios lugares a "Nannaro [como] un personaje extraño. Fue sargento mayor en el Regimiento Vigésimo Primero de Zapadores en Monterosso, Montenero y Caporetto. Siendo minero bajo tierra, cuando solo una pequeña pared separaba su túnel del austríaco, oyó cómo el enemigo intentaba colocar una mina para hacerlo volar en pedazos", y regresó de la guerra todavía más frío e irascible que antes.[169] No resulta difícil ver por qué un hombre como Gennaro resentía las consecuencias de la notoriedad política de su hermano menor. Irónicamente, Antonio se enteró años más tarde de que su hermano menor, Mario, el pez gordo fascista que residía en Varese, también había recibido una paliza de los comunistas más o menos en la misma época.

Las cosas no marchaban mucho mejor en el frente político. El comité conjunto que el Congreso de la Comintern había creado en noviembre para promover la fusión con los *terzini* amenazaba con disolverse, dado que Bordiga se negaba a sumarse y todos los demás tenían dificultades para asistir a las reuniones, ya fuera en Italia, donde corrían el riesgo de que los arrestaran, o en el extranjero, desde donde quizá no les permitirían regresar al país. El

Ispolkom estaba muy preocupado por la situación, que iba de mal en peor, y todo el tiempo, en horarios inesperados, convocaba reuniones a las que Gramsci se esforzaba por asistir. La mayoría de los líderes del PCd'I, incluido Bordiga, fueron arrestados el 3 de febrero de 1923. En enero, habían emitido la orden de arresto contra Gramsci, lo cual significaba que, por el momento, no podía volver a Italia. Hacía ya muchas semanas que no llegaban noticias fehacientes a Moscú sobre lo que ocurría. Solo hubo cartas (que Hoare atribuye a Umberto Terracini) en las que se contaba que todo estaba destruido, que había que reconstruir el liderazgo central del partido *ab imis* (desde los cimientos), y que (según Gramsci) "el autor de esas cartas […] había creado la sensación de que para entonces el partido solo seguía existiendo únicamente en su propia persona".[170] Cuando el Ispolkom le pidió su opinión acerca de lo que convenía hacer con un liderazgo del PCd'I que ni siquiera había hecho planes para afrontar una eventualidad como aquella, Gramsci se sintió avergonzado por no contar con datos sólidos al respecto. Lo único que se le ocurrió proponer fue que convenía disolver el partido y reconstruirlo desde fuera.

Después sospechó que los rusos –"menos centralistas de lo que parecen" y siempre propensos a las maniobras propias– sabían más que él al respecto. El Ispolkom buscó más información en Italia y recibió una respuesta de "Tito" (Bruno Fortichiari, aliado cercano de Bordiga, y entonces a cargo de la actividad clandestina del partido) donde decía que "el aparato interno del partido había quedado completamente intacto". Era difícil saber a quién creerle: si a Terracini y lo que fuera que quedara del liderazgo establecido, o a "Tito", que (para Gramsci) representaba una actividad subordinada y solo parcialmente controlada, y que, a menos que alguien lo conociera personalmente, bien podía ser un embaucador. "Tito" fue llamado a Moscú. Se presentó, furioso porque habían desconfiado de su versión de las cosas, y allí le informaron de la evaluación mucho más sombría de Terracini. "Entonces se vio claramente", según Gramsci, "que los dos centros [el liderazgo reconocido y la red subterránea] operaban uno independientemente del otro, [...] y, por ende, difamándose y desacreditándose" mutuamente. La discrepancia en los informes nunca se aclaró de manera apropiada,

salieron a la luz otros entuertos organizacionales y, desde fuera, el partido parecía un caos vergonzoso. No se resolvían los temas importantes (en especial, la relación con los socialistas) y (según recordó Gramsci) muchas veces los debates se convertían en reyertas o altercados. Si bien Gramsci se encontraba ostensiblemente en el centro de las cosas, debe haber sentido más que nunca su propio aislamiento político.

A mediados de 1923, Antonio Gramsci comenzó a cortejar de manera consciente y empecinada a Julia “Julka” Schucht. Acababa de cumplir los 32 años; ya no era un jovencito. Quizá pensó que por fin estaba listo para entablar una relación romántica seria. Julia respondió: no con entusiasmo (pues no se hubiese condicho con su reticencia natural) pero sí con buena disposición. Antonio continuó visitándola en Ivánovo-Voznesiensk y en algunas ocasiones ella fue a verlo a Moscú. Dado que Julia era una bolchevique activa y comprometida, seguramente sus conversaciones giraban en torno a los temas políticos del momento y cuestiones personales. El trabajo de Julia en el NKVD bien puede haber aportado temas más sensibles en lo inmediato y lo local. Alrededor de esta época, Gramsci intentaba proteger a un viejo amigo anarquista de Turín que había terminado en manos de la policía secreta soviética. Fue poco lo que pudo hacer para librar a su viejo compañero de las acusaciones de subversión, que él mismo admitía alegremente, pero se las ingenió para conmutar la sentencia de ejecución sumaria a expulsión del país. Seguramente también hablaba con Julia sobre lo que ocurría en el seno de la familia Schucht. Evgenia tenía dificultades para adaptarse a la vida fuera del sanatorio. Pese a sus excelentes calificaciones y su profusa experiencia anterior en la enseñanza, se había negado a buscar trabajo y pasaba la mayor parte del día en la habitación, entretenida con sus novelas populares y sus bordados, o durmiendo. Anna Schucht se había mudado con su esposo Theodore Zabel a un lugar propio, lo que daba más espacio a la familia, pero es muy probable que Julia comenzara a echar de menos a su hermana y compañera musical más cercana.

Durante el verano, Julia empezó a pasar las noches con Antonio en el Hotel Lux. Graziadei había regresado a Italia en el invierno y lo había reemplazado como compañero de habitación Egidio Gennari,

un respetado organizador, de modales mucho menos ampulosos, que presuntamente se las apañaba para dormir en otra parte cuando era necesario. Más adelante, en una carta a Julia, Antonio recordó con algo de picardía cuánto se esmeraba por mantener la habitación limpia, ordenada y agradable a la vista. Los amantes (si el trabajo lo permitía) pasaban tantas noches y tardes juntos como podían, robándole tiempo a la revolución. Antonio le escribió a Julia: "Todavía no sé si podré ir a su encuentro el domingo. A cada instante, en las horas más impensadas, nos convocan, y me disgustaría mucho faltar a una reunión sin ser capaz de justificar[me]. La quiero y tengo la certeza de que usted me quiere". [171] En otro momento, llegó un telegrama de Italia donde le avisaban que habían emitido una nueva orden de captura en su contra y le aconsejaban no regresar al país. Los mensajeros llevaron el telegrama al Lux a primera hora de la mañana. Antonio no estaba en su habitación y ninguno de los otros italianos tenía la menor idea de dónde podía estar; no había avisado nada. Dieron varias vueltas en auto por Moscú, pero ni rastro de Gramsci. Preocupados por su desaparición, temiendo un secuestro o algo peor, pidieron ayuda a la policía secreta. Cuando Gramsci por fin apareció en el Lux, después de haber pasado la noche con Julia en Ivánovo, lo recibieron como si hubiera regresado de la muerte.

En una carta posterior, Antonio le pregunta a Julia: "¿Vino a Moscú el 5 de agosto, como me había anticipado? La esperé tres días [seguidos]. No me moví de la habitación por temor a que pudiera suceder como la otra vez. [...] ¿No estuvo en Moscú, verdad? Por supuesto, habría venido a verme, siquiera un ratito. [...] ¿Vendrá pronto? ¿Podré volver a verla? […] Escríbame. Cada palabra suya me hace un gran bien y me hace ser más fuerte".[172] En esa carta había un tono de urgencia, una necesidad, una dependencia al borde de la desesperación mezclada con un inconfundible tufillo a reproche. Todo indicaría que Julia se tomó su tiempo para pensar antes de responderle a Antonio que el trabajo político y la práctica del violín para un próximo recital la habían retenido en Ivánovo. Se disculpó por no haberle avisado antes, pero le recordó que la visita cancelada no estaba pactada en firme. Este breve intercambio epistolar fue una suerte de preanuncio del tono que adoptaría gran

parte de la correspondencia posterior entre los dos, solo ligeramente suavizado por las protestas de añoranza romántica. Muchísimo después, en circunstancias muy diferentes, Antonio le escribiría que había vuelto a repasar todo en su mente, todos los recuerdos de su vida juntos, desde el primer día que la vio en Serebriani Bor y no se atrevió a entrar en la habitación, abrumado por la timidez –"Sí, me habías intimidado y hoy sonrío al recordar esa impresión"–, hasta el día en que ella se fue a pie y él la acompañó hasta el camino principal que cruzaba el bosque, "y me quedé mucho tiempo quieto para ver cómo te alejabas completamente sola, con tu carga de transeúnte, por la gran ruta, hacia el mundo grande y terrible que te esperaba afuera y después, después, todo nuestro amor".[173]

La experiencia de enamorarse por primera (y, hasta donde sabemos, única) vez tuvo un profundo efecto sobre Antonio Gramsci y lo obsesionó por el resto de su vida. Nunca se había sentido así con otro ser humano. Le escribió a Julia que ella le había dado la más grande, más hermosa y más poderosa razón en el mundo para continuar viviendo. Sentía una alegría exultante que no experimentaba desde su primera infancia, antes de que su padre fuera a la cárcel y su familia cayera en desgracia, cuando corría por las colinas de Ghilarza con sus compañeros de juego o conversaba con el último pájaro o animal pequeño que había domesticado. Discernía en su *Weltanschauung* una sensación de futuro que casi rozaba el optimismo razonable, una opulencia temperamental que nunca antes se había atrevido a permitirse. Pero sobre tanta maravilla se cernía una sombra: una sensación de vulnerabilidad personal que proyectaba sobre Julia en arranques de altruismo protector, porque también se preocupaba por ella. Enamorarse era un asunto peligroso para todos los involucrados. Antonio no solo se exponía al riesgo de salir herido, sino que exponía a otra persona, a quien amaba profundamente, a su propia tendencia –manifiesta en el trato diario con sus camaradas– hacia la frialdad, la dureza e incluso la crueldad. Un comentario ingenioso, recompensado por una sarta de carcajadas afables, podía fácilmente convertirse en insulto hiriente, respiraciones profundas y silencios incómodos, y era garantía de orgullo herido y sentimientos lastimados para quienes lo recibían. A esto se refirió Piero Gobetti cuando dijo que la ironía de

Gramsci podía convertirse, en cuestión de segundos, en una cerbatana de sarcasmo letal.

Estaba claro que a Gramsci le resultaba difícil vérselas con las incertidumbres cotidianas del amor. ¿La otra persona sentía lo mismo y con la misma intensidad? ¿Cómo podía saberlo y cómo podía comunicar algo tan etéreo? Después de una vida de estudio y acción, el caos de sus propios sentimientos lo apabullaba. A menudo se comparaba, en especial durante sus todavía frecuentes episodios de enfermedad y agotamiento nervioso, con un oso que tenía la cabeza lastimada y se retiraba gruñendo a su cueva en la montaña. Bien, ese viejo oso había sido deliciosamente persuadido de abandonar su cueva y salir a disfrutar del sol radiante en la llanura. ¿Y ahora? Lo más irritante de todo era que no tenía la menor idea de qué hacer. Sin embargo, sabía que al oso de la cueva le resultaría muy difícil volver a subir la colina y sumirse en la oscuridad. Ahora que por fin había encontrado el amor, tenía que dejarse llevar, tanto por razones políticas como personales. ¿Acaso era posible amar a una masa colectiva si uno no había sido profundamente amado por criaturas humanas individuales? ¿Acaso eso no había afectado su vida como militante? ¿Acaso su tendencia a convertir todo en una cuestión de puro intelecto, de mero cálculo matemático, no lo había vuelto estéril y había reducido su calidad como revolucionario? Uno no puede dividirse en fragmentos y hacer que solo funcione una parte. La vida es un todo, y cada actividad se fortalece con las demás. El amor fortalece el conjunto de la propia existencia. Crea un equilibrio nuevo e intensifica los otros sentimientos y sensaciones.

El 21 de septiembre de 1923, el reconstituido comité ejecutivo del PCd’I, sorprendido por la policía en casa de un trabajador en las afueras de Milán, fue arrestado en bloque. Sus integrantes fueron acusados de conspiración contra el Estado y, aunque finalmente los absolvieron por inconsistencias en la evidencia presentada por el aparato judicial fascista, todavía incipiente, pasaron tres meses en prisión. Esto perjudicó aún más las frágiles redes y la comunicación del pequeño partido. La antigua cúpula que acompañaba a Bordiga fue juzgada por separado durante este período, aunque también fue absuelta el 26 de octubre. Las absoluciones, basadas en

tecnicismos jurídicos, no fueron consideradas un triunfo político. Todos sabían que estaban ante las salvas iniciales de lo que comenzaba a parecerse a una despiadada y muy desigual guerra civil. Los fascistas arrastrarían a sus opositores de vuelta a los tribunales en cuanto pudieran manipular la ley para que sus vagas acusaciones de subversión resultaran viables. El Ispolkom decidió que Gramsci se trasladara a Viena, lo más cerca de Italia posible, pero sin arriesgarse a que lo arrestaran gracias a las órdenes emitidas al comienzo del año. Desde allí coordinaría las tambaleantes operaciones domésticas del partido e intentaría reconstruir su infraestructura hecha añicos. Dejaría Moscú en cuanto se hicieran los arreglos necesarios para su traslado. La oficina del OMS (iniciales rusas del Departamento de Relaciones Internacionales de la Comintern) consiguió los boletos de tren y el pasaporte, a los que se sumó un permiso de residencia que su vieja camarada socialista italiana Angelica Balabanoff (Anzhelika Balabanova) se ocupó de obtener en Viena.

Antonio y Julia se casaron el 23 de septiembre en una ceremonia sencilla en el Registro Civil de Moscú. No fue estrictamente una ceremonia sino, a la manera de la nueva moral del Estado proletario, un reconocimiento público formal de su relación privada que no entrañaba ninguna obligación hacia el cónyuge ni hacia nadie, excepto aquello que cada uno eligiera ofrecer libremente. Pagaron una tasa mínima en la ventanilla del cajero en la entrada del edificio. El certificado que el sonriente empleado les entregó a cambio impactaba con sus estampillas, su membrete estatal y sus firmas aparatosas, pero en realidad no tenía más peso que ningún otro documento en papel emitido por las oficinas de la nueva administración con la intención (nada solapada) de convencer al mundo de que la Revolución había llegado para quedarse.[174] Julia se fue a vivir con Antonio al Hotel Lux. Conservó su empleo, pero le permitieron reducir las horas de trabajo y las responsabilidades gracias a su nuevo estado civil. Los recién casados se mudaron a una nueva habitación reservada para matrimonios y comenzaron a seguir las rutinas diarias de una relación consolidada. Se levantaban a las 7 de la mañana, cuando empezaba a clarear. Julia preparaba el desayuno mientras Antonio recogía los periódicos y la

correspondencia, si había, en la recepción del hotel. Cuando él se iba a trabajar a la Comintern, ella ordenaba y limpiaba el cuarto, y después también se iba a trabajar. Cuando él regresaba a casa, a menudo a la noche después de un día colmado de reuniones y redacción de informes, la encontraba leyendo o zurciendo a la luz de una vela. O simplemente, sentada en una silla, le daba la bienvenida con su hermosa sonrisa. Preparaban la comida juntos en una de las ruinosas cocinas comunitarias y se contaban las noticias del día mientras comían.

Durante ese período, fines de 1923, el tema político candente era la derrota del movimiento revolucionario alemán. Esto conllevaba la perspectiva de establecer alguna clase de vínculo entre la industria alemana y la agricultura rusa, vínculo que pondría fin al aislamiento de la economía soviética, clavaría una estaca en el debilitado corazón del sistema capitalista e impondría un nuevo orden global de socialismo proletario. La Comintern y el KPD fijaron el 25 de octubre como fecha para la insurrección, el sexto aniversario de la toma de Petrogrado por los bolcheviques (en realidad no lo era: pasaron por alto la diferencia de dos semanas entre el calendario ruso y el calendario occidental), como si tuvieran una cita con la historia. La insurrección proyectada resultó ser un fiasco absoluto y fue cancelada a último momento porque sabían que no contaban con suficientes armas ni hombres para derrotar al ejército y derrocar al gobierno socialdemócrata de la incipiente República de Weimar. Excepto en Hamburgo, por supuesto, que no recibió a tiempo la orden de abortar la revolución. Trescientos comunistas pobremente pertrechados tomaron el centro de la ciudad, pero fueron derrotados casi de inmediato y sin dificultad por el ejército y el Freikorps, la milicia reaccionaria nacionalista. En el resto de Alemania solo hubo una vaga sensación de desorden e indisciplina atípicos, que tenía tanto que ver con el derrumbe económico y la hiperinflación como con cualquier perspectiva seria de revolución. En los pasillos y cantinas de la Comintern todos se burlaban de los trabajadores alemanes: decían que eran capaces de formar fila para tomar el poder e insistían en que debían pagar por los destrozos. Incluso circulaba la historia del saqueo a una zapatería en un barrio de clase trabajadora de Berlín, donde la gente supuestamente salía con

las manos vacías si no encontraba calzado de su número.[175] La ley y el orden se restauraron rápido y sin mayor dificultad, y la economía alemana se estabilizó por el momento. Poco antes de que Gramsci se despidiera de Julia para irse a Viena, la pareja concibió su primer hijo. Antonio le escribió a su madre en Cerdeña: “Mi compañera adhiere por completo a mis ideas; no es italiana, pero vivió mucho tiempo en Italia y estudió en Roma. […] Es valiente, de carácter fuerte, y estoy seguro de que todas ustedes la apreciarán y la querrán cuando la conozcan. Querría ir con ella unos días a Cerdeña el próximo verano u otoño”.[176]



Gramsci en Viena. 1924

---

[167] R. von Mayerburg, *Hotel Lux*, Múnich, 1978.
[168] Gramsci, *A Great and Terrible World…*, ob. cit., p. 112. Varios de estos mensajes afectuosos han sido identificados recientemente como dirigidos a Evguenia, y no (como se creía) a Julia, lo cual sugiere que el cambio de atención de Gramsci de una hermana a la otra llevó más tiempo de lo que se creía y que a lo largo del camino sus sentimientos no eran del todo claros, o directamente se volvían ambivalentes. Agradezco a Derek Boothman estos datos y nuevas interpretaciones sobre el tema.
[169] Gramsci, *Letters from Prison*, ed. Lawner, ob. cit., p. 135.
[170] Gramsci, *Selections from Political Writings 1921-1926*, ob. cit., p. 183 y p. 104 n.
[171] Fiori, ob. cit., p. 161 [en fecha reciente, se sostuvo que esta carta estaba dirigida a Evguenia; véase n. 168. N. de E.].
[172] Gramsci, *A Great and Terrible World…*, ob. cit., p. 167.
[173] Gramsci, *Letters from Prison*, ed. Lawner, ob. cit., p. 157.
[174] S. Fitzpatrick, *Everyday Stalinism*, Londres, 2000 [ed. cast.: *La vida cotidiana durante el estalinismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019]; hubo debate en Italia, que involucró a las propias familias Gramsci y Schucht, acerca de si eso constituía o no un matrimonio formal.
[175] Serge, ob. cit., p. 172.
[176] Gramsci, *A Great and Terrible World…*, ob. cit., p. 322.

10. Un interludio vienés

Antonio Gramsci dejó Moscú a fines de noviembre de 1923. Había permanecido un año y medio en Rusia; había desempeñado un pequeño pero significativo papel en los asuntos de la Comintern y un papel más importante en el PCd'I; se había dejado el bigote y después se lo había afeitado; había conocido a su futura esposa, se había casado con ella y habían convivido durante casi dos meses con bastante comodidad y privacidad en el Hotel Lux, también habían engendrado a su primer hijo (aún no lo sabía); había aprendido a leer, hablar y escribir rudimentariamente en ruso, y crecido en términos de personalidad y confianza en sí mismo más que durante cualquier otro período comparable de su vida. Si bien lamentó tener que separarse de su esposa y la peculiar familia de esta, y de los otros vínculos personales y emocionales que había formado en Rusia, no dejó que se notara. Todos comprendían y aceptaban que semejante sacrificio personal era indispensable para la gran causa de la revolución proletaria y el socialismo internacional.

El 3 de diciembre, después de un complicado viaje de cinco días en ferrocarril, que implicó múltiples cambios de trenes con pocos segundos frenéticos o largas horas ociosas en la estación y tensos cruces de frontera, Gramsci llegó a Viena. Bajo el firme control del Partido Socialdemócrata de Austria, la ciudad se estaba recuperando de las privaciones de posguerra de una manera mucho más estable y constante que Moscú en la era de la NEP o la incipiente República de Weimar tras la hiperinflación y las reparaciones exigidas por el Tratado de Versalles. Mirara donde mirara, Gramsci veía sólidos edificios de departamentos destinados a los trabajadores que el municipio de la Viena Roja había construido para sus millones de seguidores proletarios. Estos pioneros del socialismo comunal, con su compleja economía moral

de favores y obligaciones, negociaciones y acuerdos, podían movilizar manifestaciones instantáneas de 50.000 ciudadanos fornidos, vestidos con ropa informal y armados en secreto, para disuadir a opositores o imponer alguna nueva medida de bienestar. Con ánimo más celebratorio, organizaban desfiles de miles de ciclistas en meticulosa formación con sus bicicletas adornadas con guirnaldas de flores. Los socialdemócratas incluso producían un periódico satírico llamado *Lachen Links* (Risas de Izquierda), colmado de chistes previamente aprobados por el partido para las masas. Cuadrillas de trabajadores municipales recorrían la ciudad en camionetas flamantes y relucientes para recolectar desechos, perros callejeros y niños abandonados. Se tenía la impresión de que en Viena la historia estaba efectivamente progresando, aunque de una manera más lánguida y complaciente que en el resto del mundo. En los cafés y las calles reinaba una alegría que no parecía en absoluto forzada.

Gramsci se quedó unos días con Josef Frei, el entonces secretario general del Partido Comunista de Austria, y después se alojó en un suburbio desastrado, en una habitación sin calefacción y con escasos muebles subalquilada por una hostil *Hausfrau* católica. La mujer se quejaba todo el tiempo de que su marido comunista la obligaba a albergar a un extranjero ateo bajo su techo y decía que seguramente la *Polizei* ya estaba en camino para arrestarlos a todos. Después de toda una vida de sábanas y frazadas, Antonio tuvo su primer encuentro con un edredón, que (según le escribió a Julia) “se me escapa en todas direcciones, y hace que me despierte a cada rato con un pie o un hombro congelado”.[177] Su único colega inmediato en Viena era su secretario Mario Codevilla, un italiano sombrío y tuberculoso que solo hablaba de cosas triviales. Codevilla carraspeaba sin parar y tamborileaba con las uñas sobre cada superficie dura que encontraba a su paso. Pasaban la mayor parte del tiempo redactando cartas para Moscú o Roma. “¡Tantas cartas! Escribo al menos media docena por día. Quizá nunca escribí tantas cartas en mi existencia (¡precedente!) como en estos pocos días”, le escribió Gramsci a Julia. En la mayoría pedían u ofrecían explicaciones acerca de la compleja situación en el seno del PCd’I, que todavía luchaba por tener una presencia significativa en Italia en

condiciones de semilegalidad. Gramsci también escribía artículos acerca de la situación para el *Inprecor*: "Sugirieron que usara un seudónimo, aunque no entiendo por qué. Al menos pude pergeñar una versión mutilada de mi propio nombre, que todavía nadie ha conseguido descifrar. ¡Ahora me llamo, para los propósitos de *La Correspondance Internationale*, G. Masci!".

El pequeño círculo de emigrados y subversivos que le había presentado Angelica Balabanoff tampoco le brindaba muchas oportunidades de contacto social honesto. De acuerdo con Victor Serge, la única persona con quien Gramsci tuvo cierta proximidad en Viena, todos parecían estar escapando de algo y siempre alerta a la posibilidad de que alguien o algo los estuviera siguiendo. En algunos casos, personas que se destacaban por su aspecto menos atormentado y perseguido, eran ellas quienes les seguían el rastro a otros. En opinión de Serge, ese era un detalle por demás revelador acerca del estado del movimiento revolucionario internacional en ese momento. Las personas conversaban en susurros y en código, mirando con un ojo por encima de su propio hombro y con el otro por encima del hombro del interlocutor. Las presentaciones siempre estaban envueltas en un halo de sospecha, y los acuerdos para volver a encontrarse eran necesariamente provisorios, porque "nunca se sabe...". Se creaban complejos sistemas de señales –un diario plegado o desplegado sobre la mesa, un tirón del lóbulo derecho de la oreja o del izquierdo– para indicar si había seguimiento o vigilancia.[178]

Todo esto le parecía un poco ridículo a Serge, y de manera implícita a Gramsci, sobre todo si lo comparaba con las condiciones reales de represión violenta en Italia o las revueltas sociales en Rusia. Era más un resabio del enmarañado sotobosque de conspiración y represión prerrevolucionaria que un requisito de las condiciones políticas del momento en la imperturbable aunque frágil democracia parlamentaria imperante en la mayoría de los países de Europa Occidental. Todos esos subterfugios realmente no tenían lugar en el desafiante mundo nuevo de la reconstrucción socialista y la hegemonía proletaria en desarrollo. Por supuesto que era necesario cuidarse y saber cuándo confiar en el otro, pero también había una gran dosis de vanidad y añoranza de tiempos y

polaridades más simples en todos aquellos codazos, guiños, susurros y señales furtivas. Al parecer, estos guerreros revolucionarios clasistas se sentían mucho más cómodos en la incomodidad revolucionaria permanente. Algunos aparecían de la nada en los cafés, los departamentos o las reuniones, y luego desaparecían de la misma manera misteriosa y jamás se los volvía a ver. Los demás pasaban semanas y meses intentando averiguar si eran espías de la policía o agentes secretos, y si lo eran, para qué rama o agencia trabajaban: una entre un apabullante surtido de acrónimos y abreviaturas. En la mayoría de los casos, casi con seguridad no eran ninguna de las dos cosas. Lo más probable era que fueran bohemios disolutos o diletantes o desplazados, o bien conspiradores congénitos e intrigantes de raza, gente que se pasaba la vida adhiriendo a una causa tras otra a falta de algo mejor que hacer.

Buena parte de ese clima de conspiración e intriga en la Viena Roja emanaba de las antiguas e insuperables enemistades de los Balcanes, todos esos países rotos de montañas escarpadas y valles fértiles situados al Sur, zona abrasada por el sol, para los cuales la capital austríaca había sido otrora un centro imperial y ahora ofrecía una vía de acceso a las simpatías, atenciones y recursos de Europa Occidental. Los extranjeros como Serge o Gramsci podían buscar en cafés y salas de reuniones explicaciones de la reyerta, asesinato o complot de bomba más recientes, pero lo único que conseguían era sumirse en un torbellino mental producto del torrente de acusaciones de traición, corrupción y genocidio de un grupo étnico o político contra otro. Básicamente eran un conjunto de tribus que defendían grandes ideales y poseían redes organizacionales, cada una con su creciente horda de mártires heroicos y supuestos traidores, empeñadas en llenar sus calendarios de aniversarios macabros y días sagrados. Desde una perspectiva estrictamente antropológica, sus costumbres y códigos eran interesantes por derecho propio, pero (siempre según el autoconfeso cínico Serge) carecían por completo de relevancia histórica o política.

Por si esto fuera poco, la atmósfera en la Viena de los emigrados estaba envenenada por las noticias de los constantes disturbios facciosos en Rusia, donde sí era relevante lo que ocurría. La

situación había empeorado con la enfermedad y la declinación de Lenin, que Gramsci denominó (en una carta a Togliatti, Terracini y otro) una “topografía de fracciones y tendencias [donde siempre supe que] Radek, Trotsky y Bujarin ocupaban una posición de izquierda; Zinóviev, Kámenev y Stalin en una posición de derecha; mientras que Lenin estaba en el centro fungiendo de árbitro”.[179] La propia patrocinadora de Gramsci, Angelica Balabanoff, estaba envuelta en una nube de sospecha tras haberse enemistado con Lenin y Zinóviev y haber sido expulsada de la Comintern, donde se había desempeñado brevemente como secretaria en 1919. Había terminado en Viena porque no era bienvenida en Moscú ni en Italia, donde había pasado la mayor parte de su juventud en los años gloriosos del PSI. Pero incluso en Viena, siempre según Serge, parecía incapaz de establecerse en algún lugar. Se mudaba todo el tiempo de una pequeña habitación amueblada a otra con sus pocas posesiones personales: un calentador para el té, una pequeña sartén para preparar *frittate*, tres tazas para sus invitados y varios retratos enormes y feroces de los viejos y famosos socialistas maximalistas italianos, de quienes había aprendido todo lo que sabía de política en las últimas décadas del siglo XIX. Se decía que, en aquel temprano período prerrevolucionario, Angelica le había presentado a la estrella ascendente del socialismo italiano, Benito Mussolini, a Lenin, quien había quedado francamente impresionado. Balabanoff había sido asistente de Mussolini durante su breve y tumultuoso paso como editor del *Avanti!*, y corrían rumores de que también había sido su amante, aunque ella luego lo denostaría diciendo que era un falso revolucionario, impulsado “por el egocentrismo y la sed de venganza personal”.[180]

La figura central en la única fotografía que se conserva de Antonio Gramsci en Viena es Victor Serge, quien sostiene a un niño no identificado, no es mucho más pequeño que Gramsci (o incluso que Serge, también menudo), y ambos sonríen. Gramsci siempre puso gran cuidado en referirse a Serge, tanto en sus conversaciones como en su correspondencia, como “un francés” o “el francés”, porque la mayoría de la Comintern ya sospechaba que era un opositor encubierto. “El francés” era un personaje extraordinario, casi por completo contemporáneo de Gramsci, que parecía haber

vivido varias vidas en sus escasos 33 años. Sucesivamente se lo había conocido como hijo de intelectuales revolucionarios rusos deportados, delincuente juvenil en Bruselas, anarquista convicto en París, militante sindical en Barcelona y activo participante en los primeros y más duros años –pero también los más puros– de la Revolución Soviética. Por sus capacidades y su experiencia, lo nombraron funcionario jerárquico de la Comintern y trabajaba directamente para el presidente Zinóviev (a quien pronto llegó a detestar), pese a que nunca fue miembro del Partido Bolchevique. Después lo enviaron a respaldar las diversas causas revolucionarias tambaleantes en Europa Occidental: primero en Berlín, después en Praga y enseguida en Viena. Había aceptado la misión solo para poder salir de Moscú. Estaba profundamente desilusionado y horrorizado por la caída de la burocracia y el aparato de seguridad del Estado soviético en lo que ya en aquella época llamaba un "inexplicable, frío y feroz totalitarismo". Había pasado la mayor parte de los últimos dos o tres años intentando salvar a viejos amigos y camaradas de que los arrestaran, los enviaran a la cárcel o los ejecutaran los matones y cazadores de herejes de lo que todavía llamaba "la Cheka" (antiguo nombre posrevolucionario de la policía secreta soviética), algunos de los cuales simplemente habían pasado de ser leales al zar a ser leales a los bolcheviques. Serge decía entender y aceptar la necesidad de eliminar a los enemigos de la Revolución. El problema era que los bolcheviques ya no sabían quiénes eran en efecto sus enemigos y, por consiguiente, tampoco podían saber quiénes eran sus amigos. En ese entonces exhibían todos los sellos distintivos de una élite exclusiva y despectiva.

Serge conservaba una profunda simpatía, respeto y admiración por los líderes bolcheviques –Lenin y Trotsky en especial–, pero veía con claridad las contradicciones históricas que socavaban sus mejores intenciones y hacían prevalecer sus tendencias autocráticas a expensas de las democráticas. Creía que buena parte de esta degeneración era inherente al modelo de organización bolchevique que Lenin más que nadie –"orgulloso de lo que ha destruido, no tan orgulloso de lo que ha creado"– había impuesto.[181] Lenin hacía hincapié en que la dictadura del proletariado era una dictadura verdaderamente despiadada y, al mismo tiempo, la democracia más

amplia posible para los trabajadores. Serge trazó un paralelo revelador con uno de esos revolucionarios proletarios que les hablaban del poder de los trabajadores a los obreros en las fábricas y después volvían a su casa y le pegaban una paliza a su esposa: demócratas en el lugar de trabajo y dictadores en el hogar. Lenin había mandado a expulsar y encarcelar a viejos amigos y camaradas solo porque le habían planteado objeciones embarazosas. Incluso mientras proclamaba las restauradas libertades económicas de la NEP, continuó privando de libertad política y personal a sus críticos. La revolución seguía siendo la única esperanza para la humanidad –bajo el liderazgo de “nuestro partido enfermo; enfermo, sí, ¿pero acaso hay otra cosa en la Tierra?”– y para los incontables millones reducidos a polvo por el mercantilismo capitalista y el belicismo imperialista. Pero le estaba haciendo pagar un precio muy alto al progreso histórico, sobre todo en lo atinente a la honestidad y la integridad de sus líderes: “Si uno insiste en mirar en todas direcciones, termina girando como un trompo y totalmente mareado”. Mantener la vista fija en el premio mayor, que esperaba en el futuro lejano, requería una fortaleza y una inteligencia increíbles que casi nadie poseía. Cuando Lenin, que ya era “una sombra de lo que había sido”, se marchara, la unidad del partido –que solo él podía mantener– se caería a pedazos.

Cuando el gran hombre falleció a mediados de enero de 1924, Serge notó que al día siguiente, de buenas a primeras, 250.000 trabajadores se habían afiliado al Partido Comunista Ruso. ¿Qué valor tenían esos proletarios, se preguntaba Serge, si habían tenido que esperar la muerte de Vladímir Ilich para unirse al partido? Además, argumentaba, eran personas sin instrucción, sin experiencia y sin la menor educación, que ignoraban cómo se movía el mundo y desconocían la filosofía marxista y la práctica política leninista. Su comunismo no era sino otra religión que reemplazaba la ortodoxia de la autocracia zarista, o peor todavía, una burda estrategia para hacer carrera. El torpe peso muerto de esos flamantes afiliados inclinaría decididamente la balanza del poder dentro del partido hacia el lado de los burócratas, los arribistas y los oportunistas que intentarían hacerse con el liderazgo. Los recelos de Serge se profundizaron con la farsa del embalsamamiento y el

sepelio del cadáver de Lenin: “Una atrocidad para cualquier materialista histórico que se precie de tal, incluido el propio Lenin”. Lo hicieron solo para calmar a los millones de personas ingenuas que habían viajado a Moscú para ver el cuerpo del nuevo santo en su ataúd en el Kremlin, y que seguían llegando después de finalizado el período de duelo oficial establecido por el Estado. Aparentemente, Lenin no había dejado instrucciones claras al respecto. Permitir que se produjera esta santificación absurda, en lugar de especificar un entierro sencillo en la tumba familiar, había sido “la omisión final de un líder enfermo y agobiado”.

Hasta aquel momento, Gramsci era un comunista bastante leal y ortodoxo. Seguramente lo perturbaban las revelaciones y opiniones de Serge acerca de lo que en realidad ocurría en Rusia y en los niveles más altos del Partido Bolchevique. Estas probablemente socavaron sus convicciones previas y precipitaron su desilusión, y al mismo tiempo delinearon y reforzaron algunas de las dudas que Gramsci había comenzado a sentir en Moscú. Pero Serge era conocido como una buena compañía, un hombre muy leído y con contactos, con un sinfín de anécdotas y encuentros relacionados con su carrera revolucionaria. Ya había empezado a escribir y publicar historias, y estaba trabajando en la serie de novelas que le darían renombre y fama. Más adelante, Serge describiría al propio Gramsci con el brío del novelista (y, todo hay que decirlo, con un deseo manifiesto de embellecer la verdad literal), como

> un exiliado industrioso y exótico, que se acostaba tarde y se levantaba tarde. [...] Su cabeza era grande, su frente alta y ancha, sus labios finos; todo soportado por un cuerpo esmirriado, de hombros cuadrados, pecho hundido y espalda jorobada. Había gracia en los movimientos de sus manos de dedos largos y finos. Gramsci no encajaba en la rutina de la existencia diaria; por las noches se perdía en calles familiares y siempre tomaba el tren equivocado, indiferente a la comodidad del lugar donde vivía y la calidad de sus comidas.[182]

En realidad, Gramsci abandonó no bien pudo su habitación en la residencia de la *Hausfrau* católica, pero antes recibió una rigurosa lección de antisemitismo austríaco y un juicioso consejo (del "francés") acerca de cómo conducirse en semejante situación. Un camarada de la embajada soviética, enterado de que Gramsci iba a mudarse, le pidió que reservara para su esposa la habitación que pensaba dejar. La casera frunció el ceño, aunque se mostró dispuesta a aceptar el trato. Pero antes quiso saber si la nueva inquilina era judía: "No alquilo a judíos". La esposa del diplomático soviético era, en efecto, una judía ucraniana. Gramsci le pidió consejos a Victor Serge. "El francés" dijo que había una única solución posible: "Decirle a la vieja que usted no puede preguntarle a la nueva inquilina si es judía sin faltarle el respeto, pero que sabe de buena fuente que esta trabaja como secretaria en una de las embajadas". Serge le explicó que la pequeña burguesía austríaca tal vez odiaba a los judíos, pero veneraba todavía más al cuerpo diplomático. Y tal como había previsto, la casera respondió: "Por supuesto que puede alquilar esa habitación. Ya sé que no está bien preguntarles a las personas de la Embajada si son judías o no".[183]

Gramsci no se encariñó con Viena, una ciudad que (como le escribió a Julia) parecía muy triste y deprimente comparada con Moscú. No había trineos deslizándose alegremente por las calles blancas, solo el monótono traqueteo de los tranvías que trazaban surcos en la aguanieve. Antonio pasaba solo la mayor parte de su tiempo libre, leyendo o redactando largas cartas de amor para su esposa. Sufría intensamente la separación y experimentaba una profunda sensación de pérdida después de aquellos dos breves meses que habían vivido juntos en Moscú. Le suplicaba que volviera con él, aunque eso significara abandonar "al fervor actual de actividad que circula a tu alrededor. […] Estoy demasiado solo. [...] Estoy como suspendido en el aire. […] Pienso constantemente, y con nostalgia infinita, en el tiempo que pasamos juntos, en tanta intimidad, en tan grande expansión de nosotros mismos. Me parece sentir tu mejilla junto a la mía y mi mano que te acaricia la cabeza y te dice que te quiero, aunque mi boca calle".[184]

A fines de febrero de 1924, Julia le informó, sin ceremonias y casi al pasar, que llevaba doce semanas de embarazo. Antonio

respondió que moría de deseos de estrecharla en sus brazos y sentir con sus propias manos esa nueva vida que ahora unía sus dos vidas incluso más estrechamente que antes. Pero las cartas subsiguientes que recibió de Moscú, donde Julia había vuelto a vivir con sus padres y Evguenia en un departamento cerca del Hotel Lux sobre la calle Tverskaya, no eran alentadoras. Los meses del medio del embarazo resultaron difíciles, y en varias ocasiones tuvo miedo de perder el bebé. Antonio pasaba semanas sin recibir noticias hasta que un conciso mensaje de Apollon o Evguenia le informaba que Julia no había estado bien, sin especificar en qué sentido, y dejaba entrever (en un anticipo de la correspondencia posterior entre los Schucht mayores y Gramsci) que su bombardeo epistolar no ayudaba a mejorar las cosas. Antonio sentía que Julia –la joven hermosa, frágil y reticente que solo él había llegado a conocer bien– volvía a alejarse de él. Cuando ella se recuperó lo suficiente como para escribirle, sus cartas tenían un tono disociado, como si repitiera mecánicamente una fórmula que había visto en algún lugar. Eran aburridas y diligentes, con pocos detalles o expresiones íntimas o de cariño sincero, y siempre denotaban un estado de ánimo abatido y una distancia cada vez mayor. También empezó a firmar con su nombre, Julia, cosa que jamás había hecho en sus cartas anteriores, donde desde un comienzo se había referido a sí misma (y animaba a Antonio a imitarla) como “Julka”. En líneas generales, su explicación para no reunirse con Antonio en Viena era que no podía dejar a su familia. Pero, una vez más, no había ninguna explicación específica más allá de una vaga alusión al deber filial. Quedaba claro, implícitamente, que Julia solo podía confiar en su familia para que la cuidara y no en Antonio. Quizá Gramsci habría comprendido mejor la situación si Julia hubiera aducido que su embarazo dificultaría aún más el largo y arduo viaje del norte al sur de Europa, pero esta no lo hizo. Tampoco mencionaba el hecho de que llevaba en su vientre al hijo de Antonio.

Gramsci detectó la depresión de Julia y empezó a argumentar que convivir con él le mejoraría el ánimo. Buscaría montones de maneras ingeniosas para alegrarla y hacerla sonreír: fabricaría relojes de corcho, violines de cartapesta y lagartijas de cera con dos colas; su repertorio completo de “recuerdos sardescos”. Le contaría

historias de su niñez “un poco salvaje y primitiva”, tan diferente de la de Julia, y cada historia sería más fantástica que la anterior. Antonio esperaba que el embarazo fortaleciera a Julia y la ayudara a superar la crisis que desde hacía tiempo sentía latente en ella y todo lo relacionado con su pasado, su infancia y su desarrollo intelectual. “En el breve período de nuestra felicidad plena, pensé intensamente cuánto contribuiría tu maternidad a coronar todo eso. Solo aludiste a esta; después, nada”.[185] Al mismo tiempo, tampoco lo entusiasmaba mucho su nuevo destino. La Viena de 1923-1924, ya muy lejos de su apogeo *fin-de-siècle* como vanguardia de la civilización europea moderna, podía solazarse todo lo que quisiera en su madura socialdemocracia. Pero era imposible ignorar la sensación de que se estaban gestando problemas en las colinas y los campos que la rodeaban. Había sido la capital de un imperio de quince nacionalidades. Mientras ese imperio se desmoronaba y disolvía bajo los despiadados combates de los imperialismos europeos y las riñas internas de los Habsburgo, la ciudad capital disfrutaba de su apogeo final como burbujeante crisol de élites culturales. Todos los experimentos e innovaciones que definirían la modernidad y el modernismo habían surgido allí en los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX. Pero en la década de 1920, la Viena de Klimt y Schönberg, de Mahler y Freud, de Hoffmann y Schiele estaba hecha añicos y sus fragmentos, dispersos.

Tal vez no haya sido un lugar agradable donde vivir para Gramsci, pero ofrecía un punto ventajoso para observar el reflujo de la marea revolucionaria proletaria internacional, aunque no se pudiera (en su caso) hacer mucho al respecto. Las noticias de Rusia eran vagas pero siempre perturbadoras, en especial cuando llegaban filtradas por los relatos prejuiciosos de exiliados voluntarios o no tanto, como Serge y Balabanoff. Lenin había sido gravemente herido en 1918, había quedado paralizado en 1922 y mudo en 1923, y había muerto poco después, el 21 de enero de 1924. En esos años finales, su determinación revolucionaria previamente inquebrantable se había visto sacudida por las vicisitudes del joven Estado soviético y su desesperada lucha por sobrevivir. Un par de semanas después de la muerte de Lenin, en una carta dirigida al partido en Italia, Gramsci lamentaba que “los Estatutos de la Internacional [Comunista] le

otorgan al partido ruso hegemonía de facto sobre la organización mundial".[186] La estrategia de la Comintern bajo el liderazgo tambaleante de Lenin cambiaba casi todas las semanas, y sus componentes más débiles (los italianos eran los más evidentes, aunque no los únicos) quedaban huérfanos de claridad y orientación. Incluso el último acto político serio de Lenin –el famoso testamento donde, entre otras cosas, tuvo la clarividencia de advertir las debilidades y ambiciones de Stalin y Trotsky– había sido ignorado. Ahora que el gran hombre estaba muerto, la pelea entre los otros líderes bolcheviques –Trotsky, Stalin, Zinóviev, Radek, Kámenev, Bujarin y otros– era más cruenta y se concentraba en luchas entre facciones siempre cambiantes e incomprensibles para los de afuera, por su legado y su sucesión. Desde lejos, Gramsci consideraba todo esto desconcertante y confesaba sentirse desorientado por su ignorancia. Escribió el obituario de Lenin, "Capo" (Líder),[187] para *L'Ordine Nuovo*, en su nueva época. Una quincena más tarde, publicó un editorial titulado "Contro il pessimismo", donde argumentaba contra el estado de ánimo que comenzaba a abrumarlo y pedía un trato más sereno y amable entre los camaradas soviéticos.[188]

Había una especie de ponzoña en todo aquello que Gramsci ni siquiera podía empezar a comprender, y que amigos como Serge no podían avenirse a explicarle excepto en términos metafísicos o incluso místicos. Al parecer, todo se reducía a intangibles profundamente no marxistas como "el alma rusa" o el necesario derramamiento de sangre del alzamiento revolucionario. Todos parecían encontrar sus antecedentes históricos en la Revolución Francesa, con el Terror jacobino y sus purgas de Termidor. Había discusiones interminables sobre quién sería el Robespierre o el Danton o el Bonaparte ruso, como si la historia fuera una obra de teatro que se reponía cada cien años, con la misma trama y el mismo elenco de personajes actualizados para el nuevo siglo. La falta de especificidad histórica de estas discusiones era frustrante para Gramsci; en sus propias palabras, "infernalmente complicada".[189] Fuera lo que fuese lo que estaba ocurriendo, amenazaba con arrojarlos a todos a una catástrofe de magnitudes bíblicas. Si los bolcheviques estaban empecinados en destruirse unos a otros, ¿por

qué habrían de tomarse la molestia de hacerlo sus enemigos en el extranjero o incluso en la propia Rusia? Solo tenían que sentarse a esperar que la revolución se autodestruyera.

La batalla facciosa dentro del minúsculo y destrozado Partido Comunista Italiano, que corría por rieles separados, continuaba con furia, una miniatura borrosa comparada con el férreo monumento angular del bolchevismo soviético. El grupo mayoritario en el liderazgo italiano, leal al encarcelado Bordiga, todavía rechazaba la fusión con los socialistas, "aceptando en principio formalmente las decisiones de la Internacional [Comunista] y después iniciando actividad facciosa destinada a obtener la mayor ventaja posible de esas decisiones para nuestro grupo", como lo expresaba un memorándum secreto del 12 de julio de 1923.[190] Gramsci no estuvo involucrado en esta última formación del grupo dominante de Bordiga, destinada a evadir las restricciones de la mayoría de la Comintern. En esta atmósfera dañina, cada ala del partido interceptaba y publicaba cartas y documentos que exponían los subterfugios y las desviaciones de sus opositores. Desde la cárcel, Bordiga propuso sin rodeos que el PCd'I se separara de la Comintern. Cuando la petición firmada llegó a sus manos, Gramsci (el único que no pertenecía al ala derechista) se negó a firmarla, tanto por su tono sectario como por sus consecuencias inevitablemente destructivas. Su posición principista no tuvo mucho peso, aunque sirvió para ilustrar y profundizar su marginalidad política y personal dentro del PCd'I.

Bordiga continuó siendo la personalidad dominante del partido, "obstinado e inflexible al extremo del absurdo", como expresó Gramsci en una carta a Alfonso Leonetti, quien llegado a este punto era su único camarada afín en el seno del liderazgo.[191] Todas las indagaciones y encuestas de Gramsci indicaban que Bordiga mantenía un apoyo abrumador en lo que quedaba del partido dentro de Italia, con "el espíritu sectario y unilateral que caracteriza a los italianos". Una gran mayoría de funcionarios y activistas locales y regionales todavía se sentían atraídos y fascinados por la retórica incendiaria de Amadeo y sus llamados a la insurrección inmediata, aunque cualquiera que tuviese un poco de sentido común podía ver que eso significaría la destrucción total y definitiva del partido.

Mientras tanto, el ala derecha del partido estaba más decidida que nunca a lograr la fusión con los socialistas a cualquier precio y a mantener una colaboración activa con todos los otros antifascistas con el objetivo de restaurar las normas constitucionales en el gobierno italiano. Lo único que Gramsci podía ofrecer para resolver el conflicto era "una argumentación clara y franca que vaya directo al fondo del asunto". Debe haberle sonado fuera de lugar mientras lo escribía, y patético cuando recibió su propia copia del memorándum. Le escribió a Togliatti el 27 de enero de 1924: "No voy a ocultarte que en estos dos años que pasé fuera de Italia me volví muy pesimista y cauteloso".[192] Gramsci rechazó la sugerencia de Leonetti de convocar al viejo grupo de *L'Ordine Nuovo* de Turín como núcleo de un nuevo liderazgo, porque "parecería una camarilla reagrupada en torno a mi persona por meras razones burocráticas. [...] Todo terminaría en peleas personales por el derecho a heredar un legado compuesto solo por recuerdos y palabras".[193] Más aún, como para confirmar su opinión de que "las ideas básicas" de esa publicación "son anacrónicas", Antonio no había recibido respuesta a sus numerosos pedidos de artículos para la última edición. Le escribió a Mauro Scoccimarro: "La principal fuerza que sostiene al partido [italiano] es el prestigio y la idealidad de la Internacional [Comunista], no los vínculos que la acción específica del partido [mismo] haya forjado". Ante la falta de unidad práctica, en el seno y entre los miembros del partido en el exilio o en Italia, y entre líderes y miembros, confesó: "Todavía no sé qué hacer exactamente. [...] Es probable que me quede solo".[194]

Sin embargo, se esforzó por llevar al partido a una posición distinta de los dos extremismos polarizados que hasta entonces habían dominado el debate; principalmente por vía epistolar, urgiendo a formar un frente unido desde abajo, a partir de la acción revolucionaria masiva irradiada desde los puestos de trabajo. Esta era, a su entender, la única estrategia que podría detener en seco al fascismo y revivir una perspectiva de revolución proletaria. Más aún, por el momento contaba con el apoyo y la autoridad de la Comintern, que había anunciado que las propuestas de Bordiga en el Congreso de Roma eran por completo inconsistentes con las resoluciones de su propio Tercer Congreso. En su

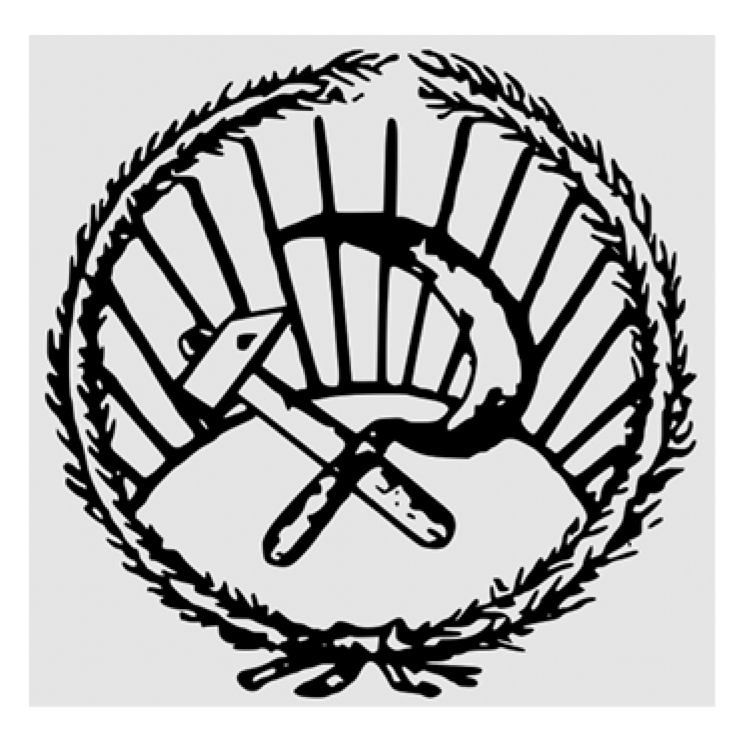
contrargumentación de Gramsci afirmaba que “señalamos con hechos […] que no nos estamos cristalizando en una actitud de oposición permanente, sino que sabemos cambiar nuestras actitudes conforme cambian las relaciones de fuerza y los problemas que resolver se plantean sobre una base diferente”.[195] Solo de esta manera el partido superaría su difícil nacimiento “y dejaría de ser una mera fracción externa del Partido Socialista”. Este proceso debía comenzar por una comprensión plena y acertada de lo que había ocurrido en Rusia y de las cosas que no podía esperarse que sucedieran en Italia ni en el resto de Europa Occidental. Primero, “la concepción política de los comunistas rusos se formó en un terreno internacional, no en el nacional”. Casi todos los líderes bolcheviques habían pasado sus años de formación en la cárcel o en el lejano exilio interno o externo, y solo habían regresado a Rusia cuando el cambio revolucionario ya estaba en marcha. Segundo, Rusia no tenía esa aristocracia obrera que dominaba los sindicatos y la socialdemocracia en Europa Central y Occidental, “estrato superior” creado por “el desarrollo del capitalismo”. Esto, “con sus anexos de burocracia sindical”, “vuelve más lenta la acción de las masas [occidentales], y por consiguiente requiere del partido revolucionario, una estrategia y una táctica más compleja y de más largo aliento que aquellas que les fueron necesarias a los bolcheviques en el período entre marzo y noviembre de 1917”.[196]

Al mismo tiempo, Gramsci comenzaba a tener una idea más clara de las características de la situación italiana y de la estrategia que tendría que implementar el PCd’I si quería trascender el punto de vista bordigano de una minoría internacional y ver las cosas desde la perspectiva de una mayoría nacional, afinada para la acción política en circunstancias específicamente italianas. Poco a poco, los otros líderes del partido se plegaron a esta posición o al menos se apaciguaron. En el ínterin, Gramsci le escribió con ironía a Togliatti: “Me he ganado –en el peor de los casos, de manera involuntaria– la fama de zorro de infernal astucia”.[197] El nuevo grupo de liderazgo se reconfiguró en torno a Gramsci, a la sazón secretario del partido, quien prometió: “Daré a este grupo todo el aporte y toda la colaboración que mis fuerzas permitan. […] No podré hacer todo cuanto querría, porque todavía paso por días de

atroz debilidad, que me hacen temer una recaída en esa especie de coma y de atontamiento en que estuve durante años pasados”.[198] La prensa del partido revivió en Italia, aprovechando la atmósfera relativamente liberal que los fascistas habían mantenido desde su llegada al gobierno con la intención de demostrar su respetabilidad y tener de su lado a los banqueros e industriales. El 12 de febrero de 1924, se publicó el primer número del nuevo periódico del PCd’I, *L’Unità* –nombre sugerido por Gramsci para homenajear a la publicación de Salvemini, el gran intelectual del Sur– y en junio ya tenía una tirada de 50.000 ejemplares. En marzo, apareció un *L’Ordine Nuovo* quincenal, algo más convencional en sus reseñas políticas que en tiempos de los consejos de fábrica de Turín, y más sustentable que su reciente versión diaria, y pronto llegó a vender 5000 ejemplares.

Estas eran señales de recuperación verdadera, en especial cuando el hecho de tener una publicación comunista podía utilizarse como evidencia en juicios criminales o como excusa para ser apaleado por los fascistas. La lucha entre reacción y revolución todavía estaba en la balanza: la historia aún podía volver a encauzarse, escribió un esperanzado Gramsci en *L’Ordine Nuovo*. El 6 de abril, el PCd’I obtuvo 270.000 votos en una elección general. Diecinueve diputados comunistas fueron electos para ocupar bancas en el Parlamento italiano, incluido (en ausencia) Gramsci, quien representaba a un distrito de la región del Veneto. Los comunistas fueron masivamente superados en número por la “lista nacional” liderada por Mussolini y los fascistas, quienes habían obtenido el voto parlamentario para modificar la ley electoral de modo que el bloque individual más numeroso ganara automáticamente dos tercios de las bancas. Esto le otorgó a la Lista Nacional 374 de las 535 bancas en juego, además de aportar un barniz constitucional a la dictadura fascista y “garantizar la permanencia del fascismo en el poder”.[199] Al menos, la banca parlamentaria le daría inmunidad a Gramsci ante un eventual arresto si regresaba a Italia. Victor Serge agrega un incentivo extra: “Cuando la crisis en Rusia comenzó a empeorar, Gramsci no quiso quedar involucrado e hizo que su partido lo mandara de vuelta a Italia”. Durante todo este período, Antonio continuó el intercambio epistolar con los Schucht, con muy

pocas respuestas directas. El 13 de abril, le escribió a Julia: “¿Podré volver a sacarte la lengua? Ahora somos personas serias, […] y no debemos dar un mal ejemplo a los niños. [...] No bien recibí tu última carta, me pareció que ya debías haber llegado a Viena y que te habría encontrado en la calle. [...] Querida Julka, eres toda la vida para mí, tal como nunca había sentido la vida misma antes de amarte”.[200] Antonio no recibió una respuesta directa de su esposa a esta ni a ninguna de las cartas que le envió posteriormente desde Viena.



Símbolo del Partido Comunista d’Italia

---

[177] Gramsci, *A Great and Terrible World…*, ob. cit., p. 206.
[178] Serge, ob. cit., p. 178; el propio nombre de Serge era, por supuesto, solo uno entre varios seudónimos.
[179] Gramsci, *Selections from Political Writings 1921-1926*, ob. cit., p. 191.
[180] Mack Smith, ob. cit., pp. 11, 20.
[181] Serge, ob. cit., pp. 133-134.
[182] Ibíd., pp. 186-187.
[183] Fiori, ob. cit., p. 178.
[184] Gramsci, *A Great and Terrible World…*, ob. cit., p. 207.
[185] Ibíd., p. 210.
[186] Gramsci, *Selections from Political Writings 1921-1926*, ob. cit., p. 194.
[187] Ibíd., pp. 209-212.
[188] Ibíd., pp. 213-217.
[189] Ibíd., p. 193.
[190] Ibíd., p. 157.
[191] Ibíd., p. 188.
[192] Ibíd., p. 185.
[193] Ibíd., p. 188.
[194] Ibíd., pp. 174-175.
[195] Ibíd., p. 178 [esta cita corresponde a una carta de Gramsci a Terracini, Viena, 12 de enero de 1924. N. de E.].

[196] Ibíd., pp. 199-200 [pasaje de una carta de Gramsci a Togliatti, Terracini y otro, 9 de febrero de 1924, ya citada. N. de E.].
[197] Ibíd., p. 185 [carta de Gramsci a Togliatti, Viena, 27 de enero de 1924. N. de E.].
[198] Mack Smith, ob. cit., p. 69 [carta a Scoccimarro y Togliatti, 1º de marzo de 1924. N. de E.].
[199] Serge, ob. cit., pp. 186-187.
[200] Gramsci, *A Great and Terrible World…*, ob. cit., p. 278.

11. Líder por default

Antonio Gramsci retornó a Italia el 12 de mayo de 1924, casi dos años enteros y cargados de acontecimientos después de haber partido. Y solo encontró historias de horror del tiempo que había pasado fuera del país. Los camaradas habían sido asesinados o habían recibido salvajes golpizas, con esa técnica particularmente metódica –obligarlos a ingerir grandes cantidades de aceite de ricino, molerlos a patadas o asestarles garrotazos en los riñones– que los fascistas habían adoptado como propia.[201] Habían destrozado o quemado las oficinas, las salas de reuniones y las imprentas, lo que incluía la mayor parte de los lugares donde Gramsci había trabajado en Turín durante la guerra y los años rojos posteriores. Habían arrancado a la gente de sus casas y de sus familias, o simplemente los habían atacado porque –como su hermano Gennaro– tenían alguna relación con comunistas, socialistas o incluso liberales conocidos. Lo único que se necesitaba era un signo o siquiera una sospecha de estar en contra de los fascistas para convertirse en presa de los escuadristas. Lo peor era que la maquinaria entera del Estado moderno, sobre todo la policía, había sido absorbida por el aparato de terror. Los carabineros no movían un dedo cuando los camisas negras cometían sus tropelías, e incluso se les unían si les daba la gana. No tenía sentido quejarse después. El colaboracionismo llegaba hasta arriba, a los tribunales más altos, con algún que otro murmullo aislado de duda o recelo. Todas las salvaguardas jurídicas, constitucionales y morales de la democracia liberal y el orden burgués –que los camaradas de los partidos socialista y comunista habían denostado tanto durante su período ascendente en el poder, pero también explotado asiduamente para avanzar su propia causa y proteger sus posiciones e instituciones– habían sido desmanteladas por Mussolini y sus secuaces con una facilidad que sorprendía al propio

duce. Los fascistas cerraban el Parlamento durante varios meses seguidos o directamente le pasaban por encima.

El primer deber formal de Gramsci como secretario del PCd'I fue organizar una reunión clandestina del partido cerca del lago de Como pocos días después de su regreso. Viajó desde Roma entre multitudes de vacacionantes y otros que solo iban por el día, consciente de que casi con seguridad lo seguían, como lo seguirían rutinariamente durante el resto de sus años en libertad. La reunión se realizó al aire libre por razones de seguridad, en un pequeño y hermoso valle tapizado de narcisos blancos. Participaron cerca de 60 personas, en su mayoría miembros del comité central y líderes regionales. Al mirar sus rostros desconcertados, ansiosos y cansados, algunos conocidos pero la mayoría no, Gramsci seguramente se preguntó a quiénes y qué estaban representando en realidad. En aquella época, el partido nacional tenía unos pocos miles de miembros, y muy pocos de ellos –no muchos más de los que estaban en ese momento sentados en aquel campo de narcisos bajo el sol– eran activos. ¿Cómo harían para detener la catástrofe política que los estaba tragando a todos ellos y al país, ese carnaval reaccionario? ¿Se podía confiar en que cumplieran las directivas estratégicas de Gramsci y el flamante liderazgo reconfigurado y respaldado por la Comintern? Las respuestas a estas preguntas clave surgieron durante los debates del día y de los votos sobre las tres mociones planteadas en la reunión. La primera moción fue propuesta por el nuevo liderazgo que respaldaba a Gramsci, todavía conocido como "grupo de enseñanza comunista" (por los círculos de estudio que *L'Ordine Nuovo* original había organizado para los consejos de fábrica de Turín). La apoyaron cuatro miembros del comité central y tres secretarios regionales; siete votos en total. La segunda moción, postulada por la minoría de derecha que pedía una amplia alianza antifascista y la restauración de la democracia constitucional, obtuvo cuatro votos del comité central y seis de los secretarios regionales; 10 votos en total. La tercera moción, comunicada por Bordiga desde la cárcel a través del único y solitario acólito que le quedaba en el comité central, llamaba a la insurrección armada inmediata y la transición a la revolución

proletaria. Obtuvo el apoyo de ese único miembro del comité central y no menos de 39 líderes locales; 40 votos en total.

Seguramente Gramsci escuchó esos debates con creciente preocupación. Era como si los últimos cinco años jamás hubieran ocurrido y esos extremistas rugientes hubieran viajado en el tiempo desde las calles hambrientas y sitiadas de Turín y Milán y las tumultuosas reuniones finales del viejo Partido Socialista con el resplandor radiante de la joven Revolución Soviética en el horizonte lejano. Todavía confiaban en una victoria inminente y se dejaban seducir por su canto de sirena. Pensaban que bastaba con votar la insurrección para que la insurrección se produjera. No habían aprendido nada del fracaso y el aislamiento del movimiento de los consejos de fábrica, ni de la derrota de las ocupaciones de las fábricas por los empleadores industriales, ni de la resistencia brutal de los grandes terratenientes a las tomas de tierras por los campesinos y a la reforma agraria, ni de las luchas sectarias de las diversas facciones y camarillas que descendían del Partido Socialista, ni mucho menos del inexorable aumento del apoyo de las masas y del poder estatal a los fascistas. Durante la pausa del almuerzo, fueron a una enorme fonda sobre la orilla sur del lago de Como. Fingieron ser empleados de una firma de Milán en una salida de trabajo, cantaron canciones fascistas entre plato y plato –el himno "Giovinezza", peán de Salvatore Gotta a la juventud, sin duda aportó un encendido *finale* antes del tiramisú–, y pronunciaron floridos y enjundiosos discursos en honor del *duce*. Fue como si de pronto estuvieran liberando cinco años de furia y angustia reprimidos: una catarsis a través de la actuación. Seguramente les levantaba la moral para las batallas venideras, mucho más que todas esas horas de discursos vacíos e interminables y brazos agitados en el valle de los narcisos.

Gramsci había alquilado una habitación en Via Vesalio en Roma, en una casa ocupada por una familia alemana de apellido Passarge. Sus caseros no sabían que era un diputado comunista y, para evitar que se enteraran, Antonio actuaba como un profesor muy serio. A veces, durante las largas y calurosas noches de verano, los oía caminar por el pasillo mientras leía sin absorber demasiado, garrapateaba algunas notas o referencias, o dormitaba de a ratos

pensando en su esposa y anhelando algún contacto humano íntimo. Después de sus dos atareados años en Moscú y en Viena, su trabajo exigente y su breve convivencia matrimonial en el Hotel Lux, estaba viviendo nuevamente como un estudiante. Sus horarios eran más irregulares que nunca, y muchas veces se daba cuenta, con un respingo, de que había estado leyendo o escribiendo o soñando despierto durante toda la noche y el sol ya asomaba sobre el horizonte, al este de la soñolienta, perezosa, antigua y reaccionaria Roma. A diferencia de lo que ocurría en Moscú o en Viena, en Roma la salida del sol era una señal para seguir durmiendo, no para levantarse. En retrospectiva, había algo fundamentalmente serio y adulto en las capitales rusa y austríaca. Italia parecía tonta e infantil por contraste, sobre todo cuando los fascistas desfilaban por las calles como soldaditos de juguete. Amigos y camaradas, entre ellos muchos del viejo *L'Ordine Nuovo* que entonces se sentían más a salvo en Roma que en Turín, visitaban de vez en cuando a Gramsci en Via Vesalio y se quedaban hablando de política hasta altas horas de la noche. Antonio incluso llegó a conocer al diputado nacionalista sardo Emilio Lussu y disfrutó la oportunidad de hablar en el dialecto compartido acerca de la situación de la isla. Cada vez más preocupado por molestar o alarmar a los Passarge, y avergonzado por el desorden que imperaba en su habitación, arreglaba encontrarse con sus amigos y conocidos en un restaurante cerca de la estación Termini. Después caminaban por la ciudad y seguían conversando o, si tenían ganas de entretenerse un poco, iban al cine y veían alguna comedia o un melodrama estadounidense, de preferencia las últimas películas sorprendentemente inventivas de Charlie Chaplin. Si bien la vida cultural de la capital italiana había decaído de manera ostensible bajo la mortífera garra de la censura fascista –cosa que hacía que Gramsci recordara con cariño y nostalgia el loco torbellino poético de Moscú–, al menos había realmente muchas películas para ver.

Con su apoyo y ayuda práctica, los grupos de *L'Ordine Nuovo* comenzaron a encontrarse en distintos puntos de la ciudad para discutir el siguiente número de la publicación quincenal del PCd'I, lo cual servía de pantalla para actividades y cuestiones organizativas claramente más políticas. Todos eran muy jóvenes, adolescentes o

muchachos de poco más de 20 años, con hambre de información y orientación. Gramsci sentía que esos chicos comenzaban a mirar un poco más allá de las burdas simplezas que había encontrado en Como y asistía a las reuniones cada vez que podía, y allí planteaba temas para debatir e intentaba ofrecer respuestas y otras contribuciones. Ejercía juiciosamente su autoridad como diputado y militante de larga data para no abrumar a sus camaradas mucho más jóvenes y menos experimentados. Estos habían sido niños tanto antes de la guerra como durante, y sabían muy poco de la vieja Italia anterior al fascismo, esa sociedad indisciplinada de aguda discordia política y turbulencia ideológica, con una lucha de clases que bregaba por expresarse dentro de un orden legal y constitucional siempre frágil, formalmente liberal-democrático, ahora conocido despectivamente como la Italietta, “Pequeña Italia”, de Giolitti. Gramsci intentaba estimular un pensamiento fresco para encontrar maneras de revivir las fortunas del movimiento de los trabajadores en aquellas circunstancias acotadas y radicalmente alteradas. Era muy difícil. Esos jóvenes camaradas solo parecían capaces de sugerir más de lo mismo. Más ejemplares del quincenal *L’Ordine Nuovo*, de *L’Unità* (el diario del PCd’I) y del nuevo semanario *Lo Stato Operaio*, vendidos a más trabajadores en más puertas de fábricas y en más barrios obreros de más ciudades industriales. Una mayor llegada al campo, para correr la voz entre más campesinos. Más miembros del partido, más grupos de discusión como este, más encuentros públicos en las esquinas. Gritar todavía más fuerte para hacerse oír por encima del barullo reinante en lugar de educar a las personas y cambiarlas de verdad, a ellas y sus ideas.

Gramsci no pasaba mucho tiempo en el Parlamento, ni siquiera cuando sesionaba. No tenía mucho sentido votar ni pronunciarse contra los fascistas y sus “aliados de la lista nacional”, una mayoría masiva y amañada. Gramsci y sus camaradas se sentían felices de dejar esa tarea en manos de los viejos bufones del Partido Liberal y los miembros de las diversas vertientes del socialismo reformista que todavía alimentaban alguna esperanza de resistencia y restauración constitucional. Tampoco sentían ninguna obligación hacia sus hipotéticos electores en los rincones más lejanos de la

península italiana; al menos no más que cualquiera de los otros diputados, que podían retornar en época de elecciones y dispensar sonrisas y saludos y (en la mayoría de los casos) liras a cambio de votos. La mayoría de los diputados comunistas preferían dedicar su limitado tiempo y energía, y sus salarios y privilegios parlamentarios, a la propaganda y la organización, y no a lo que Gramsci solía denostar como la mugre y la miseria de la vida parlamentaria. Después, llegó el asunto con Matteotti, que hizo temblar por un momento a Mussolini y sus amigos. Giacomo Matteotti era un diputado socialista moderado cuyo espíritu independiente y enfoque pragmático lo habían convertido en un opositor natural de larga data tanto del exuberante Mussolini como de lo que denominaba "la secesión comunista del Partido Socialista". Había reunido gran cantidad de evidencia de fraude electoral y malversación de fondos por parte de los fascistas en las últimas elecciones generales y la había presentado ante el Parlamento el 30 de mayo de 1924. Acusó a Mussolini de estar listo para usar la fuerza si los fascistas no ganaban las elecciones. De la bancada fascista ascendió un clamor de voces que gritaban: "¡Sí! ¡Sí!". Antes de sentarse, Matteotti les dijo a sus compañeros socialistas del Parlamento: "Ahora pueden preparar mi oración fúnebre...". Un Mussolini furioso dejó en claro en su respuesta que quería que castigaran a Matteotti por su insolencia.[202]

Pocos días después, Matteotti fue molido a golpes y apuñalado por una patota de escuadristas liderados por un tal Amerigo Dumini, quien figuraba en la nómina de pagos de Cesare Rossi, director del área de prensa y propaganda de Mussolini. Arrojaron el cadáver en un bosque a pocos kilómetros de Roma, donde yació hasta ser descubierto dos meses después. El gobierno de la lista nacional se vio sacudido por el escándalo provocado por la desaparición de Matteotti, ya que sus integrantes no fascistas se arredraron ante las expresiones públicas de indignación y enojo ante el supuesto asesinato del diputado por orden de Mussolini. El diario comunista *L'Unità* publicó en primera plana: "¡Abajo este gobierno de asesinos!". En el extremo opuesto del espectro político tradicional, los industriales de las grandes ciudades del Norte contemplaban una posible restauración del viejo orden liberal que hacía menos de

dos años habían ayudado a Mussolini a derrocar. Se supo que estaban teniendo conversaciones preliminares con el ex primer ministro Giolitti. En los meses y semanas que siguieron, el fascismo tambaleó, sus líderes entraron en pánico y sus simpatizantes desertaron en piaras. *L'Unità* triplicó su circulación y en muchas localidades hubo intentos de desarmar a los fascistas; incluso se votaron mociones comunistas sobre la crisis en reuniones de trabajadores en las fábricas. El asesinato de Matteotti unió a todos los partidos y grupos antifascistas en el Parlamento, que acordaron abandonar las sesiones en señal de protesta. Empezaron a reunirse fuera del edificio y adoptaron el nombre de "secesión aventina", por los plebeyos de la Antigua Roma que se habían retirado del Senado al Aventino en las afueras de la ciudad. Allí prosiguieron con sus debates superficiales y resoluciones vacías, mientras el pequeño bando de comunistas se mofaba de su mezquino espíritu parlamentarista.

La correspondencia personal que llegaba de Moscú era escasa y espaciada. Cuando Julia por fin se dignaba a escribir, sus cartas eran breves y al punto, con esa mezcla de alegría forzada y banalidad –"¡Aquí el tiempo ha estado espléndido!"–, que había despertado las sospechas de Antonio en Viena. Gramsci intentaba superar las formalidades en las cartas que le escribía a su esposa, colmadas de recuerdos cariñosos, audaces declaraciones de amor y súplicas para que fuera a reunirse con él:

> No me permito disfrutar las bellezas de Roma, querría que saliésemos de paseo juntos, para ver, para recordar juntos, y me encierro en casa; me parece que me volví el oso de la caverna. […] Pienso en ti, y en la dulzura de amarte, de saberte tan cerca y tan lejos.[203]

El 18 de agosto de 1924, mientras el gobierno de Mussolini todavía tambaleaba en la estela de la crisis provocada por el asesinato de Matteotti, Antonio le escribió a Julia acerca de los desesperados intentos del PCd'I por explotar a su favor el rechazo de la opinión pública hacia los fascistas. Lo que no sabía era que su esposa había dado a luz ocho días antes, porque aún no habían llegado

noticias de Moscú. Sabía, sí, que el bebé nacería entre el 8 y el 15 de agosto. Con el correr de los días se puso más ansioso y al fin escribió esperanzado: “Tal vez, mientras te escribo, nuestro niño ya ha nacido, está a tu lado y puedes acariciarlo después de haber sufrido para darle la vida”.[204]

Por fin, después de un viaje de dos días a Milán y Turín para resolver asuntos del partido, Gramsci regresó a Roma el 3 de septiembre y encontró dos cartas de Julia esperándolo, fechadas el 11 y el 18 de agosto. El bebé había nacido el 10 de agosto y pesaba unos saludables tres kilos y medio. Julia escribió que tenía “una mata de cabello castaño y una cabeza bien formada, de frente alta y ojos muy azules”.[205] En su segunda carta, comentó, con un viso poético nada habitual en ella, que “parece que hubiera pasado largo rato al sol, como una fruta madura que todavía cuelga del árbol”. Julia le había puesto Lev, por “León”, a lo que Gramsci respondió de inmediato y en tono de chacota que le parecía un poco exagerado para “¡un niño que pesa tres kilos y medio (aunque quizá hoy ya pese más) y no tiene ni un diente. […] Más allá de todo, no me importa nada de esto; me importa que es un niño con vida, que es nuestro hijo y que nos amamos cada día más que el anterior, porque en él nos vemos a nosotros mismos más fuertes y más felices”. Antonio le pidió a Julia que compartiera con él cada etapa del desarrollo del bebé. Estaba convencido de que el día en que un niño se llevaba un pie a la boca era de primordial importancia. “Tienes que informarme enseguida de este acto que marcará la toma de posesión de los límites extremos de su territorio nacional”.[206]

Sin embargo, poco después, Gramsci insistió en que le cambiaran el nombre al niño y le pusieran Delio, en honor a un primo de él muy amado que había muerto muy joven, el hijo de su tío Serafino, de quien Antonio había sido mentor. Con el correr de las semanas, surgieron problemas en otros aspectos de la relación a distancia. A Gramsci le parecían extrañas algunas descripciones que hacía Julia del bebé –“Me saca la lengua para hacerme enojar”–, y Julia se negaba categóricamente a aceptar la asistencia práctica y financiera de Antonio, porque lo consideraba un gesto petulante. Gramsci le envió algo de dinero por vía de Vincenzo Bianco, un mensajero de la Comintern. No era una gran suma –apenas una pequeña parte de

sus entonces sustanciales ganancias en el periodismo y el Parlamento, que de otro modo habría entregado a la prensa del partido– pero esperaba que ayudara a mejorar, al menos en parte, las condiciones materiales de Julia y el bebé. Ella se lo envió de vuelta con Bianco, acompañado por una breve esquela donde decía que podía arreglárselas perfectamente bien por su cuenta. Este fue su primer desacuerdo importante e introdujo un tono amargo en sus intercambios epistolares. “Pienso en todo este tiempo que hemos pasado uno lejos de la otra, en tu vida intensa y en mi ausencia de tantas cosas”, escribió Antonio. “Es poco lo que puedo hacer por ustedes, por el niño, y querría hacer algo”. La agobiante pobreza de su propia infancia lo hacía apreciar el valor hasta de los obsequios más pequeños, “que crean vínculos de solidaridad y afecto que nada podrá destruir”.[207] Julia le escribió, a vuelta de correo, que esos sentimientos de solidaridad personal y familiar le parecían burgueses, en especial cuando se expresaban a través de objetos materiales y de dinero. El obsequio de Antonio era una ofensa a los principios comunistas, según los cuales se suponía debían vivir ellos y educar a su hijo. El Estado soviético le proveía toda la ayuda que necesitaban ella y el bebé. Julia describió la maternidad soviética donde había pasado la semana reglamentaria prescripta mientras se recuperaba del parto y cómo transportaban a los bebés, todos juntos en un gran carro, y luego los distribuían entre las madres para que los amamantaran. Antonio respondió midiendo con atención sus palabras, aunque quizá no con el cuidado suficiente, que la escena le parecía tan real que sentía la tentación de provocarla y sugerir que tal vez le dieran un bebé diferente a cada madre cada vez, dado que la disciplina soviética estaba lejos de ser perfecta y seguramente no imperaba entre las enfermeras de un hospital pediátrico. Luego llevó este extraño razonamiento a alguna clase de conclusión, lamentando profundamente no haber podido compartir con ella las angustias y las alegrías de su flamante maternidad.

No fue ni la primera ni la última vez que Gramsci se enfrascó en el trabajo político para superar sus frustraciones y decepciones personales. Intentó convencerse, y convencer a su partido, de que las cosas estaban mejorando. Le informó al comité central del PCd’I que el asesinato de Matteotti era una prueba definitiva de que el

Partido Fascista jamás sería un partido normal, capaz de llevar adelante un gobierno normal, y de que Mussolini no era más que un personaje ampuloso lleno de gestos pintorescos y que jamás llegaría a ser un verdadero estadista ni un dictador. No era una figura de nivel nacional, un Cromwell o un Bolívar o un Garibaldi, y quedaría en la historia italiana como un bizarro fenómeno de folclore provinciano. El fascismo seguía contando con el apoyo de sus aliados en la industria y la agricultura, siempre y cuando vieran pendiendo de la horca a un hombre que acababa de ser colgado. De hecho, Mussolini pronto recuperó la compostura y la "revolución" fascista también recuperó su ímpetu arrollador. Mussolini ordenó una purga contra sus secuaces más extremistas, entre ellos los más comprometidos con el asesinato de Matteotti, y un recambio de ministros para apaciguar a sus aliados y a la opinión pública. En el ínterin, la economía italiana había comenzado a beneficiarse del repunte que vivía toda Europa, que era consecuencia directa de la reestabilización capitalista de posguerra y la sensación general de que la marea de la revolución proletaria había menguado. Las grandes empresas industriales aumentaban las inversiones, la producción y las exportaciones, y se abrían nuevas pequeñas empresas, estimuladas por el asedio de los fascistas a los sindicatos, la suba de precios y la reducción del salario de los trabajadores.

Los drásticos cortes en la enseñanza secundaria y universitaria que Giovanni Gentile, el ministro de Educación de Mussolini, había implementado en 1923 comenzaron a reflejarse en el subempleo –había menos competencia para los puestos que requerían estudios avanzados– y, quizá paradójicamente, en el desinterés político de los jóvenes, en especial los más instruidos. Menos recién graduados significaban más y mejores oportunidades para los graduados de camadas anteriores, que habían luchado para encontrar un empleo adecuado a su nivel de educación. Era una especie de proteccionismo a la clase media que revertía décadas de expansión educativa y que, como les señaló Gramsci a sus camaradas, interrumpía de plano la movilidad social ascendente a través de la educación de decenas de miles de jóvenes pobres y talentosos como muchos de ellos. Junto con medidas para desalentar la

migración interna del campo a las ciudades, los discursos vacíos sobre “el alma campesina” de Italia y el surgimiento del “superpaís” en la retórica fascista, que adulaba a las masas campesinas mientras no hacía nada concreto para aliviar su pobreza e ignorancia, representaban un paso atrás en el desarrollo económico real y el progreso social a largo plazo del país.

En septiembre, Gramsci recibió noticias de Turín: uno de sus más viejos e íntimos amigos, Piero Gobetti, había sido víctima de una tremenda golpiza y habían incendiado hasta los cimientos la casa familiar donde vivía con sus padres. El 12 de septiembre, un joven demente llamado Giovanni Corvi, que obró completamente solo, asesinó al diputado fascista Armando Casalini a balazos en un tranvía de Roma. Los fascistas lo vivieron como una revancha por Matteotti, y retomaron e intensificaron la represión a gran escala. En ese momento, Mussolini se sentía lo suficientemente seguro como para desdeñar “la fastidiosa vocinglería” de los partidos aventinos. [208] En un discurso ante el Parlamento, todavía ocupado exclusivamente por sus adoradores, amenazó: “El día que realmente intenten hacer algo, ¡ese día aprovecharemos la oportunidad y los haremos polvo!”. Entre el 3 y el 5 de octubre, ante turistas extranjeros horrorizados que estaban visitando Florencia, los escuadristas embistieron contra la oposición local y dejaron un tendal de muertos y numerosos heridos.


Avanti!

UN FOSCO DELITTO ANTISOCIALISTA

L'angosciosa attesa sulla sorte dell'on. Matteotti rapito martedì in pieno giorno a Roma

Assassinato?

El caso Matteotti. Primera plana del *Avanti!*, 15 de junio de 1924

---

[201] Mack Smith, ob. cit., p. 63.
[202] Ibíd., p. 76.
[203] Gramsci, *A Great and Terrible World…*, ob. cit., p. 316 [fragmento de una carta del 7 de julio. N. de E.].
[204] Ibíd., pp. 320-321 [carta del 18 de julio. N. de E.].
[205] Ibíd., p. 322.
[206] Fiori, ob. cit., p. 178 [carta del 6 de septiembre. N. de E.].
[207] Ibíd., p. 182 [carta del 6 de octubre de 1924. N. de E.].
[208] Ibíd., p. 175.

12. Un breve retorno a Cerdeña

Gramsci pasó la mayor parte del otoño de 1924 recorriendo Italia para reunir a los camaradas y evaluar su capacidad de acción práctica contra el fascismo y en defensa de la revolución. Todavía tenía libertad para viajar, pero era consciente de que lo seguían y en ocasiones lo marcaban. Su estatura y su deformidad lo hacían todavía más conspicuo que su ideología política y su misión. La vigilancia policial se volvió cada vez más evidente. Después de la muerte de Casalini, la situación empeoró aún más porque los fascistas recuperaron la confianza y la motivación. Ahora tenían un mártir propio y podían posar como víctimas y también como victoriosos. Gramsci se sentía cada vez más desprotegido –aunque, cuando se quejaba, los del partido le aseguraban lo contrario– y más vigilado. Además, moverse se había vuelto mucho más costoso, porque la única manera de sacarse de encima a "su sombra" era tomar taxis en vez de tranvías.

A fines de octubre, regresó a Cerdeña en barco desde Génova, seguramente sopesando la cada vez más deterioriada situación de Italia continental y preguntándose qué encontraría en la isla en su primera visita tras cuatro años de ausencia. Sus recuerdos y todo lo que asociaba con Cagliari, la capital de la isla, donde había convivido con su hermano Gennaro mientras se preparaba para ingresar en la universidad, no eran especialmente gratos. Gramsci tenía que asistir al Congreso Regional del partido, que se llevaría a cabo en la clandestinidad en un campo situado entre las salinas de Cagliari y la aldea de Quartu. Pasó la noche en un catre de campaña en el despacho de un abogado de Cagliari, escuchando a las milicias fascistas que andaban de juerga por las calles y se preparaban para los festejos del segundo aniversario de la "marcha sobre Roma". A la mañana siguiente, un domingo, un joven trabajador de una fábrica llamado Antonio Bruno pasó a recogerlo.

Llegaron al lugar del encuentro alrededor de las siete. El PCd’I nunca había sido grande en Cerdeña, donde la opinión progresista casi siempre era canalizada por el separatismo sardista, que había sido la base de las ideas políticas del propio Gramsci hasta que se mudó a Turín y se unió a los socialistas. Pero quedó impactado con la escasa cantidad de camaradas presentes: eran solo 20 y representaban una membrecía activa de apenas el doble, en una población de cientos de miles de personas. Era obvio que los jóvenes más aventureros de la isla, incluido el propio Gramsci y varios de los muchachos con quienes se había criado, se habían marchado en busca de una vida mejor a Italia continental o a los Estados Unidos, como siempre hacía la juventud ambiciosa. Cerdeña nunca tuvo mucho para retenerlos en materia de educación y empleo o de perspectivas sociales y económicas. La isla tendía a recibir lo que el resto de Italia no quería, incluidos los maestros que a menudo aparecían en las escuelas primarias de pequeños poblados como el de Gramsci y desaparecían casi de inmediato al ver dónde habían ido a parar. Pero gracias al repunte económico, cuyos beneficios se sentían incluso en Cerdeña, el éxodo había menguado un poco. Gramsci abrigaba la esperanza de que los vigorosos y muy publicitados esfuerzos del partido contra los fascistas durante el verano hubieran atraído a varios reclutas nuevos. Así había ocurrido en todas partes, aunque albergaba sus dudas acerca de la afluencia.

Sentado a la sombra de un árbol frondoso, Gramsci se dirigió a sus camaradas. Habló de Bordiga, de cómo su encarcelamiento lo había arrancado del frente de lucha y dejado fuera de contacto con el verdadero estado de las cosas en la nación y los asuntos mundiales. Explicó la necesidad de reorganizar el partido para afrontar las nuevas condiciones de represión y clandestinidad, principalmente con una red de células que no se vincularían entre sí y que, en caso de ser necesario, podrían ser dirigidas desde el extranjero. Algún día, el fascismo caería bajo el peso de sus propias contradicciones y, dado que había destruido a sus rivales burgueses, la nación quedaría huérfana de líderes. El PCd’I necesitaba estar en condiciones de llenar ese vacío. Hasta el momento, la prioridad estratégica era persuadir a los campesinos, y en Cerdeña a los

pastores de ovejas y los pescadores, para que se unieran a los trabajadores organizados de toda Italia que se resistían obstinadamente a Mussolini y su jactancia vacua. Su discurso fue aplaudido cortésmente bajo el tibio sol de primera hora de la mañana. Los camaradas no estaban exaltados, pero tampoco abúlicos. Solo un delegado habló a favor de Bordiga durante el debate, en una arenga bravucona que parecía una mala copia del estilo retórico del viejo Amadeo. Para gran alivio de todos, el único bordiguista que quedaba en Cerdeña tuvo que irse temprano para alcanzar el tren de las 2 de la tarde (el último) al pueblo minero de Sassari, al sudoeste de Cagliari. Los restantes camaradas disfrutaron de un sencillo almuerzo de pasta, pan y queso, manzanas y vino, y continuaron el debate en tono sereno y constructivo hasta que llegó la noche.

El gran político comunista de Italia continental estaba tan interesado en sus historias acerca de la vida y el folclore sardos como en las perspectivas de una revolución proletaria internacional. La militancia obrera había aumentado de manera significativa en la cuenca minera de Sulcis-Iglesiente, e incluso los nuevos sindicalistas fascistas habían amenazado con hacer huelga contra los propietarios y gerentes franceses de las minas, como parte de una campaña general que abarcaba a todo el país para obligar a los patrones a aceptar el control estatal.[209] Gramsci pidió un relato pormenorizado y una evaluación de las posibilidades de ampliar la disputa, más allá de los salarios y las horas de trabajo, hacia cuestiones de gerenciamiento industrial y bienestar social, que eran igualmente importantes para los trabajadores y sus familias, y cruciales para el futuro de la hegemonía proletaria. Pero también expresó su interés por los números musicales que se presentaban en los teatros de Cagliari, que había aplaudido e interrumpido con sus comentarios en su época de estudiante, y por las canciones y las bromas que eran especialmente populares en la isla.

Al día siguiente, Gramsci tomó el último tren de las 2 de la tarde hacia la costa oeste, a su casa familiar en Ghilarza. Era la primera vez que visitaba a su familia desde 1920, cuando regresó por unos días para la triste ocasión del funeral de su hermana mayor, Emma. Un grupo de viejos amigos fue a recibirlo a la estación del pueblo

vecino de Abbasanta, y Gramsci bajó del tren con paso alegre y brioso. También bajaron otros dos hombres y se quedaron parados en la plataforma, tratando de pasar inadvertidos. Astuto, Gramsci subió de nuevo al vagón en cuanto el jefe de estación sopló el silbato. Los dos policías se treparon al tren a último momento. Mientras la formación se alejaba y sus amigos fingían saludarlo desde el andén, Gramsci volvió a bajar de un salto y cerró la puerta del vagón, una táctica de evasión que había practicado con antelación. El tren tomó velocidad, con “su sombra” de nuevo a bordo, por el único carril que llevaba a Sassari y los otros melancólicos pueblos mineros. Lo habrá sentido como una pequeña victoria antes de iniciar la caminata de regreso a la casa familiar.

Seguramente Ghilarza había cambiado poco desde que Antonio se había marchado: las casas de piedra lava con penachos de humo flameando como cintas celestes desde sus chimeneas bajas y cuadradas; los huertos de naranjos en los patios traseros que miraban a las colinas que rodeaban el pueblo; los burros pateadores amarrados a sus postes para pasar la noche, alzando las cabezas de sus bolsas de comida para observar a los que pasaban; el olor a estiércol y pan horneándose; la gente que saludaba asintiendo desde las puertas bajas de sus casas o en las calles angostas. Es probable que Gramsci los haya escuchado murmurar a sus espaldas sobre la visita del hijo de Don Ciccillo y Peppina Marcias, el entonces famoso diputado. La única sorpresa fue una bicicleta que se acercaba traqueteando por la calle, manejada por un niño campesino que cargaba una enorme pila de cueros de oveja: la primera bicicleta que Gramsci había visto jamás en Ghilarza. En la Cerdeña rural, aún no había señal de radio ni otros símbolos de modernidad. De hecho, reflexionaría unos años más tarde, la isla era más cercana en espíritu a los Estados Unidos que a Italia, porque recibían más noticias de parientes emigrados en Nueva York o Chicago que de otros conocidos en Italia continental. Las historias de matones y mafiosos –muchos de ellos de ascendencia italiana, por supuesto– o la última sensación de Hollywood eran más importantes para los sardos que lo que se traía entre manos el gobierno de Mussolini o la camarilla de políticos de carrera de la oposición. Gramsci apenas tuvo oportunidad de saludar a su madre

antes de que una procesión de dignatarios del pueblo acudiera a presentar sus respetos al diputado que los honraba con su visita. Incluso se acercaron los fascistas locales, alborozados por el éxito de un coterráneo sardo, aunque fuera comunista: “A los sardos nos está yendo bien, ¿no? ¡Eso es bueno para Cerdeña!”. Un grupo de trabajadores de la Sociedad de Socorros Mutuos le preguntó muchas cosas sobre Rusia y el Partido Comunista. Gramsci les habló de la Revolución de Octubre y de la constante lucha por crear una sociedad igualitaria y justa. Los soviéticos estaban creando una economía en la que los trabajadores y los campesinos eran recompensados justamente por sus labores y todo el mundo tenía comida suficiente y un lugar decente donde vivir. Era una revolución contra la miseria y la pobreza. Los trabajadores parecían confundidos, hasta que uno abrió la boca: “Pero, Signor Gramsci, ¿por qué abandonó Cerdeña, que es tan pobre, para unirse a otro montón de gente pobre allá lejos?”.[210]

Por fin lo dejaron solo con su madre y con lo que quedaba de su familia en la casa Gramsci. Durante la visita de los dignatarios locales, Peppina había permanecido sentada en el rincón o entretenida con sus quehaceres en la cocina, probablemente resentida, porque, después de tantos años, otras personas seguían ocupando el primer lugar en la atención y el tiempo de su hijo. Entonces, lo sentó a la mesa para compartir las novedades de la familia. Estaba encantada con la noticia del casamiento de Nino y Julia, y el nacimiento de su hijo, y lo hizo prometer que le enviaría fotos y novedades de cada etapa importante en la vida del niño. Se alegró de que lo llamaran Delio por el primo de Nino, que venía de su lado de la familia, y le comentó que su tío también estaba muy contento con esa decisión. Probablemente se habrá sentido aliviada al notar la serenidad y la madurez de Gramsci después haberse preocupado durante tantos años por el futuro de su pequeño Nino, su hijo más brillante pero también más vulnerable.

Después de cenar, Antonio jugó con su sobrina de 4 años, Edmea, hija de Gennaro, a quien luego de un considerable escándalo habían dejado al cuidado de su abuela. Edmea era una niña tranquila y pensativa, pero se dejó llevar por la alegría del juego y salió de su caparazón. Más tarde, Antonio le escribió a Julia que la

niña se había asustado al ver cómo su abuela hervía unos cangrejos grandes para la cena. Para distraerla, inventó una historia sobre 530 cangrejos malvados bajo el comando del general Masticacaldo, con su brillante estado mayor –la maestra Chupasangre, el maestro Escarabajo, el capitán Barbazul–, que habían sido derrotados por un cuarteto de cangrejos buenos llamados Mariposo, Barbablanca y Barbanegra. Los cangrejos malos pellizcaban las piernas de Edmea con sus tenazas (las manos de Gramsci) y los buenos iban al rescate en triciclos adornados con guirnaldas y armados con lanzas y plumeros. Toda la casa retumbaba con el traqueteo de los triciclos, los escobazos y las conversaciones entre los cangrejos que corrían despatarrados. La niña se lo creyó todo, de inicio a fin, y se tomó tan en serio la historia de los cangrejos que pensó nuevos episodios y giros inesperados. Gramsci cerró la carta admitiendo que todo eso había sido mucho más entretenido que recibir visita de los dignatarios del pueblo.

Gramsci se quedó diez días en Ghilarza, desde el 27 de octubre hasta el 6 de noviembre de 1924. Después de la primera ronda de noticias, Antonio y su familia se esforzaron por pasar tiempo juntos. En realidad, lo único que tenían en común eran unos pocos recuerdos lejanos, y Antonio ni siquiera estaba seguro de que fueran reales. Se había ido de Ghilarza muy joven, y en su cabeza mucho antes, y sus parientes se habían quedado allí, donde sentían que pertenecían. Quizá nunca habían sido tan cercanos y él estaba idealizando su infancia, como solía hacer. Tantas cuestiones quedarían sin resolver, y aunque ellos siempre se mostraban orgullosos de los logros de Antonio, era evidente que no se sentían a gusto con sus ideas políticas. Casi no había visto a su madre en trece años cargados de acontecimientos, antes y después de la guerra más grande y catastrófica que había vivido el mundo y la ola de la revolución proletaria. Durante varios de esos años, no se habían comunicado en absoluto. Antonio valoraba los sacrificios que Peppina había hecho por la familia y el heroísmo genuino que había mostrado para mantenerla unida durante la deshonra y la ausencia de Don Ciccillo. Contra todo pronóstico, había logrado que todos sus hijos (con la triste excepción de Emma) crecieran y desarrollaran su potencial. Para los más emprendedores, en especial para Nino, eso

significó abandonarla. Todos sus grandes esfuerzos estaban destinados a terminar en pérdida. Por su parte, Peppina estaba orgullosa de su hijo exitoso, pero no tenía forma de expresarlo ni tampoco entendía qué significaba su éxito, al margen del hecho de que todos los notables del pueblo se le acercaban a rendirle honores no bien aparecía.

Antonio era consciente de que los recuerdos que tenía de su madre y su infancia no eran confiables en absoluto, pues estaban envueltos en impresiones que provenían de fuentes ajenas a su mente o lo que realmente había sentido en esa época. Prueba de ello fue que nunca llegó a tener una idea clara de su vida ni del lugar que ocupaba en la familia. ¿Acaso la suya fue, como les hizo creer a sus amigos y camaradas, una existencia despreocupada que recorría las calles del pueblo y el campo que lo rodeaba, rastreaba animales y construía balsas con ramas? ¿O fue –como le había dicho alguna vez a Julia, estando con la guardia baja– una cloaca de amargura donde le hacían sentir que no era amado, o peor aún, que era una molestia y una carga? Quizá fue todas esas cosas, más preponderantes unas que otras en diferentes momentos u operando a diferentes niveles al mismo tiempo. En cuanto a su padre, Don Ciccillo siempre había sido alguien extraño y distante, encorvado, con el ceño fruncido en un rincón si es que estaba presente, y que contribuía poco y nada a la manutención y el cuidado de la familia. El recuerdo demasiado preciso y confiable de su encarcelamiento y los efectos nefastos que tuvo en la familia los sobrevolaba como una nube negra que siempre estaba ahí pero de la que jamás se hablaba. Era el único dato duro confiable en el depósito de su acervo familiar, todavía más irritante porque no se podía mencionar.

La última mañana de Gramsci en Ghilarza, su madre le dio un gorrito para bebé típico de Cerdeña: un pequeño obsequio para Julia y para su nieto. Edmea, que se había apegado mucho al tío Nino, correteaba a su alrededor y se colgaba de su abrigo, haciendo ruidos y caras raras para atraer su atención. La familia se reunió con cierta incomodidad, se abrazaron y se despidieron. Se separaron al pie de la colina, donde la frontera del pueblo se encontraba con los naranjales. Antonio marchó solo rumbo a la estación de Abbasanta y su largo viaje de regreso a Italia continental, y los saludó con la

mano por última vez antes de que una curva del camino lo dejara fuera de la vista. Nunca más regresaría a Ghilarza ni a Cerdeña, y sus padres, sus hermanas y la pequeña Edmea jamás volverían a verlo.

---

[209] Mack Smith, ob. cit., p. 119.
[210] Fiori, ob. cit., p. 185.

13. La tercera hermana Schucht

El 3 de enero de 1925, Mussolini anunció que ya no respondería como primer ministro ante el Parlamento, al que consideraba un simple campamento para sus camisas negras. Lo que el *duce* denominaba la “fascistización de Italia” cobró nuevo ritmo con la supresión de toda forma de debate y organización políticos. La prensa y los partidos opositores quedaron sujetos al control estatal, y el gobierno local fue reemplazado por funcionarios nombrados a dedo. Desde su balcón que miraba a Piazza Navona, el *duce* anunció a miles de simpatizantes al borde del delirio que la nación se encontraba en un estado de guerra permanente. Una vez removidos todos los obstáculos constitucionales, legales y políticos, Mussolini se consagró a crear el sistema militar-industrial que sustentaría a Italia en la guerra contra sí misma y, con el tiempo, contra cualquiera que se interpusiera en el camino de los planes y los sueños de Mussolini. La efímera oposición aventina se diluyó en un diluvio de retórica vacua, protestas fútiles y maquinaciones partidarias. En noviembre de 1924, los 19 diputados comunistas que se habían retirado, frustrados por su fracaso en conseguir que los otros partidos hicieran algo, regresaron para enfrentar a los fascistas en el Parlamento oficial en Montecitorio. Los otros partidos opositores continuaron presionando a Mussolini para que respetara las normas jurídicas. Este respondió con una ola de represión: cerró los clubes y asociaciones políticamente sospechosos, disolvió por decreto los partidos y movimientos de oposición, saqueó las casas de sus opositores, arrestó a sus moradores y se apoderó de sus periódicos. Esta vez ni siquiera se tomó la molestia de culpar a elementos canallas entre sus subordinados, sino que aceptó “la plena responsabilidad (¡política!, ¡moral e histórica por cada cosa que ha ocurrido. [...] ¡Si el fascismo fue una asociación ilícita, entonces yo soy el jefe de esa asociación ilícita!”.[211]

Poco después de regresar a Roma, Gramsci se enteró de que por fin habían encontrado a Tatiana Schucht, la hermana cuyo paradero se desconocía hacía más tiempo y que, según la familia, seguramente seguía en Roma. En teoría, desde su llegada a la ciudad en 1924, fiel a las promesas que había hecho en Moscú, Antonio la había estado buscando por las calles, o al menos a alguien que coincidiera con su descripción. En realidad, no debe haberla buscado tanto ni con tanta dedicación, porque tenía muchas otras cosas de qué ocuparse. Y después de tantos años, la descripción de la familia resultaba bastante vaga: más menuda que sus hermanas, un poco parecida a Julia y otro poco a Evguenia, no muy parecida a Anna y casi idéntica a Nadine, a quien Gramsci tampoco había visto jamás. Además, por lo que decían de Tatiana, o Tania, esta segunda hermana era tan conflictiva y complicada como las otras, con sus períodos de agotamiento nervioso, enfermedad física y un prolongado tratamiento hospitalario. Además, a sus casi 40 años y hasta donde sabían, Tania seguía soltera y sin compromiso. Bien podría perdonársele a Antonio cierto grado de cautela con relación a esa descarriada Schucht, dado que ya tenía bastante de qué ocuparse con Julia y Evguenia.

No fue Gramsci quien rastreó y encontró a Tania y organizó el primer encuentro entre ambos el 2 de febrero de 1925. Fue una vieja amiga de la familia, Leonilde “Nilde” Perilli, quien descubrió a Tatiana en el Instituto Crandon de Via Savoia, donde trabajaba como docente de ciencias. Nadie sabía de Tania desde 1917, cuando Apollon se fue de Roma para reunirse con su esposa y sus otras hijas en Rusia poco después de la Revolución de Octubre. Por razones que nunca aclararon, al menos a Gramsci, Tania se quedó en Italia. Más adelante llegaría a la conjetura de que se había quedado allí para estudiar una carrera médica, siguiendo su capacitación como enfermera antes y durante la guerra, pero nadie parecía saber mucho más al respecto. Por lo poco que había oído sobre la vida de Tania en esos años, la carrera médica no había prosperado y había sido reemplazada por la docencia y otros empleos temporarios, casi siempre como administrativa. Nilde les dijo a los Schucht que Tania se había comportado muy extraña cuando la contactó. Era evidente que estaba deprimida y abatida, y

solo pensaba que alguien de su familia había muerto, por lo que se negaba a escribirles o a creer lo que Nilde le decía: que sus familiares solo querían saber si ella, Tania, se encontraba bien.

Seguramente, lo primero que hizo Gramsci fue tranquilizarla y darle la buena noticia de su casamiento con Julia y el nacimiento de su hijo. De todas las hermanas Schucht, Tania era la que más se parecía a Julia y competía directamente en términos de belleza con su hermana menor; más tarde, Antonio le confesaría que creía haberla visto una vez en Roma a bordo de un tranvía que pasaba y que, como fantaseaba con volver a ver a su esposa, la había confundido con Julia. Cuando por un tiempo vivieron todos juntos en 1926, confundió a las hermanas varias veces más. Se notaba que Tania era una Schucht, que se destacaba por su complexión menuda entre la bandada de hermanas que había visto en una foto de hacía al menos veinte años, apenas más alta que el propio Gramsci. Pero había envejecido mucho más rápido que las demás. Era evidente que la soledad no había sido una buena compañera para ella, y lo que fuera que había vivido en Roma se reflejaba en su rostro pálido lleno de arrugas y en sus formas en apariencia precarias. Su vestido distaba de ser elegante; se limitaba a cumplir su función básica, con remiendos y zurcidos en la chaqueta y en la falda. Sus rasgos eslavos eran, por algún motivo, menos definidos que los de Julia o Evguenia, y su expresión era de súplica antes que desafiante, amilanada antes que altanera. Tal vez la luz y el calor de Italia la habían marchitado, como una foto olvidada en el alféizar de una ventana.

Gramsci fue amigable con ella la primera noche que compartieron, pues la conversación fluyó más libremente que con las hermanas y hablaron sobre política, sobre la impresión que ambos tenían de Roma y la vida que llevaban allí y sobre el trabajo que realizaban. Tal vez era más interesante de lo que parecía. Tenía que haber algo especial en Tania, algo que le había permitido independizarse y vivir por su cuenta durante casi diez años en una ciudad extranjera. Fueron a cenar a un restaurante, y Gramsci notó que ella comía tan poco como sus hermanas; pero igual parecía gozar de buena salud física. Los Schucht le habían dado a entender que Tania no compartía el leal y absoluto bolchevismo de la familia, pero, como

tantas otras cosas que le habían dicho, eso no resultó del todo cierto. Al día siguiente, le escribió a Julia: "En lo político, está mucho más cerca de nosotros de lo que me hicieron creer. [...] Las únicas cosas que objeta es que se le niegue libertad de expresión a la oposición rusa y que hayan encarcelado a algunos de sus líderes. Me alegró mucho conocerla, porque se parece mucho a ti".[212]

Volvieron a verse varias veces en las semanas siguientes, casi siempre a comer en *trattorie*, y Antonio disfrutaba de la compañía de Tania tanto como disfrutaba de la comida. Seguramente le hacía recordar cada vez más a Julia, pero sin los secretos y los obstáculos que siempre parecía enfrentar tras cinco minutos de conversación con su esposa. "Se te parece mucho en algunos rasgos y movimientos", le escribió a Julia. "La música de su voz es como el eco de tu voz (ella estaría contenta si supiese que escribí 'eco', porque una vez casi se ofendió de que se pudiese comparar su voz con la tuya, que según dice es muy hermosa)".[213] Por su parte, Tania estaba fascinada con Gramsci, con quien se divertía mucho y a quien pronto empezó a llamar Nino. Y también estaba feliz (pese a sus temores por lo que podría implicar) con la inesperada oportunidad de restablecer el contacto con su familia. "[Tania] quería comprarte unos zapatitos con ciertos tacos que me aterrorizaron", continuaba en su carta del 7 de febrero a Julia: "Yo me resistí con todas mis fuerzas, sosteniendo que jamás te pondrías semejantes horrores. También quiere comprar zapatitos para el niño. Es una mujer verdaderamente terrible tu hermana, con esa manía de calzar al mundo entero". Gramsci le había comentado a Tania que pronto viajaría a Moscú, y ella había decidido regalarle varios pares de calzado italiano fino para que se llevara. El 21 de marzo de 1925, se celebraría una reunión plenaria del comité ejecutivo de la Comintern, y Nino encabezaría la delegación italiana. Sería la primera vez que estaría en Moscú y vería a Julia desde noviembre de 1923, casi un año y medio más tarde. Por fin conocería a su hijo Delio, un niño de carne y hueso, y no una borrosa impresión en papel fotográfico. Esta vez viajó sin ocultarse y legalmente como diputado, cargo que todavía servía para algo, con un pasaporte ordinario que le llevó semanas conseguir y finalmente llegó a fines de febrero. Su

"sombra", que lo siguió hasta la frontera entre Austria e Italia, fue evidente pero discreta y no le causó problemas.

Antonio Gramsci llegó a Moscú a comienzos de marzo, con las primeras señales de la primavera: los trazos de azul en el gris implacable del cielo del mediodía; el goteo constante del agua derretida sobre las veredas, proveniente de las grandes cañerías de hierro de los edificios públicos más altos; el ocasional crujido de advertencia de los carámbanos allá en lo alto y el rugido de la nieve floja en los techos a cuatro aguas; el nacimiento, entre los restos de nieve sucia, de campanillas y jacintos silvestres en terrenos comunitarios que otrora habían sido jardines cuidados; la aparición de esas otras clases de "flores silvestres": ancianos sin techo y niños abandonados (*besprizorni* en ruso) que habían muerto de enfermedad o de hambre durante el invierno, habían quedado sepultados bajo la nieve y el hielo y entonces yacían acostados o sentados, hediondos, con sus caras azules hasta que las cuadrillas de limpieza los levantaban y los arrojaban en alguna enorme fosa cavada con tal fin en las afueras de la ciudad.

Los italianos dejaron su escaso equipaje en el Hotel Lux e iniciaron de inmediato una gira de recepciones oficiales y encuentros públicos. Todo envuelto en un aire de formalidad y funcionariado que sencillamente no existía la última vez que Gramsci había estado en Moscú. Tal vez era un signo de la creciente confianza y la autoridad del nuevo Estado de los trabajadores. Lo mismo podía decirse de las interminables tablas de estadísticas, diagramas y gráficos que demostraban "científicamente" que el comunismo alcanzaría su plenitud hacia 1935; es decir, en diez años rigurosamente planeados, programados de manera realista y organizados racionalmente. El gran legado de Lenin pronto alcanzaría su plenitud técnica, el capitalismo quedaría expuesto y superado como la etapa necesaria pero redundante de la historia humana que era en realidad. El socialismo ocuparía su lugar, si era necesario solo en este país, pero con el tiempo, cuando los demás países rezagados se acoplaran al caótico ritmo del cambio en la tierra natal de la revolución proletaria, en el mundo entero.

Después de un banquete para todas las delegaciones en el Kremlin, Gramsci tuvo que asistir a una reunión de la delegación

italiana en el Lux, cuyos miembros luchaban por mantenerse despiertos tras el largo viaje y una comida de tamaña y desacostumbrada abundancia. Temprano a la mañana siguiente, volvieron a reunirse para ratificar la declaración sobre el fascismo que Gramsci presentaría al Ispolkom esa misma tarde. “¡A las tres en punto clavadas, camarada Gramsci!”, le había dicho la secretaria empolvada y almidonada asignada a la delegación que golpeó su puerta a las 8 de la mañana. Por fin, cerca de la hora del almuerzo, con la declaración aprobada por los italianos todavía soñolientos, Gramsci se las ingenió para llegar a la calle Tverskaya, al recientemente restaurado edificio de departamentos donde entonces residían los Schucht. Resultó ser que Delio tenía tos convulsa. Cada inhalación y cada exhalación iban acompañadas por un silbido agudo, intercalado con un ataque de tos cada varias respiraciones. Gramsci apenas reconocía en aquel rostro febril y angustiado al niño que posaba para las fotos granulosas que recibía cada pocos meses. En la hora o poco más que pasó con los Schucht, el niño también se mostró receloso hacia ese extraño de aspecto más extraño todavía que, según decían, era su padre. Antonio apenas tuvo tiempo para contarles de Tania y transmitirles su cariño y sus buenos deseos. En determinado momento, volvió a sugerir que Julia y Delio se fueran a vivir con él en Roma. Esta vez, presuntamente con la aprobación de Apollon Schucht, la familia aceptó. En cuanto se hicieran los arreglos necesarios, Julia y Delio –y también Evguenia– se mudarían a Roma.

Las misiones oficiales mantenían ocupado a Gramsci y le quedaba muy poco tiempo para dedicar a los Schucht. Algunas tardes se las ingeniaba para tomarse un par de horas libres y, como Delio aún no se había recuperado del todo de la tos convulsa, lo llevaba a pasear en cochecito por la calle Tverskaya hasta un hermoso y pequeño jardín reservado para los funcionarios y delegados de la Comintern. Allí jugaba al padre orgulloso y sus camaradas espiaban al niño fajado que viajaba en el cochecito y le hacían morisquetas. Los italianos elogiaban la piel olivácea de Delio y su tupido cabello negro, y destacaban lo mucho que se parecía a su papá. Cuando Delio recibió el alta, Antonio les sugirió a los Schucht que le hicieran un regalo a su médica –una pediatra especialmente atenta y

competente– en agradecimiento por haber ayudado al niño a recuperarse por completo y tan rápido. Los Schucht estuvieron de acuerdo y Julia y Antonio eligieron juntos una reproducción de la *Dánae* de Correggio en una de las tiendas de arte cerca del Kremlin que habían vuelto a la vida bajo la NEP. Este probablemente haya sido el único momento que la pareja pudo pasar a solas, empujando el cochecito de Delio por el centro de la ciudad como jóvenes padres orgullosos y hablando del niño que viajaba acurrucado dentro. Cuando volvieron al departamento de la familia Schucht, escribieron una dedicatoria en una pequeña tarjeta que adosaron al envoltorio de papel madera. Antonio y Julia firmaron la tarjeta. Luego Evguenia dio un paso adelante, firmó debajo de Julia y a un costado escribió “las madres”. Gramsci decidió no decir nada acerca de ese acto bizarro y la extraña red de relaciones que implicaba. Pero más tarde, mientras se preparaba para irse y dejar el cuadro en la clínica, oyó sin querer que Apollon regañaba al niño en la sala: “¡La tía Genia no es tu madre! ¡Delio tiene una sola madre, una sola madre, una sola!”.[214]

El 28 de abril, Gramsci ya estaba de regreso en Roma. Vio a Tania poco después y le transmitió las noticias y los buenos deseos de Moscú. En el ínterin, ella había recibido un mensaje de su madre, que le contaba que habían notado a Antonio malhumorado y apático durante su estadía en Moscú, que ella (Julia Grigorievna) se había desilusionado porque él no le había llevado nueces de Italia, que Evguenia se había quejado de lo mucho que Antonio fumaba y que más de una vez Julia había derramado lágrimas por cosas que él había dicho o hecho. Antonio respondió que estaba cansado del viaje y preocupado por los asuntos del partido, lo cual era perfectamente entendible, que no había fumado más de lo habitual y que no era temporada de nueces. Era consciente de que en algunas ocasiones había fastidiado a su esposa, y estaba arrepentido, pero rara vez entendía por qué y hasta qué punto. En suma, debe haberse sentido totalmente perplejo en este último encuentro con la familia Schucht.

Volvió a enfrascarse en su trabajo político. Había tanto para hacer, tan poco tiempo y tan pocas personas preparadas para hacerlo. Dormía poco y mal; se despertaba de golpe pensando en lo que

debía hacer al día siguiente y después se quedaba despierto, acostado en la cama, preocupado porque estaría demasiado exhausto para cumplir sus deberes. Sus jaquecas, que casi habían desaparecido en Moscú, volvieron con ganas: un zumbido sordo y constante con punzadas regulares de dolor que lo obligaban a pasar horas acostado e inmóvil. En el mejor de los casos, eran una suerte de tic tac en su cabeza, que tenía el mismo compás que los latidos de su corazón. En momentos de incertidumbre o estrés agudo, los latidos se aceleraban y Gramsci tenía la impresión de que tanto él como sus pocos camaradas desperdigados por ahí se estaban quedando sin tiempo. Siempre había artículos que escribir para la prensa del partido; demasiados artículos, cuya calidad y coherencia luchaba por mantener como un tigre. A decir verdad, un diario, una revista semanal y una publicación quincenal eran demasiado para un pequeño partido en apuros como el suyo, como bien había observado Piero Gobetti, pero no podían cerrarlos por temor a parecer débiles, perder influencia o capacidad de acción, o incluso decepcionar a sus todavía numerosos lectores a escala nacional. A veces Gramsci terminaba escribiendo, de manera anónima o bajo algún seudónimo ridículo, casi todos los artículos de las publicaciones.

Gramsci era muy consciente de la escasa conciencia política de ese puñado de camaradas que permanecían en circulación y activos, e incluso de los viejos cuadros que vivían en el exilio o en la clandestinidad, cuya innegable experiencia no compensaba su falta de información y compromiso con la escena política contemporánea y cambiante de Italia. En todo caso, era una desventaja, porque esos camaradas mayores todavía pensaban y argumentaban teniendo en cuenta la situación imperante cuando ellos se habían marchado o entrado en la clandestinidad. Los otros diputados del partido en Roma tampoco servían para mucho. Su calidad y nivel de compromiso dejaban mucho que desear, y algunos incluso se indignaban por la tasa del 10% de sus salarios que debían pagar para financiar los gastos del partido. Uno o dos se habían negado a hacerlo y amenazado con denunciar ante la prensa el uso impropio de fondos parlamentarios, y los habían expulsado del partido. La organización y la influencia políticas eran limitadas o inexistentes en

sus distritos electorales, de modo que tampoco se los podía presionar por ese flanco. Fuera como fuese, había que aumentar la calidad de la organización, la actividad y la concientización del partido. Gramsci creó la “Escuela del Partido”, una suerte de universidad comunista que ofrecía tanto cursos por correspondencia de historia, filosofía y cultura, como materias de teoría y organización política. En la primavera y el verano de 1925, se enviaron por correo los dos primeros lotes de material de estudio, con largos ensayos introductorios escritos por Gramsci y extractos de otros autores marxistas que él había editado y traducido, hasta que descubrieron que los fascistas –a menudo alertados por carteros afines– los utilizaban para identificar a sus opositores comunistas.

El 16 de mayo, Gramsci pronunció su primer discurso ante el Parlamento.[215] Los fascistas estaban proponiendo una nueva ley para restringir la participación de los servidores públicos en asociaciones, clubes e institutos. El blanco obvio de esta medida eran los masones, pero los comunistas temían que también estuviera destinada a someter sus actividades a un control todavía más estricto por parte del Estado. En el ínterin, el fascismo llegaría a una especie de acuerdo con la masonería, que era demasiado débil para contraatacar pero demasiado fuerte para ser destruida. Contra su costumbre, el Parlamento guardó silencio y prestó atención mientras Gramsci hablaba con tono sereno y fluido, sin recurrir a los floreos retóricos vacuos a los que estaban habituados. Incluso apareció en los diarios una foto de Mussolini, inclinado hacia adelante y con una mano en la oreja. El fascismo solo quería suplantar a la masonería como principal fuente de clientelismo para los empleos oficiales y el servicio civil, argumentaba Gramsci; la así llamada “revolución fascista” no era otra cosa que el reemplazo de un conjunto de personal administrativo privilegiado por otro.

“Gran parte de los capitalistas están en contra nuestra”, aseveró Mussolini.

“Son muchos más quienes los respaldan, y el resto terminará por hacerlo tarde o temprano para salvaguardar su riqueza y sus empleos”, respondió Gramsci. “¡Se unirán a los fascistas y *también* a los masones!”.

Todo esto no era más que una cortina de humo. La verdadera cuestión era saber por qué, aunque el Partido Comunista no había sido declarado ilegal, arrestaban a sus miembros cada vez que se reunían en grupos de tres o más personas.

"Hacemos lo que ustedes hacen en Rusia", gritó Mussolini. "En Rusia ustedes hacen redadas formidables. ¡Y hacen muy bien! Al menos aquí les permitimos salir. Solo los obligamos a entrar al corral para conocerlos".

Sus acólitos aullaron de entusiasmo.

"El fascismo adopta [en el Sur] los mismos sistemas que el Gabinete de Giolitti", dijo Gramsci en medio del bullicio. "Ustedes hacen como hacían […] los *mazzieri*[216] giolittianos, para arrestar a todo el que votara por la oposición, [...] para llegar a conocerlos".

Una voz se hizo oír desde el otro extremo del recinto: "Hubo solo un caso. Usted no conoce el Sur".

"Soy meridional", respondió Gramsci. Y volvió a dirigirse a Mussolini. Para ejercer el poder, el susodicho tenía que posicionarse como jefe de la clase que controlaba al Estado. Allí estaba la única pizca de verdad en su confusa y reaccionaria perversión de la enseñanza marxista. Como no podía ser líder del proletariado, se convirtió en dictador de la burguesía. Algún día los trabajadores y los campesinos se unirían para mandar a la burguesía y al *duce* al basurero de la historia. Cuando concluyó su discurso, la Cámara estalló en un grito masivo de furia, y solo unos pocos lo aclamaron. En los días siguientes circuló el rumor de que Mussolini había visto a Gramsci después del debate, bebiendo una taza de café en el bar del Parlamento, y se había acercado para felicitarlo por su discurso. De acuerdo con este relato, Gramsci siguió tomando su café e ignoró la mano extendida del *duce*. Cuando el rumor llegó a sus oídos, Gramsci se rio y lo desestimó. ¿Por qué los italianos tenían esa manía de transformar todo en una ópera, o peor aún, en un melodrama? ¿Y por qué todo tenía que ser blanco o negro, sin tonalidades de gris, y todo individuo debía ser un héroe o un villano, cuando la mayoría de la gente se pasaba la vida vadeando el caos de la medianía?

En este caso específico, ¿qué probabilidades había de que Mussolini, ese hombre orgulloso y violento que revoleaba los ojos y

no cesaba de expresar su desprecio por las sutilezas y detalles del debate parlamentario, se arriesgara a que el líder de sus adversarios más acérrimos se burlara de él dos veces? ¿O de que el extraño diputado debutante de un partido pequeño y sitiado, mientras se relajaba con un café y consciente de la completa futilidad de su desafío retórico, rechazara la mano del hombre más poderoso de la Italia moderna, a quien respetaba con reticencia de toda la vida, desde su apoyo a la neutralidad activa y operativa en 1915 y su descripción en 1923 de Mussolini como "uno de los fascistas más inteligentes" hasta los amables pedidos de mejores condiciones en la cárcel?[217] Eso, para no mencionar una cantidad de impactantes similitudes en cuanto a origen personal y social, temperamento y elección de carrera, por encima de sus más obvias diferencias de perspectiva, visión y trayectoria política.[218] Para Gramsci, fue un primer encuentro con la mitificación y glorificación de individuos prominentes que luego ridiculizaría y objetaría hasta el cansancio cuando se aplicara a su propia persona.

Poco después, le escribió a Julia con un espíritu algo más pesimista. Los fascistas habían otorgado a su debut parlamentario una recepción inusualmente favorable, acosándolo con preguntas en vez de abuchearlo, por lo que, desde un punto de vista revolucionario, había empezado mal. Le contó que estaba exhausto y que debía ser muy cuidadoso en sus movimientos cotidianos. Sobre todo se sentía completamente solo, en parte por el funcionamiento ilegal del partido, que obligaba a todos a operar de manera individual e independiente. Para escapar de ese desierto político intentaba ver lo más seguido posible a Tania, quien le recordaba tanto a Julia. Pero no había forma de remediar su ausencia. Todo lo que veía en el mundo le recordaba a Julia y a Delio, y lo volvía mucho más consciente de su separación y su infelicidad. Ni siquiera podía mirar a los bebés y los niños pequeños, que siempre le habían gustado tanto, porque le recordaban lo que se estaba perdiendo. Pero la angustia se disipaba porque sabía que pronto los vería en Italia: "Vamos a renovar nuestras energías, y nuestras personalidades crecerán juntas mientras vemos cómo crece nuestro Delio".[219]



Delio, primer hijo de Gramsci y Julia Schucht

---

[211] Mack Smith, ob. cit., p. 104.
[212] Fiori, ob. cit., p. 190.
[213] Gramsci, *A Great and Terrible World…*, ob. cit., p. 339.
[214] Fiori, ob. cit., p. 192.
[215] Ibíd., pp. 193-196.
[216] Designación peyorativa para agentes electorales, de propaganda y de intimidación destacados por el gobierno central italiano (especialmente en el Sur y durante los primeros quince años del siglo XX). [N. de E.]
[217] Gramsci, *Selections from Political Writings 1921-1926*, ob. cit., p. 167.
[218] Mack Smith, ob. cit., pp. 2-4, 9; la más impactante de estas similitudes aparece cuando Smith describe al joven Mussolini como “un ermitaño y un misántropo”, p. 9.
[219] Fiori, ob. cit., p. 197.

14. Las Schucht viajan a Roma

Las noticias que llegaban de Rusia hablaban de una constante turbulencia económica y social. La NEP había restaurado la economía de mercado y puesto al país en movimiento, una vez más; pero también había llevado de regreso los perennes males sociales del capitalismo. El desempleo masivo era mucho peor que en tiempos del zar, con 150.000 desocupados solo en Leningrado y un subsidio de desempleo de 25 rublos mensuales en promedio que alcanzaba a duras penas para vivir, en cierta medida un progreso desde los días en que los rusos habrían muerto de hambre. Había mendigos y prostitutas en las calles de todas las ciudades, grandes y pequeñas, un estimado de 7 millones de *besprizorni* con plazas en los orfanatos para pocos miles, e incluso epidemias de suicidios y violaciones en patota entre jóvenes que (según "el francés" Victor Serge) no se informaban porque las autoridades estaban decididas a desalentar el "derrotismo". Una epidemia de rabia asolaba al país, con perros rabiosos sueltos por las ciudades y lobos rabiosos merodeando por los campos. Las estafas y la corrupción eran cosa de todos los días: "Estafadores fundan una cooperativa falsa. Sobornan a los funcionarios para obtener créditos, materia prima y órdenes de compra. Se convierten en intermediarios universales entre la industria socializada y el consumidor, y duplican el precio de todos los productos".[220] Si la Unión Soviética iba a desarrollarse hasta llegar a ser una sociedad moderna normal, eso conllevaría tanto los beneficios como los males de la modernidad.

Julia, Delio y Evguenia Schucht llegaron a Roma a fines de octubre de 1925. Antonio se enteró de su inminente llegada de casualidad, durante una recepción en la embajada soviética, cuando una secretaria le comentó al pasar que estaba ansiosa por trabajar con su esposa, que se las había ingeniado para lograr un traslado dentro del NKVD. Gramsci recién se enteraba tanto de la fecha de arribo

como del empleo de Julia; pero intentó concentrarse en el hecho de que por fin llegarían. Cuando se acercaba la fecha, y su entusiasmo y su aprensión aumentaban en igual medida, Antonio recibió otras noticias perturbadoras vía Tania. Aparentemente, había grandes discusiones en la familia Schucht sobre cómo vivirían cuando llegaran a Roma. Por insistencia de Evguenia, habían decidido que vivieran todos juntos. Le habían pedido a Tania que encontrara un espacio adecuado y se mudara con sus hermanas, sin tomar en cuenta que ella vivía sola en Roma desde hacía más de ocho años y que había pasado los últimos cinco cómodamente instalada en casa de la directora de la escuela donde enseñaba ciencias. Tania le hablaba a Antonio de su mudanza forzada como si no pudiera negarse. Dijo que ya había encontrado un departamento amueblado en Via Trapani, con dos dormitorios grandes –lujo de lujos, comparado con lo que conocían las Schucht en Rusia– y baño privado. Eso seguramente le gustó a Antonio, quien asumía que iba a compartir una habitación con Julia y el pequeño Delio, dado que los Passarge también tenían pensado mudarse.

Sin embargo, Evguenia había insistido en que él, esposo de Julia y padre de Delio, no viviera con ellas. Dijo que le habían advertido que su presencia constituiría un riesgo para la seguridad familiar. Si se conocía su relación con ellas, las autoridades italianas podrían revocar sus visas. Eso era, a todas luces, una insensatez. La policía sabía que Julia era la esposa de Gramsci porque el propio Antonio lo había dicho cuando le pidieron que patrocinara sus pedidos de visa. Sin embargo, decidió no meterse en el asunto por el momento. No podía arriesgarse a otra crisis, sobre todo cuando aún podían decidir no viajar. Como tampoco podía imponerles su presencia, se mudó con los Passarge a una casa en Via Morgagni. Pocos días después de la mudanza, la policía allanó su habitación. La requisa de cuatro horas fue supervisada por el inspector Belloni, subjefe de la policía romana. Belloni se mostró cortés y mantuvo una larga conversación con Gramsci acerca de la legitimidad del reclamo italiano sobre Córcega e incluso partes de Francia continental como Niza y Saboya. Así fue cómo los Passarge se enteraron de que su inquilino no era profesor, como les había dicho. No le pedirían que se mudara, al menos por el momento, dijeron cuando la policía por

fin se retiró con las manos vacías, pero claramente dejaron de ser tan respetuosos y silenciosos en su presencia y cerca de su habitación.

Evguenia, Julia y Delio arribaron a la estación Termini con varios baúles y valijas. Un camarada que tenía una pequeña camioneta se había ofrecido a buscarlos y llevarlos con su equipaje a Via Trapani. Las semanas siguientes, Antonio se atuvo a una rutina: cuando terminaba sus tareas políticas y Julia regresaba del trabajo en la embajada, cenaba con las hermanas y se quedaba a pasar la noche. Evguenia se ocupaba de todo lo relacionado con el cuidado de Delio, mientras que Julia parecía tener muy poco interés en su hijo. De hecho, no parecía tener ningún interés en nada. Antonio entendía que lo mejor era no mencionar el trabajo de Julia, debido a su sensibilidad política y las posibles repercusiones para su estatus de residencia, lo cual anulaba un tema de conversación importante entre ellos. Intentaba hacerle consultas sobre su propio trabajo o proponerle proyectos conjuntos, como traducciones del ruso al italiano, pero con suerte conseguía una suerte de dócil diligencia. Después de traducir las primeras oraciones de un artículo o un comunicado, Julia se quejaba de su complejidad o de un repentino dolor de cabeza: ¿acaso él no entendía que ella estaba cansada después de pasarse el día entero haciendo esas mismas cosas en el trabajo?

La familia en general –excepto Tania– no tenía especial interés en la situación política de Italia, en la que Antonio estaba totalmente inmerso a diario. Parecía que las insignificantes rencillas y dificultades de su pequeño e ineficaz PCd’I no eran nada comparadas con las titánicas batallas en el seno del partido ruso y los grandes esfuerzos por construir la nueva sociedad socialista de la Unión Soviética, con la que las Schucht mantenían un contacto estrecho. Julia transmitía las noticias de la embajada con más entusiasmo que cualquier cosa que pudiera decirle a Antonio. Las Schucht hablaban ruso entre ellas, con los gritos y balbuceos característicos de su pronunciación, incluso en presencia de Tatiana, cuyo dominio de la lengua era todavía más rudimentario que el de Antonio. Las palabras que Delio empezaba a formar y pronunciar eran inconfundiblemente rusas. Julia estaba decepcionada con

Roma, que le parecía aburrida y sin estilo comparada con la ciudad alegre y soleada de su juventud o incluso con el trajín de la era de la NEP de Moscú. Antonio se ofreció a comprarle una cámara para que registrara los paseos que daban los días lindos, pero Julia no parecía interesada ni en la cámara ni en los paseos.

Julia también había abandonado la música, diciendo que ya no la encontraba útil para ella ni para la sociedad, sobre todo en ese momento que no dependía del violín para ganarse la vida. Esto entristeció a Antonio, porque su esposa tocaba muy bien, y claramente disfrutaba tocarlo y se sentía plena al hacerlo. Julia se quejaba todo el tiempo de que su empleo la cansaba, decía que no estaba acostumbrada al tipo de trabajo que requería –principalmente administrativo, con muy pocas traducciones porque todos en la embajada hablaban italiano y ruso– ni a trabajar jornada completa. Según parecía, pasaba la mayor parte del día archivando cosas. Antonio intentaba mostrarse comprensivo y apoyarla, e incluso le sugirió que redujera el horario, pero eso no era opción porque había mucho por hacer. Julia no quería decepcionar a sus empleadores, ni mucho menos dar la impresión de que no estaba del todo comprometida con la causa común. Tal vez para Gramsci era una rutina aburrida, pero de esa manera ella seguía contribuyendo a la revolución proletaria y la construcción del socialismo. Antonio se esforzaba por encontrar sentido a las contradicciones e inconsistencias. En líneas generales, Julia estaba más alejada e impasible que lo que había estado la última vez en Moscú. Se negaba a salir con él por las noches, pero siempre estaba dispuesta a asistir con sus hermanas o su vieja amiga Nilde Perilli a las salas de concierto Argentina o Adriano. Antonio empezó a llevarle regalos a Julia cada vez que iba a casa de las Schucht: flores, dulces, pequeños adornos de vidrio o tallados en madera que compraba en mercados callejeros o en grandes tiendas, hasta que un día Evguenia le preguntó, incisiva e insidiosa, cuánto costaban esas cursilerías innecesarias. ¿No sería mejor gastar ese dinero en mantener al niño y la casa? Aparte de eso, Antonio pronto se dio cuenta de que a Julia tampoco le interesaban sus obsequios. Los desenvolvía, los examinaba por rutina y los dejaba a un costado, y después lo miraba perpleja como diciendo: “¿Qué otra cosa tienes

para ofrecerme?”. Incluso los dulces quedaban en sus cajas, enmohecidos e intactos, en esa casa de mujeres que comían como pajaritos. Más de una vez habían encontrado a Delio, que hurgaba y husmeaba todos los rincones del departamento, con las manos pegajosas y la boca llena de azúcar o chocolate, y Evguenia lo obligaba a escupir o incluso vomitar todo. El apetito de Julia por los halagos, la seducción y la admiración masculinos parecía haberse desvanecido, al igual que su apetito por cualquier otra cosa de la vida.

“Mamá Genia” estaba al mando de la familia con mano firme. Limpiaba la casa y cocinaba (sin destacarse en ninguna de las dos cosas) y cuidaba a Delio mientras “Mamá Julka” y la tía Tania iban a trabajar. No permitía que Antonio fumara dentro del departamento, cosa que –dado que ya era un hombre que fumaba sesenta cigarrillos diarios– lo ponía incluso más nervioso en su presencia. Decía que su marca preferida, Macedonia, era “bosta de burro turco de olor fétido”. Algunos aspectos del cuidado que Evguenia prodigaba a Delio perturbaban profundamente a Antonio. Le permitía correr a su antojo por el departamento, sin dar estructura ni propósito al uso del tiempo, y sin restricciones en cuanto a lo que podía hacer o dónde podía curiosear. Los dulces enmohecidos eran lo menos preocupante de todo. Gramsci todo el tiempo tenía que sacarle de las manos objetos filosos o frágiles antes de que los rompiera o se lastimara o lastimara a alguien, mientras el niño aullaba de disgusto, disgusto que solo “Mamá Genia” podía apaciguar. Existe una foto de este interludio italiano, presuntamente tomada por Julia con la cámara que le compró Antonio, en la que se ve a Evguenia agarrando fuerte a Delio como si fuera de ella en la Plaza de San Marcos en Venecia.[221]

Gramsci reconocía los preceptos de Rousseau, a quien Apollon Schucht admiraba y adhería, en la crianza de este “buen salvaje”. Sin embargo, cuando el anciano Apollon se mudó con ellas en la primavera de 1926, echó un vistazo a la situación –en el hogar, la ciudad y el país– y regresó de inmediato a Rusia. Sin imbuir de sentimiento el asunto ni remontarse a un ideal tradicional de vida familiar, esta dinámica –con Evguenia instalada en el rol de “madre”, con Julia y Tania bajo su autoridad, las tres supuestamente

neuróticas– no estaba funcionando. Antonio leía alarmantes informes en los diarios sobre maltrato e incluso asesinatos de niños y se descubría imaginando escenas morbosas en esa casa. Hubo una noticia en particular que lo persiguió durante años de una mujer en Génova que se había envenenado y también había envenenado a su nieto de 5 años, y había dejado una nota donde decía que se lo llevaba al paraíso con ella porque no podía estar sin él ni siquiera allí. Pero lo peor de todo para Antonio era que Evguenia parecía decidida a interponerse entre Delio y él, y arruinar cualquier tipo de relación que pudieran cultivar en circunstancias ya de por sí complicadas. Al principio, el niño lo llamaba *dyadya*, que en ruso significa "tío", obviamente por orden de Evguenia. Este tratamiento continuó durante varios días, hasta que, indignada, Tania tuvo el coraje de objetarlo. También estaba la cuestión de la disposición para dormir. Evguenia había colocado la cuna de Delio junto a su cama, en el lado opuesto a la cama de Julia, en el dormitorio grande que las hermanas compartían con el niño. Decía que Julia necesitaba dormir sin interrupciones ni perturbaciones, después de haber trabajado todo el día en la embajada. Delio terminaba compartiendo cama con Evguenia casi siempre, porque ante el menor quejido esta lo sacaba de la cuna y lo acostaba junto a ella. Tania le contó a Antonio que Nilde Perilli había oído decir a varios conocidos en la ciudad que Evguenia hacía pasar a Delio por su hijo. Cuando lo sacaba a pasear en el cochecito, o lo llevaba en brazos a las tiendas y los cafés, comentaba detalles de su nacimiento que solo Julia podía saber.

Durante todo este tiempo, Antonio recibió poca o ninguna respuesta de su esposa, tanto a sus sentimientos y deseos como respecto de lo que ocurría en la casa, lo que luego llamaría "esa particular atmósfera ideológica".[222] Gramsci no sabía cómo atravesar la niebla de su reticencia y su reserva. En enero de 1926, le propuso que registraran formalmente su matrimonio ante las autoridades italianas, en una pequeña ceremonia en el Registro Civil cerca de Piazza Navona, y Julia aceptó. Antonio quizá esperaba que eso reviviera el sentido de sus deberes maritales, de los votos que se habían hecho públicamente el uno al otro. Sin embargo, surgieron otras cuestiones relacionadas con el estatus legal de las

Schucht en Italia, no tan graves como las que Evguenia había planteado antes, pero igualmente serias. Por medio de un diputado que tenía contactos en el Ministerio de Justicia, Antonio se había enterado de que los fascistas estaban revisando el estatus de residencia de todos los extranjeros con el propósito de endurecer los requisitos de visado y favorecer a aquellos que tuvieran alguna clase de ascendencia italiana. Esto no incluía a la "raza eslava", rótulo que se aplicaría a las Schucht, pese a todas sus afinidades culturales y nacionales con Italia, dentro de la flamante grilla de clasificación étnica. Dadas las circunstancias, no era una mala idea reconocer formalmente la relación de Antonio y Julia en Italia. También esclarecería el estatus de Delio como hijo de ambos. El caso de Tania no presentaba complicaciones; después de todo, había residido en Italia durante toda su vida adulta (aunque Gramsci tuvo la impresión, cuando se conocieron en el verano de 1924, de que se había registrado como ciudadana soviética).[223] La situación de Evguenia –nacida en Siberia y mucho más "rusa" que sus hermanas en su manera de hablar y sus modales– era más compleja.

Poco después, Julia le informó a Antonio que estaba embarazada de nuevo y que, si todo marchaba bien, el bebé nacería en agosto, alrededor de la fecha del segundo cumpleaños de Delio. Al principio, Gramsci estaba encantado con la noticia, pero el embarazo sumó un nuevo conjunto de complicaciones a la inestable atmósfera doméstica de la residencia Schucht. Los mejores momentos eran, sin dudas, cuando Julia y sus dos hermanas salían de noche y Antonio se quedaba solo cuidando a su hijo. Se suponía que debía acostarlo a las 7 en punto de la tarde, pero siempre lo mantenía despierto bastante más, jugando con él, contándole cuentos o representando personajes, como hacía con su sobrina Edmea en Ghilarza. Se sentaban al piano familiar, entonces desafinado por la falta de uso y cuidados, y aporreaban las teclas para acompañar las canciones que inventaban. En una ocasión, Gramsci quedó maravillado cuando Delio empezó a hacer sonidos animales para acompañar la música. "¡Desde el barítono del oso a las notas agudas de las gallinas en el otro extremo de la escala musical!", les anunció con orgullo a las Schucht.[224] En otros momentos, se

ponían a dibujar con los lápices de colores de Delio sobre grandes rollos de papel de imprenta que Antonio requisaba de la prensa del partido. Los dibujos de Delio eran, en su mayoría, garabatos coloridos que solo a veces, de manera azarosa, adoptaban alguna forma reconocible que su padre siempre se ocupaba de destacar y elogiar. Sin embargo, Delio mostraba más interés en las complicadas caricaturas estilo historieta que Antonio dibujaba con sus lápices en el otro extremo del rollo de papel. Cuando levantaba la vista, veía que Delio observaba con atención cómo tomaban forma los personajes, fascinado por el proceso de la representación pictórica: producir una imagen de la nada, literalmente poner en práctica la imaginación. Pero enseguida volvía a su dibujo cuando percibía que su padre se había percatado de su interés.

Algunos juegos nunca dejaban de entretener y divertir a Delio, por mucho que se repitieran. En cuanto Antonio llegaba por las noches, el niño insistía en que bajara el reloj de pared –*Chasy, chasy!*, en ruso– y moviera las agujas en todas las direcciones y posiciones posibles. Al principio, Gramsci pensaba que estaba aprendiendo a leer la hora, pero cuando le preguntaba era evidente que Delio no comprendía qué era la hora, o para el caso el tiempo como concepto. Antonio llegó a la conclusión de que lo más probable era que a Delio, con apenas 2 años, le fascinara sacar objetos domésticos de su lugar habitual, donde permanecían intocables e intactos, llevarlos a otro lugar completamente diferente y transformarlos en juguetes: algo que uno podía modificar con las manos. El proceso era mucho más interesante que el objeto en sí. Gramsci le compró a Delio un trencito de madera para Navidad, con pequeños pasajeros que se colocaban en los asientos en los vagones abiertos y una vía que podía adoptar un montón de formas diferentes; una actividad educativa para Delio, que le pasaba las piezas curvas o rectas según lo que le pedía Antonio e incluso hacía sugerencias. Sin embargo, su incapacidad para manipular las partes y figuras más pequeñas pronto lo frustró y arrojó uno de los vagones contra la pared. El vagón se partió en dos. Lo que más impresionó y fascinó a Delio de todo el asunto fue que su padre, después de regañarlo con tibieza por su impulso destructivo, se las ingeniara

para reparar el vagón con unas pocas gotas de cola de carpintero bien aplicadas.

Mientras tanto, la situación política seguía empeorando. Hubo varios intentos chapuceros de asesinar a Mussolini en el período comprendido entre fines de 1925 y fines de 1926: en noviembre, por un exdiputado socialista llamado Tito Zaniboni; en abril, por una aristócrata irlandesa demente de 50 años llamada Violet Gibson (luego deportada por Mussolini e internada en un asilo para enfermos mentales en Northamptonshire por el resto de su vida), y en octubre, en Bolonia, por un muchacho de 15 años llamado Anteo Zamboni. Con cada intento fallido, la mano dura fascista se ponía más severa y el mito de la invulnerabilidad sobrehumana de Mussolini se inflaba más: la única herida que recibió fue obra de una bala del viejo revólver de Gibson, que apenas le raspó la nariz. Gramsci pensaba que estos atentados contra el *duce* eran contraproducentes y una auténtica locura. Hasta donde él sabía, eran obra de individuos aislados, ejecutados con incompetencia, y no tenían ninguna relación con el PCd'I ni con ningún otro partido antifascista. En todo caso, sospechaba, habían sido orquestados por fuerzas oscuras dentro del propio Estado y el aparato de combate fascista, utilizando la "estrategia de tensión" a la que la extrema derecha siempre recurría para consolidar su poder.

En el ínterin, los esfuerzos de Gramsci por restructurar y reorientar el PCd'I comenzaron a dar fruto. En el tercer Congreso Nacional, celebrado del otro lado de la frontera con Francia, en Lyon, Gramsci y sus seguidores obtuvieron el 91% de los votos para integrar el comité ejecutivo. Obtuvieron la misma mayoría abrumadora para la principal resolución, desde entonces conocida como las Tesis de Lyon, que Gramsci sometió a debate. La facción de Bordiga solo alcanzó un 9% y quedó reducida a una rabadilla extremista. En reuniones subsiguientes del comité ejecutivo se aprobaron las mociones de Gramsci sobre la reconstrucción del movimiento obrero y la alianza con los campesinos y algunos elementos de la clase media –en marcado contraste con los llamados de Bordiga a la insurrección armada–. Pero Gramsci no se hacía ilusiones en cuanto a las causas de este giro "espectacular" en la política del partido en los quince meses posteriores al desastroso jolgorio

bordiguista en el lago de Como. Sobre todo, las noticias de Rusia habían mejorado, al menos las que provenían de fuentes oficiales. El PCd'I podía ampararse bajo el resplandor del prestigio mundial del primer Estado de trabajadores, que a mediados de los años veinte parecía por fin haberse estabilizado tras largos años de guerra civil, terror, privaciones y hambrunas, y se desarrollaba velozmente bajo el capitalismo estatal de la NEP.

La recientemente renovada Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas comenzaba a ser reconocida por potencias occidentales antes hostiles: la más notable de todas era ese otro país joven y faro de la modernidad, los Estados Unidos. Esto opacaba la cada vez más perversa pelea interna del liderazgo bolchevique tras la muerte de Lenin, solo evidente para los de adentro y contenida por los rigores de la disciplina en el seno del partido. Pero había otras razones, más locales, para este renovado ánimo de unidad y lealtad en las maltrechas filas del PCd'I. Como habían señalado Tasca, Graziadei y otros representantes del ala derecha en reiteradas oportunidades durante el debate, por cuestiones polémicas propias, el pequeño y derrotado partido italiano dependía casi por completo, en lo económico y lo organizacional, de esa Comintern de la cual el inveterado separatista Bordiga tanto insistía en separarse. De haber prevalecido Bordiga, el vapuleado partido habría dejado de existir. Bajo constante acoso en la propia Italia, continuaba vivo gracias al dinero y la gloria soviéticos: una temprana advertencia sobre el destino de numerosos partidos comunistas occidentales.

Pero tras la fachada de triunfalismo soviético y el *boom* de la NEP, la situación política interna en Rusia estaba empeorando tanto como en Italia. El conflicto en el seno del Partido Comunista Soviético se había cristalizado en luchas facciosas entre la mayoría que acompañaba a Stalin y Bujarin, y la minoría opositora liderada por Trotsky, Zinóviev y Kámenev. Entonces amenazaba con salir de los pasillos y las salas de reuniones del Kremlin y el Smolny, y contagiar a la totalidad del partido ruso y al movimiento mundial. El tema central era el proceso de industrialización y colectivización de la agricultura en Rusia, que Trotsky y otros deseaban apresurar, contra la continua política de libre mercado de la NEP que Stalin y Bujarin defendían por el momento. De todos modos, lo que más preocupaba

a Gramsci era la atmósfera emponzoñada dentro del Partido Bolchevique y los riesgos que entrañaba para la unidad comunista. Había mucha rivalidad y animosidad personal, y eran comunes los atropellos para ocupar la vacante que la muerte de Lenin había dejado en la hasta entonces indisputada posición de liderazgo hacía ya dos amargos años. Toda esa competencia para ver quién gritaba más alto, y las maliciosas denuncias personales que la acompañaban, no se fundamentaban en principios políticos. Los diferentes bandos podían enmendar sus posiciones, o incluso darse vuelta como un guante llegado el momento si eso les confería alguna ventaja. En octubre, le pidieron a Gramsci que escribiera en nombre del comité ejecutivo del PCd'I al comité central del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) acerca de la creciente crisis. Gramsci escribió que "ustedes degradan y corren el riesgo de anular la función dirigente que el PCUS había conquistado por impulso de Lenin; nos parece que la pasión violenta de las cuestiones rusas los lleva a perder de vista las facetas internacionales de las cuestiones rusas mismas".[225] El partido italiano no pretendía decirles a los rusos lo que debían hacer, o qué curso tomar en sus asuntos internos, pero sí recordarles que debían actuar siempre con espíritu de camaradería y unidad comunista: "Nos gustaría estar seguros de que la mayoría del comité central del PCUS no irá demasiado lejos, ni abusará de su victoria ni tomará medidas excesivas".

Palmiro Togliatti, camarada de Gramsci en Cerdeña y Turín, era en aquella época el representante del PCd'I en Moscú. Había abandonado a Bordiga hacía poco tiempo y apoyaba la posición de Gramsci (con quien había colaborado en las Tesis de Lyon para el último Congreso del PCd'I) al interior del partido. Pero cuando recibió la carta de Gramsci dirigida al PCUS, la consideró desacertada y no la entregó. Era mucho mejor, Togliatti le escribió a Gramsci, respaldar la posición correcta (y tácitamente ganadora) de la mayoría que acompañaba a Stalin y Bujarin que centrarse en la escisión y sus consecuencias, actitud que podía ser vista como un apoyo velado a la oposición. Gramsci respondió con enojo a vuelta de correo, rechazando los argumentos de Togliatti e insistiendo en que remitiera su carta original a los rusos. Togliatti no obedeció la

orden. En Moscú, la mayoría concentrada en torno a Stalin y Bujarin hizo pesar su ventaja. Trotsky y Kámenev fueron expulsados del ejecutivo del PCUS y Zinóviev removido de la presidencia de la Comintern. Las objeciones de los italianos, y para el caso de cualquiera, no serían tomadas en cuenta en ese clima de asfixiante conformidad. No volvería a haber contacto directo entre Gramsci y Togliatti por el resto de la vida del primero.

Casi en la misma época, Gramsci recibió una carta personal de su otro viejo amigo y camarada de Turín, Angelo Tasca, que en ese entonces vivía en el exilio en Francia[226] y continuaba involucrado con el PCd'I como figura insigne de su pequeña facción minoritaria de derecha; representaba al partido en el extranjero y en Moscú, aunque con crecientes recelos. Describió su presente "estado de resignado descontento" y ventiló su arraigada sospecha de ser "inadecuado para llevar una vida de comunista militante". Decía que su mayor preocupación eran su esposa y su hijo: proteger el bienestar de ambos y sus proyectos a futuro, y mantener una relación sana con ellos. Estaba desesperado por no convertirse en un esposo y padre como había sido su propio padre, distante y frío y muchas veces cruel. Es probable que Gramsci recordara al alto y feroz patriarca Tasca abatido por la muerte de su joven esposa, a la que había perdido con el nacimiento de la hermana de Angelo. Reflexionando a solas sobre su altercado con Togliatti y la desalentadora carta de Tasca, que se sumaban a las palabras de desilusión y desesperación de muchos otros buenos camaradas, Gramsci seguramente sintió que todo se desmoronaba. Pero resistió las sugerencias que lo incitaban al exilio, expresadas reiteradamente y cada vez con mayor insistencia por los otros líderes del partido mientras la situación general en Italia era cada vez más oscura. Insistía en que los líderes debían permanecer en sus cargos, hasta que fuera realmente imposible continuar. Y atendiendo a la evaluación temprana de Victor Serge, quizá lo preocupaba el destino que le esperaba en Rusia. Llegaría a arrepentirse profundamente de lo que luego llamaría "perversidad de deseo y vanidad heroica", y desearía haber salido de Italia cuando todavía estaba en condiciones de hacerlo. Gramsci y sus camaradas comunistas aún no habían comprendido a fondo la

gravedad del terror y las recientes medidas drásticas fascistas, su radical peculiaridad histórica y la catástrofe política que caería sobre ellos y sobre su país. Quizá hechizados por sus pequeños triunfos locales al interior del partido, subestimaron la gravedad de la tormenta que se estaba formando.

Gramsci continuó visitando lo más posible a las hermanas Schucht y su hijo durante este período turbulento. Pero ellas no estaban cómodas en Roma; cada vez estaban más angustiadas por la situación política y temían que no fuera seguro permanecer en la ciudad. Evguenia fue más tajante: dejó en claro que quería volver a Rusia. Como Julia continuaba trabajando en la embajada soviética en los meses medios de su embarazo, no se atrevió a discrepar. Evguenia incluso sugirió que la partida de la familia le facilitaría la vida a Antonio, quien ya no tendría que preocuparse por su seguridad y tendría libertad para atender sus deberes políticos donde fuera que lo llevaran. Su argumento final y decisivo fue que Julia se sentiría más cómoda dando a luz en la maternidad para miembros del partido y funcionarios del Estado en Moscú, y que el bebé también estaría mejor atendido allí. Consciente del deterioro del servicio de salud italiano bajo los fascistas, y sin poder conferir privilegios especiales a su esposa, Gramsci no pudo poner objeciones.

El problema era decidir la fecha del viaje y cómo cruzarían la frontera sin la documentación requerida, que sería muy difícil, si no imposible, conseguir. Necesitaban un ardid. Entonces, a fines de julio, Evguenia, Tatiana, Julia y Delio fingieron un viaje de vacaciones a Bolzano, en la región del Alto Adige en el noreste de Italia. Julia cruzó la frontera sola el 7 de agosto, llegó a Moscú tres días más tarde y el 30 de agosto dio a luz otro varón, Giuliano. En el ínterin, Antonio se reunió con el resto de la familia en Bolzano y pudo disfrutar de un par de semanas relativamente despreocupadas con Delio. Le escribió a Julia: “Jugamos. Le construí algún juguetito; encendimos fuegos en el campo; no había lagartijas, y por eso no pude enseñarle a atraparlas”.[227] Sin Julia presente, Evguenia también parecía mucho más relajada y menos conflictiva. Solo hubo un momento desagradable, cuando Gramsci intentó enseñarle a su hijo una canción procaz sarda, “Lassa sa figu, puzone” (Deja el higo,

pajarito), y Evguenia y sus hermanas comprendieron el doble sentido y “se opusieron enérgicamente”. Evguenia se marchó con Delio rumbo a Moscú a comienzos de septiembre de 1926. Antonio jamás volvería a ver a su esposa Julia ni conocería a su segundo hijo Giuliano.

A fines de octubre, Gramsci viajó a Génova para una reunión secreta con un representante de la Comintern, Jules Humbert-Droz, quien debía explicar la controversia en el partido ruso al comité ejecutivo del PCd’I y tratar de apaciguar sus preocupaciones y sus miedos. Gramsci estaba ansioso por asistir. Quería escuchar un relato claro y de primera mano de lo que ocurría en Rusia, y esclarecer por su parte la posición del PCd’I. Pero cuando se dirigía a Génova fue interceptado por la policía de Milán, que le aconsejó regresar a Roma. Habían atentado una vez más contra la vida de Mussolini y la policía le advirtió a Gramsci que no podía garantizar su seguridad. Antonio tuvo la nítida sensación de que la red se estaba cerrando. El 5 de noviembre, el gobierno canceló todos los pasaportes y ordenó a los guardias de frontera que dispararan contra los fugitivos ilegales. Se retiraron de circulación todas las publicaciones antifascistas, y se disolvieron los partidos y las organizaciones. También se expulsó a los diputados opositores del Parlamento, con el fundamento espurio de que se habían ausentado durante el período aventino (espurio por partida doble en el caso de los comunistas, que habían regresado a sus bancas mucho antes que los otros).

El 8 de noviembre, la policía comenzó a tender redadas a los diputados y activistas comunistas y otros opositores. Después de una tarde y una noche de mensajes frenéticos que lo incitaban a escapar y que insistió en ignorar, Gramsci fue arrestado a las 10.30 de la noche en la casa de los Passarge en Via Morgagni. Hacía ya varios días que lo vigilaban durante las veinticuatro horas, por lo cual lo habrían seguido y capturado en cualquier lugar si escapaba. La inmunidad parlamentaria de los diputados y otras salvaguardas legales, que hasta último momento pensaron que los protegerían, ya no servían para nada. Las “medidas excepcionales” se aplicaron de manera retroactiva, hasta la época en que el Partido Comunista todavía era legal y tenía sus representantes en el Parlamento: una

insensatez jurídica que se sumó al temerario y arrollador totalitarismo de esta nueva etapa del fascismo. Los comunistas comparecieron ante tribunales especiales, creados por decreto para sacarse de encima a todos los opositores al régimen fascista. Estos tribunales, que suplantaban a todos los procedimientos legales y jurídicos establecidos, estaban compuestos por miembros de las milicias fascistas y oficiales del ejército. Tenían el poder de dictar sentencias sumarias de *confino* –exilio interno– de hasta cinco años por vez, una práctica inaugurada por el gobierno liberal de Giolitti antes de la guerra.[228] Las condiciones de vida serían más relajadas que una sentencia ordinaria a la cárcel –con asignaciones de subsistencia y provisión de alojamiento privado, incluso para las familias de los detenidos–, pero quedarían eliminados para siempre de la vida política, dispersos en las zonas más remotas del país y sin posibilidades de escapar al extranjero. No se les permitía "tener un abogado defensor ni presentar testigos, ni podían apelar a los tribunales ordinarios".[229] Mussolini fue fotografiado en su balcón mirando desde lo alto a la multitud reunida en Piazza Navona, con una gran sonrisa y frotándose las manos.



Mussolini y los integrantes del Tribunal Especial de Defensa del Estado, que –instaurado por las “leyes fascistísimas” de 1926– juzgaba a los opositores



Antonio Gramsci con un grupo de confinados políticos. Ustica, 1926

---

[220] Serge, ob. cit., p. 165.
[221] Gramsci, *A Great and Terrible World…*, ob. cit., lámina 15.
[222] Fiori, ob. cit., p. 202.
[223] Gramsci, *A Great and Terrible World…*, ob. cit., p. 317.
[224] Fiori, ob. cit., p. 203.
[225] Gramsci, *Selections from Political Writings 1921-1926*, ob. cit., pp. 426-432 [pasaje de carta del 14 de octubre de 1926. N. de E.].
[226] A. De Grand, *In Stalin's Shadow. Angelo Tasca and the Crisis of the Left in Italy and France 1910-1945*, Northern Illinois, 1986, p. 78.
[227] Fiori, ob. cit., pp. 205-206.

[228] Bosworth, ob. cit., p. 50.
[229] Mack Smith, ob. cit., p. 147.

15. El primer confinamiento

Después de su arresto la noche del 8 de noviembre de 1926, bajo las “medidas excepcionales” impuestas cuatro días antes, Antonio Gramsci fue conducido a la prisión Regina Coeli en Roma. Permaneció encerrado allí durante dieciséis días en confinamiento solitario absoluto y sujeto a la disciplina carcelaria más estricta; pasó los tres primeros días en una celda hedionda plagada de cucarachas, sin nada para leer y con la ración básica de comida. Cuando por fin lo habilitaron a pagar “a cuenta” –una especie de crédito simple que se deducía de la asignación de subsistencia de los presos políticos de 10 liras diarias que pagaba el gobierno– pudo comprar comida y otras provisiones en la cantina de la prisión. Fue transferido a una celda más limpia y fumigada, con sábanas limpias en la cama y amoblada, de manera simple pero adecuada. También contaba con luz eléctrica, que no podía apagar por las noches, algo que lo irritaba bastante y lo obligaba a dormir tapándose los ojos con las manos. La hora de ejercicio diario matutino transcurría en la más completa soledad, en un patio circular dividido en segmentos por paredes muy altas y supervisado por guardias burlones apostados en lo alto. Una vez, para variar un poco la rutina, según le escribió a Tania, lo dejaron allí afuera media hora bajo la lluvia. Las celdas eran inspeccionadas con regularidad para buscar signos de intentos de fuga; los guardias sacudían los barrotes de las ventanas y las bisagras de las puertas. Esto incluía una ruidosa inspección nocturna a las 3 de la madrugada, que hacía difícil volver a dormir. Durante casi tres semanas, esos bruscos extraños fueron los únicos seres humanos que vio Gramsci. Lo único que tenía para entretenerse o como simple distracción eran los fragmentos de conversación que a veces escuchaba a través de las paredes o en celdas opuestas, que cesaban de inmediato cuando aparecían los guardias. En esta etapa, Gramsci no tenía la menor idea de cuánto

duraría su encierro, pero sospechaba que lo habían puesto en una suerte de “corral provisorio” mientras las autoridades decidían qué hacer con él.

El 19 de noviembre, le informaron que había sido condenado a la pena máxima de cinco años de exilio interno bajo supervisión policial. No ofrecieron más explicaciones ni detalles, pero Gramsci escuchó decir a uno de los guardias que lo trasladarían a una colonia, la Somalía italiana. Eso significaría un viaje de casi dos meses con grilletes, que implicaba cruzar el Ecuador y al que no sabía si sobreviviría. De hecho, el 24 de noviembre, le informaron que cumpliría su condena en una isla italiana, por el momento no especificada. Al día siguiente, viajó en tren a Nápoles, en compañía de cuatro camaradas, sujetos con cadenas y grilletes. Los carabineros que los escoltaban eran mucho más respetuosos y correctos que los guardiacárceles, y les permitieron conversar y compartir comida y cigarrillos. La comitiva pasó dos noches en Nápoles y la noche del 27 de noviembre viajó en barco a Palermo, Sicilia. Allí fueron alojados en una casa relativamente confortable que miraba al monte Pellegrino, donde se les unieron otros grupos de prisioneros políticos para embarcar a su destino final. Gramsci descubrió que él y la mayoría de los otros, incluido Amadeo Bordiga, su viejo camarada y más reciente adversario, irían a la isla de Ustica, al norte de Sicilia y a muchos kilómetros de cualquier otro lugar.

Debido a la violencia del mar encrespado, hubo que intentar cuatro veces el viaje a Ustica antes de lograr zarpar. Fue un verdadero tormento. Los carabineros despertaban a los detenidos a las 4 de la mañana y cumplían las formalidades de entrega de dinero y pertenencias; después los trasladaban en un vehículo desde la cárcel al puerto, subían al bote que los llevaría al barco, trepaban por una escalerilla hasta la cubierta y bajaban por otra al sector de tercera clase. Debían realizar todas estas maniobras esposados y encadenados entre sí. A las 7 de la mañana el vapor zarpaba rumbo a Ustica, un viaje que duraba una hora y media, bamboleándose y sacudiéndose como un delfín, pero casi enseguida regresaba a Palermo porque el capitán lo consideraba demasiado peligroso. Los reos volvían a repetir el proceso, pero al revés, y regresaban a sus

celdas. Para entonces ya era pasado el mediodía y demasiado tarde para almorzar, de modo que no comían nada hasta las 5 de la tarde, después de muchas horas en ayunas. La ordalía se repitió cuatro días seguidos, hasta que por fin llegaron a Ustica el 7 de diciembre. Una vez allí, las condiciones de vida mejoraron mucho. Por el momento, los presos políticos eran libres de hacer lo que querían, como si después de haberlos capturado y trasladado a esa isla remota los fascistas no hubiesen sabido qué hacer con ellos. Gramsci aumentó de peso y, para sus estándares, empezó a dormir bien. Le escribió a Tania que la isla era mucho más hermosa, pintoresca y colorida de lo que parecía en las postales que prometía enviarle, y le pidió que transmitiera sus buenas noticias a Julia. En una fotografía que le tomaron con sus camaradas en Ustica, que fue enviada al extranjero y circuló entre los líderes del partido en el exilio, Gramsci se veía feliz y relajado.

Había como mucho unos 30 comunistas en *confino* en Ustica. Los seis más prominentes –que incluían a Gramsci, Bordiga, Virginio Borioni y Enrico Tulli, que pronto se reuniría con su esposa– tenían una casa para ellos solos con tres dormitorios, cocina, baño y balcón terraza que miraba a la playa. El clima de aquella isla aislada era templado, pero llovía con frecuencia, lo cual creaba dobles y hasta triples arcoíris de extraordinaria nitidez. Todos aportaban sus asignaciones de 10 liras diarias para comprar alimentos y otras provisiones, y preparaban juntos sus comidas. Gramsci le escribió a Julia el 15 de enero: “Hoy me toca oficiar de camarero y ayudante de cocina. Todavía no sé si tendré que pelar papas, preparar lentejas o lavar la ensalada antes de servir la mesa. Mi debut es aguardado con mucha curiosidad: no pocos amigos quisieron reemplazarme en el servicio, pero fui inamovible en mi voluntad de cumplir mi parte”.[230] Los *politici*, como se llamaban a sí mismos y los llamaban los demás, debían respetar un toque de queda nocturno que se cumplía a medias. Pero, por lo demás, tenían libertad para recorrer la isla, un área de aproximadamente 8 kilómetros cuadrados de matorrales y roca desnuda. De su población permanente de unas 1600 personas, unas 1000 eran isleños de extracción siciliana, identificados en el viejo italiano demótico de esos lares como *cristiani.* Un total de 600 eran

delincuentes comunes provenientes de todo el país, conocidos como *soldati* (soldados o a sueldo). Tanto los delincuentes comunes como los isleños eran hospitalarios con los *politici*. Era como si la nueva medida ideológica de Italia continental aún no hubiera llegado tan lejos, o se hubiese demorado un poco más en llegar que los opositores exiliados. Ustica había sido dejada atrás por el mundo moderno y por los habitantes que tenían los medios y las agallas para marcharse. A quienes se quedaban en la isla, de manera permanente o provisoria, los unía la sospecha y el desprecio hacia los mandamases y los peces gordos de Italia continental, lo que seguramente también aplicaba a Sicilia.

Gramsci estaba fascinado con los delincuentes comunes o *soldati*; quería conocer sus hábitos y pasatiempos, sus identidades regionales y sus códigos morales, y buscaba su compañía cada vez que podía y no implicaba riesgo alguno. Casi siempre los interceptaba a solas, lejos de los guardias que los vigilaban a la distancia y de los compañeros convictos que los vigilaban más de cerca. Así se enteró de que la mayoría no tenía un trabajo pago y debía arreglarse con la *mazzetta*, asignación de apenas 4 liras diarias que el Estado proveía a los delincuentes comunes. Gastaban la mayor parte en vino, por lo que las borracheras y el alcoholismo eran moneda corriente. “Son capaces de vender la camisa por un trago”, le escribió Antonio a Tania, “y parece que muchos han vendido también los zapatos y las chaquetas”.[231] Pedían prestado a los prestamistas que había entre los prisioneros, a un interés semanal usurario del 30%, de modo que terminaban entregando casi toda su *mazzetta* cada semana y solo conservaban 1 lira para sobrevivir a base de pasta y hierbas. Era habitual ver a esos pobres desahuciados agregar a su *minestrone* un manojo de pasto arrancado del campo. Los prestamistas cobraban sus intereses completos y en la fecha fijada, rodeados de lacayos corpulentos “que destriparían a sus bisabuelos por un trago. Entonces, los convictos endeudados están condenados a una espiral decreciente de obligación y decrepitud”.

Además de una asignación mucho menor, los delincuentes comunes eran sometidos a un tratamiento mucho más duro por la policía y los guardiacárceles, y las palizas y el confinamiento

solitario eran frecuentes. Debían cumplir un toque de queda más estricto que los *politici*, desde las 5 de la tarde hasta las 7 de la mañana, y pasaban la noche encerrados en grandes dormitorios donde jugaban a las cartas por lo poco que les quedaba de patética *mazzetta*. Había cuatro subgrupos diferentes. Los del Norte eran en su mayoría rateros, carteristas o ladrones, y estafadores de poca monta. Los romanos estaban muy organizados y eran leales entre ellos, incluso con los que actuaban como informantes. Los del Sur estaban a su vez divididos en dos subgrupos mutuamente hostiles: los napolitanos y los sicilianos. Un convicto de Palermo le ofreció a Gramsci una evaluación etnográfica de esas "mentalidades subalternas" particulares. Para ese hombre, eran especialmente significativas las actitudes de los distintos grupos hacia el crimen con cuchillo, que era su especialidad. Según él, los del Norte no tenían oportunidad ni necesidad de usarlo; los romanos y los napolitanos podían defenderse en una pelea a puñaladas si era necesario; pero los sicilianos habían elevado el uso del puñal y el derramamiento de sangre a un código de honor altamente ritualizado. Ese tipo, le escribió Gramsci a Tania, estaba muy orgulloso de haberle infligido una herida a un mandamás que lo estaba maltratando. La herida tenía diez centímetros de profundidad, la habían medido, ni un milímetro más o menos. Esa era su obra maestra, y lo llenaba de inmenso orgullo.

También había una especie de grupo intermedio, conocido como los beduinos, oriundos de las colonias italianas en el norte y el este de África. Nunca estuvo del todo claro qué delitos habían cometido, si el tradicional robo de propiedad privada y violencia personal, o actos de rebelión contra las autoridades coloniales. Todo convergía en lo mismo: una especie de resistencia subalterna indiscriminada, muy parecida a los viejos bandoleros de Cerdeña. Tampoco parecían diferenciarse entre ellos, observó Gramsci, como hacían los *politici* y los *soldati*. Como en buena parte del sur de Italia, la condición criminal en las colonias abarcaba una gran diversidad de pecados. Un beduino en particular, que respondía al nombre de Haussiet, simpatizaba con Gramsci. Tomaban café juntos y Haussiet le contaba historias del desierto a cambio de relatos sobre las montañas sardas y los inviernos rusos. Cuando se les agotaba el

repertorio de anécdotas, permanecían en un cómodo silencio. El beduino podía pasar horas sentado, mirando leer y escribir a Gramsci. Sobre todo disfrutaba mirar sus fotos familiares y, quejándose, le decía que su esposa era muy estúpida por no mandarle nunca fotos de su hijo. Gramsci le preguntó si eso no violaba uno de los preceptos del islam, pero el beduino respondió que estaba bien porque Kemal Atatürk, el fundador de la Turquía moderna, lo había dicho.

Lo que más le llamaba la atención a Gramsci de los nativos isleños o *cristiani* era su actitud hacia los animales. Por un lado, sus burros, únicos medios de carga y de transporte, eran corpulentos y extremadamente dóciles. Gramsci pensaba que su docilidad era un tributo a la bondad de los isleños, en franco contraste con su pueblo de Ghilarza, donde los burros eran semisalvajes y no permitían que nadie se les acercara, excepto por el dueño. Por otro lado, fue testigo del arresto de un cerdo en Ustica, que encontraron alimentándose ilegalmente en las calles del pueblo y mandaron a la cárcel como a un ladrón común. La manera de arrestar al cerdo también le pareció muy divertida: lo agarraron de las patas traseras y lo obligaron a caminar con las delanteras, como si fuera una carretilla, mientras la pobre bestia chillaba como un demonio. En otra ocasión, quiso comprar diez atados de cigarrillos Macedonia con un billete de 50 liras. La vendedora lo miró perpleja: no sabía cómo hacer la cuenta. Estaba acostumbrada a venderles cigarrillos por unidad a los convictos y tuvo que realizar la difícil hazaña de multiplicar el precio individual por diez por veinte. Las autoridades penitenciarias interrogaron a Gramsci por una carta de un amigo (probablemente Piero Sraffa) que ofrecía enviarle una radio, que no le permitieron recibir por razones de seguridad no especificadas. Pocos días después, el *podestà*[232] de Ustica acudió en persona a decirle a Gramsci que la municipalidad le compraría un aparato de radio, porque él había estado en Palermo varias veces y visto con sus propios ojos que no era posible enviar mensajes con una radio común.

Gramsci se entendía bien con Amadeo Bordiga (como ya señalamos, era su viejo camarada y más reciente adversario). La situación difícil que compartían los había ayudado a superar los

largos años previos de amarga animosidad y disputa. Lo que antes parecía pura jactancia y egolatría en el viejo Amadeo se transformó, en esas circunstancias restringidas, en afecto, buen humor y serena eficiencia. Bordiga opinaba que los primeros pasos de Antonio por la mañana eran los pasos de un hombre que aún no había bebido su primera taza de café, lentos e indolentes, y al mismo tiempo impacientes. A Gramsci le gustó tanto la descripción que la compartió con Tania.

Gramsci detectó la obsesión de Amadeo, típicamente napolitana, con la comida –en franco contraste con su propia indiferencia general– y la convicción férrea de que a partir del estado de ánimo o el discurso de una persona se podía saber si había comido bien. Por las noches jugaban a las cartas con sus compañeros de vivienda: era la primera vez que Antonio jugaba en serio. Amadeo le aseguró que tenía todo para convertirse en experto, aunque jamás sería un tahúr. Discutían en términos amistosos sobre el orden y la distribución en estantes de su creciente biblioteca de libros y diarios. Antonio quería organizarlos por tema y por fecha, mientras que Amadeo prefería hacerlo por tamaño y forma, lo que terminaba con Antonio quejándose de que nunca podría encontrar nada según su tamaño y forma en semejante caos simétrico. Organizaron juntos una escuela para los otros *politici*, basada en los cursos de comunismo por correspondencia que Gramsci había organizado en 1925 (de los que el otrora intransigente Bordiga tanto se había burlado). Había tres niveles básicos, dependiendo de la instrucción previa de los estudiantes: gramática, matemáticas y ciencia básica. Los alumnos eran inteligentes y comprendían bien los conceptos, pero en su mayoría no habían recibido educación formal, así que asistían a clase con el entusiasmo de un grupo de niños. También dictaban cursos de historia y geografía, francés (básico e intermedio) y alemán para quienes eran capaces de asimilarlos. Utilizaban libros de texto que Gramsci pedía a Sperling & Kupfer, una librería de Milán, mediante una cuenta de crédito ilimitado abierta por Piero Sraffa, en ese entonces profesor de economía junto a John Maynard Keynes en la Universidad de Cambridge en Inglaterra.[233] Los cursos estaban abiertos para los funcionarios y habitantes de la isla, que a su vez pedían y recibían ayuda para

mantener el lugar. Un relojero comunista de Bolonia reparó el reloj de la torre, que llevaba seis meses roto. Los electricistas instalaron un nuevo sistema de iluminación y los constructores diseñaron una plataforma para el transbordador, de modo que no corriera el riesgo de encallar entre las rocas. Desde allí, los habitantes y prisioneros de Ustica podían ver cómo llegaba cuatro veces por semana (lunes, miércoles, viernes y sábados), con su precioso cargamento de cartas. Muchas veces no llegaba por el mal tiempo, lo cual causaba una aplastante decepción y, según le escribió Gramsci a Sraffa, cierta expresión de melancolía gris en sus rostros.

El ferry y la correspondencia que entregaba eran la única conexión de Antonio con el vasto y terrible mundo del que lo habían arrancado, su frágil vínculo con su familia de origen y con la nueva familia que había formado con las Schucht. En esa época, tanto Julia como Tania le escribían con regularidad, pero con tonos muy diferentes y sobre otros asuntos. Las respuestas de Antonio también eran distintas: fáciles y fluidas con Tania, y cautas y formales con Julia, a quien cada vez más llamaba, hacía referencia y pensaba como “Julia” en vez de “Julka”, el diminutivo que solía usar antes. Hasta cierto punto, eso se debía a que Tania continuaba residiendo en Italia, lejos pero al menos en el mismo país que Antonio, y la distancia de esta con su propia familia. Eso contrastaba con la reinmersión de Julia en su antigua vida en Moscú, por no mencionar la preocupación por sus dos hijos pequeños, a la que ella misma hacía referencia. A menudo Julia se disculpaba por la naturaleza somera y desprolija de sus cartas aludiendo al desorden y el barullo que hacían los niños. Pero también reflejaba el creciente apego de Antonio hacia su cuñada y, en paralelo, el distanciamiento de su esposa. Sus primeras cartas desde la cárcel a Julia, o “Julka” cuando estaba mejor predispuesto o decidía hacer un esfuerzo para conectar con ella, consistían principalmente en sermones y arengas (“nosotros dos somos todavía jóvenes para ver crecer a nuestros hijos y crecer con ellos”) y recuerdos cariñosos del poco tiempo que habían pasado juntos –los últimos meses de 1923 y la primavera de 1925 en Moscú, los primeros seis meses de 1926 en Roma– y de los períodos mucho más breves dentro de esos meses a los que realmente podían considerarse “buenos tiempos”: unos pocos días y

semanas que Antonio podía enumerar y recordar en detalle. Pronto se quedó sin temas para escribirle y tuvo que disculparse, vía Tania, por la inconstancia y el titubeo infantil de sus cartas. Eso se debía en parte, pensaba Antonio, al hecho de saber que cada carta pasaría al menos por tres pares de manos y ojos antes de llegarle a ella. Con los años, eso evolucionaría en lo que Gramsci llamaba "estilo de escritura carcelario", precavido y rígido, lleno de pistas y alusiones que solo podía esperar que los destinatarios comprendieran o decodificaran.

Primero estaba el director de la cárcel, que recibía toda la correspondencia con el mundo exterior y a quien, si algo le llamaba la atención, había que darle explicaciones. Esto provocó un incidente absurdo aunque divertido cuando Julia le escribió a Antonio acerca del sentido de orientación de Delio. Julia comentó que el niño se acostaba en la cama en posición Norte-Sur y decía que en la dirección de su cabeza vivía la gente que usaba perros para jalar de sus trineos sobre el hielo. A la derecha estaba China y a la izquierda Austria. Sus piernas apuntaban a Crimea, y así sucesivamente. El director interrogó a Antonio durante más de una hora, sin permitirle leer la carta, sobre los mensajes secretos que contenía. ¿Qué pasaba con Austria? ¿Quiénes eran esas personas que se dejaban arrastrar por perros? Gramsci intentó explicar, todavía sin leer lo que Julia había escrito, hasta que, exasperado, finalmente le preguntó a su inquisidor si estaba casado. Si lo estaba, seguramente entendía cómo podía escribirle una madre a su esposo que estaba lejos acerca de su hijo. El *direttore*, casado pero sin hijos, le entregó la carta sin decir una palabra más. Después estaba Tania, que enviaba las cartas de Antonio a Moscú dentro de las suyas, porque él no estaba autorizado a escribir desde la cárcel a la Unión Soviética. Era natural que les echara un vistazo. Por último, el Departamento de Relaciones Exteriores de la policía secreta soviética revisaba sus cartas en busca de información política o sensible acerca de la Comintern y el Centro Externo del PCd'I con sede en París. Y, más allá de todo esto, estaba el censor en su propia cabeza, que se preguntaba qué y cuánto interpretaría Julia/Julka y cómo reaccionaría a cada parte de la carta en particular. En líneas más generales, es difícil escribirle a alguien

cuando no se sabe si uno o lo que uno tiene para decir le interesa, como le ocurría últimamente con Julia, esa hermosa extraña con quien había sido más franco y vulnerable, pero que le había mostrado tan poco de sí misma.

Cuando escribía, intentaba transmitirle que se encontraba físicamente bien y de buen ánimo. Sabía que en el extranjero circulaban noticias acerca de sus problemas de salud, e incluso su muerte inminente, como parte de la campaña de protesta contra su detención y la de otros comunistas prominentes. Estas invenciones, de clara motivación política, lo irritaban sobremanera. Gramsci le escribió a Julia que, dado que la verdad ya era bastante mala, ¿por qué no podían atenerse estrictamente a ella? De hecho, insistió, probablemente gozaba de mejor salud que nunca antes. Su única enfermedad en Ustica, aparte de las habituales jaquecas y la debilidad nerviosa, había sido un leve resfrío que superó en un par de días. Otros camaradas lo estaban pasando mucho peor, según le contó. Molinelli se había desmayado tres veces una misma noche y había convulsionado durante veinte minutos. Su compañero de cuarto, Pietro Ventura, tenía pesadillas espantosas que lo hacían pegar alaridos de terror y saltar de la cama. Gramsci le pedía a su esposa cartas con más detalles –en especial sobre los niños, su desarrollo y sus enfermedades– y todas las fotografías que pudiera enviarle. Por otro lado, le aconsejaba no escribir nada que pudiera demorar la carta durante su complicado viaje a la isla.

Sus cartas a Tania eran mucho más francas y completas, llenas de referencias detalladas a libros compartidos y agradecimientos por los regalos y las provisiones que esta le enviaba. Cuando vio su letra manuscrita en el primer frasco de café que recibió, Antonio volvió a sentirse un niño pequeño. Incluso discutía con ella lo difícil que era escribir cartas personales bajo la censura, en particular las dificultades para comunicar sus sentimientos sin sonar como un sacristán. Tania le envió ropa abrigada para el invierno, por demás necesaria: un pulóver de lana tejido a mano y un par de medias. Esto generó una nueva ola de agradecimientos y también un tibio regaño: Tania debía limitarse a lo que estaba permitido y no enviar cosas como chocolate o pan de jengibre porque las confiscarían. Antonio empezó a describirle sus planes para el cautiverio: 1)

conservar la salud, 2) estudiar alemán y ruso de manera sistemática, 3) estudiar economía e historia. Le pidió libros que creía que necesitaría y también artículos personales: una afeitadora con hojas extra, una tijera para uñas y una pequeña brocha; un frasco de aspirinas por si los fuertes vientos le provocaban dolor de muelas. No escatimaba en detalles de sus varios tormentos, desde sus dolencias recurrentes hasta sus espantosos viajes de una prisión a otra. Se quejaba si Tania pasaba más de una semana sin escribirle, porque era su única compañera epistolar constante y confiable. Después se disculpaba por haberse quejado y le suplicaba que fuera indulgente y lo comprendiera.

Luego de solo seis semanas y dos días de un tolerable y recuperador *confino* en Ustica, el Tribunal Especial para la Defensa del Estado, especialmente creado para ocuparse de los comunistas detenidos, transfirió de la noche a la mañana a Gramsci a Italia continental. Su primera condena a cinco años de *confino* sería reemplazada por un período de encarcelamiento mucho más formal y sin duda más extenso, después de una farsa de juicio que tendría todas las parafernalias del proceso judicial pero ninguna incertidumbre inherente a su resultado. Al parecer, los fascistas habían decidido qué hacer con sus opositores. El traslado de Gramsci a Milán duró diecinueve días. Viajó como un prisionero común junto a otros convictos, atado por una cadena corta a un criminal epiléptico durante parte del trayecto. Este viaje le asestó un golpe fatal a su salud y su estado de ánimo, del que jamás lograría recuperarse por completo. Los beneficios físicos y emocionales de la remota Ustica se revirtieron de manera abrupta. Las autoridades –probablemente por orden directa de Mussolini, quien se interesaba mucho por estas cuestiones, “a veces para indicar misericordia; más a menudo para ordenar que el acusado fuera declarado culpable después de un juicio sumario”– habían decidido que había que destruir a los opositores antifascistas tanto como seres humanos individuales como en su carácter de amenaza política colectiva.[234]

Por su parte, los líderes del PCd’I en el exilio estaban en la etapa avanzada de un plan de fuga cuyos detalles solo conocía Bordiga. Un pescador buscaría a los comunistas más prominentes, incluido Gramsci, en la playa de Ustica una noche sin luna y los transferiría a

un vapor que los llevaría primero a la Córcega francesa, donde quedarían registrados como refugiados políticos, y después a la libertad en el exilio en Marsella y París. De hecho, dada la distancia física de los líderes exiliados respecto de Italia y sus limitados recursos y experiencia en esta clase de cosas, este plan siempre fue un castillo en el aire. Además, leyeron mal el calendario lunar. El 20 de enero de 1927, bajo una media luna creciente y brillante sobre el áspero mar rumbo a Palermo, a pocos días de que pusieran en marcha el mentado plan de fuga, las autoridades penitenciarias se llevaron a Gramsci de Ustica.

---

[230] Gramsci, *Letters from Prison*, ed. Rosengarten, ob. cit., vol. 1, p. 67.

[231] Ibíd., p. 58.

[232] Jefe de la administración comunal, que durante el fascismo era elegido por el gobierno central y concentraba el poder del alcalde, del concejo municipal y de los entes distritales. [N. de E.]

[233] Sraffa, probablemente el amigo más constante, leal y servicial de Gramsci, se hizo conocido posteriormente por su obra sobre el economista clásico David Ricardo, y por su influencia sobre Gramsci y Ludwig Wittgenstein entre otros.

[234] Mack Smith, ob. cit., p. 101.

16. Comienzan los juicios

Antonio Gramsci dirigió su primera carta desde Milán a sus “queridísimas” Tania y Julia.[235] Allí les pedía que imaginaran “que desde Palermo hasta Milán se articula un inmenso gusano, que se compone y se descompone constantemente, dejando en cada prisión una parte de sus anillos, reconstituyendo algunos nuevos, vibrando a izquierda y derecha de las formaciones”. En cada parada, la oruga depositaba su cargamento de prisioneros entre dos a ocho días en pocilgas llamadas “lugares de tránsito”, en medio de la mugre acumulada y la indigencia de generaciones. El prisionero llegaba exhausto, sucio, con barba de varios días, las muñecas amoratadas por las largas horas que pasaba encadenado, los ojos hundidos y ardidos por la falta de sueño y el esfuerzo por concentrarse. Al partir, se sentía más sucio y más cansado que nunca, y llegaba al siguiente lugar de tránsito con las muñecas amoratadas por el frío del hierro y el peso de las cadenas, y los brazos doloridos de cargar su propio equipaje. Y así siguió su recorrido, a lo largo de casi toda la península, durante un período de tres semanas aproximadamente.

La carta nunca llegó a destino; la retuvieron las autoridades penitenciarias porque exponía las denigrantes condiciones de vida en la cárcel y luego la utilizaron como evidencia de subversión en el juicio contra Gramsci. Durante la mayor parte del tortuoso viaje, Antonio pensó que lo llevaban a Roma y se las ingenió para enviarle un telegrama a Tania con la esperanza de que fuera a visitarlo allí. De hecho, lo enviaron a Milán, en un tren que trasladaba a delincuentes comunes, no *politici*. Fue por eso que el viaje duró diecinueve días, porque subía y bajaba gente en todas las paradas: Palermo, Nápoles, Caianello, Isernia, Sulmona, la entonces comuna de Castellamare Adriatico, Ancona y Bolonia. Gramsci durmió en las cárceles de esas ciudades, excepto por dos noches, en Caianello y

Castellamare, que pasó en las habitaciones de seguridad de cuarteles de carabineros, que describió como "las dos noches más feas que pasé, tal vez en toda mi vida", rodeado por convictos pendencieros con mala cara, y atormentado por la policía provincial, que lo consideraba un pez gordo rojo. Mirando por las mugrientas ventanas de los vagones de metal, aún cubiertos por una capa de nieve congelada de donde se habían detenido la noche anterior, y temblando sin parar con su delgada camisa y su harapiento abrigo, Gramsci reconocía los nombres de las estaciones de sus viajes anteriores o, en el caso de Ravisindoli, en la región del Abruzo, de los relatos de Julia sobre las vacaciones de la familia Schucht durante su propia infancia.

En retrospectiva, describió el viaje como una película interminable y una novela fantástica, por su cualidad generalmente pesadillesca y por los personajes extraordinarios que conoció. En Ancona, un amable anciano de humilde origen popular de provincias le pidió la sopa que había decidido no comer. Gramsci se la cedió de buena gana, "conmovido por la serenidad de sus ojos y la destacada modestia con que obraba, pronto me avisaron que era un repugnante canalla: había violado a su propia hija". Durante el horario de ejercicios en Nápoles, donde presenció una ceremonia iniciática de la Camorra, conoció a un hombre llamado Arturo, quien dijo tener 46 años, de los cuales ya había pasado veintidós en la cárcel. Era un consumado zapatero y podía citar a Nietzsche de memoria. Tranquilo y sonriente, tenía la piel amarillenta como pergamino o cuero curtido. Gramsci volvió a verlo en Ancona, pero era otro hombre, un tipo "de verdad, me hizo recordar a Farinata [degli Uberti, del infierno de Dante]: semblante duro, anguloso, ojos cortantes y fríos, pecho hacia fuera, el cuerpo entero tenso como un resorte listo para saltar".[236] En Palermo, Gramsci conoció a un formidable anarquista ultraindividualista, que estaba junto con un grupo de obreros de Turín y se negaba a revelar nada a las autoridades excepto su apodo, "l'Unico": "Soy el Único, y basta".[237] Una noche, los otros convictos organizaron una competencia de pelea con cucharas frotadas contra las paredes pintadas a la cal, de modo que cada "cuchillada" dejaba una marca blanca en la ropa. Armaron cuatro equipos regionales –los "estados" sicilianos, los

calabreses, los napolitanos y los apulianos–, pero los sicilianos no se prestaron a la “esgrima” contra los calabreses porque se odiaban tanto que la situación inevitablemente habría pasado a mayores. Los apulianos eran los mejores con los cuchillos, así que los dos finalistas eran oriundos de esa región: un hombre de 65 años y un joven de una habilidad y una agilidad asombrosas.[238] En la cárcel de Bolonia, Gramsci fue abordado por un individuo que dijo llamarse Dante Romani, quien también se presentó como anarquista y maquinista de tren de oficio que había sido arrestado tras las revueltas de Ancona en 1920. Acababa de cumplir su sentencia y estaba regresando a casa, pero parecía demasiado informado para tratarse de alguien que había pasado los últimos seis años en la cárcel.

Finalmente, Gramsci llegó el 7 de febrero de 1927 a la cárcel de Milán, donde debía esperar su juicio. Aunque mantuvo la correspondencia con Tania y con sus parientes sardos, principalmente con su madre, solo tenía permitido enviar dos cartas por semana, que debía redactar en cuatro horas y media los lunes por la tarde. Durante los primeros seis meses, no recibió ni una sola visita, en primer lugar poque Tania, la única que se encontraba a una distancia razonable para ir a verlo, estuvo internada en el hospital la mayor parte del tiempo luego de sucumbir, ella también, a la fatal tendencia de las hermanas Schucht a la neurastenia. En el caso de Tania, su estado se complicó por una posible apendicitis. También sufrió un ataque agudo de flebitis, una dolorosa inflamación de las venas de las piernas, pero esto se había repetido a lo largo de su vida adulta y era bastante fácil de tratar con vendajes ajustados y aspirinas. Lo más preocupante para Antonio era el agotamiento nervioso de Tania, primero, porque ella le había asegurado que era la primera vez que lo padecía y, segundo, porque ya se había dado cuenta de cuánto dependía de ella: su única familiar cercana, atenta y confiable en Italia continental. Tania lo había adoptado como una especie de causa o proyecto, con lo que Gramsci comenzó a describir como su psicología de protección animal, y reorganizó gran parte de su vida en torno a Antonio.

Este reflexionaba meticulosamente sobre su nueva vida, y acerca del restringido y limitado mundo donde debía vivirla, y expresaba

sus pensamientos lo mejor que podía en sus cartas. La cárcel de San Vittore en Milán consistía en ocho radios que surgían de un cubo central, como los rayos de una rueda de bicicleta, con celdas a ambos lados de los anchos y altos pasillos. Desde sus puestos en el cubo central, los guardias podían ver todo lo que ocurría en cada radio y llegar rápidamente en caso de que fuera necesario. Era el diseño característico del presidio moderno, inventado por los franceses para ofrecer un confinamiento más humano y científico a los opositores de la Revolución, por lo menos a aquellos no condenados a la guillotina. Combinada con las ya arraigadas ideas de la criminología –que mediante la observación y la evaluación metódicas habían “establecido” que la delincuencia preponderaba más entre determinados tipos étnicos, que por consiguiente no podían considerarse responsables por sus crímenes–, generó la atmósfera y el *ethos* de la cárcel como corral, como depósito antes que como vertedero de basura (pese a que Mussolini llamaba “higiene social” a su rigurosa política penal), lo cual ya era un avance.[239] Si había tipos, le escribió Gramsci a Tania, estos eran producto de los efectos negativos del confinamiento sobre ciertas personalidades y antecedentes sociales; los más tranquilos eran los campesinos, después venían los obreros de las fábricas, luego los artesanos y por último los aspirantes a intelectuales, que eran propensos a súbitos estallidos de delirio infantil.

En cada radio de la cárcel había 50 celdas, lo que conformaba una población carcelaria de al menos 400 reclusos; quizá unos 200 más, contando a los delincuentes comunes que debían estar juntos y estaban obligados a compartir celda. Camino a sus dos horas diarias de ejercicio solitario, con la prohibición estricta de hablar con esos otros presos, Gramsci calculó que estaba alojado en la celda 22 del segundo piso, tras haber sido trasladado (sin motivo evidente alguno que pudiera detectar o que alguien estuviera dispuesto a contarle) de la celda 13 en el primer piso. La nueva celda tenía una sola ventana, que, con sus gruesos barrotes, parecía una *bocca di lupo* (como la llamaban en la jerga carcelaria). Estaba muy alta en la pared, tan alta que a través de ella solo podía verse un pedacito de cielo. A las 2 de la tarde en punto aparecía una franja de luz solar, de unos 25 centímetros de ancho, que poco a poco avanzaba hasta

un punto medio en la pared –justo encima de la cabeza de Antonio– y desaparecía antes del atardecer. Por la trayectoria del sol, Gramsci calculaba que la celda actual debía mirar al Sudoeste-Oeste. Comparaba esta ración de luz solar con la de su celda anterior, donde el sol brillaba entre las 10 de la mañana y las 2 de la tarde, y en el cénit creaba una franja de al menos 60 centímetros de ancho a la altura de su pecho. Gramsci había logrado pasar al menos una hora por día parado allí, sintiendo la caricia del sol en la cara, mientras que ahora solo podía alcanzarlo en puntas de pies, estirando las yemas de los dedos para atrapar el precioso calor.

Dormía en un catre contra una pared lateral, con dos colchones delgados, una manta de lana y sábanas limpias una vez cada quince días. También había una mesa pequeña, una cómoda-armario y un aguamanil con una jarra esmaltada y un espejo para afeitarse.[240] Gramsci disponía de un anafe pequeño y algunos utensilios de aluminio (comprados en la tienda La Rinascente, que había organizado un sistema de reparto en la prisión). En realidad, esa celda no era mucho peor que la mayoría de los lugares donde había vivido, y era incluso bastante mejor que algunos de estos. Antonio se levantaba a las 6.30 de la mañana, media hora antes de que los guardias despertaran al resto de los reclusos a los gritos y tañendo una campana, y se preparaba la primera taza de café del día. Después, higiene personal, limpieza de la celda. Le llevaban medio litro de leche caliente, que bebía enseguida y acompañaba con unos bocados de pan. A las 8 de la mañana lo escoltaban hasta uno de los patios de ejercicios, donde pasaba las dos horas siguientes caminando de un lado a otro mientras leía y fumaba. Hacía poco tiempo había empezado a leer *La señorita campesina* de Pushkin, y cada día memorizaba unos veinte renglones del melifluo ruso original. Durante el resto de la mañana, leía detenidamente los cinco diarios y diversas publicaciones políticas y culturales semanales que compraba y se hacía llevar, y para una lectura más liviana, visitaba con regularidad la pila de novelas populares de la biblioteca del presidio que se reponía constantemente.

Servían el almuerzo en algún momento incierto entre las 12 del mediodía y las 3 de la tarde, y consistía en un plato de sopa o pasta

más un pedazo de pan con queso y un cuarto litro de vino. Durante y después de comer, Gramsci continuaba leyendo. La cena, idéntica al almuerzo, con el agregado de dos huevos crudos, llegaba a su celda a las 6 de la tarde: la comía a las 7.30. Gramsci le escribió a Tania que para Pascua había comprado dátiles y una paloma de pan; debido al estado de sus encías, hipersensibles, solo había podido comer esa última.[241] En algunos momentos, la verdura lo asqueaba.[242] Para tranquilizarla, le aseguraba que solo tomaba tres tazas de café y fumaba menos de 15 cigarrillos por día. A las 7.30 de la tarde, los guardias recorrían los pasillos tocando la campana para imponer silencio. Gramsci se acostaba y leía hasta las 11 o 12 de la noche. Si tenía ganas, a eso de las 9 preparaba una taza de té de manzanilla y rumiaba sobre un nuevo día de inutilidad organizada. Pagaba por todo esto –que llevaban los almaceneros y vendedores de diarios milaneses que hacían negocios con la cárcel– con la asignación relativamente generosa de 10 liras diarias que recibía como presidiario.

Gramsci calculaba que su celda actual medía unos 3 por 5 metros, y unos 4 metros de alto, las dimensiones de una típica habitación de estudiante. Estaba justo arriba del taller de la prisión, y el ruido de las máquinas hacía temblar las paredes durante todo el día y por la noche cuando había que terminar algún trabajo. Gramsci guardaba todo esto en la memoria para luego registrarlo en sus cartas, porque no tenía cómo escribir sus observaciones. Siguiendo la misma línea de restricción mezquina que impregnaban los reglamentos de la cárcel y limitaba su interacción con los demás reclusos a una mirada y un saludo inclinando la cabeza cuando se cruzaban en el pasillo o en la escalera, Gramsci no tenía permitido utilizar ningún material de escritura fuera del estricto horario de los lunes por la tarde consagrados a la correspondencia familiar. Le llevaba todo ese tiempo escribir las dos cartas semanales que le permitían enviar, con una pluma fuente áspera sobre hojas de papel barato que debía entregar cuando se le acababa el tiempo. Durante este período de hiato, sus cartas personales fueron un intento cada vez más desesperado de mantener el contacto con familiares que no veía –o en algunos casos de quienes no tenía noticias– hacía años.

En el caluroso verano de 1927, Gramsci le escribió a Giuseppe Berti, un camarada en el liderazgo del PCd'I que en ese entonces estaba en el exilio:

> En este momento paso por cierto período de cansancio moral, en relación con acontecimientos de índole familiar. Estoy muy nervioso e irascible; no consigo concentrarme en ningún tema. […] Perdí contacto con el ambiente de ustedes y no sé imaginar cuál es el carácter de las transformaciones que tuvieron lugar en la media de los confinados.[243]

Entre los comunistas exiliados empezó a circular el rumor de que Antonio se negaba a poner las cosas por escrito debido a un exagerado sentido de cautela y a una suerte de crisis moral relacionada con su familia, que además lo estaba dejando seriamente corto de dinero. Cada vez le resultaba más difícil comprar provisiones del mundo exterior con la asignación del gobierno y durante semanas enteras debió arreglarse con la magra ración de la cárcel, que empeoraba sus problemas digestivos. Con Tania en el hospital –y, por ende, fuera de circulación–, se hicieron arreglos para transferir fondos por medio de su familia en Cerdeña. Después hubo otra ronda de rumores sobre la salud de Gramsci, exagerados como siempre para aumentar su injerencia política, que culminó en otra sucesión de noticias en la prensa extranjera y de emigrados sobre su muerte inminente. Alfonso Leonetti, su viejo amigo y camarada de Turín (ahora casado con Pia Carena), publicó en el boletín de la Comintern que había escuchado "un angustioso grito proveniente de la cárcel de Milán: ¡Gramsci se está muriendo de hambre!".[244] Los líderes del partido consideraron la posibilidad de un nuevo plan de fuga pero, tras recibir mensajes codificados de los prisioneros del PCd'I en Milán, la descartaron de inmediato por completamente impracticable.

La primera visita que recibió Gramsci desde su arresto en 1926 fue de su hermano Mario, a fines de agosto de 1927. Fue un encuentro extraño, más extraño todavía porque era lo último que esperaban o deseaban los hermanos. Mario había sido funcionario de los fascistas en Varese, en la región de Lombardía en el norte de Italia,

pero había decidido que involucrarse públicamente era malo para sus negocios y se había retirado del activismo político. Sin embargo, logró utilizar sus contactos para convencer a las autoridades penitenciarias de aprobar un nuevo medicamento para la indigestión de Antonio, que, según le había escrito a su madre en Cerdeña, estaba empeorando. Antonio le escribió a Mario para agradecer su intercesión y le ofreció más detalles de sus diversos problemas de salud, que se mantenían mayormente estables. La esposa de Mario, Anna, había oído los rumores acerca de la supuesta enfermedad e inminente muerte de Antonio. Armada con la carta que Antonio le había escrito a Mario, y con los aterradores términos médicos en latín y complicados compuestos químicos requeridos para curar sus males, le escribió profundamente compungida a su suegra. Como era de esperar, la Signora Peppina quedó desconsolada, y Antonio tuvo que escribirle para tranquilizarla y asegurarle que, en líneas generales, se encontraba bastante bien. La preocupación por su salud, empeorada por la correspondencia demorada y confusa a lo largo y ancho del país, continuó durante semanas interminables. Todas las partes involucradas –Antonio, Mario y Anna, y sobre todo la Signora Peppina y los otros familiares en Ghilarza– sufrían, presas del desconcierto y la angustia, mientras esperaban cartas ajenas, o bien que las suyas llegaran a destino. Cada ronda epistolar solo parecía empeorar las cosas.

Por fin, Antonio le pidió a Mario que fuera a visitarlo a la cárcel en Milán, con la esperanza de poder aclarar las cosas y tranquilizar a todos. De hecho, sucedió todo lo contrario. Según lo que le contó Gramsci a su madre, durante los quince minutos que duró la visita, Mario se mostró profundamente perturbado por el ambiente carcelario y se sobresaltaba por cualquier ruido o disturbio, por pequeño que fuera. Era evidente que el encarcelamiento y el desaliño de su hermano –a quien no veía desde 1921, cuando habían tenido un encuentro igual de incómodo que incluyó una discusión sobre sus opiniones políticas diametralmente opuestas que tanto los apasionaban– eran un bochorno para él. Por extraño que pareciera, Mario había visitado a Tania en el hospital antes de ir a la cárcel y la había invitado a pasar una temporada en Lombardía con él y su esposa para recuperarse. Para aligerar un poco las

cosas, Antonio le contó una anécdota divertida de sus primeros meses en Milán, pensando que su hermano la apreciaría. Un guardia le había preguntado si era cierto que él habría podido ser ministro de Gobierno si hubiera aceptado cambiar de bando. Gramsci dijo que “ministro” era una exageración, pero que podría haber sido subsecretario en el Correo o el Departamento de Obras Públicas, porque esos eran los puestos que les daban los gobiernos a los diputados sardos. El guardia lo tomó en serio y le preguntó por qué no había cambiado de bando.

Antonio recordaba con cariño al Mario que había conocido en Ghilarza, un niño vital, preguntón y divertido que satirizaba a sus maestros, tíos y otros adultos del pueblo. Siempre parecía estar en el centro de una pandilla de niños pequeños, contando historias estrafalarias o mostrando algún nuevo truco. Pero había pasado mucho tiempo desde entonces. Un cuarto de hora más tarde, Mario se levantó para irse, todavía nervioso y abochornado. Antonio esperaba que allí terminara el asunto. Pero después de su visita a la cárcel, Mario le escribió una carta aún más alarmante a su hermano Carlo en Ghilarza, quien comenzó a organizar un viaje a Milán con su madre para ver al hermano e hijo moribundo antes de que fuera demasiado tarde. Entonces, Antonio tuvo que escribirles a los dos por separado –utilizando toda la ración semanal de su preciada correspondencia– para tranquilizarlos y asegurarles que estaba bien, de verdad, y que bajo ningún concepto debían ir a visitarlo, en especial su madre, una mujer de 70 años que casi nunca había salido del pueblo y jamás había viajado en tren más de 40 kilómetros.

A Carlo, que claramente estaba entrando en pánico, le escribió con sequedad: “Tu estado de ánimo no es digno de un hombre (y, llegado a este punto, ya no eres tan joven)”, y basándose en su propia experiencia con adversidades como estudiante y militante, recordó la filosofía de la perseverancia autosuficiente que lo había ayudado a atravesar todos esos años de penuria y opresión, y que le permitiría sobrevivir en la cárcel:

> Me parece que [en semejantes situaciones excepcionales], con semejantes vivencias psicológicas, el hombre debería

> […] haber adquirido una convicción muy profunda de que el hombre tiene en sí mismo la fuente de sus fuerzas morales, de que todo depende de él, de su energía, de su voluntad, de la férrea coherencia de los fines que se propone y de los medios que despliega para ponerlos en acto, de modo que nunca más se desaliente.[245]

En el momento, no se le ocurrió pensar que esta rígida homilía, y la amarga sabiduría que entrañaba, podía preocupar todavía más a sus familiares. Antonio le narró todo este malentendido a Tania, arrepentido de lo que pudiera haber hecho para provocarlo, y llegó a la conclusión de que ya no podría contar con Mario ni con sus valiosas conexiones. A partir de entonces, tendría que arreglarse con los medicamentos y las provisiones que consiguiera en la cárcel o que Tania comprara afuera y le hiciera llegar. No volvió a tener contacto directo con Mario, cosa que satisfizo a todos.

Su única otra visitante –y corresponsal regular y confiable en Milán– era Tania, quien lo visitó a comienzos de septiembre de 1927, pocos días después de salir del hospital. Había pasado casi seis meses internada, desde la llegada de Antonio a Milán. Este intentó ofrecerle una versión alentadora acerca de su estado de salud. Hacía años que no se sentía tan tranquilo. Quizá se estaba acostumbrando a la vida en la cárcel. La tomaba con muchas prevenciones, pero comprendía que eran inevitables, incluso necesarias. Anhelaba recibir noticias de afuera. ¿Cómo andaban las cosas en Roma? ¿Cómo estaba el limonero que había dejado atrás? ¿Acaso alguien se había encargado de regarlo? ¿Y cómo andaba la familia Passarge? Antonio sabía que la señora Clara no estaba bien y que su arresto había sido un *shock* para sus caseros. Una de las primeras cartas que había enviado desde la cárcel iba dirigida a ella; le pedía algunos libros, que hasta entonces no habían llegado. Sabiendo lo confiable que era, sospechaba que jamás había recibido la bendita carta. De hecho, la señora Passarge había fallecido ese verano, pero su afligido esposo le había asegurado a Tania que no había muerto a causa del arresto de Gramsci, por más desagradable que hubiera sido la situación. Tania se había llevado el pequeño limonero para cuidarlo, y este crecía muy saludable en el

alféizar de su ventana. Le llevaría un limón la siguiente vez que fuera a visitarlo. En ese momento, le había llevado un poco de leche fresca y queso. Tania le contó que pensaba mudarse a Milán para poder visitarlo más seguido y que ya había encontrado empleo en la delegación comercial soviética. Antonio le comentó sus últimas ideas acerca de un programa de estudio destinado a contrarrestar la degradación intelectual y darle un eje a su vida interior.

De hecho, había pensado en eso durante casi todo el verano y estaba ansioso por empezar. Les insistía a las autoridades penitenciarias para que lo autorizaran a escribir en su celda, fuera de las horas destinadas por reglamento a la correspondencia, y lo autorizaran a solicitar los libros que necesitaría, muchos de ellos candidatos a la proscripción por agitación política. Estaba convencido de que eso lo ayudaría a sobrevivir al confinamiento, por muy largo que resultara, y además le permitiría encontrar un sentido al fracaso y la derrota de la lucha revolucionaria, al menos allí en Italia. De lo contrario, no sabía que haría con su vida. Si se concentraba en los grandes temas históricos y culturales, podría superar las turbulencias cotidianas de la escena política, sin mencionar la aburrida miseria de la rutina carcelaria, y crear algo *für ewig*. Le explicó a Tania que esa era la fórmula que Goethe usaba para la investigación y la escritura sin aplicación práctica inmediata y, en ese sentido, desinteresada. Pero, precisamente por ese motivo, le permitiría arrojar luz sobre los cambios históricos de la época que habían afectado a Italia y al resto del mundo en los últimos siglos. Por el momento, los temas que deseaba explorar eran cuatro: primero, la formación de las castas intelectuales y su rol en la creación de las culturas nacionales; segundo, algo relacionado con la lingüística comparada, tema de su tesis de grado antes de abandonar la universidad; tercero, un estudio de las obras de Pirandello, que había reseñado para la prensa socialista durante los años de guerra, cuando nadie más tomaba en serio al dramaturgo; y por último, un estudio acerca del gusto literario popular, con el propósito de identificar y analizar pura y exclusivamente aquello que atraía a las masas que devoraban las novelas seriales que publicaban los periódicos.

También compartió con Tania sus observaciones acerca de la vida en la cárcel, que planeaba compilar en un relato completo, una sección aparte de sus cuadernos. Nunca lo terminó, pero algunos fragmentos aislados ofrecen instantáneas antropológicas maravillosamente evocativas. Le contó que la clase de compañía que uno encontraba en la cárcel se dividía en dos estratos: los delincuentes comunes, con quienes las conversaciones duraban como mucho dos o tres semanas, hasta que se agotaba la provisión de detalles pintorescos y típicos inherente a su condición; y los que se hacían llamar intelectuales, los *mezze calzette* en italiano vulgar, acusados de delitos "profesionales" como la deuda y el fraude. Este último grupo ni siquiera tenía un repertorio de historias coloridas como los delincuentes comunes: algunos habían sido vecinos de celda de Gramsci, y la facilidad que tenían para desmoralizarse casi siempre lo dejaba perplejo. Lloraban como niños, a moco tendido y sin poder contenerse, llamando a su mamá. Pedían cosas todo el tiempo para ver a los guardias, intercambiar unas palabras con ellos y así conectar con la vida, lo cual les permitía comprobar que aún tenían derechos. Sus conocidos incluían a un campesino de Salerno que había asesinado a su suegro para heredar sus propiedades –"He matado y he heredado", era su muletilla– y un calabrés de 16 años líder de una banda a quien Gramsci le había dado un par de zapatos y un chaleco y, a cambio, este le había prometido solemnemente que jamás robaría sus gallinas. Había un zapatero de Messina que recitaba las aventuras completas de *Simbad el Marino* en una versión siciliana que había escuchado de sus abuelos; se negaba a creer, y Gramsci no insistió, que la historia provenía de *Las mil y una noches*.[246]

Durante 1927 y en 1928, los procedimientos legales e indagatorios contra Gramsci y los otros líderes comunistas encarcelados entraron en ebullición. El problema que afrontaban los abogados fascistas era encontrar evidencia concreta y creíble en su contra. El régimen aún no había dejado por completo de lado esas consideraciones. Los informes policiales sobre Gramsci consistían en observaciones rutinarias de su vida cotidiana como diputado comunista o generalidades vagas que lo definían como subversivo, agitador o como una amenaza para el orden público. Por ejemplo, un informe

del arma de carabineros de Roma aseguraba que lo habían encontrado con armas y explosivos en noviembre de 1922, cuando hacía ya seis meses que estaba en Moscú, y le llevaría otro año y medio volver a Italia. Entonces, las autoridades decidieron reunir evidencia a través de otros medios. De la noche a la mañana, las condiciones en que vivía en la cárcel de Milán se flexibilizaron, sobre todo en lo atinente al contacto con otros reclusos. Tuvo que renunciar a los periódicos que leía que se clasificaban como políticos –temían que los usara para incitar a la insurrección–, pero para entonces ya se había aburrido de la cotidianidad política y le parecía un precio irrisorio a pagar a cambio de compañía, que tanto anhelaba. Gramsci y sus compañeros *politici* incluso obtuvieron autorización para montar una exposición de fotografías de sus hijos. En un mensaje a Julia, que incluyó en una carta dirigida a Tania, Antonio escribió que Delio era muy admirado por su belleza, con la esperanza de hacerla sonreír. Y agregó con tristeza que le resultaba extremadamente difícil imaginarla sonriendo.

Gramsci le escribió a Tania que de la 1 a las 5 de la tarde lo acompañaba un joven avispado y alegre de un pueblo cercano a Monza que estaba esperando su juicio por robos y daños perpetrados contra un burdel, como integrante de una autoproclamada brigada de vigilantes antivicio que habían ingresado al lugar en busca de cocaína. Para Gramsci, todo era sumamente entretenido. Hablaron con absoluta libertad y sin tapujos de sus vidas y sus familias. También intecambió pareceres con un preso que tenía una hijita encantadora y muy bonita llamada Maria Luisa. De acuerdo con la costumbre sarda, decidieron que Delio se casaría con Maria Luisa en cuanto ambos alcanzaran la edad de consentimiento. Al poco tiempo, hubo quien empezó a ofrecerle llevar mensajes, cartas y órdenes afuera: era el tal Dante Romani que tan mala impresión le había causado en Bolonia. Decía que el PCd'I andaba muy desorientado y necesitaba el liderazgo de Gramsci para arreglar las cosas. Esta torpe jugarreta de la policía no hizo más que confirmar las sospechas anteriores de Gramsci según las cuales este supuesto preso era un agente secreto.

Cuando en mayo de 1927 se emitió una nueva orden de arresto contra Gramsci, donde se lo acusaba de provocar la guerra civil y

destruir la vida y la propiedad, quedó claro por los documentos que el propio Gramsci vio que la respaldaban que tenían muy poca evidencia en su contra. En octubre, otro recluso lo abordó en el patio de ejercicios y se presentó como Corrado Melani. Según contó, era el amante de la cuñada de Mario Giampaoli, que fungía como secretario de la Federación Fascista de Milán. Giampaoli lo perseguía a sol y a sombra porque Melani sabía ciertas cosas acerca de él. Por ejemplo, el atentado contra la vida de Mussolini en Bolonia había sido una trampa organizada por Giampaoli. Uno de sus secuaces disparó al aire, y Giampaoli saltó sobre el supuesto asesino Anteo Zamboni y lo degolló. Melani decía tener documentos que probaban la relación de Giampaoli con los prostíbulos y las apuestas, y el hecho de que muchos diputados fascistas eran homosexuales. Si algo de eso salía a la luz –Melani le confió a Gramsci–, los fascistas sin duda caerían, razón por la cual Giampaoli lo estaba acechando. Melani ofreció vender al PCd'I los documentos que supuestamente tenía en su poder. Gramsci rechazó el ofrecimiento con cortesía pero con firmeza, y no volvió a ver a Corrado Melani. Escribió una encendida queja al Ministerio de Justicia, donde denunciaba los intentos de la policía de tenderle una trampa. Las autoridades penitenciarias volvieron a imponer restricciones sobre su contacto con otros reclusos y la vigilancia de los guardias se volvió más estricta que nunca.[247]

Ahora su mayor problema, le escribió a su hermana Teresina, era el aburrimiento que conllevaba el ocio forzoso. Pasó un mes entero tallando un palo para que se asemejara a un abrecartas, que envió a Julia vía Tania con gran orgullo de su destreza artesanal. Se aficionó a hacer pelotas de papel maché con viejos ejemplares de *La Gazzetta dello Sport*, con la vaga intención de enviárselas a sus hijos para que lo recordaran. Con la llegada del invierno, la trayectoria del sol –cuando se dignaba a aparecer en el monótono y nublado cielo del norte de Italia– era cada vez más baja, hasta que su ración diaria se redujo a unos pocos minutos de pálida luz sobre un sector del cielorraso, justo frente a los barrotes de la ventana. Si quería compañía, solo contaba con los insectos y los pájaros que de vez en cuando visitaban su celda. Los primeros ofrecían posibilidades limitadas: le contó a Tania que no pudo encontrar

ninguna araña para entrenar, no había ratones y la zoología restante no le resultaba atractiva. Los pájaros del lugar cooperaban más. Sobre todo le agradaban los gorriones que entraban volando en la *bocca di lupo*, e incluso se las ingenió para domesticar a dos recortándoles las alas. El primero era muy orgulloso y sumamente vital, y se resistía a que lo agarrara con aleteos furibundos y picotazos feroces en sus manos. Si le ofrecía una mosca muerta dentro de una caja de fósforos, no la tocaba hasta que Gramsci no retrocediera a una distancia prudente. Hasta que una mañana se acercó y empezó a picotear sus zapatos pidiendo comida. Después de eso se hicieron mejores amigos, hasta que el pájaro dejó de visitarlo. El segundo gorrión doméstico de Gramsci, en cambio, era muy servicial y modesto: aceptaba que él lo alimentara aunque podía comer perfectamente bien solo, se metía dentro de sus zapatos y anidaba en los dobladillos de sus pantalones.

A fines de 1927, consciente de su nerviosismo acentuado y su irritabilidad persistente, Gramsci recibió lo que de inmediato calificó como una carta extraña de Ruggiero Grieco, escrita desde Moscú en nombre de los líderes exiliados del PCd'I.[248] En una época en que los presos políticos comunistas preparaban una defensa legal fundamentada en negar su estatus como líderes del partido, Grieco aludía a "la gran responsabilidad que les correspondía […] como líderes comunistas". En una de las audiencias preliminares, un magistrado interrogó a Gramsci acerca de esta aparente contradicción: "Señor Gramsci, al parecer sus amigos quieren que permanezca un buen rato en la cárcel". Todo indicaría que la carta fue poco más que una arenga de rutina dirigida a los presos comunistas en general, un intento bastante torpe de levantar la moral de los camaradas, un descuido antes que malevolencia. Gramsci admitió, en una carta a Tania, que tal vez la vida en la cárcel lo estaba volviendo demasiado suspicaz, pero el recuerdo de esa extraña carta de Grieco lo acompañó por el resto de sus días y representó su creciente sensación de aislamiento y la insensibilidad con que lo trataban quienes estaban fuera y supuestamente debían cuidarlo.

Una segunda carta de Grieco, enviada meses más tarde desde Moscú con noticias de los últimos acontecimientos en el seno del

Partido Comunista Ruso, tuvo un propósito secundario bastante diferente. Grieco quería garantizar a las autoridades rusas –que según sabía interceptarían la carta– el apoyo incondicional del partido italiano a las nuevas y durísimas medidas de la mayoría liderada por Stalin y Bujarin contra la oposición. Gramsci reconoció en ello otra torpe maniobra política, destinada a apaciguar cualquier sospecha que pudiera persistir entre los rusos acerca de su persona y de la carta que les había enviado vía Togliatti en octubre de 1926. Pero incluso en esto vio una maniobra estúpida e irresponsable que podría utilizarse en su contra durante el juicio. Su relación con Tania, por escrito y en persona, también se había vuelto tensa. Ella le había escrito que lo notaba diferente, sin especificar en qué sentido. Con tanto tiempo entre una visita y otra, Antonio se devanó los sesos tratando de entender a qué se refería Tania y le respondió que no era consciente de las diferencias que ella había mencionado, aunque sabía que la vida carcelaria cambiaba a las personas de una manera tan lenta que estas quizá no percibían esos cambios. Aceptó que seguramente se había vuelto más frío y pidió disculpas por las molestias ocasionadas; pero, para alivianar un poco las cosas, agregó que el ser humano siempre atormenta a los que más ama. Después la regañó por enviarle libros que él no le había pedido y por pasar tantas semanas sin escribir. Y concluyó a su entender con un tono más positivo: "¿Sabes que durante mucho tiempo pensé en darte alguna de las flores que crecieron en mi celda (¡mira cuánto romanticismo carcelario!)? Pero las plantas ya se secaron, de modo que no pude mantener viva ninguna de las cinco o seis florcitas que se habían abierto".[249]

En su siguiente carta, Tania deslizó que esas observaciones eran una suerte de comentario sobre la relación que los unía, ante lo cual Gramsci decidió no volver a escribirle hasta que se vieran. Cuando Tania volvió a visitarlo, a fines de septiembre de 1927, Antonio padecía un terrible dolor de muelas que las aspirinas no conseguían calmar, sin importar la cantidad que tomara, y estaba considerando acceder a otra brutal y sangrienta extracción a manos del corpulento guardia que hablaba en monosílabos y ostentaba el risible título de "dentista" de la cárcel. Gramsci ya había perdido cinco piezas dentales con ese carnicero en los ocho meses que llevaba allí.

Sumados a los dientes que había perdido en sus años de libertad, daba la sensación de que ya no le quedaban muchos en la boca. Todo el tiempo tenía altercados con Tania por las cosas que ella decidía enviarle a la prisión. Antonio quería que solo le enviara lo que él le pedía, mientras que ella insistía en enviar otras cosas que simplemente confiscaban porque iban en contra de las reglas penitenciarias. Tania ofreció conseguirle un traje nuevo para el juicio, pero Antonio insistió en que ya tenía separado uno viejo, que vestirse como un *dandy* no le traería ningún beneficio judicial y que cuando por fin lo sentenciaran le darían un uniforme de preso.

En el Año Nuevo de 1928, Tania volvió a caer en cama por agotamiento nervioso y debilidad constitutiva, esta vez bajo la forma de una neumonía bronquial. Una vez más, quedó internada en el hospital durante varios meses –y, por lo tanto, imposibilitada de visitar a Antonio en la cárcel–; además, tuvo que dejar su empleo en la delegación comercial soviética en Milán. Gramsci no pudo evitar pensar que las exigencias y presiones que había impuesto sobre ella –eso, para no mencionar los enojos mutuos que había intentado disimular en una carta como algo normal entre hermanos, que era como la veía a Tania entonces– habían contribuido a su recaída. En el ínterin, y para su enorme sorpresa, comenzó a recibir cartas de Julia. La primera fue escrita el 26 de diciembre de 1927, con un *post scriptum* del 24 de enero (cosa que lo dejó perplejo) y llegó a sus manos a fines de febrero de 1928. Julia pedía disculpas por no haberle escrito mientras estaba enferma o nerviosa y esperaba que Antonio la perdonara. El resto de la carta eran noticias sobre Delio y Giuliano que ya tenían 3 años y medio y 18 meses, respectivamente. Delio hacía dibujos más organizados y mostraba interés en construir juguetes similares a los que veían en las vidrieras de Moscú. Giuliano había dado sus primeros pasos, llamaba a las personas por sus nombres y componía oraciones simples. Le prestaba muchísima atención a su hermano mayor e intentaba imitar todo lo que Delio hacía y decía. Las noticias alegraron y entristecieron a Antonio por partes iguales; estaba orgulloso de los progresos de su familia, pero desesperadamente triste porque nada de eso lo incluía.

Le contestó enseguida a Julia, vía Tania en el hospital, esforzándose por mostrarse positivo y no comunicar sus sentimientos encontrados ante las noticias, pero sin dejar de ser sincero y fiel a la verdad en ese primer contacto entre ellos después de más de un año. Le contó que por fin se estaba adaptando a la vida carcelaria y que había superado las crisis de su primer año en cautiverio, que atribuyó a sus fútiles intentos de resistencia. En ese momento se había sosegado conscientemente y se permitía sucumbir a la rutina, las privaciones y las necesidades, a la enorme cantidad de eventos mínimos que ocurrían día tras día, mes tras mes, año tras año, con el mismo ritmo mecánico de la arena en el reloj. Al comienzo se había resistido a esas presiones externas, sin éxito. Entonces había tomado la serena decisión de no luchar más y, en cambio, intentar controlar el proceso. Jamás se convertiría en un bruto consumado: estaba listo para sacarse en cualquier momento la segunda piel –mitad burro obstinado, mitad oveja dócil– de prisionero de larga data. En un registro más liviano, agregó que había una cosa que jamás podría hacer: devolverle a su piel el color aceitunado que alguna vez había tenido. El pequeño Delio, pese a la contribución genética de Julia, ya debía ser mucho más aceitunado que él en ese momento. Durante los tres meses de invierno no había visto más que un leve y lejano reflejo del sol. La claridad que se filtraba en su celda era una mezcla de luz de sótano con luz de acuario. Lo hacía sentir como uno de esos peces monstruosos que viven en las profundidades del océano, tan pálidos que se puede ver a través de ellos.

A comienzos de abril de 1928, recibió vía Tania un rizo de cabello de Giuliano –un color hermoso, rubio cenizo, el mismo de Antonio cuando era bebé– y las últimas noticias sobre sus progresos en el habla. Ahora decía con toda claridad “Mamá Julka” y “Mamá Genia”. En su respuesta a Tania, Gramsci mencionó que se acercaba el cumpleaños número 4 de Delio, y le pidió que le comprara y le hiciera llegar un meccano de su parte. Se preguntaba si esos juguetes de fabricación masiva serían mejores que los materiales primitivos de su infancia, que exigían mucha mayor imaginación y creatividad, y recordó que había construido una flota naval completa con ramas, piedras y cola de pezuña. Hacia el final del mes, le envió

a su madre la única fotografía que tenía de Delio para que la guardara. Había sido tomada casi dos años antes, en junio de 1926, y exhibida en la exposición de los presos en noviembre de 1927. Antonio le escribió a Signora Peppina que estaba ansioso por saber qué le parecía:

> En especial quiero saber [de ti] si se parece a nosotros cuando éramos niños. Ya verás lo guapo que es tu nietito; te pondrá muy contenta. Una cosa que deseo: que no borren el sello de la cárcel al dorso. La foto debería permanecer tal como está, con las marcas de su paso por la prisión donde estuve encerrado ya tanto tiempo. No solo no me avergüenzo de estar en prisión, sino que, por el contrario, me siento extremadamente honrado de esta situación. Y seguramente este será también el sentimiento del niño cuando esté en condiciones de entender estas cosas.[250]

El 11 de mayo de 1928, trasladaron a Antonio Gramsci a Roma para su juicio; era uno de 32 líderes comunistas (8 de ellos, exiliados, serían juzgados *in absentia*). Desde el 12 de mayo, estuvo nuevamente en la cárcel de Regina Coeli, esta vez compartiendo celda con sus camaradas Umberto Terracini y Mauro Scoccimarro, que serían juzgados con él. Era cada vez más claro, tanto para Gramsci como para quienes lo rodeaban, que su salud se estaba deteriorando rápidamente, entre otras cosas porque ya no recibía la dieta especial prescripta por las autoridades penitenciarias de Milán para contrarrestar los rumores que circulaban a escala internacional sobre los maltratos que sufría y su muerte inminente. En Roma, según le escribió Gramsci a su madre, la situación era al revés: no sabía cómo obtener permiso para conseguir alimentos –pagando por ellos– que pudiera digerir. Tenía un límite de un pedido oficial por semana. Si lo rechazaban, debía esperar otra semana para hacer el siguiente, por lo que no tenía sentido malquistarse. Sin embargo, para tranquilizar a su madre y a los otros, insistía en que su salud física y moral era buena, y decía sentirse tranquilo y satisfecho consigo mismo. La vida era difícil, y a veces los hijos –para defender su honor y su dignidad– hacían sufrir a sus madres.

El juicio comenzó el 28 de mayo. Fue planeado y organizado hasta el menor detalle, con potentes elementos teatrales tomados de la liturgia, el lenguaje y el ritual eclesiásticos. La seguridad estaba a cargo de docenas de milicianos fascistas de cascos negros armados con puñales y rifles con bayonetas. Apostados en un doble cordón, como formando una guardia de honor para los jueces, habrían pasado por oficiantes catedralicios en una perversa misa negra si hubieran sostenido en alto cruces en vez de rifles. Los procedimientos siguieron un protocolo de corte marcial enteramente nuevo y especialmente diseñado para la ocasión, con un general como presidente del tribunal y un jurado compuesto por cinco cónsules de la milicia fascista. Gramsci y los otros presos fueron acusados de conspiración, de instigación a la guerra civil, de justificar actos criminales y de fomentar el odio de clase. También los acusaron de ser los principales responsables directos de las actividades criminales e ilegales de la organización comunista, patrocinadas por los organismos y la política general del partido. Los abogados defensores no paraban de pedir acusaciones específicas respaldadas por evidencia nueva y concreta, pero los fiscales nunca se hicieron eco del pedido. Se llegó a la conclusión de que los prisioneros estaban siendo juzgados por sus ideas políticas antes que por algún crimen o delito que pudieran haber cometido.

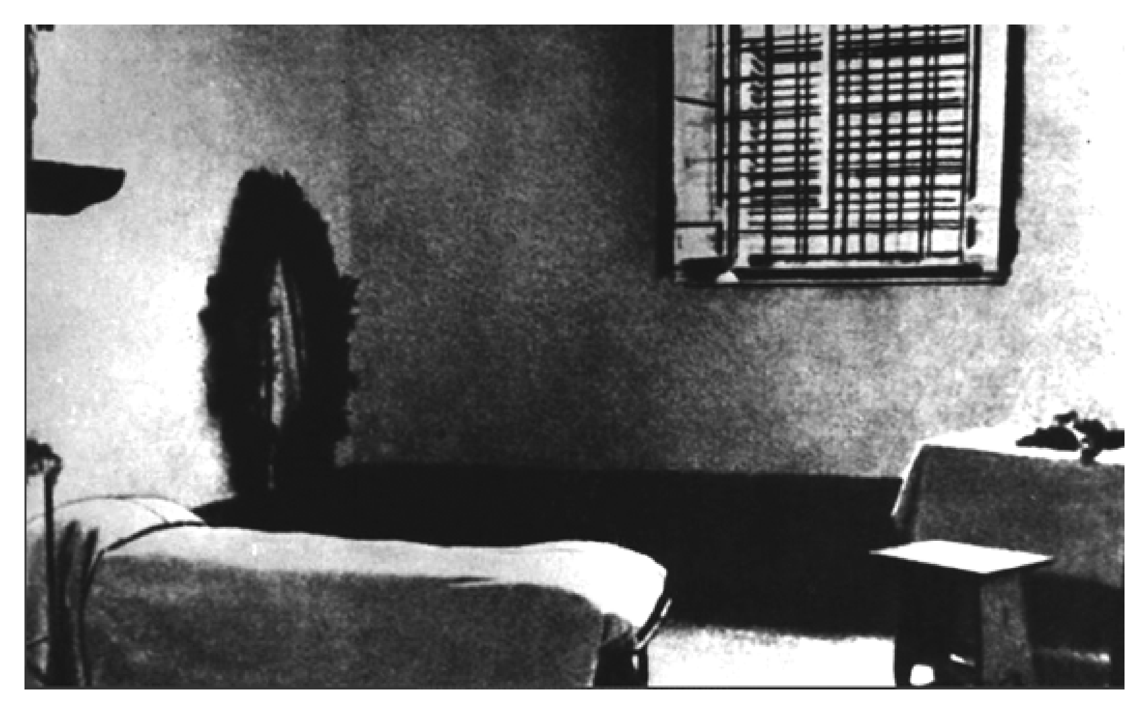
Gramsci fue representado por un abogado de Milán, Giovanni Ariis. Su hermano Carlo estaba presente, junto a los familiares de otros presos y los corresponsales en Roma de *The Manchester Guardian, Le Petit Parisien* y la agencia de noticias soviética Tass. Gramsci fue el primero en ser interrogado, el 30 de mayo, y confirmó que era un diputado y periodista comunista. Pero negó su participación en cualquier clase de actividad clandestina, principalmente porque hacía ya varios años que seis agentes de policía lo seguían a todas partes, supuestamente para protegerlo pero en realidad para vigilarlo. En ese momento, esa era su mejor defensa posible. ¿Cómo podría haber hecho las terribles cosas de las que lo acusaban estando bajo vigilancia constante? Cuando el presidente del tribunal le preguntó qué quería decir en sus textos cuando “hablaba de la guerra y de la toma del poder por el proletariado”, Gramsci respondió: “Pienso, señor general, que, tarde o temprano,

todas las dictaduras de tipo militar terminan derrocadas por la guerra. En dicho caso, me parece evidente que toca al proletariado suplantar a la clase gobernante, tomando las riendas del país para enalzar los destinos de la nación”.[251]

Al cerrar el caso en su contra, el 2 de junio, el fiscal Michele Isgrò afirmó: “Durante veinte años, debemos impedir que este cerebro funcione”. El 4 de junio, Gramsci fue sentenciado a veinte años, cuatro meses y cinco días de cárcel. Sus compañeros detenidos recibieron condenas similares. De inmediato, se presentó una apelación en nombre de todos, que fue rechazada casi enseguida. Al principio se suponía que enviarían a Gramsci a la cárcel de Portolongone, en la isla de Elba, 90 kilómetros al sur de Livorno. Pero dado su estado de salud, que solo empeoraba, su hermana Teresina le escribió a Mussolini solicitando un exhaustivo examen médico y su traslado a un hospital donde pudiera recibir la alimentación adecuada y los cuidados que requería su constitución débil, para sobrellevar su condena de una manera más humana. El informe médico, fechado el 6 de julio, estableció que Gramsci había perdido recientemente 12 piezas dentales y sufría gingivitis con formación de abscesos, causada por una perturbación urémica (disfunción renal) y acompañada por agotamiento nervioso. Se decidió su traslado a Turi, una penitenciaría reservada para reclusos enfermos en el sudeste del taco de la bota de Italia. Mussolini anunció ante la prensa que eso era una muestra de la cara humana de su régimen y contrastó el tratamiento prodigado a Gramsci con las expulsiones, los encarcelamientos y las ejecuciones sumarias que habían afrontado algunos de sus viejos camaradas en Moscú.



Una de las campañas internacionales en reclamo de la liberación de presos políticos del fascismo



Celda de Antonio Gramsci en Turi, tal como se conservaba hacia 1950

---

[235] Gramsci, *Letters from Prison*, vol. 1, ed. Rosengarten, ob. cit., pp. 70-71 [carta del 12 de febrero de 1927 a Julia y Tatiana. N. de E.].
[236] Íd. [N. de E.]
[237] Carta del 19 de febrero de 1927. [N. de E.]
[238] Carta del 11 de abril de 1927. [N. de E.]
[239] Mack Smith, ob. cit., p. 147.
[240] Carta del 9 de abril de 1927. [N. de E.]
[241] Carta del 18 de abri de 1927. [N. de E.]
[242] Carta del 11 de abril de 1927. [N. de E.]
[243] Gramsci, *Letters from Prison*, vol. 1, ed. Rosengarten, ob. cit., pp. 118-119 [carta del 4 de julio de 1927. N. de E.].
[244] P. Spriano, *Antonio Gramsci and the Party. The Prison Years*, Londres, 1979, p. 26.
[245] Gramsci, *Letters from Prison*, vol. 1, ed. Rosengarten, ob. cit., p. 138 [carta del 19 de diciembre de 1929. N. de E.].
[246] Carta del 12 de marzo de 1927. [N. de E.]
[247] Spriano, ob. cit., pp. 40, 44, n. 10.
[248] Ibíd., pp. 33-48.
[249] Gramsci, *Letters from Prison*, vol. 1, ed. Rosengarten, ob. cit., p. 83 [carta del 12 de septiembre de 1927. N. de E.].
[250] Ibíd., p. 199 [carta del 23 de abril de 1928. N. de E.].

[251] Fiori, ob. cit., p. 230 [diálogo reconstruido por uno de los defensores, Giuseppe Sardo. N. de E.].

17. La llegada a Turi, en las cercanías de Bari

El viaje de Antonio Gramsci desde Roma hasta la cárcel de Turi fue, según le escribió a Tania unos días después de su llegada, otra antesala del infierno. Le habían prometido un certificado médico para aliviar sus condiciones de viaje, pero, misteriosamente, se había extraviado en el momento de la partida. El viaje, en un tren penitenciario común, con grilletes y esposas, duró doce días. Traqueteando rumbo al Sur entre paradas en calabozos de sucias cárceles provinciales, el enorme gusano avanzaba en la dirección opuesta a la formación que lo había trasladado de Ustica a Milán. Gramsci había atribuido su enfermedad en Roma a un problema renal sumado a sus dolencias habituales, no bien arrancó el tren, esto se reavivó y empeoró muchísimo. En Caserta, aproximadamente a un tercio del trayecto completo a Turi, un médico local sin muchas pulgas le diagnosticó herpes zóster, comúnmente conocido como *fuoco di sant'Antonio* (culebrilla), una infección viral de los nervios que causa un sarpullido muy doloroso y desagradable de ver que puede durar meses y causar incomodidad permanente y daño nervioso. La culebrilla, según le comentó Gramsci a Tania con patente sarcasmo, era una de las pocas enfermedades que aún no había padecido. El médico de Caserta se negó a darle la gasa que necesitaba para vendar sus llagas porque los soldados en batalla habían pasado ni más ni menos que seis días en la frontera sin que nadie les vendara las heridas. Después exigió, a modo de pago, la mitad de la enorme bolsa de cerezas que Tania le había enviado desde Roma. La enfermedad empeoró todavía más: "En Benevento pasé dos días y dos noches infernales; me retorcía como un gusano. No podía estar sentado, parado o acostado, no lograba aliviar el dolor".[252]

Pero quizá no fuera culebrilla después de todo. El médico de la cárcel de Benevento, más compasivo que el de Caserta, le diagnosticó erisipela, una infección bacteriana subcutánea que causa sarpullidos, dolor muscular y forúnculos en todo el cuerpo. No podía ofrecerle ningún tratamiento, así que le aconsejó dejar que la infección siguiera su curso, que podía durar semanas más que meses.[253] Tampoco pidió que le pagaran, pero Gramsci le obsequió el resto de las cerezas como muestra de agradecimiento por su diagnóstico tranquilizador. El dolor se fue entre Benevento y Foggia, y el sarpullido y los forúnculos empezaron a desaparecer y secarse. Gramsci permaneció cinco días en Foggia, y al tercero ya se sentía un poco mejor. El dolor era apenas tolerable cuando estaba acostado, pero aun así se las ingeniaba para dormir unas horas cada noche. Finalmente, llegó a Turi, en las cercanías de Bari, el 19 de julio, con la piel aún inflamada y problemas para tragar y digerir la comida, respirando con dificultad e incapaz de caminar unos pasos sin apoyarse en alguien. Cada movimiento requería una cuidadosa planificación y largos minutos para recuperar el aliento. Por todo eso, casi no había pegado un ojo durante todo el viaje. Encontró cierto consuelo en las dos cartas que lo esperaban: una de Tania y otra de su hermano Carlo, con un billete de 250 liras de bienvenida dentro del sobre.

La penitenciaría especial de Turi era un edificio tradicional, bastante bajo, tipo castillo de cuatro pisos, construido con piedras del lugar y rodeado por una suerte de foso cuyos altos muros desalentaban la fuga y demarcaban los patios de ejercicios. Las ventanas de las celdas tenían barrotes gruesos, pero por suerte eran grandes y tenían postigos contra el frío invernal y el sol estival. A diferencia de las cárceles de Roma y Milán, dejaban entrar el aire y la luz. No había necesidad de calcular cuántos minutos y horas de sol cabía esperar, ni hasta dónde llegarían los rayos que calentarían su celda. Para empezar, lo encerraron en una especie de área de cuarentena o evaluación antes de asignarlo a un sector permanente de la cárcel. Su primera celda fue un dormitorio que compartía con otros cinco reclusos, que no conocía y provenían de otros puntos de Italia, recelosos como solo podían serlo los extraños en la cárcel. Un par de semanas después, lo trasladaron de celda; allí permaneció

con otros cuatro reos, todos presos políticos, que padecían diversas dolencias bronquiales y pulmonares. Pudo dormir un poco mejor y fue un verdadero alivio compartir noticias y opiniones con otros *politici*, aunque pertenecieran a diferentes facciones y movimientos, pero su mayor preocupación era contagiarse alguna peste, además de todo lo que ya padecía. En cuanto pudo, pidió ver al director de la cárcel, Gerlando Parmegiani, quien le informó a boca de jarro que había recibido estrictas instrucciones “de arriba” para que el *onorevole* Gramsci recibiera el mismo tratamiento que cualquier otro prisionero. Las autoridades ya habían mostrado compasión al no enviarlo al infierno de una cárcel normal sino allí, a la Casa Penale Speciale de Turi, un lugar con experiencia, servicios e instalaciones especializadas para atender a reclusos enfermos. Pero Gramsci no veía nada de eso. Turi le parecía una cárcel ordinaria, excepto por la preponderancia de presos de salud frágil y de edad avanzada, lo cual aumentaba el riesgo de contagio. En su respuesta se permitió recordar lo más cortésmente que pudo que “fui arrestado mientras todavía estaba vigente mi mandato parlamentario. Por ende, debería dispensárseme un tratamiento análogo a aquel que se destinaría eventualmente a un cardenal en estado de detención. Con todo, veo que no se me trata siquiera como a un sacristán”.[254] El director se limitó a repetir que aplicaría las reglas normales, incluido –y aquí recogió las dos cartas que Gramsci ya les había escrito a Tania y a su madre– el envío de una sola carta por quincena. Le pidió a Gramsci que indicara cuál de las dos deseaba enviar en aquel momento y cuál tendría que esperar otras dos semanas. Después, a modo de advertencia, le recordó lo que el propio Gramsci ya le había escrito a Tania: jamás debía enviarle nada, a menos que él se lo pidiera.

El médico de la cárcel, el doctor Cisternino, responsable de la rudimentaria atención médica en la prisión, fue todavía menos compasivo con Gramsci y se negó a verlo durante varios días. Cuando por fin accedió, realizó un examen de rutina y se limitó a leer lo que había escrito el médico de Benevento. Comentó que Gramsci parecía estar en vías de mejorar aunque agregó que, por supuesto, como buen fascista que era, nada le gustaría más que verlo muerto. Gramsci luego se enteraría de que, cuando la gente

del pueblo requería sus servicios por las noches, Cisternino se asomaba por la ventana y fijaba sus honorarios –"¿Es una consulta de 5000 liras, de 10.000 liras?"– antes de dignarse a bajar. A mediados de agosto de 1928, Antonio logró que le asignaran una celda individual por causas médicas y le escribió a Tania que el Tribunal Especial lo había sentenciado a la cárcel, pero no había especificado que su sentencia debiera ser agravada por la tuberculosis. Pero, para su enorme desazón, la nueva celda era contigua a la sala de los guardiacárceles, con ruidosas entradas y salidas durante todo el día y toda la noche. Jamás volvió a dormir una noche de corrido en Turi, y las perturbaciones y la privación del sueño se convirtieron en su peor tormento y pesadilla.

Desde el inicio de su encarcelamiento, Gramsci sabía que las primeras semanas y meses serían los más duros. Además de la incertidumbre y las molestias del período de cuarentena y evaluación, también debía acostumbrarse a ese lugar horrible, lo que en su caso equivalía a negar la evidencia que le ofrecían sus cinco sentidos y su intelecto, para así convencerse de que en realidad no era tan horrible como parecía. Nunca había sido propenso al autoengaño y –según le escribió a Julia– para entonces vivía en constante temor de ser devorado por la rutina carcelaria. Observando a los otros reclusos, Gramsci detectó que los que estaban encerrados desde hacía poco más de un año ya se habían aclimatado, resignados a su destino; pero cuando observaba a los que estaban en la cárcel desde hacía cinco, ocho o diez años, y veía hasta qué punto se les había retorcido la mente, entonces sí temía por su propia suerte. Seguramente algunos de esos hombres habían pensado, al comienzo, que jamás se rendirían. Pero sin darse cuenta –tan lento y molecular era el proceso–, habían cambiado por completo, y precisamente ese cambio les impedía comprender qué había ocurrido. Por supuesto que él intentaría resistir, pero ya no podía reírse de sí mismo como antes, y eso era una señal de alarma. Tras cumplir poco más de seis meses de su sentencia, le escribió a Tania que muchas veces caía en el estado de trance del hombre que se ahoga, característico de los presidiarios de larga data, que ya no razonan mediante conexiones realistas sino por intuición mágica.

La sentencia más larga del Tribunal Especial, los casi veinte años que habían reemplazado a los cinco iniciales de *confino*, era de carácter terminante. Fue la última palabra de Mussolini para con su colega periodista del *Avanti!* y su viejo camarada del Partido Socialista. Si podía concebirse alguna clase de futuro en el nuevo orden de la Italia fascista, que ya comenzaba a sentirse como un orden permanente, esto parecía una cadena perpetua. Por fin, en Turi, los viajes y las breves paradas entre cárceles parecían un extraño interludio, y Gramsci se encontraba instalado en una celda propia; así, se dio cuenta de que por lo pronto no iría a ninguna parte. Por sombrío que fuera, esto le otorgó una suerte de paz. La lucha había terminado; como expresaría cada vez con mayor firmeza en el transcurso de sus años en presidio, estaba fuera de servicio activo. Pero la cosa no se limitaba a una retirada del frente de batalla. La guerra que apenas meses atrás le había descripto con tanto orgullo a su madre había sido irrecuperablemente perdida. La revolución proletaria y la construcción del socialismo eran un fracaso sin gloria (al menos en Italia, y muy probablemente también en el resto de Europa). Lo único que quedaba era intentar comprender las razones de la derrota; pretender otra cosa no sería más que un nuevo autoengaño. El *onorevole* Antonio Gramsci, anteriormente delegado ante el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista –que, como vimos, utilizaba el abruptamente moderno acrónimo Ispolcom–, y más recientemente secretario del PCd'I y diputado por la región del Véneto en la Cámara Baja del Parlamento italiano, era ahora "Gramsci A., prisionero 7047" en la cárcel estatal para convictos enfermos de Turi. El severo crítico que aspiraba a liderar el Estado italiano estaba entonces entre sus cautivos más impotentes, en cuerpo aunque jamás del todo en espíritu.

Como para subrayar esta transformación, los guardias en Turi eran muy diferentes de los matones ansiosos e irritables que había conocido en Roma, Milán y las demás cárceles del camino. Eran más serenos, y en algunos casos más amables, porque comprendían que era la mejor manera de pasar el día laboral para ellos y para aquellos a quienes vigilaban, y para el caso todos los días laborales que constituirían sus carreras y sus condenas. Esto no quiere decir que les hicieran la vida fácil a los presos, o a

Gramsci en particular, pero en la mayoría de los casos su crueldad era involuntaria e insensible antes que voluntariamente maliciosa. El ruido de la sala de los guardias contigua a la celda del diputado era casi constante, día y noche: entraban y salían, conversaban y bromeaban entre ellos, hablaban por teléfono y se relevaban. Era su lugar de trabajo, y requería la misma clase de procedimientos, tareas, colaboración práctica y comunicación ordenada que cualquier otro trabajo. Sin embargo, comprender todo esto no volvía más soportable la situación.

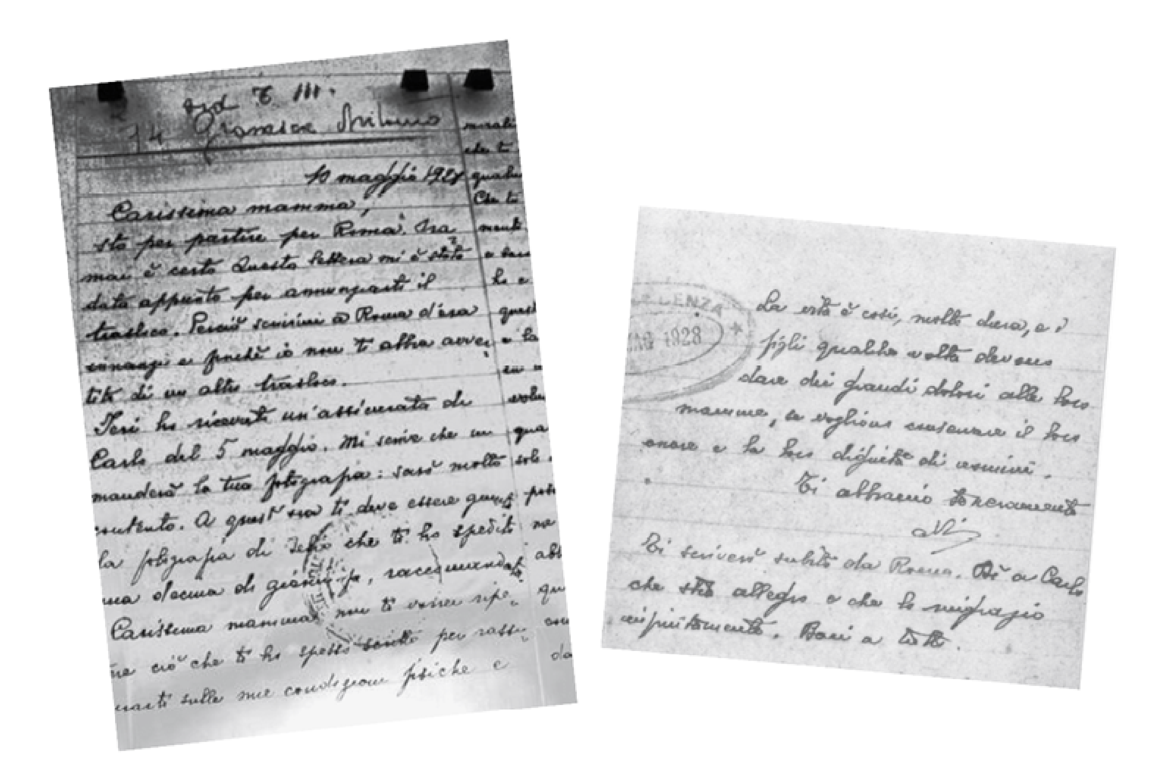
Al igual que todos los reclusos con un gramo de inteligencia y curiosidad, Gramsci buscaba relatos y crónicas acerca de la vida carcelaria en los libros, diarios y periódicos que mandaba pedir o que se cruzaban en su camino, con la intención de elevar su miserable existencia a la tradición histórica del encarcelamiento, y muchas veces tomaba notas en sus cuadernos. El primer relato que captó su atención pertenecía a Jacques Rivière, un ensayista y editor francés que había pasado algunos años como prisionero de los alemanes durante la Primera Guerra Mundial. Inmediatamente después de una requisa en su celda durante la cual le fueron confiscados los fósforos, algunos alimentos prohibidos, el papel para escribir y un libro sobre Goethe, Rivière escribió:

> Pienso en todo lo que me han robado: me siento humillado, avergonzado, desnudo. Anhelo mi liberación, pero ya no estoy seguro de llegar vivo hasta entonces. Esta miseria lenta me devora más que un solo calvario. Me acecha por los cuatro costados, entra en mi celda y entra en mí, me roba lo poco que me queda y me descarta en un rincón como un pedazo de basura. No hay nada más deprimente que esperar que este mal me posea, y ser por completo impotente para evitarlo. Todos los prisioneros conocen este peso sobre el corazón, esta incertidumbre profunda, esta constante sensación de vulnerabilidad e indefensión ante cualquier cosa que puedan infligirte, desde el padecimiento menor de unos pocos días en confinamiento solitario hasta la muerte misma. Lo único que puedes hacer es ponerte de espaldas, volverte lo más pequeño posible.[255]

A esta cita Gramsci le anexó una nota propia a comienzos de 1930, basada en sus propias observaciones acerca de los efectos individuales y colectivos del confinamiento:

> El llanto en prisión: los demás sienten si el llanto es "mecánico" o "angustiado". Distinta reacción cuando alguien grita "¡Quiero morir!". Ira e indignación o simple barullo. Se siente que todos están angustiados cuando el llanto es sincero. Llanto de los más jóvenes. La idea de la muerte se presenta por primera vez (uno se vuelve viejo de golpe).

Gramsci leía mucho y con voracidad durante su primer período en Turi, tanto lo que encontraba en la sorprendentemente bien provista biblioteca de la cárcel como en los libros y periódicos que recibía de Sperling & Kupfer desde Milán, cortesía del siempre leal Piero Sraffa, y los que había llevado consigo a la cárcel. Los diarios y artículos provenían de una extensa cultura literaria europea que tuvo su auge en las décadas de 1920 y 1930, y eran una valiosa guía para un lector inteligente en su primera etapa de formación. Gramsci leía todo lo que caía en sus manos, aunque fueran textos patrocinados por la Iglesia católica y el Estado fascista, y pedía que le enviaran libros que le parecían especialmente interesantes o habían tenido reseñas favorables. Pero por el momento eran lecturas aleatorias y sin rumbo, demasiado parecidas a leer por ocio y placer en vez de hacerlo con algún propósito político claro, o incluso intelectual. De acuerdo con lo que le escribió a Tania, sentía que devoraba los libros, uno después del otro, como una especie de glotón literario y que –aunque con un objetivo más claro que la mayoría de los otros presos– estaba matando el tiempo.



Ord. T. III.
74 Gramsci Antonio

10 maggio 1928

Carissima mamma,
sto per partire per Roma. Ormai è certo. Questa lettera mi è stata data appunto per annunziarti il trasloco. Perciò scrivimi a Roma d'ora innanzi e finché io non ti abbia avvertito di un altro trasloco.
Ieri ho ricevuto un'assicurata di Carlo del 5 maggio. Mi scrive che mi manderà la tua fotografia: sarò molto contento. A quest'ora ti deve essere giunta la fotografia di Delio che ti ho spedito una decina di giorni fa, raccomandata.
Carissima mamma, non ti voglio ripetere ciò che ti ho spesso scritto per rassicurarti sulle mie condizioni fisiche e

La vita è così, molto dura, e i figli qualche volta devono dare dei grandi dolori alle loro mamme, se vogliono conservare il loro onore e la loro dignità di uomini.
Ti abbraccio teneramente
Nino

Ti scriverò subito da Roma. Di' a Carlo che stia allegro e che lo ringrazio infinitamente. Baci a tutti.

Fragmentos de la carta en que Gramsci anuncia a su madre el traslado de Milán a Roma, 10 de mayo de 1928



Portada de *Solidarietà*, “revista de los grupos italianos del Socorro Rojo” con sede en París, que denuncia el accionar del Tribunal Especial fascista

---

[252] Gramsci, *Letters from Prison*, vol. 1, ed. Rosengarten, ob. cit., p. 213. Hoy en día, la erisipela es fácil de tratar con antibióticos y por lo general se cura como máximo en catorce días. Es más leve que la culebrilla, que el autor padeció durante la escritura de este libro.

[253] Fiori, ob. cit., p. 233.

[254] Gramsci, *Prison Notebooks*, ed. Buttigieg y Callari, ob. cit., vol. 1, pp. 176-177.

[255] Hay otra cita de Jacques Rivière en la introducción de Susan Sontag a la *Story of the Eye* (Londres, 2001), de G. Bataille, donde atribuye a la imaginación pornográfica la observación de Bataille sobre el “arte que se

transforma en una actividad por completo no humana, una función suprasensorial, una suerte de astronomía creativa” (p. 90), y en líneas generales asocia sus escritos con los comienzos del dadaísmo y el surrealismo. [Rivière fue un editor clave del siglo XX; dirigió la Nouvelle Revue Française. Gramsci lo cita en el cuaderno I (XVI), § (80), donde también figura el tramo acerca del llanto en prisión. N. de E.]

18. Nuevos tormentos

En el invierno de 1928-1929, la salud de Gramsci volvió a deteriorarse, con infecciones renales recurrentes que le dificultaban mantenerse de pie y moverse por la celda. Debía permanecer sentado durante los períodos de ejercicio, o esperar que los otros reclusos lo ayudaran a pararse y caminar. En diciembre, Tatiana Schucht –aún sin recuperarse del todo de sus enfermedades y su neurastenia– hizo el largo y arduo viaje –que significaba cruzar el país desde Milán hasta Turi– y alquiló una habitación por dos semanas en una posada cerca de la cárcel. Pudo visitar a Antonio casi todos los días. En esta ocasión, Gramsci era el hostil y Tania quien quedaba perpleja. Antonio estaba enfermo e inmovilizado y hacía ya muchos meses que no veía a nadie de su familia. Esto era una suerte de explicación, si no excusa, pero de todos modos Tania se esforzaba por comprender su mal humor. Era un aspecto de su personalidad que hasta entonces solo había dejado traslucir en alguna que otra observación sarcástica o en trechos especialmente agraviantes de sus cartas, o en comentarios hechos al pasar por sus hermanas, pero que entonces predominaba. Antonio le reclamaba –en persona y por carta– cosas que había pedido y no había recibido, como las "habas americanas"[256] que usaba para perfumar su tabaco, o la regañaba por haber enviado artículos, principalmente ropa y comida, que eran confiscados por reglamento antes de llegar a sus manos y solo servían para ganarle reprimendas de Gerlando Parmegiani, el director del presidio. Tal vez se pueda perdonar a Tania por recordar los ácidos comentarios de los Schucht acerca de la rudeza y el malhumor de Antonio, como un carnero que ha perdido un ojo y camina en círculos sin parar, como había dicho Julia Grigorievna. En otra de sus visitas, Gramsci sacó el tema de las gestiones que Tania había realizado ante un empleado ministerial pidiendo que lo transfirieran al penal especial para

convictos enfermos en Soriano, cerca de Viterbo y mucho más cerca de Milán, lo que facilitaría sus visitas. Había dicho, y continuaba diciendo, que actuaba en nombre de Antonio, pero jamás lo había consultado al respecto.[257] Y después estaba el continuo silencio de Julia, por el que parecía creer que Tania debía dar explicaciones. Hacía meses que su esposa no se comunicaba con él, ni siquiera con un mensaje breve deslizado en el sobre o transcripto en las cartas de Tania. La última esquela de ese tipo, enviada en el verano de 1928, había sido especialmente confusa; unas pocas oraciones cortas plagadas de efusivas declaraciones de afecto y simpatía –"¡Siento que por fin te conozco!", había escrito, sin ofrecer una causa obvia para semejante revelación–, acompañadas por dos encantadoras fotografías de ella y los niños.[258] Gramsci le escribió, con cauta satisfacción: "Estoy verdaderamente feliz". Y después silencio.

Antonio le escribió, con la mayor amabilidad posible, cuánto añoraba el contacto y le pidió una "impresión inmediata, directa y vital" acerca de su vida y la vida de los niños.[259] A falta de eso, sentía que su vida estaba "congelada y paralizada". Le había querido enviar un cortapapeles de madera que había tallado durante más de quince días; una vez que consiguió hacérselo llegar, le preguntó si le había gustado: "¿Sabes que me costó casi un mes de trabajo y las yemas de los dedos medio gastadas?". Le preguntó cómo "interpretaba" Delio el meccano que le había enviado para su cuarto cumpleaños y qué pensaba su padre Apollon, con sus amplios estudios sobre Rousseau y otros pedagogos clásicos, acerca de los progresos del niño. En conclusión, le pedía: "Querida, escríbeme más, y más largamente". Una vez más, no hubo respuesta. Antonio se convenció de que le estaban ocultando algo. Volvió a enfurecerse cuando descubrió que aún no le habían dicho a Delio que su padre estaba en la cárcel y culpó a Tania por eso, con una referencia obvia a su propia experiencia infantil. ¿Acaso a nadie se le había ocurrido pensar que Delio podría enterarse por otra persona? Era la peor manera de descubrir algo tan grave, porque si eso sucedía, el niño desconfiaría de todo lo que le dijeran los adultos y se encerraría en sí mismo. Empezó a imaginar cosas basadas en sus peores miedos y fantasías. Los niños eran criaturas

racionales y podían comprender incluso los temas más serios. De hecho, eso los fortalecía, porque se sentían respetados y dignos de confianza, en vez de abandonados e ignorados.

En febrero de 1929, unos siete meses después de su llegada a Turi y casi dos años después de su primera y fracasada solicitud, Gramsci finalmente obtuvo permiso para escribir en su celda. Eso significaba que podía tomar notas de sus lecturas e imponer a sus reflexiones una estructura, un orden y un propósito de los que hasta el momento carecían. Lo que había sido un pasatiempo para distraerse podría convertirse en un programa de estudio e investigación que daría por resultado alguna clase de producto escrito. Este fue un momento de profunda liberación para Gramsci, una mejora inmensa en sus condiciones de vida. Una vez más, su hermano Carlo había ayudado contratando al abogado que hizo la petición ante las autoridades penitenciarias. Con su salud en franca mejoría gracias al paso del invierno a la primavera, Gramsci encaraba el futuro con renovado vigor y entusiasmo. El 24 de febrero le escribió a Tania: "La terapia de reconstituyentes que hice me ayudó enormemente. Aquí el tiempo es relativamente menos despiadado que en otros lugares. […] Pasé el invierno mucho mejor que en Milán, ni hablemos del invierno de 1926-1927, porque lo pasé viajando, con ropa de verano, en los celulares que habían pasado toda la noche cubiertos de nieve".[260] Los primeros meses de 1929 lo encontraron de mejor ánimo, le aseguró. Incluso podría sacar algo que valiera la pena de aquel tiempo miserable de confinamiento solitario. "¿Sabes? Ya estoy escribiendo en la celda.[261] Por el momento solo hago traducciones para volver a tomarles la mano; mientras tanto, pongo en orden mis pensamientos". Incluso recibió un mensaje de Julia en mayo –bastante largo y expansivo para sus estándares– con noticias de los niños, sus progresos y sus rutinas diarias. Delio estaba por cumplir 5 años y ya iba a la escuela. Medía más de 1 metro de estatura y pesaba 25 kilos. Apollon había comentado que era muy extrovertido y expresivo, como un ingeniero o un aviador; parecía destinado a recorrer el mundo y dejar su marca, y servir a la gran causa de la construcción socialista como lo habían hecho su padre y su abuelo. Giuliano, que cumpliría 3 años en agosto, era mucho más introvertido en comparación con su

hermano, siempre sumido en sus pensamientos y sensaciones, y muy cuidadoso en sus respuestas a otras personas y a cosas. Quizá tenía inclinaciones artísticas, como su madre y su bisabuelo materno. Antonio le escribió a Julia para agradecerle las noticias y las cálidas observaciones que había hecho su padre sobre los niños. Había pasado varios días pensando en ellas, como un naturalista que encuentra un diente o un pequeño hueso en una cueva prehistórica y trata de reconstruir, a partir de esos hallazgos mínimos, un animal extinto del tamaño de una ballena.

Antonio comentó que su estado mental era pasivo y apático. Eso quizá le parecía paradójico a Julia, sobre todo a la luz de su mejoría física y el permiso para escribir en la celda; pero a su entender era una señal favorable de su adaptación a la vida carcelaria y su superación del miedo a la muerte, que era la raíz de todos los fenómenos psicológicos que veía a su alrededor. Los presos tenían terror a morir antes de ser liberados. La reclusión era una especie de muerte lenta e inexorable para la mayoría y les resultaba degradante comprender que estaban atrapados sin posibilidad de escapar. O bien podían reconciliarse con su destino y extraer de esa reconciliación una fuerza serena (como la que él sentía en ese momento). Se estaba convirtiendo en un verdadero faquir: pronto tragaría espadas y caminaría descalzo sobre hojitas de afeitar Gillette. Por el momento, estaba absolutamente calmo y ni siquiera la prolongada falta de noticias le producía ansiedad, aunque sabía que eso podía remediarse con un poco de buena voluntad por parte de Julia. Le aseguró:

> ¡Mira que no quiero hacerte reproches! En estos días releí tus cartas de un año a esta parte y eso me hizo sentir nuevamente tu ternura. ¿Sabes? Cuando te escribo, a veces me parece que soy demasiado seco y áspero en comparación contigo, que me escribes con tanta naturalidad. Me da la sensación de ser como cuando alguna vez te hice llorar, especialmente la primera vez (¿recuerdas?), cuando fui malo contigo adrede.[262]

En su primera carta dirigida a Delio, que colocó dentro del sobre destinado a Julia, Gramsci le pidió a su hijo que le escribiera cartas en cuanto pudiera, aunque tuviera que dictárselas a los adultos. “Sé que construyes aeroplanos y trenes, y participas activamente en la industrialización del país. Pero, a fin de cuentas, ¿esos aviones vuelan de verdad y esos trenes andan? ¡Si estuviera allí contigo, pondría mi cigarrillo en la chimenea, de modo que se viese un poco de humo!”.[263] A fines de junio y comienzos de julio, le llegó otra oleada de cartas y fotos de Julia. Por eso, le confirmó la recepción a Tania, con exultancia. Julia le contó un altercado entre los niños: Giuliano había roto un sombrero de papel de diario que Delio había llevado a casa desde la escuela. Delio se había puesto a arreglarlo con gran determinación y una veta práctica que Julia no creía que hubiera heredado de ella ni tampoco de él, más afín a las tendencias literarias y filosóficas. Antonio le respondió lo siguiente:

> Te equivocas si crees que de niño yo tenía tendencias… literarias y filosóficas. Al contrario, era un intrépido pionero y no salía de casa sin llevar en el bolsillo unos granos de trigo y unos fósforos envueltos en retazos de tela encerada, por si se daba el caso en que fuese a dar a una isla desierta y quedase librado a mis medios. Además, era un osado constructor de barcos y carros, y conocía al dedillo todo el léxico del mundo marinero: mi mayor triunfo fue cuando un latero del pueblo me pidió un modelo en papel de una soberbia goleta, para reproducirla en hojalata.[264]

La siguiente carta de Julia, que llegó a manos de Gramsci apenas una semana más tarde, incluía una nueva foto de sus hijos. Antonio le escribió, a vuelta de correo, que lo había hecho muy feliz. Más allá de todo, le agradaba ver que los niños tenían cuerpos y piernas. Durante tres años no había visto más que sus cabezas y estaba empezando a sospechar que se habían transformado en querubines, solo que sin alitas detrás de las orejas. Delio parecía entender la necesidad de posar para la cámara y se tomaba muy en serio a sí mismo, pero su ansiedad por pasar a otra cosa era evidente. Giuliano, por su parte, miraba fijamente aquel objeto

misterioso, sin saber si había alguna sorpresa desagradable detrás. En cualquier momento podía saltar un gato enojado, o un magnífico pavo real. ¿Por qué otro motivo le habrían pedido que mirara en esa dirección y no se moviera? Antonio le pidió a Julia más fotos de ella, al menos una vez al año. De lo contrario, se le ocurrían toda clase de tonterías. Empezaba a imaginar que había envejecido y estaba mucho más débil, con montones de canas y arrugas. También le pidió una foto grupal con los niños, porque el grupo brindaba una imagen más vívida y una idea de las relaciones entre las personas, que a su vez le permitiría imaginar otros episodios de la vida real y olvidarse del fotógrafo y su cámara cuidadosamente apuntada con todos sus gatos y sus pavos reales.

Temía no haber expresado nunca con claridad cuánto la valoraba, cuánto admiraba la fortaleza que había tenido ella para soportar las cargas más pesadas del matrimonio, tanto durante los breves períodos que habían compartido como en sus prolongadas separaciones. Parte de su reticencia podía explicarse por la deferencia de Julia hacia él, que lo hacía sentir como un granjero que evalúa el ganado. Todavía seguían luchando, casi treinta años en el nuevo siglo, con nociones tradicionales acerca de cómo debían comportarse los hombres y las mujeres. Se suponía que Antonio debía ser fuerte y autoritario, cosa que con toda honestidad rara vez sentía, mientras que Julia supuestamente debía ser débil y sumisa, cosa que él sabía que esta no era. Pero no podían quitarse las cargas de la historia y las convenciones sociales. El nuevo hombre y la nueva mujer del socialismo, plenamente conscientes, autónomos y liberados, tardarían en llegar. Es más –hacía ya un tiempo que Antonio lo reconocía para sus adentros, pero recién entonces confiaba en que Julia pudiera comprenderlo–, sentía unos celos tontos de la intimidad de su esposa con los niños y un profundo resentimiento por no poder desempeñar un papel más activo en su crianza. Le habría encantado participar íntimamente en el cuidado de sus hijos y ayudarlos a crecer en todos los niveles: emocional, intelectual, incluso pedagógico. Más allá de todo, habría contrarrestado la influencia de Rousseau que los Schucht habían absorbido en sus viajes por la Europa cosmopolita, todas esas insensateces bohemias de dejar que los niños crezcan de manera

natural y espontánea, sin ninguna dirección. "Pero […] quizá te irrité [al mencionar a] Rousseau, que ya una vez (¿recuerdas?) te hizo enojar tanto".[265] O aquella otra vez, un par de años antes, cuando había tenido la temeridad de recomendarle, vía Tania, que leyera *La ninfa constante*, de Margaret Kennedy, una novela inglesa un poco tonta pero muy popular sobre una familia de músicos liderada por un patriarca caprichoso, "hijos de la naturaleza" que andaban errantes por los "desiertos de Bohemia" en una atmósfera ideológica muy particular y donde, para rematar, la adolescente heroína moría de dolores por crecer.[266]

Después volvió el silencio. Entre julio de 1929 y julio de 1930 Gramsci recibió una sola carta de Julia, a fines de diciembre. Era breve y de rutina, unos pocos comentarios al azar sobre los niños garrapateados entre otras tareas obviamente más importantes. Delio se había perdido en la manzana del edificio; a Giuliano le gustaba ayudarla a lavar los platos; los dos habían salido a jugar con la nieve. Sus cartas anteriores habían sido atrapantes relatos de su vida cotidiana; esta parecía una carga, una tarea realizada a desgano mientras pelaba las papas o fregaba el piso. A vuelta de correo, Gramsci le escribió que su salud y su ánimo habían empeorado durante el invierno, debido en parte a la falta de comunicación por parte de su esposa y la creciente sensación de que estaba perdiendo el contacto con su familia, en particular con sus hijos. Admitió que no sabía casi nada de su desarrollo, pero, a juzgar por lo que decía Julia, Delio parecía muy retrasado para su edad. A los 5 años y medio no sabía cómo regresar a su casa, aunque estuviese muy cerca, en el mismo predio del edificio. No pudo dejar de recordar que, cuando él tenía menos de 5 años, se movía con total libertad y autonomía por su pueblo y alrededores. Sin haber viajado más de un par de kilómetros en cada dirección, podía señalar en un mapa el pueblo donde vivía y las grandes ciudades de Italia. Le parecía lo normal. Los niños pequeños absorbían enormes cantidades de información que los orientaba en ese período inicial de pensamiento lógico a medida que aprendían a hablar.

Aun a riesgo de hacer que se enoje, se vio obligado a mencionar a Rousseau. El problema radicaba en que la concepción que tenía

Julia (al igual que otros miembros de su familia) acerca del desarrollo infantil era demasiado metafísica. Presuponía que la totalidad de la persona ya estaba latente en el niño y que solo había que ayudarla a emerger, dejando que las espontáneas fuerzas de la naturaleza hicieran su trabajo. En cambio, un niño debía ser formado y orientado conscientemente por las normas y los estándares de sus circunstancias sociales y su época histórica. De lo contrario, no estaría preparado para desempeñar un papel pleno y útil en ellas. Adoptaría malos hábitos y quién sabe cómo sería su personalidad. Pensar la educación como el acto de desenrollar un hilo que ya existía había servido para contrarrestar el pernicioso adoctrinamiento de los jesuitas y los efectos opresivos de aprender de memoria, pero ya había pasado de moda. La educación podía ser sistemática y rigurosa sin anular la curiosidad natural y el amor por el aprendizaje, y podía ayudar al niño a relacionarse con el mundo que lo rodeaba en vez de dejarlo solo, abandonado a sus propios medios y recursos, y abrumado por sensaciones externas. Por extraño que pareciera, el psicoanálisis freudiano estaba reviviendo la idea del buen salvaje, corrompido por la sociedad y la historia, bajo una forma nueva y todavía más insidiosa.

Para concluir, Gramsci admitía que quizá estaba extrapolando demasiado de la escasa información que le brindaban los esporádicos mensajes de Julia y los informes de segunda mano de Tania. Recurriendo una vez más a la analogía naturalista, reconocía el peligro de empezar por un hueso de la cola de un ratón y terminar con una serpiente marina. El 13 de enero de 1930, le escribió a Tania sobre el silencio casi total de Julia: no quería que ella pensara que él estaba enojado; en realidad, ya no le importaba. No quería amargarse de furia ni pasar semanas enteras con migraña castigándose por algo (no sabía qué) que quizá había dicho para causar ese alejamiento. Le pidió a Tania que no mencionara el tema cuando volviera a visitarlo o a escribirle. A partir de ese momento debía limitarse a compartir las noticias que recibía, sin exhortarlo ni sermonearlo. Después se explayó acerca de una colección de cartas y escritos que estaba leyendo, textos de Silvio Spaventa, un patriota italiano encarcelado por participar del Parlamento Napolitano en 1848.[267] Gramsci estaba impactado por la similitud

del relato de Spaventa, “en el lenguaje de la época, no poco romántico y sentimental”, y sus años en prisión con “ciertos estados de ánimo similares a aquellos por los cuales suelo pasar”. Spaventa le escribió a su padre en 1853:

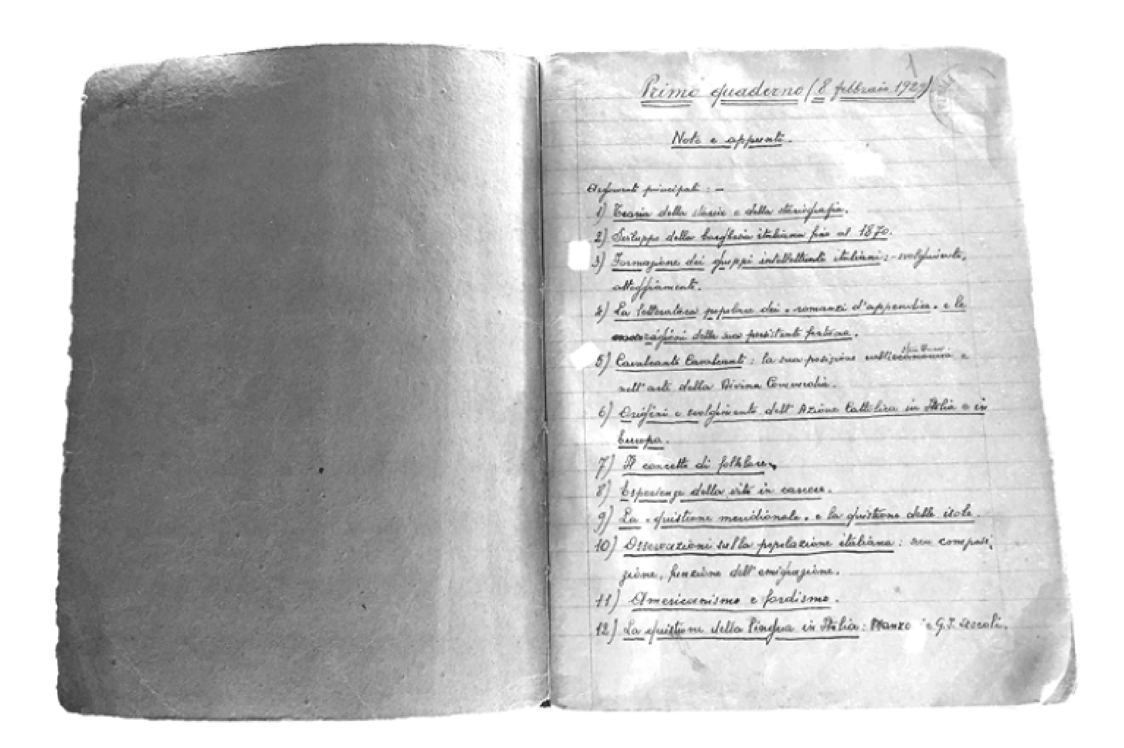
> De ustedes no tengo noticias hace ya dos meses; hace cuatro o acaso más, nada de mis hermanas. […] ¿Creen ustedes que en el caso de un hombre como yo, que me precio de tener un corazón afectuoso y muy jovial, esta privación no deba tornárseme en extremo dolorosa? Yo no creo que en este momento mi familia me ame menos de lo que siempre me amó, pero el infortunio suele causar dos efectos: a menudo deja consumirse todos los afectos hacia los desventurados, y en no menor medida consume en los desventurados cualquier afecto hacia los demás. No temo el primero de estos dos efectos en ustedes, no tanto como el segundo en mí; en el trance en que estoy, secuestrado de cualquier comercio humano y amable, me amargan y esterilizan lentamente mi corazón el tedio grande, la reclusión prolongada, el recelo de ser olvidado por todos.

Lo que Gramsci no había previsto de su propia reclusión era esa otra cárcel que, sumada a la primera, no solo lo apartaba de las demás personas en general sino de su propia familia. Podía anticipar los golpes de sus enemigos, pero no los de sus seres queridos. Por último, reconocía los esfuerzos de Tania por ayudarlo y los sacrificios que le requerían: “Pero siempre estarás tú, me dirás. Y es verdad, tú eres muy buena y te quiero muchísimo. Solo que existen cosas en las que una persona nunca puede ocupar el lugar de otra”. Por esa otra persona, su esposa Julia, Gramsci aún sentía “una ternura arrasadora que podría expresarse en un caricia, pero difícilmente en palabras”. En agosto de 1930, Palmiro Togliatti escribió desde París en un memorando interno para los líderes del PCd’I en el exilio que Antonio estaba desmoralizado por ciertos asuntos familiares, cuya sustancia no era fácil de comprender. Podían intentar ver a la esposa de Gramsci en Moscú para aclarar las cosas. “Me parece increíble”, escribió Togliatti,

que haya a su alrededor gente que cometa tantas torpezas. [Aparentemente] su esposa remite las cartas a una oficina que después debe reenviarlas. ¡Esta oficina retuvo las cartas durante seis meses! ¿Alguien me haría el inmenso favor de enseñarle a esta bendita mujer que a lo largo de los muros de las ciudades modernas (y también en los pueblos) hay unos receptáculos rectangulares con una ranura en la parte superior, donde al introducir cartas se puede tener la seguridad de que viajan a destino con aceptable velocidad y a menudo sin retrasos?[268]



Julka, Delio y Giuliano. 1930 ca.


Primo quaderno (8 febbraio 1929)

Note e appunti.

Argomenti principali: –
1) Teoria della storia e della storiografia.
2) Sviluppo della borghesia italiana fino al 1870.
3) Formazione dei gruppi intellettuali italiani: svolgimento, atteggiamenti.
4) La letteratura popolare dei «romanzi d'appendice» e le ragioni della sua persistente fortuna.
5) Cavalcante Cavalcanti: la sua posizione nella struttura e nell'arte della Divina Commedia.
6) Origini e svolgimento dell'Azione Cattolica in Italia e in Europa.
7) Il concetto di folklore.
8) Esperienze della vita in carcere.
9) La «quistione meridionale» e la quistione delle isole.
10) Osservazioni sulla popolazione italiana: sua composizione, funzione dell'emigrazione.
11) Americanismo e fordismo.
12) La quistione della lingua in Italia: Manzoni e G. I. Ascoli.

Página inicial del primer cuaderno de Gramsci en prisión, 8 de febrero de 1929

---

[256] Esto es, semillas de acacia negra. [N. de E.]

[257] Véase carta de Antonio a su hermano Carlo, 11 de septiembre. [N. de E.]

[258] A. Gramsci, *Gramsci's Prison Letters. A Selection*, Londres, 1988, p. 87.

[259] Ibíd., p. 89.

[260] Íd.

[261] Esto, después de larguísimas gestiones –especialmente, por obra de su hermano Carlo– para obtener la autorización correspondiente. [N. de E.]

[262] Ibíd., p. 95 [como en otras ocasiones en sus cartas, Gramsci alude a un episodio de 1923, en Serebriani Bor. N. de E.].

[263] Ibíd., pp. 95-96 [carta del 29 de mayo de 1929, firmada "Toi papa". N. de E.].

[264] Ibíd., p. 99 [carta fechada –por una mano ajena a la de Gramsci– el 1º de julio de 1929. N. de E.].

[265] Gramsci, *Letters from Prison*, ed. Rosengarten, ob. cit., vol. 1, p. 282. [Carta del 30 de julio de 1929, que alude a otra de 1924; allí Gramsci anotaba: "A propósito de las leyes soviéticas que defienden el derecho del niño por parte de la sociedad en su conjunto además de su padre, su madre, etc., <…> me parece <propio> de Rousseau, más que de Lenin". N. de E.].

[266] M. Kennedy, *The Constant Nymph*, Londres, 1924 [ed. cast.: *La ninfa constante*, Barcelona, RBA, 2010].

[267] Gramsci, *Letters from Prison*, ed. Rosengarten, ob. cit., vol. 1, p. 304 [esta y las citas siguientes corresponden a la carta del 13 de enero de 1930. N. de E.].

[268] Fiori, ob. cit., p. 103. Esta nota, citada con mayor o menor aprobación por algunos biógrafos y sin dudas entretenida, es bastante extraña; Togliatti debía saber que toda la correspondencia de Gramsci estaba sujeta a varios niveles de vigilancia.

19. *Für ewig*: un nuevo sentido de propósito

Pese al abatimiento y el aislamiento que padecía en Turi, y quizá no por coincidencia, este fue el período de inmersión más intensiva, creativa y productiva de Gramsci; pasaba horas leyendo y tomando notas para su investigación. Los cuadernos que llenó en el transcurso de los años entre 1929 y 1933 –la duración de una licenciatura o un doctorado universitarios– constituirían, casi medio siglo más tarde, el marco filosófico e histórico que le daría renombre en el mundo entero. Gramsci escribía sus notas, extractos y traducciones en cuadernos escolares con renglones que mandaba comprar en Laterza e Figli, la librería, papelería e influyente editorial de Bari. Los primeros cuadernos tenían 50 hojas –esto es, 100 páginas– sobre las cuales estaban trazados 22 renglones. Tenían tapas de cartulina bastante rígida, con un diseño marmolado, en color rojo y negro. En la tapa había un espacio rectangular donde el director de la cárcel, Parmegiani, anotaba el número de prisionero de Gramsci y firmaba para autorizarlo. Una vez completada cada hoja, se la sometía a control para comprobar que no se hubieran violado las reglas penitenciarias y se le estampaba el sello del presidio en la esquina superior derecha. Con el mismo espíritu de mezquino escrutinio burocrático, no estaba permitido que Gramsci tuviese todos sus cuadernos a mano en la celda. A medida que los completaba, quedaban en depósito, y Gramsci solo podía sacar unos pocos por vez.

Gramsci escribía con una caligrafía pequeña, nítida e inclinada hacia la derecha, y subrayaba los títulos con una o dos líneas según su función e importancia. Tachaba las notas que ya había revisado y agregado en alguna otra parte con dos líneas cruzadas que trazaba con regla (de modo que no dejasen de ser legibles). Si deseaba

descartarlas, las tachaba con una sola línea horizontal (aunque también seguían siendo legibles). Gramsci escribía cada letra con claridad y precisión, y sus mayúsculas –en especial, las A, T, S y F– eran señoriales y casi ornamentadas, lo cual revelaba las largas horas de práctica de caligrafía en la niñez y testimoniaba su compromiso con el aspecto y la legibilidad. Sus primeros escritos en la cárcel fueron traducciones, mayormente del alemán y del ruso, para mejorar su facilidad en esos idiomas pero también acostumbrarse a estudiar, una vez más, de manera sistemática. Su primera traducción fue *Die Sprachstämme des Erdkreises* de Franz Nikolaus Finck, un breve pero fundamental catálogo de lenguas del mundo publicado en 1923, que le recordaba su amor de estudiante por la lingüística y la filología. Gramsci también entendía e incluso escribía en francés, algo habitual entre los intelectuales italianos de la época, y se valió de ese idioma para redactar o traducir algunas de sus últimas notas. En esta temprana etapa de preparación, incluso intentó tomarle la mano al inglés, que no entendía muy bien. Así, sus ejercicios consistían en traducir frases sueltas, del tipo *last but not least*, *hard times* (como en el título del clásico de Dickens) o (una que disfrutó especialmente descifrar, sobre todo por su resonancia con las vivencias carcelarias) *I can find fantasies where none is*.

Cuando poco después empezó a escribir sus propias anotaciones, casi siempre se trataba de fragmentos breves, citas o comentarios sobre otros escritores que estaba leyendo o recordaba de los últimos veinte años. Las agrupaba y distribuía de manera aleatoria en la página, a medida que se acordaba de un acontecimiento o una observación, o algo le recordaba otra cosa. En esta etapa, eran poco más que referencias, señaladores y ayudamemorias. Estaba buscando un camino para comprender la historia, a través de líneas de investigación netamente definidas: la formación de los intelectuales, la influencia de la religión, la teoría y práctica de la política, los últimos avances en filosofía e ideología, los intereses de las clases sociales y cómo buscaban representarlos los partidos, la importancia fundamental de la grieta Norte-Sur en Italia y las limitaciones de la unificación nacional. Algunos de estos temas ya aparecen en la primera página del primer cuaderno de Gramsci,

fechada el 8 de febrero de 1929, dentro del programa de estudio de 16 puntos que perseguiría con tenacidad en el transcurso de los dos años siguientes. El único de esos 16 ítems que no encaró, ni siquiera comenzó, fue el único vagamente autobiográfico, el número 8, "Experiencia de la vida en la cárcel", aunque incluyó observaciones fragmentarias sobre este tema en todos sus cuadernos y cartas.

Gramsci focalizó sus estudios en el presidio en torno a una cuestión primordial, dictada por sus recientes experiencias de derrota política y encarcelamiento, que agitaban su mente como un grano de arena en la valva de una ostra: el misterio de Italia y por qué su país había dado ese giro fatal hacia el fascismo. Día a día, semana a semana, mes a mes, desde 1929 y hasta bien entrada la inquietante e incierta década de 1930, Gramsci se sentaba (mejor dicho, caminaba de una punta a otra de su celda, reflexionando sobre su última nota y componiendo la siguiente) y se preguntaba: ¿cómo diablos llegamos a esto? ¿Cómo había terminado allí, encarcelado por el delito de persuasión política en la causa del progreso social, y cómo era posible que esa causa fuera despedazada en nombre de una ideología reaccionaria todavía verde que proclamaba ser "progresista" o incluso "revolucionaria"? Esa pregunta inicial fue adoptando poco a poco una forma más política, impersonal e histórica. En el centro de esta indagación había otra pregunta, incluso más simple: ¿por qué el país donde Gramsci había nacido y se había criado, aunque fuera en su más remota periferia, con su orgulloso antecedente de civilización clásica y luego cuna del Renacimiento, era tan fundamentalmente estúpido e inmaduro? ¿Cómo podía explicar la paradoja de un país que era muy joven y muy viejo, pueril y al mismo tiempo senil?

¿Cómo podía engendrar rarezas filosóficas como el lorianismo, así llamado por el famoso escritor y prestigioso académico Achille Loria (1857-1943), un autoproclamado economista histórico que decía haber superado a Marx? Cuando no dedicaba sus horas a componer poesía pretenciosa y exagerada, en la línea de su oda "A mi bastón", Loria se especializaba en hacer predicciones absurdas, como cuando propuso solucionar el hambre mundial y la explotación clasista mediante grandes aviones que, con las alas y el fuselaje

embadurnados con cola de pegar, recorrerían el mundo y atraparían en sus vuelos aves de todo porte para alimentar a las masas. Loria también anticipó la declinación del oficio de portero y otros empleos al nivel del suelo debido al peligro mortal que entrañaría la caída de binoculares desde los altísimos edificios donde la humanidad entera viviría en un futuro no muy lejano. Estos sirvientes desempleados serían los primeros instigadores de la revolución social. Los delincuentes juveniles serían rehabilitados en prisiones de alta montaña, o incluso en aviones todavía más espaciosos que esos presidios, porque existía una correlación directa y científicamente probada entre la moral y la altura. Según Loria, la gente se comportaba mejor en el aire. El dolor se superaba durmiendo al aire libre, porque dormir al sereno endurecía la piel. Las guerras terminarían cuando se encontrara la cura para la sífilis, que causaba la intemperancia y el despotismo tan comunes entre las clases dominantes. Italia podía derribar sus molestas y entorpecedoras montañas y transportar la tierra a su colonia en Libia para fertilizar el desierto.

¿Cómo era posible que tamaña insensatez, aun dignificada con las etiquetas de "futurología" o "ciencia ficción", encontrara audiencia en una cultura nacional que se respetara a sí misma? Parte de la respuesta subyacía en el fracaso de Italia a la hora de crear sus propios intelectuales nacionales. En cambio, estos se formaban en las corrientes progresistas de la cultura francesa o alemana, o bien absorbían las perspectivas reaccionarias de la Iglesia católica romana. Por consiguiente, o eran paneuropeos en libre flotación o agentes del Vaticano, pero nunca primordialmente italianos. Fuera como fuese, eran cosmopolitas, no nacionales, y daban lugar a toda clase de rarezas locales en el medio. Italia no tenía una vida intelectual propia establecida, constructiva y madura, y eso permitía que los charlatanes engreídos como Loria o, más recientemente, los supuestos "idealistas" gesticuladores reunidos alrededor de Mussolini llegaran a la cima y ganaran prestigio e influencia. Con un gobierno que respetaba a rajatabla la tradición de "decir una cosa y hacer otra", la vida pública italiana se caracterizaba por las bravatas y los gestos grandilocuentes. La retórica oscurecía la realidad; el oportunismo y el arribismo se ocultaban detrás de supuestos

grandes principios. Un río de oratoria vacía y tediosa atravesaba hasta la médula la política italiana, desde los ineficaces unificadores y las camarillas confabuladoras del Risorgimento, pasando por la vacua demagogia de los socialistas maximalistas, hasta la estúpida pose gladiatoria, la pompa marcial y la filosofía servil de la “acción pura” de los fascistas. Este último arrebato era todavía más ridículo porque glorificaba el genio innato de la raza italiana y otros elementos de adulación populista que no tenían fundamento en el registro histórico. El único rasgo notable de la política italiana era la debilidad del Estado central y su distancia de la vida cotidiana de la mayoría de los habitantes de las provincias, las ciudades, los pueblos y las aldeas.

Esta falta de una política nacional madura y un Estado eficiente era responsable de las desventuras de los sucesivos gobiernos italianos en lo que Gramsci llamaba un imperialismo a medias, de castillos en el aire, basado en el espejismo de explotar los territorios coloniales y el eslogan vacío *L’Italia farà da sé* (Italia se las apañará). Esto era respaldado e impuesto por incompetentes y a menudo desastrosas campañas militares contra poblaciones nativas casi siempre armadas con poco más que palos. En la práctica, significaba adueñarse de un pedazo de tierra polvorienta que nadie más quería y arrojar allí a los campesinos sobrantes (en su mayoría, del Sur) que no querían emigrar a los Estados Unidos ni a Sudamérica, abandonándolos a su suerte. O no, porque las colonias italianas valían muy poco sin la inversión de capital, la tecnología, los recursos y el trabajo calificado que el país (a diferencia de otros imperios más exitosos) no podía darse el lujo de exportar. Por este motivo, nunca tomaban del todo en serio a Italia en el extranjero, y por eso a menudo se subestimaban la amenaza y la brutalidad implícitas en la versión italiana de la reacción paramilitar y rara vez se las comprendía. Los extranjeros solo veían la ópera bufa del fascismo italiano, con sus elegantes uniformes hechos a medida, sus ceremonias, sus poses coreografiadas con soberbia y su oratoria exagerada; todo muy fácil de imitar y, desde una distancia prudente, incluso de disfrutar. Pero no veían su violencia tan real y amenazante, ni la reorganización sistemática de la política y del Estado. El fascismo italiano era un puño de hierro oculto dentro de

un títere de guante vestido de terciopelo, y los extranjeros se reían de sus trapisondas e incluso las admiraban. Elogiaban y se emocionaban con el interminable desfile de dignatarios de vacaciones, opulentos turistas políticos, personalidades y literatos que iban a maravillarse con “la gloria de Roma” y las delicias del patrocinio de Mussolini.

A todo esto subyacía el bizarro infantilismo del pueblo italiano –cuya representación más pura era la pequeña burguesía– y su decidido rechazo a crecer. Según Gramsci, esto podía verse en cualquier reunión de italianos fuera del país, que pronto se llenaba de risitas nerviosas y codazos; grupúsculos temerosos, preocupados por el contagio y el abandono, y por lo que podrían estar diciendo esos extranjeros en sus extraños idiomas guturales y ladrados. Al rato empezaban a mirar a su alrededor en busca de alguna figura de autoridad que les dijera qué hacer y hacia dónde ir. Era como una extraña evocación popular de los últimos días del Imperio Romano, cuando la mayoría de los ciudadanos todavía vivían bien y en paz, pero cada vez más preocupados por las invasiones de las hordas bárbaras. Con sus comidas sabrosas y sus entretenimientos livianos, su clima mayormente templado y sus viviendas más o menos adecuadas, las masas populares de la Italia moderna estaban demasiado cómodas en su cobarde subordinación al orden impuesto por la élite gobernante. Contra esta gente estúpida embestía el riguroso “moralismo social” de Gramsci, en claro contraste con la indulgencia populista del fascismo y el paternalismo indolente de los industriales del Norte y sus apologistas seudocientíficos.

La pequeña burguesía italiana era como los Bandar-Log, el “pueblo de los monos” en *El libro de la selva* de Rudyard Kipling, escribía Gramsci, “que cantan cada minuto de cada hora, […] que cantan y no hacen; que dicen ser los más sabios, los más geniales, los más clarividentes, pero siempre posponen para mañana la traducción en la práctica”.[269] O se parecían al popular tipo teatral del siglo XVIII florentino, Stenterello: eran unos “charlatanes, vanos, superficiales, […] que gritan, berrean y se pavonean como académicos presumidos. Ensalzan las virtudes de su raza y la sabiduría de sus ancestros, pero no trabajan ni producen nada valioso ni digno de

nota”. Son “pensionistas de la historia económica, […] sedimentaciones de masas haraganas e inútiles que viven del ‘patrimonio’ de sus ‘ancestros’, […] sobras de personas en sus ciudades de silencio”, esos hermosos pero inútiles centros medievales, racimos urbanos sin industria pero con siglos de riqueza y prestigio acumulados para defenderse de las turbulencias del capitalismo global. Los fascistas habían adulado a esos inútiles llamándolos “productores de ahorro” cuando lo único que habían producido en sus vidas eran rentas sobre tierras y propiedades que, en la mayoría de los casos, jamás pisaban. En torno a estos peces gordos de pueblo chico y burgueses provincianos se amontonaban varios subtipos quejosos: el primitivo aparcero que paga su arriendo con parte de la cosecha y solo posee unas pocas herramientas, una yunta de bueyes y una casa pequeña que ha construido con sus propias manos con las ganancias extra que obtuvo con su trabajo en las minas o los carabineros, “en otras palabras, ‘ingeniándoselas’ y ahorrando. […] Odia a ‘los burócratas’ porque lo obligan a pagar impuestos por servicios estatales que no recibe ni comprende”; después, el “jornalero”, que “no supo o no quiso ‘ingeniárselas’ y no posee nada, es un ‘muerto de hambre’, porque el trabajo por jornadas es escaso y eventual […] es un semimendigo, que vive a salto de mata y rozando la delincuencia rural” (dada su incapacidad de ahorro y trabajo continuo, suele tener taras físicas y mentales); por último, el “estrato famélico de aspirantes a pequeños empleos municipales, [que en las ciudades] confluye con el submundo criminal profesional”.[270] Todos estos subtipos se veían a sí mismos como subversivos ante el orden establecido, pero dado que carecían de un objetivo político claro y de identidad social, estaban disponibles para el mejor postor, aunque casi siempre terminaban del lado reaccionario.

No sorprende que, en relación con cómo se gobernaba el país, “entre los polos políticos normales de consentimiento y coerción aparezcan la corrupción y el fraude; […] nunca ha existido ‘el estado de derecho’ sino solamente una política de poder arbitrario y camarillas personales”. El ejemplo más reciente era el último cambio en la legislación electoral, adoptado en el Parlamento en mayo de 1928 y aprobado por plebiscito (Mussolini tenía pasión por los

referendos) en marzo de 1929. Este estipulaba la presentación de una lista única de 400 candidatos –seleccionados por el Gran Consejo Fascista de entre un millar de nombres remitidos por los empleadores del Estado y las confederaciones de trabajadores– para la aprobación del electorado. Al mismo tiempo, se eliminó de la competencia electoral a 3.000.000 de personas en lugares y grupos sociales de tradición política antifascista. De un plumazo, la democracia parlamentaria (por la que Mussolini sentía un pertinaz desprecio, ya que la consideraba "totalmente inadecuada al carácter, la educación y la mentalidad del pueblo italiano" –opinión incómodamente próxima a la del propio Gramsci, aunque desde la perspectiva política opuesta–) fue absorbida por el Estado fascista. [271]

Bajo el barniz del "orden" y la "disciplina", esto también significaba un profundo y persistente desprecio por la legalidad y la moralidad en los asuntos públicos, evasión de impuestos generalizada y criminalidad oportunista. Esto engendraba a su vez una fascinación pública por el crimen violento, reflejada por un lado en la popularidad de las novelas por entregas y las coberturas de prensa sensacionalistas y, por otro, en la explosión de la criminología en el ámbito académico. En sus disfraces más positivistas, esta nueva "ciencia" explicaba la criminalidad según estereotipos nacionales o regionales. Era un paso adelante respecto de la Inquisición –ya que proponía nuevos métodos, más humanos, de reclusión y rehabilitación, y abolía la tortura y la ejecución sumaria–, pero todavía estaba basada en la noción de un bien y un mal innatos, aunque en este caso su distribución era geográfica y no moral. Se suponía que ciertos ambientes producían malas personas, sobre todo en el Sur. Esta línea de pensamiento removía a subgrupos sociales enteros de sus culturas y sus historias, de sus lugares de trabajo y residencia reales, y les imponía una "identidad" autorizada, saneada. Se les perdonaban sus delitos y sus malas acciones –con tanta condescendencia como la absolución del confesionario católico–, pero, en el proceso, se los convertía en subhumanos, casi animalescos. Más de una vez, Gramsci había oído a los italianos continentales del Norte llamar "monos" a los sardos como él, como si fueran de un orden incluso más bajo que el "pueblo de los

monos", lo cual dejaba al descubierto el habitual trato respetable y condescendiente.

Esta Italia anticuada y fragmentada, cuya cultura clásica constituía los cimientos de la civilización occidental, era ahora poco más que un conjunto de grupúsculos pendencieros, egoístas e insignificantes reunidos en torno a las fuentes y las estatuas en la arquetípica plaza del pueblo, discutiendo a los gritos los relativos méritos del vino o el queso locales o el obrar del *grand'uomo*, que Gramsci llama "señor", a secas. Nada estaba definitivamente bien o mal porque no existía el derecho consuetudinario, solo una corriente de declaraciones e instrucciones del centro que los pueblos y ciudades recibían con indiferencia o con desprecio. Un Estado central débil iba de la mano con la mitología del bandido, el criminal, cuyas formas y expresiones secundarias Gramsci veía a diario a su alrededor, incluso en aquel oscuro presidio de provincia para reos enfermos. La mayoría de ellos, incluso algunos de los *politici*, tenían un halo de *glamour* subversivo, como si sus robos menores y sus gestos de desafío automáticamente poseyeran un objetivo político mayor: una suerte de noble contienda entre un "nosotros" pobremente definido contra un "ellos" todavía más vago. Era totalmente patético, pero ameritaba un análisis de cerca porque allí yacía el origen histórico específico de su perpetua subalternidad, que dentro de la cárcel les otorgaba un peso que no tenían fuera.

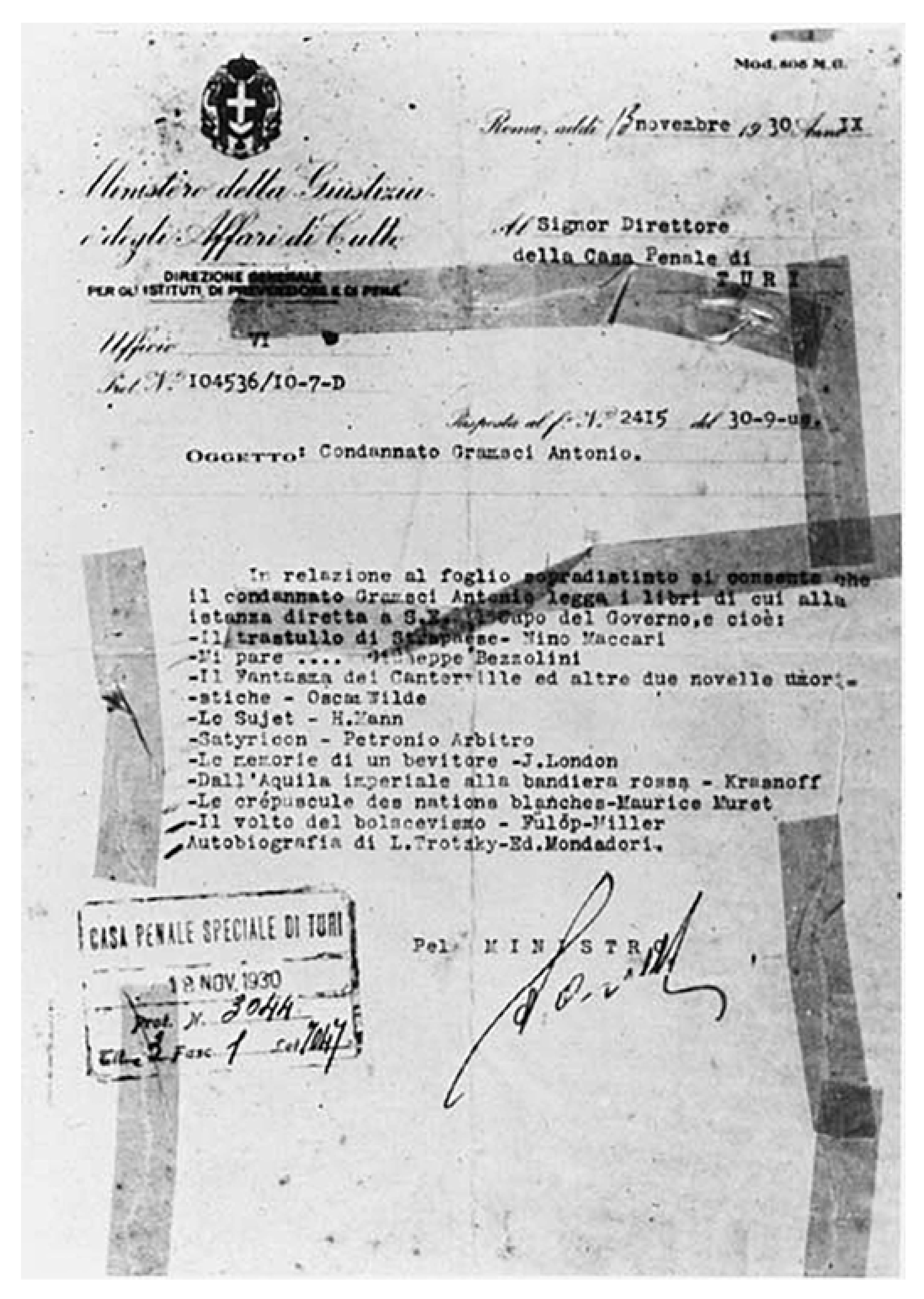
Con el correr de los meses y de los años, Gramsci empezó a pasar más tiempo solo en su celda y a menudo rechazaba la oportunidad de hacer ejercicio. Tenía que comprenderlo todo y no le quedaba mucho tiempo hasta la liberación o (el final más probable, ya lo sospechaba) la muerte. Prefería seguir leyendo y escribiendo a solas que pasearse con los mismos viejos holgazanes y perdedores, matones de patio de escuela y autoproclamados "reyes del pabellón". La vida gregaria lo mataba, según le escribió a Tania: irritaba su sistema nervioso al extremo de las convulsiones. Y hasta sus búsquedas e intereses personales quedaron restringidos a su celda, más focalizados y organizados, según decía, a medida que profundizaba en sus estudios. Tania le había llevado un esqueje de rosa y algunas hierbas y semillas la última vez que había ido a visitarlo en diciembre de 1928. Antonio los había plantado en el

sector que le habían asignado en el patio de la cárcel, un metro cuadrado junto a la pared, con luz solar limitada y temperaturas fluctuantes. A fines de abril, le informó a Tania que el rosal había padecido una terrible insolación: tenía todas las hojas quemadas y ennegrecidas. Parecía marchito, pero sorprendentemente estaba sacando algunos pimpollos. La insolación era inevitable, porque Antonio solo tenía un pedazo de papel para darle sombra, que el viento siempre soplaba. En cualquier caso, seguía vivo y el pronóstico era favorable. Por otra parte,

> las semillas han tardado mucho en brotar como pequeñas plantas; una serie entera se obstina en hacer vida *podpolie*. [272] Cierto que eran semillas viejas y en parte apolilladas. Las que se asomaron a la luz del mundo se desarrollan lentamente y son irreconocibles. Pienso que cuando el jardinero [que te las vendió] dijo que parte de las semillas eran muy hermosas, quiso decir que eran útiles para comerlas; de hecho, algunas plantitas se parecen llamativamente al perejil y a los cebollines más que a flores. Cada día siento la tentación de tironearlas un poco para ayudarlas a crecer, pero no termino de decidirme entre las dos concepciones del mundo y de la educación: si ser rousseauniano y dejar hacer a la naturaleza, que nunca se equivoca […], o si ser voluntarista y forzar a la naturaleza introduciendo […] el principio de autoridad. […] Las dos ideologías se baten a duelo en mi cabeza. Las seis plantitas de achicoria enseguida se sintieron en casa […] y dar[án] semillas para las próximas cosechas. Las dalias y el bambú duermen bajo tierra y todavía no dieron señales de vida. [273]

A comienzos de junio, redactó una hoja de balance sobre la situación de las flores. Todas las semillas habían fallado, excepto una. No sabía cuál era; pero sí que probablemente se trataba de una flor y no de una maleza. Las achicorias estaban en sazón, y el bambú había sacado una hoja grande como su mano y tenía otra en camino. El rosal tenía pimpollos y se había recuperado de aquella

insolación, pero, ¿podría soportar el calor del verano que se avecinaba? Antonio sospechaba que era demasiado débil y enfermizo para crecer, pero el tiempo lo diría. En efecto, a comienzos de julio el rosal ya se había recuperado por completo. Del 3 al 15 de junio, empezaron a crecer hojas hasta que quedó todo verde de nuevo. Las ramas ya medían 15 centímetros de largo. Incluso había intentado abrir un pequeño pimpollo, pero se había marchitado y amarilleado. De todos modos había echado raíces; quizá el tímido rosal florecería el año siguiente. Lamentablemente, no pudo ser, porque un nuevo reglamento de la prisión prohibió ese tipo de recreación para los reclusos. Entonces, arrancaron los canteros y destruyeron su contenido.



Mod. 808 M.G.

Ministero della Giustizia
e degli Affari di Culto

DIREZIONE GENERALE
PER GLI ISTITUTI DI PREVENZIONE E DI PENA

Ufficio VI

Prot. N.° 104536/10-7-D

Roma, addì 13 novembre 1930 Anno IX

Al Signor Direttore
della Casa Penale di
TURI

Risposta al f. N.° 2415 del 30-9-us.

OGGETTO: Condannato Gramsci Antonio.

In relazione al foglio sopradistinto si consente che il condannato Gramsci Antonio legga i libri di cui alla istanza diretta a S.E. il Capo del Governo, e cioè:

-Il trastullo di Strapaese- Nino Maccari
-Mi pare .... Giuseppe Bezzolini
-Il Fantasma dei Canterville ed altre due novelle umori-
-stiche - Oscam Wilde
-Le Sujet - H.Mann
-Satyricon - Petronio Arbitro
-Le memorie di un bevitore -J.London
-Dall'Aquila imperiale alla bandiera rossa - Krasnoff
-Le crépuscule des nationa blanches-Maurice Muret
-Il volto del bolsceviswo - Fülöp-Miller
Autobiografia di L.Trotzky-Ed.Mondadori.

Pel MINISTRO

CASA PENALE SPECIALE DI TURI
18 NOV. 1930
Prot. N. 3044
Tit. 2 Fasc. 1 Cat. 7047

El Ministerio de Justicia y de Culto concede a Gramsci la autorización solicitada para leer distintos libros (del *Satyricon* de Petronio a la autobiografía de Trotsky). 13 de noviembre de 1930

[269] Gramsci, *Prison Notebooks*, ed. Buttigieg y Callari, ob. cit., vol. 1, pp. 495-496; la designación "pueblo de los monos" figuraba en sus textos al menos desde comienzos de 1921, cuando escribió un artículo con ese título para *L'Ordine Nuovo* que comenzaba así: "El fascismo ha sido la 'interpretación' más reciente de la pequeña burguesía urbana sobre el escenario de la vida política nacional", en Gramsci, *Selections from Political Writings 1910-1920*, ob. cit., pp. 372-374. [La cita incluida en el cuerpo del texto corresponde a "Vita Nuova!", *Avanti!*, 8 de julio de 1918. N. de E.].

[270] Gramsci, *Selections from Prison…*, ob. cit., 281-284.

[271] Mack Smith, ob. cit., p. 104.

[272] En ruso; significa "subterránea". [N. de E.]

[273] Gramsci, *Gramsci's Prison Letters…*, ob. cit., pp. 91-92 [las cartas del 22 de abril –aquí citada–, 3 de junio, 1º y 14 de julio de 1929 y 10 de febrero de 1930 reseñan los progresos de la huerta. N. de E.].

20. Visitas y vocaciones

El 16 de junio de 1930, Gramsci recibió la visita (por completo inesperada, sin previo aviso) de su hermano mayor Gennaro, la única persona de afuera de Italia autorizada por ley a verlo. Los guardias hicieron salir a Gramsci de su celda a la hora indicada, a comienzos de la tarde, y le informaron que tenía visitas. No podía ser Tania, porque había ido a verlo dos días antes y no pensaba volver hasta la semana siguiente (además, no estaba bien de salud, de modo que hasta eso era incierto). El único otro visitante que había recibido en Turi era su hermano menor Carlo, quien debía hacer los arreglos pertinentes para viajar desde Cerdeña y no podía aparecerse así como así. Piero Sraffa le había prometido ir a verlo en alguno de sus viajes a Italia desde Inglaterra, pero hasta el momento no lo habían autorizado, por no ser miembro directo de la familia. Antonio había visto por última vez a su hermano mayor en mayo de 1922, poco antes de partir rumbo a Moscú. Luego Gennaro se había marchado a París en diciembre de ese mismo año. Los dos vivían en Turín entonces y ambos trabajaban en la prensa comunista, pero no tenían mucho que decirse fuera del trabajo. Siempre habían sido más cercanos entre ellos que con los otros miembros de la familia Gramsci, sobre todo por las ideas y el compromiso político compartido, pero todavía resentían su convivencia forzada y paupérrima en Cagliari y Turín, para no mencionar la irritabilidad característica de dos hermanos no tan próximos en edad. También estaban las palizas y la mutilación que había padecido Gennaro cuando los fascistas lo confundieron con su hermano, y el hecho de que hubiera cobrado el salario de Antonio mientras este estaba lejos. Gennaro tenía ahora 47 años, ocho más que Antonio, y todo indicaba que se sentía cómodo en su próspera mediana edad. Es probable que Antonio haya pensado

que Nannaro realmente tenía ese talento para los negocios del que su padre y sus otros hermanos siempre hablaban.

Sin embargo, esta visita inesperada no tenía nada que ver con los negocios. Gennaro había sido abordado por “Ercoli” (nombre en clave de Palmiro Togliatti) en París. El partido quería que fuera a visitar a Antonio para evaluar su postura respecto de los últimos desarrollos del movimiento. Las feroces peleas en la cima del Partido Comunista Ruso, y por consiguiente en la Comintern, habían llegado a su fin cuando Stalin se instaló como indiscutido sucesor de Lenin. Después de quitar del medio a Trotsky y a los opositores de izquierda en 1927, había embestido contra los opositores de derecha nucleados en torno a Bujarin, Rýkov y Tomski. Habían removido a todos de sus puestos en el partido y en la Comintern, y por último los habían expulsado. Antonio estaba familiarizado con esa parte de la historia –incluso había anticipado las grietas perniciosas en su carta a la Comintern de 1926, que fue interceptada y destruida por Togliatti–; pero los episodios más recientes lo habían sorprendido e impactado. Las últimas maniobras facciosas de Stalin habían vuelto necesario el giro hacia la izquierda de 1929, cuando los bolcheviques renunciaron a todos los aspectos de la democracia burguesa y a la colaboración política con los socialdemócratas de los partidos socialistas masivos. Y en ese momento escarnecían a esos viejos camaradas y aliados y los calificaban de “fascistas sociales” o de “ala izquierda de la burguesía”.

Es probable que Gennaro, que nunca se unió al PCd’I y cuyas ideas políticas y círculos de amigos estaban más cerca de los socialdemócratas de izquierda, haya tenido cierta dificultad para expresar estos puntos no tan sutiles de cisma ideológico. Los líderes de la Comintern incluso culpaban en retrospectiva a los socialdemócratas por el fracaso de la chapucera revolución alemana de octubre de 1923, quizá el único revés desastroso y mayormente autoinfligido que había sufrido el movimiento. Las reflexiones inmediatas, mesuradas y autocríticas de la Comintern acerca de la catástrofe, bajo la guía visionaria aunque algo dubitativa de Lenin, parecían por completo olvidadas. En un sentido más amplio, los comunistas habían decidido que la crisis final del capitalismo,

anticipada mucho tiempo atrás por Marx mientras el sistema económico global tambaleaba bajo el peso de sus contradicciones internas, no solo era inevitable sino inminente. Los comunistas debían agitar y prepararse para la dictadura internacional del proletariado, que sería liderada por los partidos de vanguardia de la Comintern, sin recurrir a ninguna clase de transición por vía de la democracia parlamentaria y la legalidad política, o incluso, como en Italia, buscar la cooperación de otros antifascistas para derrocar al régimen de Mussolini.

Toda oposición dentro de la Internacional Comunista se condenaba y calificaba de "oportunismo" y "desviacionismo". Dado que la nueva línea dura se había impuesto en todos los partidos comunistas nacionales, la única respuesta a la resistencia o incluso a la duda eran las expulsiones masivas. A fines de 1928, habían expulsado a Angelo Tasca y, en el otro extremo del espectro, Amadeo Bordiga corrió el mismo destino poco después. Ninguna de estas noticias fue una gran sorpresa para Gramsci –siempre había pensado que Tasca no era un comunista plenamente comprometido y que Bordiga, por su parte, era un opositor infatigable–, pero las expulsiones más recientes de Alfonso Leonetti, Paolo Ravazzoli y Pietro Tresso eran otro tema. Para Gramsci, todos ellos eran camaradas buenos y leales. Leonetti se había unido a la rama del Partido Socialista en Turín durante la guerra y había ayudado a fundar el PCd'I. Tresso era uno de los protegidos de Gramsci, intelectualmente limitado pero totalmente sensato. Ravazzoli nunca había representado una amenaza; solo estaba demasiado inclinado hacia la colaboración de Tasca con los sindicatos. Gramsci entendía que la nueva línea había sido impuesta por la Comintern, con todo el peso de su autoridad global, pero su respuesta inicial a Gennaro (que solo se conoció muchos años después, cuando el tema ya había perdido importancia) fue que Togliatti la había aceptado demasiado rápido. Gennaro le dijo que lo pensara y que por el momento no informaría nada a "Ercoli". Volvería en menos de un mes, después de visitar la casa familiar en Ghilarza, para que Antonio le dijera qué debía decir.

La atmósfera de su segunda visita a Antonio, quince días más tarde, fue totalmente distinta. Gennaro había estado bajo severa vigilancia: la policía sospechaba que tramaba algo y había enviado

un destacamento de hombres de civil a seguirlo por todo el país. Cuando se encontró a cenar con Tania, antes de visitar a Antonio en la cárcel, esta le dijo que estaba acostumbrada a que la vigilaran, incluso cuando estaba en el Norte. La interrogaban con regularidad y registraban los lugares donde residía. Siempre lo sentía como una violación y por eso se mudaba con frecuencia. En aquel restaurante de Turi, los dos eran conscientes de que los estaban vigilando desde todos los flancos. Los escuchaba un tipo que había insistido en sentarse en la mesa de al lado y que incluso se había cambiado de mesa cuando ellos le pidieron al camarero cambiar de lugar. En la cárcel, el secretario de la prisión recibió y acompañó a Gennaro, con instrucciones expresas del director Parmegiani de asegurarse de que cumplieran con la prohibición estricta de hablar de política durante las visitas a presos sentenciados por el Tribunal Especial. En la sala de visitas, este hombrecito quisquilloso se sentó a la mesa con Antonio y Gennaro y expresaba su desaprobación cada vez que la conversación de los hermanos derivaba hacia el propósito real del encuentro. "¿Y qué me dices de los tres?", fue todo lo que pudo preguntar Gennaro. Antonio, exasperado desde todo punto de vista, no pudo –o quizá no quiso– dar una respuesta clara. Por lo demás, la conversación quedó acotada a temas relacionados con la familia. La madre de ambos, la Signora Peppina, había estado enferma al comienzo del año pero parecía haberse recuperado. La hija de Nannaro, Edmea, se estaba convirtiendo en una muchachita hermosa y muy inteligente. Todos los demás estaban muy bien. De regreso en París, Gennaro supuestamente le dijo al PCd'I que su hermano no tenía una idea formada sobre los últimos acontecimientos en el partido y la Comintern, y esta reticencia fue considerada una aprobación tácita del giro hacia la izquierda y las purgas que conllevaba. Las cartas y las notas que escribió Gramsci en esa época no revelan un interés explícito en los vaivenes de las políticas de la Comintern. En cambio, evocan un período de intenso y dedicado estudio de la historia, la estructura y la estrategia global de la Iglesia católica romana.

Cuando Antonio Gramsci tenía 11 años y estaba por terminar la escuela primaria, el cura párroco le preguntó –como a cualquier niño católico inteligente, en especial si venía de una familia en apuros

económicos como la suya– si tenía "vocación" para ser sacerdote. Sus maestros (y también, aunque con sorna, sus hermanos y hermanas) le habían dicho más de una vez que, con su mente inquisitiva, su habilidad para las palabras y su temperamento serio y reflexivo, sería un buen jesuita. Nino siempre tuvo algo de clérigo. A los 8 años tomaba clases de catecismo, preparándose para la confirmación, con la misma devoción sincera y hambre de conocimiento con la que leía *Robinson Crusoe* u observaba a los erizos que buscaban comida. Pero Antonio había dejado de creer en Dios en cuanto pudo pensarlo por su propia cuenta. En un mundo explicado y gobernado por la ciencia y la razón, y en un nuevo siglo que ofrecía un infinito y vertiginoso progreso humano mecanizado, no había lugar para un ser supremo lejano e inmaterial que exigía obediencia absoluta y fe ciega y ofrecía a cambio poco más que soledad y consuelo en el sufrimiento. Con su padre en la cárcel y Cerdeña sumida en una profunda y persistente depresión económica, Dios y la humanidad parecían haber renunciado uno al otro, al menos allí, en los márgenes del mundo moderno. En el mejor de los casos, le escribiría luego a Julia, "parece que la iglesia misma entiende que dios no es otra cosa que una metáfora con que se designa al conjunto de los hombres organizados para ayudarse mutuamente", siempre producto de la ignorancia y la ilusión, y en el peor de los casos un pretexto para la represión y la explotación. [274]

Pero siempre estuvo fascinado por la religión y sus instituciones, y el poder que aparentemente ejercían sobre los pensamientos y sentimientos de personas por lo demás racionales y prácticas, por no mencionar su alcance y poder a nivel global. Antonio había sido testigo del solaz que le brindaba a su madre y otros miembros de la familia en tiempos de pruebas y rigores, y sabía que daba un sentido de propósito a vidas por lo demás mundanas. Ofrecía un distintivo de pertenencia a esas personas de la periferia a las que ningún otro organismo –el Estado, los partidos gobernantes u opositores, la monarquía y la nobleza, la prensa, la cultura y las artes– se dignaban siquiera a prestar atención. Sus vidas tenían un sentido y un propósito religioso, si no cívico. Estos eran los ladrillos de la fe masiva, cementados por una sutil argamasa que mezclaba

coerción y consentimiento, que formaban una pirámide segura y perdurable con la comunidad de los fieles situada en los niveles más bajos, los diversos estratos superiores del clero en su propia estricta jerarquía y el papa en la cima. Sobre todo, Gramsci apreciaba la postura histórica y universal de la Iglesia católica romana. A lo largo y a lo ancho del mundo occidental, cualquier niño de 11 años podía confesar los mismos pecados y recibir la misma pena, y un cura párroco podía preguntarle por su vocación con mayor o menor amabilidad. En Roma se creaba el guion y se fijaba el cálculo moral, y luego estos se imponían rigurosamente en todo el mundo, con variaciones locales interesantes pero casi siempre leves. Era el movimiento global más eficaz y duradero que había existido jamás, al menos hasta el surgimiento del comunismo. Afectaba la vida cotidiana y las ideas más profundas de media humanidad, y en cierto sentido condicionaba la existencia de todo el resto. Sin fuerzas armadas propias y sin demasiado poder económico, al menos desde la Alta Edad Media, la Iglesia todavía dictaba las políticas y las acciones de Estados y gobiernos de todo el mundo.

Los Pactos de Letrán de 1929 entre el papa y Mussolini eran el ejemplo más reciente: aseguraban la autonomía operacional y la influencia moral del Vaticano dentro de Italia y al mismo tiempo consolidaban –literalmente, bendecían– la garra fascista sobre el poder secular, sobre todo porque refrenaban al Partido Popular previamente opositor patrocinado por la Iglesia y a otros movimientos sociales católicos. También tuvieron un impacto económico masivo, dado que transfirieron enormes cantidades de fondos del Estado a la Iglesia para compensar la renuncia de esa institución a todo reclamo de soberanía temporal y territorial sobre Italia más allá de la Ciudad del Vaticano. Esto había aumentado el poder local real de la Iglesia y los atractivos del sacerdocio, que venía sufriendo una baja de reclutas durante al menos los últimos cincuenta años. De pronto, la vocación sacerdotal se había convertido en una propuesta mucho más atractiva, sobre todo en un período de sostenido alto desempleo. La prensa izquierdista podía denostar los pactos –aprobados por otro referéndum de Mussolini– y acusarlos de ser un concordato entre dictaduras de poca monta, pero eso era subestimar su importancia histórica, sus beneficios

económicos y políticos tanto para la Iglesia como para el Estado, y su impacto negativo sobre cualquier intento de revivir la política progresista.

Incluso en momentos de pronunciada declinación, bajo los ataques combinados del capitalismo industrial y la ciencia positivista, y con el materialismo vacío y el escepticismo popular que estos engendraban, la Iglesia pudo adaptarse y renovarse, y mantener su influencia en los imperios globales de los grandes Estados-nación. ¿Cómo hacía esta organización, en última instancia basada en oscuras mitologías y un escrupuloso adoctrinamiento, para conservar su preeminencia? ¿Cómo puede explicarse la sutileza de su moralidad y la complejidad de su teología junto al palabrerío de su liturgia y el ritual hueco de sus ceremonias? ¿Y el flagrante contraste entre sus magníficos edificios, ornamentos y vestimentas y la pobreza demoledora de la mayoría de sus adherentes, acertadamente conocidos como “grey” o “rebaño”? ¿Qué hay de la hondura de la fe popular en una religión que conducía su liturgia en una indescifrable lengua clásica que nadie hablaba hacía siglos, de modo tal que (como bien observó Gramsci) los fieles veían los ritos religiosos y oían los sermones y las exhortaciones pero no tenían idea de qué se trataban. No podían seguir los debates y las evoluciones ideológicas, que eran monopolio de la élite clerical. Se trataba de una religión, un cuerpo de creencias, que al parecer permitía que sus fieles absorbieran una infinita variedad de influencias. ¿Cómo era posible que esta tradición inspirara a la vez el *Infierno* de Dante, y un culto basado en una reliquia, que, según se decía, era el pene de un ángel? ¿Cómo era posible, se preguntaba Gramsci en uno de sus primeros escritos de la cárcel, que un novelista católico popular y respetado accediera a un libro –en los estantes de la biblioteca de la cárcel de Turi en una edición manoseada y amarillenta– que “busca hacernos sentir piedad por un sacerdote que ha violado a más de 30 muchachas solo porque está sujeto al voto de castidad?”.[275]

Parte de la respuesta radicaba en el origen social y geográfico de los sacerdotes, todos hijos inteligentes y talentosos de familias respetables pero pobres como la del propio Gramsci. A diferencia de las camarillas y castas que dominaban los partidos políticos, la vida

intelectual y cultural y la administración pública, los clérigos provenían de comunidades reales de toda Italia. Una vez ordenados, literalmente “adoctrinados”, su despliegue territorial quedaba estrechamente relacionado con la organización y la estructura del Estado italiano y en muchos lugares las superaba. No solo respetaban las costumbres prevalecientes en las distintas partes del país, sino que se adaptaban a ellas, a veces desafiando de manera flagrante las políticas oficiales de la Iglesia, por ejemplo cuando consentían la moral sexual flexible de las comunidades agrarias. Estos individuos relativamente educados tenían una posición importante en los caseríos más pequeños; su presencia casi siempre era benigna y en ocasiones disciplinadora: representaban a Dios y a sus congregaciones, intercediendo entre lo divino y lo laico. Cada vez que Antonio pensaba en su familia en la lejana Ghilarza, inevitablemente recordaba que los Gramsci y todos sus vecinos siempre acudían al cura párroco en busca de ayuda y consejo antes que a cualquier funcionario público. Los sacerdotes eran los intelectuales orgánicos de la Iglesia universal, reclutados entre las clases intermedias clave de la sociedad feudal y luego burguesa, dependiendo del lugar. Así, en el Norte los reclutaban entre los artesanos y los campesinos, y en el Sur solían provenir de los pequeños terratenientes. Allí muchas veces poseían tierras y cobraban rentas tanto para ellos como en nombre de la Iglesia, por lo que constituían una subsección de la clase gobernante feudal. Algunos incluso se casaban, tensando al límite la tolerancia del código moral de la Iglesia y la comunidad de fieles. Pero siempre y cuando fueran oriundos del pueblo o la zona donde predicaban y rezaban, y cumplieran las funciones ceremoniales y pastorales del sacerdocio de manera razonablemente competente, los lugareños los aceptaban como uno de los suyos. Esto marcaba un agudo contraste con la situación de los maestros de escuela, a quienes, con la rápida expansión de la enseñanza primaria a fines del siglo XIX y comienzos del XX como instrumento clave del incipiente Estado liberal, enviaban desde los centros de estudios de las grandes ciudades a pueblos y aldeas periféricos donde aún vivía la mayoría de la gente. Aunque permanecieran en sus puestos –muchos huían espantados cuando veían adónde los habían

mandado–, los lugareños los veían como invasores, intrusos que llevaban una civilización muy joven y hueca a los nativos. La literatura popular estaba llena de historias en las que a un joven maestro principiante lo despedía o educaba un sabio sacerdote anciano.

El acuerdo entre la Iglesia y la gente beneficiaba a ambas partes. Al menos en el sur rural y casi siempre por buenas razones prácticas, los códigos morales supuestamente estrictos del catolicismo romano eran sorprendentemente adaptables en su aplicación, y no solo para la conveniencia de los sacerdotes. Los matrimonios sin hijos podían disolverse pagando, y en otros casos el matrimonio solo tenía lugar después de la concepción, tras evaluar y demostrar su fecundidad, práctica conocida en la tradición popular como "probar la vaquillona". En una era de sufragio extendido, y en última instancia universal, la Iglesia también había desarrollado su capacidad de organización política a través de organismos, como la Acción Católica y el Partido Popular, dotados de un barniz socialmente progresista o incluso izquierdista sobre una política conservadora o abiertamente reaccionaria de base. La Iglesia había organizado y patrocinado una hueste de iniciativas culturales populares, que incluía novelas y obras teatrales de escritores a los que Gramsci llamaba "los sobrinitos del Padre Bresciani", por un novelista católico decimonónico especializado en homilías sentimentales.[276] Tenían poco o ningún mérito, pero se vendían muchísimo, y tocaban un acorde común. Era una suerte de lorianismo literario, exclusivo de Italia, que decía mucho acerca de su público y sus creadores. En aquella era de creciente alfabetización, dentro de límites intelectuales y políticos definidos de manera estricta, mantenía a la Iglesia bien adentro de los corazones y las mentes de las personas.

Pero, al mismo tiempo, la Iglesia estaba perdiendo su poder (si es que alguna vez lo había tenido) para captar la fe de los intelectuales laicos, que se sentían atraídos por las nuevas ciencias del positivismo y el materialismo, y en el proceso se distanciaban cada vez más de las masas populares que persistían en sus convicciones religiosas. Parte de la explicación del fracaso del socialismo italiano radicaba en su rabioso y hueco anticlericalismo, que Gramsci había

descripto en un artículo publicado en un periódico en 1918 como “nada más que el berrinche caprichoso de un niño que cree que su madre le sirve platos de sopa más abundantes a su hermano mayor”.[277] Ni siquiera su propio PCd’I había sabido apreciar las profundas raíces históricas de este nuevo catolicismo social y sus organismos populares. Cientos de miles de campesinos fueron atraídos por esas subsecciones semidistanciadas de la Iglesia, e incluso habían organizado huelgas y cooperativas a partir de ellas. Habían sido los primeros objetivos del ascenso fascista en las zonas rurales, porque al menos Mussolini comprendía el desafío que representaban para su “revolución”. Una de las provisiones clave de los Pactos de Letrán de 1929 fue integrar la Acción Católica a la órbita política del Estado para neutralizar su potencial progresista.

Desde arriba hacia abajo, sucesivos papas se habían esforzado por modernizar la Iglesia, en particular León XIII con su encíclica *Rerum Novarum*, que reconocía las penurias y los intereses de la emergente clase trabajadora industrial decimonónica. En opinión de Gramsci, León había propiciado una filosofía escolástica tomista “no como un marco de conocimiento estrecho, estático y exclusivo sino como un organismo de pensamiento vivo”.[278] Esto ayudaba a disimular el hecho de que, al menos desde la Revolución Francesa, la Iglesia había perdido progresivamente el contacto con los credos emergentes del liberalismo económico, el individualismo moral y la democracia política. En su interior permanecían profundas corrientes de resistencia a cualquier forma de modernidad. En los países que habían adoptado la Reforma, y que no por casualidad desempeñaron roles clave en la Revolución Industrial, los católicos romanos se habían transformado en una secta marginal y perseguida. La reafirmación de la autoridad del clero había sofocado a la comunidad de los fieles y limitado el involucramiento laico en los asuntos de la Iglesia en todo el mundo. Poco a poco, al reaccionar contra el desarrollo social en vez de darle forma, la Iglesia estaba perdiendo la iniciativa histórica y la hegemonía de la fe masiva. Sus políticas internas siempre habían sido complicadas. “Cabe señalar”, escribió Gramsci en diciembre de 1931,

> que todas las innovaciones dentro de la Iglesia, a menos que provengan del liderazgo, tienen un contenido herético. Estos elementos heréticos se vuelven cada vez más explícitos y estridentes hasta que el centro reacciona de manera contundente: arroja a los innovadores al caos, reabsorbe a los indecisos y expulsa a los recalcitrantes. Pese a su autoproclamado vínculo con las masas de los fieles, la Iglesia nunca fue propensa a la autocrítica. […] El desarrollo histórico de la Iglesia se produjo a través de la lucha de facciones; las diversas congregaciones religiosas son en realidad facciones que han sido absorbidas y reguladas bajo la forma de órdenes religiosas. En definitiva, las innovaciones siempre han sido impuestas antes que propuestas, y aceptadas solamente por obligación.[279]

En vez de emerger orgánicamente de la vida, la Iglesia buscaba imponer sus propias prerrogativas institucionales sobre la vida. Al menos desde la Contrarreforma, era peligroso pensar, escribir y hablar de manera abierta y honesta dentro de la Iglesia. Ser católico se había vuelto muy fácil para la mayoría de la gente y, al mismo tiempo, muy difícil para algunas personas. En términos generales, era fácil creer y tener el respeto de la Iglesia, sus clérigos y sus instituciones; en términos prácticos, no había muchos elementos que distinguieran esta fe popular del protestantismo o la ortodoxia rusa. Pero, observaba Gramsci, era muy difícil ser un intelectual católico militante porque se esperaba que estos abrazaran una horda de nociones contenidas en encíclicas, contraencíclicas, bulas papales, cartas apostólicas, etc. Las desviaciones históricas de la línea de la Iglesia eran tantas y tan sutiles, que resultaba extremadamente fácil caer en la herejía o la media herejía o el cuarto de herejía. El sentimiento religioso sincero se había desecado; había que ser doctrinario para escribir de manera ortodoxa.

Estos eran, por el momento, notas y fragmentos aislados que más adelante se convertirían en textos autónomos. Pero Gramsci se consagraba a sus estudios del catolicismo con una dedicación que, tal como admitió a Tania, rozaba la obsesión. La Iglesia católica

romana se estaba transformando, como en el caso que recordaba del joven trabajador turinense que observaba todo a través del prisma "¿Qué hará Japón?", en su propio Japón personal. Para entonces Gramsci seguramente ya era sumamente consciente de los paralelismos entre su fe católica de nacimiento y la fe socialista que había adoptado en su juventud, sus trayectorias similares de ascenso y declinación y sus intentos esporádicos y aislados de renovación, las olas de cambio y reacción que golpeaban a millones de personas en sus camarotes herméticamente sellados, que ahogaban a muchos y sacaban a flote a unos pocos selectos. En particular, había claros paralelismos entre el catolicismo reaccionario y el bolchevismo estalinizado de comienzos de los años treinta: ambos buscaban imponer sus prerrogativas desde arriba, impacientes con el disenso y la desviación, despiadados con la oposición organizada, e indulgentes con la obediencia y la lealtad. "Tal vez", escribió Gramsci, "haya una analogía entre los partidos políticos y las sectas religiosas y órdenes monásticas".[280] ¿Acaso Stalin no era el papa recién consagrado del comunismo mundial, rodeado de cortesanos que solo lo adulaban y le daban la razón en todo, y de cardenales que escupían dogmas como surtidores de fuente y cazaban herejes, proclamando la infalibilidad de él mientras vigilaban atentos el más ligero cambio de énfasis para poder trasladarlo a una política oficial? Iósif Vissariónovich, con su formación como seminarista, incluso adoptó la postura de falsa modestia de los sucesores de San Pedro, mientras fomentaba y a la vez negaba el culto de su propia personalidad, la de un hombre común y corriente que, por esas cosas de la vida, tenía habilidades y poderes extraordinarios. ¿Qué otra cosa era el emergente credo del estalinismo sino una suerte de Contrarreforma en el seno de la dialéctica histórica del socialismo?

Y si bien era cada vez más fácil ser un comunista común y corriente –aceptaban a millones de personas como miembros del partido en los aniversarios especiales, exigiéndoles una mínima educación política, más allá de poder verbalizar unos pocos dogmas y obligaciones básicos, una suerte de catecismo de un marxismo-leninismo codificado y autorizado–, se estaba volviendo cada vez más difícil ser un intelectual comunista militante. De hecho, si se

creían las noticias y rumores más recientes de Rusia, se estaba volviendo decididamente peligroso. Pero por el momento, en su aislamiento cada vez más profundo, Antonio Gramsci acalló sus dudas y eludió las conclusiones desalentadoras que suscitaban. Bajo el ojo avizor del censor de la cárcel, para no mencionar a los de Moscú y los de su propia cabeza, estos paralelismos evidentes entre el comunismo y el catolicismo –con sus misiones opuestas, aunque coincidentes, de hegemonía global– aún no podían hacerse explícitos. En cambio, funcionaron como trasfondo intelectual para el creciente aislamiento personal de Antonio Gramsci y lo que él llamaba su retirada de las trincheras del servicio político activo o cualquier otro contacto humano.

La visita que le hizo Tania Schucht en julio de 1930 sería la última por dos años y medio. Tania había permanecido seis meses en Turi, en una pequeña habitación alquilada arriba de una farmacia casi en las afueras de la ciudad, para poder visitar a Antonio con mayor asiduidad, llevarle libros y provisiones, y apoyarlo durante sus frecuentes episodios de enfermedad y desaliento. Pero su salud, también frágil, había empeorado una vez más. Antonio le escribió a su hermano Carlo que Tania llevaba una vida de eremita, aislada del mundo entero, incluso más que él, si eso era posible. Padecía prolongados y dolorosos episodios de flebitis desde la primavera que la confinaban a la cama durante varios días seguidos y la dejaban cojeando como una anciana tullida. Tania esperaba que mejorara un poco con la llegada del verano y el clima más caluroso y seco, pero solo había empeorado. Todavía usaba vendas elásticas para contener la hinchazón de las piernas. Casi había agotado sus ahorros, producto de largos años de trabajar como enfermera, maestra y más recientemente como secretaria. Dependía de una pequeña remesa mensual que le enviaba su padre Apollon desde Rusia, pero este cada vez exigía a cambio más condiciones y restricciones, e incluso había dejado traslucir que sus propias finanzas corrían peligro. En las postales que sumaba a las demás cartas de la familia, no dejaba de mencionar la sensación que tenía de que se estaban aprovechando de él. Estaba tratando de vender algunos bienes dispersos de la familia, incluida una pequeña granja cerca de Génova deshabitada y en desuso desde hacía ya tanto

tiempo que ni siquiera estaba claro quién era su propietario legal. En sus cartas a Tania, Apollon había empezado a cuestionar el valor y el propósito del modo de vida de su hija y el lugar que había elegido para vivir, e incluso había llegado a sugerir que volviera con el resto de la familia a Rusia por el bien de su salud, para recuperar un empleo asalariado y cuidar a sus parientes de sangre.

Tania no quería volver a Rusia, sobre todo porque implicaba abandonar a Antonio. Pero sin el respaldo económico de Apollon, que ya había anunciado que retiraría pronto, al menos tendría que regresar a Roma y buscar un trabajo pago. Tania infería que la posición de su padre en el Partido Comunista como miembro fundador, intelectual respetado y viejo bolchevique también corría peligro. En todo caso, en esa nueva era posterior a Lenin en la Rusia soviética –cuando las prioridades del partido eran la industrialización rápida y la colectivización de la agricultura, y las jóvenes promesas de su primer Plan Quinquenal eran tecnócratas obedientes y proletarios incontaminados–, las maneras y los orígenes aristocráticos de Apollon, y la importante herencia que le devengaban, constituían una auténtica desventaja. Hacía poco le habían asignado su puesto de bibliotecario en el Instituto de Electrónica, que había ocupado desde 1924 y le significaba un pequeño honorario, a un joven a quien consideraban más en sintonía con los avances científicos y tecnológicos recientes. Más de una vez habían cuestionado a Apollon en las reuniones partidarias por su escueto historial de trabajo pago, que consistía en poco más que unos ciclos lectivos enseñando ruso a los oficiales del ejército en Roma antes de la guerra.

Los bolcheviques de alta cuna como Apollon habían sido acusados de “europeísmo” en un prominente artículo de revista, donde se argumentaba que Rusia era más asiática que occidental y que el valor del bolchevismo radicaba en soliviantar al pueblo ruso y aumentar el prestigio internacional y el poder del país. En cambio, la *intelliguentsia* cosmopolita de la vieja Europa había corrompido el alma de la Madre Rusia. Había indicios no demasiado sutiles de antisemitismo en las referencias a elementos del antiguo orden que habían cambiado unas tablas del Talmud por otras o (como en el caso de Apollon) que se habían casado con tradiciones extranjeras.

Los editores de esa revista eran nacionalistas a ultranza, que incluso expresaban simpatía por el fascismo. Uno o dos de ellos se habían proclamado fascistas rusos. Pero lo más preocupante de todo era que ellos, y su vil publicación, eran tolerados por las autoridades soviéticas mientras los viejos bolcheviques y los revolucionarios de toda la vida eran arrestados y enviados a Siberia o al extranjero. Dadas las circunstancias, quienes deseaban protegerse y proteger a sus familias se cuidaban muchísimo de despertar sospechas de deslealtad. En el caso de los Schucht rusos, esto seguramente los hizo, como mínimo, cuestionarse su vínculo con Antonio Gramsci, cuya lealtad estaba bajo el estricto escrutinio de las autoridades soviéticas y la Comintern. Y después de todo, ninguno de ellos –ni siquiera Julia– había pasado mucho tiempo con Antonio o siquiera llegado a conocerlo. Gramsci seguía siendo, a todos los efectos, un extranjero distante en una tierra lejana; ni siquiera sus dos hijos tenían una idea clara de quién era su padre. Antonio, por su parte, comprendía perfectamente bien la situación. Le escribió a Tania que, en lo que concernía a los niños, podía ser tanto el holandés errante como el hombre de la luna. Respondió con furia cuando descubrió que Delio se había enterado de que su padre estaba preso por un compañerito de escuela y le había preguntado a la maestra qué era la cárcel. Se enfureció todavía más cuando supo que sus “madres”, Julia y Evgenia, habían convencido a Delio de que no era cierto. Hasta que Apollon finalmente dijo que convenía decirle la verdad al niño porque, por el momento y quién sabía hasta cuándo, Antonio permanecería encarcelado, incapaz de contribuir a los asuntos y la economía familiares. Pero todavía no se habían decidido –le explicó Tania– porque no querían perturbar a Delio, de por sí predispuesto a la inquietud nerviosa.

Aproximadamente en esta época, siempre a través de Tania, Antonio por fin descubrió la verdad sobre la enfermedad de Julia. El diagnóstico de epilepsia que había recibido en 1927 era solo una parte. Hacía por lo menos tres años que padecía graves perturbaciones mentales, y en ocasiones enloquecía. Había dejado su trabajo en el NKVD hacía un tiempo y recientemente habían dejado de pagarle su salario, cosa que agregaba presión a las

finanzas ya frágiles de la familia. Pasaba casi todo el tiempo en cama, en su casa, con períodos de hospitalización intercalados. Si bien eso al menos explicaba los silencios, los mensajes desganados y el extraño tono disociado, Gramsci se molestó profundamente por haber tenido que esperar tres años para descubrir la verdad cuando desde siempre había sabido que algo andaba muy mal sin tener la menor idea de qué podía ser, sujeto a las especulaciones de sus preocupaciones solitarias y sus peores miedos. Una vez más, su familia lo había mantenido a oscuras en un asunto crucial que lo afectaba personalmente.

Le contó a Tania una historia de su niñez. De niño había sido un incansable cazador de lagartos y víboras, con los que alimentaba a un hermoso halcón que había domesticado y tenía atado con una larga cuerda. En tres o cuatro de sus expediciones por los campos de Ghilarza se cruzó con una criatura muy similar a la culebra común, excepto porque esta tenía cuatro patitas: dos adelante, cerca de la cabeza, y dos atrás, cerca de la cola. Tendría unos 60 o 70 centímetros de largo y era muy ancha y gruesa, con el contorno de una culebra pero la mitad de su largo. Se deslizaba, o mejor dicho se tambaleaba, con lentitud y torpeza dando saltitos cortos y abruptos, y sin mucha ayuda de sus pequeñas y patéticas patas, que solo se agitaban y le obstruían el camino. En su pueblo llamaban *scurzone* a ese reptil, palabra que significa "acortado" en dialecto sardo. En la escuela Nino le preguntó al maestro, en realidad un maquinista retirado y no un docente de profesión, cómo le decían al *scurzone* en italiano. El maestro soltó una carcajada al escuchar la descripción y le dijo que era un animal imaginario, al que la mitología llamaba áspid o basilisco, y que jamás había visto ninguna criatura real como la que Antonio había descripto. Incluso unos niños de otra aldea saltaron y dijeron que ellos lo llamaban *coloru*, pero el maestro insistió en que todo eso eran supersticiones campesinas y que no existían cosas tales como culebras con patas.

Este maestro no era ningún estúpido –había realizado numerosas investigaciones sobre historia natural y tenía una importante colección de fósiles y rocas–, pero no podía creer que el *scurzone* o *coloru* fuera real y no tuviera aliento venenoso y ojos que lanzaban fuego. "Todavía recuerdo mi enojo cuando me dijo que yo estaba

equivocado cuando yo sabía que tenía razón", escribió Gramsci, "y que se rieran de mí por supersticioso. Siempre he reaccionado mal contra la autoridad basada en la petulancia y la estupidez. En mi experiencia, es típico de los patriarcas de poca monta acostumbrados a mandonear a las personas haciéndoles creer que son inferiores y más débiles de lo que son".[281] De hecho, continuó, recientemente lo había buscado en la tabla de reptiles del Larousse y había encontrado un animal parecido a una culebra con cuatro patas llamado *seps* en España y el sur de Francia, de modo que era totalmente posible que existiera una variedad en Cerdeña. Comentaba que la hermosa ilustración del Larousse no se parecía en nada al *scurzone*, que,

> en cambio, es un animal repelante: su cabeza es muy grande, no pequeña como la de las culebras; la "cola" es muy cónica; las dos patitas delanteras están demasiado cerca de la cabeza, y además están lejos de las patas traseras. Las patas son blancuzcas, atrofiadas. […] [Se diferencia de] la lagartija y la culebra, que más allá de la repulsión del hombre por los reptiles, en el fondo son elegantes y tienen gracia. […] Desde luego este animal no es muy común: no lo vi más que media docena de veces, y siempre bajo las rocas.[282]

---

[274] Gramsci, *Prison Notebooks*, ed. Buttigieg, ob. cit., vol. 2, p. 111.
[275] Ibíd., p. 112.
[276] Íd.
[277] Gramsci, *Selections from Political Writings 1910-1920*, ob. cit., p. 41.
[278] Gramsci, *Prison Notebooks*, ed. Buttigieg y Callari, ob. cit., vol. 1, p. 182.
[279] Ibíd., p. 242.
[280] Ibíd., p. 319.
[281] Davidson, ob. cit., p. 37.
[282] Los últimos párrafos reformulan o citan tramos de la carta del 2 de junio de 1930. [N. de E.]

21. Tocar fondo

Un nuevo grupo de presos comunistas llegó a Turi a fines de 1930. Padecían diversos tipos y niveles de enfermedad, y habían llegado de cárceles de todo el país a ese presidio especial para reclusos enfermos. Gramsci, que venía manteniendo discusiones políticas informales en el patio de ejercicios, con la afluencia de nuevos camaradas propuso un programa de estudios y debate más estructurado. Hablarían de algunos de los temas que venía estudiando, como el papel de los intelectuales en la historia italiana o la evolución de la cultura popular, pero también sobre las cuestiones que enfrentaba el Partido Comunista en su lucha contra el fascismo y a favor de la revolución proletaria. Si su plan funcionaba, revitalizaría y enriquecería sus propios estudios, como siempre lo habían hecho el diálogo y el debate cuando era un hombre libre, y también mejoraría el juicio político de sus camaradas presidiarios. Desde un comienzo, las discusiones no fluyeron con tranquilidad ni bien. Gramsci comprendió que estaba frente a una nueva generación de comunistas, en cierto modo más duros y más impacientes que los camaradas atentos, amplios de miras, curiosos y solidarios con quienes había vivido y trabajado en los últimos días de la guerra, en los consejos de fábrica y las ocupaciones de los años rojos en Turín, tras la ruptura con el Partido Socialista y la formación del PCd'I, o incluso en los primeros años del fascismo. En aquel entonces –dejando de lado las diferencias personales, regionales e incluso de clase, o al menos dispuestos a trabajar juntos para superarlas–, los trabajadores, los intelectuales y hasta los campesinos se habían unido bajo la gran causa de la revolución socialista. En las reuniones y los encuentros informales, y en las largas caminatas nocturnas por las calles de Turín y Roma, la conversación fluía libremente hacia cualquier tema que a cualquiera se le ocurriera tocar. Podían discutir con ferocidad y tener profundos

desacuerdos, pero jamás perdían el vínculo común y el propósito unitario ni olvidaban su decisión de actuar juntos para lograr un mundo mejor.

Estos recién llegados no tenían nada que ver con aquello. Eran irascibles y desagradables, incluso entre ellos; saltaban ante el menor insulto como los delincuentes comunes y no eran propensos a escuchar pero sí a hostigar. Parecían incapaces de concentrarse o prestar atención a otra persona durante más de cinco minutos, y hablaban entre ellos o incluso se levantaban y se iban mientras Gramsci daba sus clases. Lo interrumpían sin parar y cuestionaban la relevancia de los temas elegidos. Le decían: “¡Menos Croce, camarada Gramsci, y más camarada Stalin!” y “No necesitamos libros. ¡Necesitamos que nos enseñe a usar las armas!”. En diciembre de 1930, con el recuerdo todavía fresco del último y violento encuentro en el patio de ejercicios, Gramsci escribió que ese tipo de inteligencia, también llamada “talento”, disfrutaba la polémica superficial. Aspiraba a parecer independiente, cuestionaba toda autoridad y rechazaba verdades fundamentales objetando detalles menores. De hecho, era una especie de sarcasmo, que intentaba poner cara seria pero indefectiblemente caía en la sonrisita de suficiencia, en realidad basada en la torpeza intelectual y el provincianismo estrecho de miras.

Por su parte, Gramsci se dio cuenta de que todos esos años de aislamiento y contemplación lo habían vuelto distante y frío. Tal vez sus estudios lo habían llevado a sumirse demasiado en sí mismo y en un territorio que no le interesaba a nadie más. Ya no podía incitar ni cautivar a las personas como antes, ni lograr que percibieran el notable cerebro que coronaba su cuerpo atrofiado y desgarbado. Le resultaba difícil tolerar las interrupciones de los nuevos camaradas o cualquier desvío de las notas que había preparado, y se limitaba a afirmar su autoridad o sencillamente los hacía callar a los gritos, cuando en otros tiempos los habría escuchado con beneplácito y aprovechado para desarrollar otra línea de argumentación: el creativo ida y vuelta de la dialéctica. Por sobre todo, temía estar convirtiéndose en esa clase de viejo tonto, pedante y aturullado del que tanto se había burlado en sus épocas de estudiante universitario y joven militante. Antonio era tan incapaz de llegar a

esos jóvenes enfurecidos como los profesores más oscurantistas o los pomposos funcionarios del partido que habían sido incapaces de llegar a él y a sus amigos en Turín. Repetían como loros dogmas y fórmulas sin conocer sus fundamentos o incluso qué significaban, simplemente para demostrar su adhesión a la causa o al que estuviera en el poder en el momento. La mayoría de ellos se habían unido al partido desde las medidas severas de 1926 o justo antes, y los habían arrestado por agitación clandestina en las calles y las fábricas. Tenían muy poca experiencia en política de masas e ignoraban cómo era la vida cotidiana de las personas comunes a las que decían representar y (lo más absurdo de todo) liderar. Ninguno de ellos conocía a Gramsci ni había trabajado con él. Mostraban poca o ninguna deferencia, por no hablar de respeto, hacia ese extraño sardo con joroba que evidentemente había sido alguien en los viejos tiempos pero que, como él mismo admitía, hacía ya varios años que había abandonado la lucha y no podía o no quería decir nada útil al respecto. Todos habían respaldado la *svolta* o "giro" hacia la nueva línea dura impuesta por la Comintern y las consecuencias locales que eso pudiera tener en Italia o cualquier otro territorio nacional. Uno había tenido la desfachatez de decir: "¡Los campesinos que se mueren de hambre no tienen más remedio que unirse a los trabajadores! Y si tenemos que matar de hambre a varios más para que entren en razón, ¿cuál es el problema?".[283]

Gramsci intentaba socavar sus certezas ciegas con argumentos sólidos –la miseria y el hambre podían provocar levantamientos y revueltas, que incluso podían sacudir el orden social imperante, pero eso no era lo mismo que una estrategia revolucionaria para construir el socialismo o destruir el capitalismo–, pero incluso esta simple reafirmación de los postulados básicos del materialismo histórico fue recibida con chiflidos y burlas. Buscaría otra manera de llegarles. El fascismo había desorientado profundamente a las masas populares; estas necesitaban la restauración de la democracia para recuperar su equilibrio y su sentido de misión histórica. ¿Acaso el propio Marx no había dicho que la democracia política era un prerrequisito para la democracia social y económica del socialismo? Uno de los más pendencieros, un joven imprentero de Bolonia, señaló que eso no era lo que el secretario general del PCd'I, el camarada Palmiro

Togliatti, había dicho en el Sexto Congreso de la Comintern el año anterior: “Ahora estamos en el período de preparación para la revolución proletaria, no para la restauración de la democracia burguesa. No habrá una etapa de transición”.[284] El joven desafió a Gramsci a disentir con el liderazgo del partido y los lineamientos de la Comintern. Un camarada más viejo, que llevaba en Turi tanto tiempo como Gramsci pero se había adaptado obedientemente a la línea dura de la Comintern y aliado con los recién llegados, dijo estar confundido. ¿Acaso no había escuchado decir al propio Gramsci en 1926 que los socialdemócratas eran el ala izquierda de la burguesía? Más aún, a través de la red clandestina del partido, se había enterado de que Gramsci aprobaba la *svolta* y las inevitables y muy necesarias expulsiones de Tasca y los otros opositores, y sin embargo en ese momento se manifestaba en desacuerdo. ¿Cómo era posible?

Gramsci se quejaba en privado, con los pocos camaradas que todavía lo escuchaban, de que el maximalismo había infectado al partido. Les tenían miedo a todas las ideas que no figuraban en el viejo diccionario maximalista de clichés. Cualquier táctica que no se correspondiera con aquel sueño era vista como un error y una desviación. Uno terminaba sin poder adaptarse a las cambiantes circunstancias históricas, prefiriendo las palabras a la acción política o confundiendo unas con otras, y no podía pensar nada fuera de planes abstractos. En cambio, él expresaba su visión acerca de los hechos básicos. Incluso bajo las condiciones más favorables, el partido solo contaba con unos pocos miles de militantes en Italia. Las clases trabajadoras estaban desmoralizadas y desorganizadas, y el fascismo era más fuerte que nunca. Los comunistas necesitaban aliados, no un aislamiento sectario, y eso requería acuerdos y concesiones con otros estratos sociales, principalmente el campesinado y las clases medias bajas resentidas por la destrucción de sus libertades en manos del fascismo. Un movimiento antifascista popular, de bases amplias, era la única salida. En el mejor de los casos, su público semicautivo respondía con irritada aquiescencia, pero casi siempre se dispersaba por la prisión en murmullos.

El programa educativo de Gramsci duró solo unas pocas semanas de noviembre y diciembre de 1930. Antonio propuso una quincena de descanso para repensar las cosas y, con un poco de suerte, enfriar los ánimos. Pero eso solo sirvió para empeorar la cuestión. Las opiniones sueltas se transformaron en diferencias facciosas y estallidos sectarios, y las críticas se volvieron más personales. Varios empezaron a decir que Gramsci se había convertido en un socialdemócrata, un gradualista, y que no solo no era revolucionario sino que ni siquiera era comunista. ¿Acaso su viejo camarada y amigo de *L'Ordine Nuovo* Angelo Tasca no había sido expulsado en 1928 por el mismo desviacionismo hacia la derecha? Su admiración por Croce y otros intelectuales burgueses era indicador de oportunismo y deslealtad, y sus dichos sobre el fascismo y la democracia burguesa contradecían la estrategia de la Comintern y el PCd'I, y desobedecían temerariamente el "centralismo democrático" leninista requerido para implementarla. ¿Acaso "los tres" no habían sido expulsados recientemente por esa misma herejía? Incluso llegó a hablarse de denunciar ante los líderes del partido en el exilio la influencia disruptiva de Gramsci, de excluirlo del grupo comunista de Turi y negarse a acompañarlo en el patio de ejercicios. Un día, después de una fuerte nevada, los presos empezaron a arrojarse bolas de nieve. Parado solo en una esquina del patio para evitar que lo golpearan, Gramsci sintió que una pasaba silbando junto a su oreja y se estrellaba contra la pared: era una piedra grande que cayó al suelo.

Por último, cuando Gramsci intentó resolver una confrontación entre algunos de los nuevos camaradas y los guardiacárceles, lo acusaron de respeto excesivo hacia la ley y de tener miedo de perder los privilegios de escribir en su celda y recibir libros y comida especial de afuera. Antonio intentó explicar que había luchado arduamente por esas concesiones, enviando cartas y peticiones a todos los niveles del servicio penitenciario hasta llegar al propio Mussolini, pero esto solo sirvió para aumentar las sospechas y la animosidad. Gramsci no reveló el tema de su último pedido a Mussolini, que "Su Excelencia" había tenido la bondad de aprobar en noviembre después de que todo el sistema penitenciario lo rechazara: el permiso para leer la autobiografía del desacreditado

Lev Davídovich Trotsky, con quien había mantenido contacto regular a comienzos de los años veinte. Tampoco señaló que sus así llamados privilegios no incluían el derecho a dormir bien por las noches, dado que sus reiterados pedidos de que lo mudaran de su celda, la primera del primer pasillo, habían sido denegados. Había movimiento constante hacia la enfermería y otros sectores de la cárcel, y a los guardias más brutales no les molestaba golpear su puerta en medio de la noche solo para divertirse, le escribió a Tania.

En marzo de 1931, Gramsci le escribió a su hermano Carlo: "Por mantenerme firme en mi comportamiento absolutamente correcto de acuerdo con las necesidades de la vida carcelaria, he entrado en conflicto con otros presos y me he visto forzado a romper relaciones personales".[285] Cuando el PCd'I celebró su Cuarto Congreso en Alemania en abril-mayo de 1931, y reiteró el llamado a la insurrección inmediata y la revolución proletaria, la convocatoria fue puntualmente transmitida a los *politici* encarcelados. Gramsci reiteró su opinión de que Italia debía pasar primero por una fase democrática, enfocada en la lucha por algún tipo de asamblea constituyente. Esto provocó más murmullos y miradas suspicaces en el patio de ejercicios. Dolorosamente consciente de su aislamiento, se retiró a su celda y sus estudios, víctima de un evidente ostracismo. Halló consuelo en nuevas percepciones y destrezas intelectuales, entre ellas una mayor facilidad para leer en inglés que, según le contó a Tania, le resultaba mucho más ameno que el alemán. Había leído en dos o tres días un extracto de *The Economist* sobre el Plan Quinquenal y creía que no se le había escapado ni una sola palabra. Mientras tanto, continuaban circulando rumores sobre su disenso con la nueva línea en las redes partidarias en Italia y en el exilio. Nadie intentó aclarar la situación directamente con él, y por el momento su nombre desapareció por completo de la prensa del partido.

A falta de compañía dentro de la cárcel y de visitas de afuera, lo más cercano al contacto humano que tuvo Antonio Gramsci en los siguientes dos años y medio –desde el verano de 1930 hasta comienzos de 1933– fueron las fotos que había logrado reunir de su familia y sus seres queridos, a las que se sumaron las nuevas y más recientes que les pedía regularmente en las cartas que les enviaba.

Los distintos niños eran especialmente fascinantes, no solo por su aspecto adorable y su rápido crecimiento, sino también por el parecido entre ellos y el eco de generaciones anteriores. Eran una prueba tangible del lugar que ocupaba Antonio en la historia familiar, recordatorios de su propia infancia que, con sus expresiones de optimismo decidido, evocaban sus propios esfuerzos denodados por imbuir de propósito, honor y dignidad la miseria de sus circunstancias. Le escribió a su hermana Teresina que sus hijos eran preciosos, fuertes y saludables; realmente lo asombraba ver lo robusto que estaba el pequeño Franco. Hacía un tiempo, Teresina le había enviado una foto donde el pequeño se veía delgado y frágil, pero esa última mostraba con toda claridad que no solo era fuerte sino también alegre y vivaz. Le pidió que enviara una copia de esa foto a Tania, para que se la hiciera llegar a Julia. Gramsci ya le había enviado varias fotos, que desde un punto de vista técnico eran bastante malas; los rusos eran muy sensibles a esos detalles. Julia le había contestado que Delio y Giuliano se habían interesado mucho en las fotos y hacían montones de preguntas sobre sus primos italianos.

A su madre le escribió con más franqueza, y con algo de malicia, que no creía que Franco y Delio, casi de la misma edad, se parecieran en nada; aunque Delio se parecía mucho a Edmea, la hija de Nannaro. Franco no tenía el cabello enrulado ni rubio, sino castaño oscuro. Delio era, sin lugar a dudas, mucho más guapo. La hija de Teresina, Mimi, se parecía mucho a Edmea de bebé. Lo más maravilloso era que todos esos niños tenían los rasgos de la familia Gramsci. Igual que Delio y Giuliano. Lo hacían pensar en caras que había visto mucho tiempo atrás, rostros que de pronto aparecían en su memoria después de largos años de olvido. La última foto de Delio era como ver a Mario a los 8 años. Los rasgos de Giuliano le recordaban a Nannaro y aún más al tío Alfredo. Gramsci le escribió a su madre acerca de dos pequeñas fotos borrosas que le había llevado Gennaro:

> Me parece que, pese a tu edad y a lo demás, te mantuviste muy joven y fuerte: debes de tener pocas canas, y tu expresión es muy vivaz, aunque un poco… de matrona.

> Apuesto a que podrás ver a tus bisnietos y también verlos ya más grandes; y precisamente querríamos tomar una gran fotografía, algún día futuro, donde estemos todas las generaciones, y tú en el medio, poniendo orden.[286]

Naturalmente, lo que más le interesaba a Gramsci eran las fotos de sus dos hijos y, a partir de ellas, trataba de construir alguna impresión de cómo estaban viviendo y creciendo. Cada fotografía nueva sumaba un detalle a la historia, una nueva causa de alegría o preocupación. Pero la impresión más profunda la causó una foto grupal de Julia, Delio y Giuliano hacia fines de 1930. Los niños se veían bien: Delio, como siempre, un poco soñador; Giuliano, algo molesto y ansioso por terminar y pasar a otra cosa. Pero la expresión de Julia era vacía y distraída, como enojada, casi beligerante, observó Antonio. No la favorecía la comparación con una foto anterior que había visto de ella, tomada hacía tiempo en Ivánovo, en julio de 1922, un par de meses antes de que se conocieran. De algún modo, el fotógrafo había logrado sacarla de su ensimismamiento y que se presentara confiada, la joven maestra de música y miembro respetado del Comité de Educación Artística de Ivánovo. El contraste con la última foto era brutal. Julia tenía el cabello desgreñado y los mechones le caían sobre la cara. Trataba de sonreír para la cámara, o mejor dicho para el fotógrafo que estaba a la derecha. Pero sus labios finos estirados le daban un aspecto enfermizo, y la sonrisa forzada chocaba con su mirada triste y sin vida.

Si la relación de Antonio Gramsci con sus dos pequeños hijos se desarrollaba de su lado a través de fotografías y del de ellos a través de fragmentos de conversaciones entre adultos, su relación con su esposa consistía en palabras confusas que le decían otros y en sus propios arrebatos de preocupación o enojo. Todo ocurría por escrito mediante segundas o terceras partes que recorrían grandes distancias, y atravesaban varios estratos de censura posible o real. Julia casi nunca le escribía por iniciativa propia. Sus noticias llegaban en las cartas de Tania, que ya estaba instalada de nuevo en Roma, sin poder ni querer viajar a Turi. Esta agregaba en el sobre la ocasional nota garrapateada por Julia o la postal de

Apollon, casi siempre como evidencias que respaldaban sus vagas alusiones a que las cosas andaban mal, y siempre se disculpaba por no poder contarle más. Las respuestas de Gramsci a los fragmentos de Moscú consistían en mensajes cada vez más reacios y concisos, incluso desordenados, enviados vía Tania en Roma. El 6 de octubre de 1930, le escribió a Julia que cuando miraba las cartas que se habían enviado, y recordaba que después del arresto esperaba que ella, su esposa, fuera su principal punto de contacto con el mundo exterior, no podía evitar sentirse amargamente decepcionado. Julia le escribía a su esposo como si este fuera un extraño. Jamás habían logrado sostener un diálogo, solo una serie de monólogos. Pasaba muchas horas preguntándose por qué, qué había salido mal o quizá nunca había estado bien, y cuál habría sido su papel en el fracaso del matrimonio. ¿Habría alguna circunstancia atenuante, como decían los abogados, alguna excusa o al menos una explicación en sus orígenes personales, su posición social y su ambiente histórico? ¿Todavía quedaba algo, pese a todo y desde las profundidades de su mutuo aislamiento y tristeza, que pudieran hacer para salvarse ellos y salvar al otro? ¿Tenía sentido intentarlo?

A falta de una palabra clara de Julia o de información confiable de alguien más, Antonio se perdía en especulaciones, le buscaba la quinta pata al gato y transformaba cada hecho, aunque fuera pequeño como un grano de arena, en una montaña de sospechas. Oscilaba entre la autocompasión angustiada de sus cartas, por un lado, y la frialdad desafectada de sus cuadernos, por el otro, de *für mich* a *für ewig*. Quince días más tarde, en octubre, le comentó en una carta a Tania que, por lo poco que podía discernir de la situación real, Julia se estaba acercando poco a poco al estado al que Genia había llegado en 1919, dado que se negaba a adoptar un ritmo de vida regular. Lo que había sido comprensible en 1919 no era más que un absurdo romanticismo en las condiciones estables de 1930, después de todo lo que habían sufrido. Sabiendo que Tania le enviaba todas sus cartas a Julia, incluso las que estaban dirigidas a ella, Antonio compartió una hipótesis derivada de sus recientes lecturas y reflexiones con la sincera esperanza de que pudiera ayudarlos a iluminar el camino que los esperaba. Todas las perturbaciones mentales tenían su base en la historia y variaban de

acuerdo con los cambios en los acontecimientos y las circunstancias históricas. Cada época generaba su propia forma de locura, un complejo entramado de presiones sociales y confusiones personales. La complejidad de la enfermedad mental que cada época provocaba e incluso propiciaba era un reflejo directo de la complejidad de la sociedad y la economía política de las cuales surgía. La epidemia de neurastenia de posguerra había sido un resultado directo de las hambrunas, la enfermedad, la revolución, las heridas y la muerte masiva, sumada al simple cansancio de vivir en tiempos tan turbulentos –por lo tanto, una respuesta humana fácil de comprender a la catástrofe y la turbulencia social, una especie de contrapartida mental de la epidemia de gripe de posguerra que había contagiado a millones, Julia incluida–; las crisis personales tenían entonces causas mucho menos obvias en la organización de la vida cotidiana en el trabajo y en la casa. El pasaje de la guerra a la paz, de la privación severa a la abundancia relativa, del conflicto social a la estabilidad social había domesticado y privatizado la debilidad nerviosa. Para empeorar todavía más las cosas, se redoblaba como vergüenza personal y deshonra social por haber sobrevivido a la masacre que había destruido a tantos otros. Antes, la culpa era de "la sociedad"; ahora recaía en "el individuo": un ejemplo gráfico de la restauración de la hegemonía burguesa sobre la manera en que las personas se veían a sí mismas y veían a los otros.

Al parecer, estos desórdenes psicológicos eran cada vez más comunes en el mundo industrializado y los exacerbaba el impulso hacia la "modernidad". La perturbación psíquica de Julia no era un fenómeno aislado, tal como se traslucía en las publicaciones científicas acerca de los nuevos sistemas de trabajo industrial en los Estados Unidos. Mediante la regulación de todos los aspectos de las vidas de su fuerza laboral, Ford y sus secuaces extremaban la presión sobre la salud física y mental de sus trabajadores. "Desde luego, el maquinismo nos tritura, y por maquinismo entiendo, en sentido general, la organización científica incluso del trabajo de concepto".[287] Esta era la manifestación psicológica o espiritual de lo que Gramsci llamaba, en sus cuadernos, "americanismo", la base y fundamento de cualquier forma moderna de economía planificada.

Al menos en los Estados Unidos (pero también en economías tan diversas como las de Italia y la Unión Soviética si los adalides “científicos” se salían con la suya –más notablemente Trotsky, quien ya en 1924 pedía un bolchevismo americanizado–) eso significaba salarios relativamente altos a cambio de un desempeño estrictamente regulado en líneas de producción automatizadas.[288] Se separaba cada tarea y se la asignaba a un trabajador especializado, que debía repetirla sin la menor variación para siempre. Cada momento de la jornada laboral estaba sujeto a métodos tayloristas de estudio del tiempo y del movimiento, de eficiencia y mejoramiento de la calidad. Fuera del trabajo, si es que realmente existía ese lugar bajo este nuevo régimen gerencial, Ford empleaba inspectores que supervisaban la vida privada de sus empleados, su comida, sus camas, el tamaño de sus cuartos, sus horas de descanso, su salud física y mental, incluso sus vidas sexuales. Los trabajadores que no cumplían los estándares eran despedidos. Los europeos quizá se espantaban ante estos métodos, pero esto se debía a los aspectos del americanismo que subvertían la estancada sociedad europea: “Creemos que podemos hacer cierto trabajo y vivir como nos gusta, como bohemios. […] Somos demasiado románticos, de modo absurdo, y por no querer ser burgueses, caemos en la forma más típica de pequeñoburguesismo, que es precisamente la bohemia”.[289]

La hipótesis de Gramsci acerca de los fundamentos socioeconómicos de la perturbación psicológica de Julia, y su confusa insinuación de que era consecuencia tanto de la “mecanización” al estilo americano como de la “bohemia romántica” europea, como era de esperarse, no suscitó una respuesta directa de la propia Julia ni de nadie. Su tajante definición de la condición que afectaba a su esposa –un “complejo de inferioridad” que la hacía “sufrir problemas que no son reales”– también fue ignorada. En su propio aislamiento, que era cada vez más profundo, Antonio evaluó la situación. Después de tres años de silencio y engaños tras su arresto, ya conocía la verdadera dimensión de la enfermedad de Julia, o eso le habían hecho creer. Entonces, se dio cuenta de que nadie le había explicado de una manera coherente qué era lo que estaba mal; solo había recibido señales sueltas e inconsistentes de

la propia Julia acerca de su enfermedad mental y noticias de otros –todo vía Tania– acerca de los diversos diagnósticos vagos y las curas a las que había sido sometida. Estas últimas iban desde el psicoanálisis freudiano a rajatabla hasta una cura de descanso con sus hijos en el centro turístico de Sochi, en Crimea, uno de los últimos frutos duramente ganados del menguante prestigio de Apollon. Pero nada había funcionado. Luego de un mensaje maníacamente alegre y decidido de Julia sobre su más reciente autodescubrimiento o tratamiento –que le permitía "reconstruir mi psiquis, […] y alcanzar un desarrollo de mi personalidad que no tenía cuando estábamos juntos, cuando me sentía como tu pequeña niña"– siguieron meses de angustiante silencio y un mensaje de Tania donde anunciaba que todo había vuelto al casillero 1.[290]

Las cartas del propio Gramsci a Julia, que alternaban retos con ternura, empezaron a parecerle tan confusas y contradictorias a él como las que ella le enviaba. Y la confusión conllevaba el omnipresente riesgo de que algún comentario hecho al pasar o alguna hipótesis resultaran torpe y gravemente hirientes. Era como caminar sobre cáscaras de huevo. ¿De qué otra manera podía ser, dado lo poco que sabía de la situación real y lo desacostumbrado que estaba a tratar con otras personas en circunstancias normales? ¿Cómo podía Antonio, en el aislamiento al que lo habían impuesto públicamente en la cárcel, esperar comprender lo que atravesaba Julia en el aislamiento íntimo de la enfermedad mental? Las palabras que le dirigía eran disparos en la oscuridad: arrojaban su amor al vacío y expresaban poco más que miedo y desprecio hacia sus propios sentimientos. Se escondía en su cabeza de su propio corazón. O mejor dicho: detrás de su corazón, donde antiguamente se ubicaba el alma, observaba sus propios sentimientos de una manera cínica y desapasionada, pero era totalmente incapaz de hacer algo con ellos. Cada vez más, recaía en lo que él mismo había descripto a Tania y Julia como sus sermones pedantes, donde se disculpaba profusamente y a menudo por su aparente incapacidad para expresarse de una manera más humana o compasiva.

Después de uno de los mensajes más desoladores de Tania sobre el estado de Julia, en noviembre de 1930, Antonio le anunció a su

esposa que “ya me contaron todo”.[291] A su entender, Julia estaba atravesando una crisis psicológica que debía tener una base fisiológica en sus largos años de horarios y hábitos irregulares, y dieta inadecuada. Cuando Tania le comentó que su esposa se estaba psicoanalizando, Antonio decidió volver a leer todas sus cartas desde una perspectiva psicoanalítica. Así pudo detectar en ellas rupturas entre forma y contenido, con el objetivo de disimular y distraer. Quizá esto reflejaba algo permanente de su personalidad, que entonces salía a la superficie contra el trasfondo de un entorno social que constantemente exigía una fuerte tensión de la voluntad. Gramsci comprendió y aceptó que recurriera al psicoanálisis en respuesta a la creciente presión moral que ejercían el aparato estatal y la sociedad sobre los individuos y las enfermedades mentales que esa presión producía. Había colegido, a partir de sus lecturas, que esta era la base de los enfoques “científicos” más recientes y avanzados de la psiquiatría, aunque había que tomarla con pinzas, como a cualquier otra fórmula de vida que prometiera mucho pero, en el mejor de los casos, solo convirtiera deseos formulados a medias en aspiraciones conscientes. El freudismo era una herramienta útil para el pasaje del individualismo económico a la economía planificada. Podía ayudar a las personas a encontrar su camino en la vida, siempre y cuando dejaran de lado excentricidades tales como su aparente defensa de las relaciones sexuales entre padres e hijos y su preocupación primordial por la personalidad femenina. Pero quizá se podía lograr un mejor psicoanálisis historicista a solas, “dialécticamente y con objetividad intelectual. […] Así, uno puede volverse su propio médico”.

Gramsci se preguntaba si no sería mejor que Julia volviera a tener un trabajo concreto, con un propósito. En otras palabras, en esta forma más íntima e interior de medicina, debía procurar “curarse a sí misma”. Con este fin, le encomendó la tarea de investigar para él un debate reciente en la Universidad de Óxford entre Benedetto Croce y el intelectual ruso y funcionario soviético Anatoli Lunacharski sobre los principios y la veracidad del materialismo histórico. El conocimiento íntimo que el taimado filósofo liberal italiano tenía del marxismo había tomado claramente por sorpresa a la luminaria bolchevique y el recientemente desplazado ministro de Educación

soviético, y reveló en este último una sorprendente ignorancia de las principales corrientes de la vida cultural e intelectual italiana. En particular, Lunacharski se había empeñado en refutar la crítica de Croce al Dios oculto en la base económica propuesta por el marxismo: la noción de que la economía determinaba todos los otros aspectos de la vida. Contra esto, Croce había postulado su propio concepto magistral de la "acción ético-política", la planificación consciente y la intervención estratégica de seres humanos vivos y reales como factor primordial en el curso de la historia. Ubicándose entre estas dos corrientes intelectuales de materialismo e idealismo, Antonio le escribió a Julia que estaba interesado en cualquier ensayo especial que Croce hubiera escrito después de aquel debate. Con el mismo espíritu de terapia ocupacional, sugirió que propusiera una traducción al ruso de la nueva edición de *Il capitalismo antico. Storia dell'economia romana* de Giuseppe Salvioli, que había estado leyendo y lo había impactado muchísimo. Requería un traductor ruso con excelente conocimiento del italiano, capaz de comprender y corregir las distorsiones de sintaxis y la gramática torpe de la edición moscovita publicada tras la muerte del autor. Tenía entendido que la editorial del Estado soviético pagaba por las propuestas de traducción que publicaba, así que eso podía contribuir a las mermadas finanzas de los Schucht. De acuerdo con Tania, la familia estaba incluso peor que él en la cárcel, ya que su asignación diaria y el dinero que los exiliados del PCd'I le enviaban a través de Carlo generaban una "cuenta" de varios cientos de liras a su nombre. Incluso era probable que los Gramsci estuvieran mejor en Ghilarza, donde la presencia de varios adultos en edad laboral había permitido que la familia volviera a emplear a una muchacha para los quehaceres domésticos. Hacía ya muchos años que esto estaba fuera del alcance de los Schucht.

No quedan registros de las respuestas de Julia a ninguna de estas sugerencias un tanto desesperadas, más allá de traslucir que solo sumaban más presiones a las que ya tenía. Fuera lo que fuese que Julia sintiera o decidiera hacer, Antonio le rogaba que se lo escribiera con toda franqueza y (con el mayor tacto posible, dada la naturaleza despistada de su correspondencia anterior) de una

manera más sistemática. En uno de sus esporádicos y dolorosos intentos de escribir una carta normal, el 9 de enero de 1931, Julia le confesó que "cuando pienso en escribir –cosa que hago todos los días–, pienso en lo que me hace permanecer callada. Recuerdo que mi debilidad es algo nuevo para ti".[292] En un intento similarmente torpe y vacilante de expresar cariño y simpatía, Gramsci le respondió un mes más tarde que siempre había sabido que ella era débil; en otras palabras: que ella, "mi querida Julka", era una mujer que estaba viva y respiraba. Dadas las circunstancias, no sorprendía que ella estuviera mentalmente atormentada y que él sintiera que no podía ayudarla.

> Cuando pienso en nuestra vida, no puedo evitar llegar a la conclusión de que nunca tuvimos realmente una oportunidad. Estuvimos juntos muy poco tiempo, siempre en circunstancias anormales, separados de la realidad concreta de la vida cotidiana. […] Lo único que podemos hacer ahora es intentar rescatar la poca alegría que tuvimos y mantenerla viva en nuestros hijos. Quiero ser un padre de verdad para ellos, no solo un recuerdo de un pasado que siempre se aleja. ¿Quién eres tú? ¿Qué es esta familia de la que supuestamente formo parte? ¿Quién es Julka + Delio + Giuliano?[293]

La cuestión de la crianza y la educación de los niños seguía generando conflicto a la distancia. Antonio tenía prohibido escribirles directamente a ellos; una vez le había escrito a Delio y le habían devuelto la carta sin leer, por temor a que perturbara el sensible sistema nervioso del niño: ni siquiera la habían abierto. Gramsci tenía razones para sospechar que los Schucht seguían manteniendo en secreto que estaba en la cárcel, o al menos que tal situación era un tabú en la familia, y temían que el niño hiciera preguntas incómodas sobre el sello del presidio en la carta y en el sobre. La verdad era que Delio aún no había aprendido a leer y escribir, porque (como escribió Tania) los médicos no querían que pusiera a trabajar su cerebro antes de tiempo. En abril de 1931, Tania reenvió dos fotos y una hoja de papel con los primeros intentos de escritura

de Delio. Antonio le escribió a vuelta de correo que no había logrado comprender qué decía ni entendía por qué el niño escribía de derecha a izquierda, y no al revés. De todos modos, lo alegraba que Delio escribiera con las manos; eso ya era algo, mucho mejor, sin dudas, que escribir con los pies. Dado que los árabes, los persas y los turcos que aún no habían aceptado la occidentalización, y quizá también otros pueblos, escribían de izquierda a derecha, no parecía tan grave ni peligroso después de todo. Cuando Delio aprendiera persa, turco y árabe, escribir de derecha a izquierda sería una gran ventaja. Pero ¿por qué no llevar esta lógica un poco más allá? ¿No era mejor dejarlo libre, totalmente libre, para que desarrollara su personalidad a su antojo también en otros aspectos? ¿Por qué lo obligaban a vestirse como los demás? ¿Por qué no desparramaban su ropa por la habitación y lo dejaban escoger espontáneamente qué ponerse y cómo: los calcetines en la cabeza, los zapatos en las manos, los guantes en los pies?

Tania decidió, quizá sabiamente, no compartir esta carta con sus parientes rusos. Hacía poco se había encontrado con Carlo, el hermano de Antonio, que había visitado Moscú para hablar sobre la situación de Gramsci con los funcionarios de la Comintern y había aprovechado la oportunidad para conocer a su familia política. A su regreso, Carlo le contó que los Schucht estaban poniendo a los niños en contra de Antonio porque pensaban que este no era un padre responsable y no cumplía con sus deberes. Incluso estaban considerando la posibilidad de presentar una queja ante las autoridades porque no mantenía a su esposa y sus hijos –aparentemente olvidando sus reiterados intentos para lograr que Julia aceptara regalos y dinero– porque alguien les había dicho que eso les daría derecho a obtener ayuda del Estado. Tania decidió no contarle a Antonio lo que le había contado Carlo, pero le reenvió un mensaje de Apollon donde decía que Julia no se negaba a escribir porque estuviera enferma, sino porque le resultaba doloroso escribirle en las condiciones en que se veía obligada a hacerlo, sin especificar esas condiciones. Julia volvió a escribirle a Antonio a comienzos de mayo de 1931 con un ánimo aparentemente optimista. Se sentía mucho mejor, mandaba noticias de los niños y expresaba sus propios deseos para el futuro, e incluso hacía

comentarios sobre los espectaculares logros del primer Plan Quinquenal. ¿Este optimismo sería permanente u otra falsa alarma? Antonio le escribió a Tania que Julia parecía haber recuperado cierta confianza en sí misma y en su propia fuerza. Tal vez, especulaba, había logrado escapar del mar profundo hacia la orilla. Julia decía que su recuperación se debía, en gran parte, a los nuevos métodos científicos que estaban aplicando en la Unión Soviética –y en esto eran pioneros– para el tratamiento de los desórdenes mentales. Con más que una pizca de su acostumbrada ironía, Antonio le escribió a Tania que aquello era “un conmovedor ejemplo de la inmensa fe de los soviéticos en la ciencia, una fe de un carácter cuasi religioso, en crudo contraste con la correspondiente pérdida de fe en la ciencia que atravesaba Occidente”.[294] ¿Y en qué consistía este maravilloso y flamante tratamiento? Aparentemente, alguien le había sugerido a Julia que necesitaba “desenredarse”, fuera lo que fuese eso, como si ella no se hubiera embarcado ya en ese proceso por voluntad propia.

El 1º de junio de 1931, Antonio por fin recibió una carta legible de Delio, o mejor una “epístola”, como le dijo a Tania, en la que el niño expresaba su “amor por los cuentos de Pushkin”.[295] Gramsci le escribió a Julia muy intrigado: ¿ese sentimiento era genuino? ¿El niño había redactado e incluso escrito la carta? A manera de respuesta, transcribió un cuento popular de Cerdeña y le pidió a Julia que se lo contara a sus hijos: Un niño duerme. Cerca de su cama hay una jarra de leche lista para cuando despierte.

> Un ratón se toma la leche. El niño, al no tener la leche, da un grito estridente; su madre, también. El ratón golpea su cabeza contra la pared, pero se da cuenta de que eso no sirve de nada y corre hacia la cabra para conseguir leche. La cabra le dará leche si la rata le consigue un poco de pasto para comer. El ratón va al campo a buscar pasto, y el campo reseco quiere agua. El ratón va hacia la fuente. La fuente quedó en ruinas a causa de la guerra y el agua se dispersa: quiere un albañil que la repare. El ratón va a casa del albañil (que quiere piedras). El ratón va a la montaña y se da un sublime diálogo con ella que, deforestada por

> especuladores, muestra sus huesos sin tierra. El ratón cuenta toda la historia y le promete que el niño, cuando crezca, volverá a plantar pinos, alerces, castaños, etc. Así, la montaña da las piedras, etc., y el niño tiene tanta leche que incluso se lava con ella. Crece, planta los árboles; todo cambia; desaparecen los huesos de la montaña bajo nuevo humus, la precipitación atmosférica vuelve a regularizarse porque los árboles retienen los vapores e impiden que los torrentes devasten la llanura.

"En definitiva", concluye Gramsci esta encantadora pieza de ecología popular, "el ratón concibe una auténtica *piatilietka*",[296] un Plan Quinquenal con todas las letras (especialmente bienvenido en Cerdeña, donde la minería de carbón ha causado una deforestación casi total). Y hasta las criaturas más pequeñas son capaces de grandes actos.

En julio de 1931, Gramsci obtuvo permiso para escribir cartas semanales, en vez de quincenales; esta flexibilización de los rigores estaba relacionada con una ligera reducción de su sentencia en un año, cuatro meses y cinco días el año anterior. Todos sabían que estos pequeños actos de misericordia del gobierno en realidad se debían a que los fascistas se sentían cada vez más afianzados en el poder. En cuanto a la autorización para escribir más cartas, Antonio le confesó a Tania que, para su sorpresa, no se conmovió ante el aumento sustancial de la que hasta entonces había sido la actividad que más disfrutaba y más sentido tenía para él. Ahora le resultaba cada vez más onerosa; sentía que interrumpía sus rutinas personales y lo distraía de la investigación y la escritura. Casi siempre olvidaba las cosas que le habían escrito, e incluso las que él escribía, lo cual generaba malentendidos constantes con sus compañeros epistolares. Esperar sus respuestas era como ser juzgado de nuevo, sobre todo cuando se demoraban por retrasos, contratiempos o los censores. Sentía menos deseos de escribir que nunca, lo que a su vez exacerbaba su aislamiento; cada día se rompía uno de los lazos que lo ataban al pasado. Cuando Tania le pidió que se explayara más sobre el tema, Antonio replicó que, por su silencio y la falta de visitas, solo podía llegar a la conclusión de

que las personas que amaba se habían acostumbrado a la idea de que estaba en la cárcel. Anteriormente, lo había alegrado dejar atrás el pasado. Esos lazos rotos habían sido una señal de su independencia y su progreso personal:

> Me sentía casi orgulloso de estar aislado; en cambio, ahora siento toda la miseria, la aridez, la mezquindad de una vida que sea exclusivamente voluntad. […] Ya no tengo un verdadero programa de estudio y trabajo. […] Eso no quiere decir que pierda del todo el tiempo, pero […] ya no siento esas distintas curiosidades por ciertas direcciones generales. […] Incluso al acotar la investigación a sus líneas esenciales, esta sigue siendo formidable [y además] no siempre estoy en condiciones de trabajar.[297]

Cuando por fin se avino a escribirle directamente a Julia una vez más, reiteró que, cuando lo arrestaron, creía que su esposa lo ayudaría a mantenerse en contacto con el mundo exterior, o al menos con la vida que llevaban ella y los niños. Entonces le parecía que Julia había hecho exactamente lo contrario, que solo había agravado su aislamiento. Casi no sabía nada de ella, ni siquiera si había vuelto a trabajar. Sus cartas eran extremadamente vagas. Antonio no podía imaginar nada de la vida de su esposa. Muchas veces había intentado iniciar un verdadero diálogo, le había hecho montones de preguntas y le había indicado la clase de cosas que deseaba saber. Y todo para nada, de modo que había caído en un estado mental parecido al andar del cangrejo, lo cual hacía que le resultara muy difícil y doloroso escribirle. Por mucho que se esforzara, y aunque se odiaba por eso, no podía armarse de compasión y comprensión para ofrecerle el apoyo que indudablemente necesitaba. Estaba demasiado distanciado, demasiado ensimismado. En esas circunstancias, esperar que tuviera algo realmente importante para decirle sobre su depresión era como pedirle a un hombre que se está ahogando que le enseñe a caminar a alguien.

A fines de julio, cerca del cumpleaños de los niños, volvió a escribirle a Julia. Delio cumpliría 7 años unos días después y

Giuliano 5 años a fin de mes. Ese cumpleaños era especialmente importante para Delio, porque los 7 años eran un punto crucial en el desarrollo de la personalidad. La Iglesia católica, sin dudas la institución global de mayor cuerpo organizacional y experiencia en propaganda, había establecido recientemente que la primera comunión debía tomarse a los 7 años. Esto representaba una entrada solemne en la comunidad de la fe e imponía al niño una formación ideológica que lo acompañaría de por vida. Antonio no sabía si Julia planeaba celebrar el cumpleaños de alguna manera especial. Tal vez ya fuera hora de explicarle a Delio que su padre estaba en la cárcel y por qué lo habían encerrado, aunque quizá Julia deseaba mantener en la ignorancia a Giuliano por un tiempo. Esa explicación, junto con la sensación de confianza y respeto que implicaba (sobre todo si se le pedía que no le contara nada a su hermano menor), lo marcaría mucho y se volvería un hito en su desarrollo.

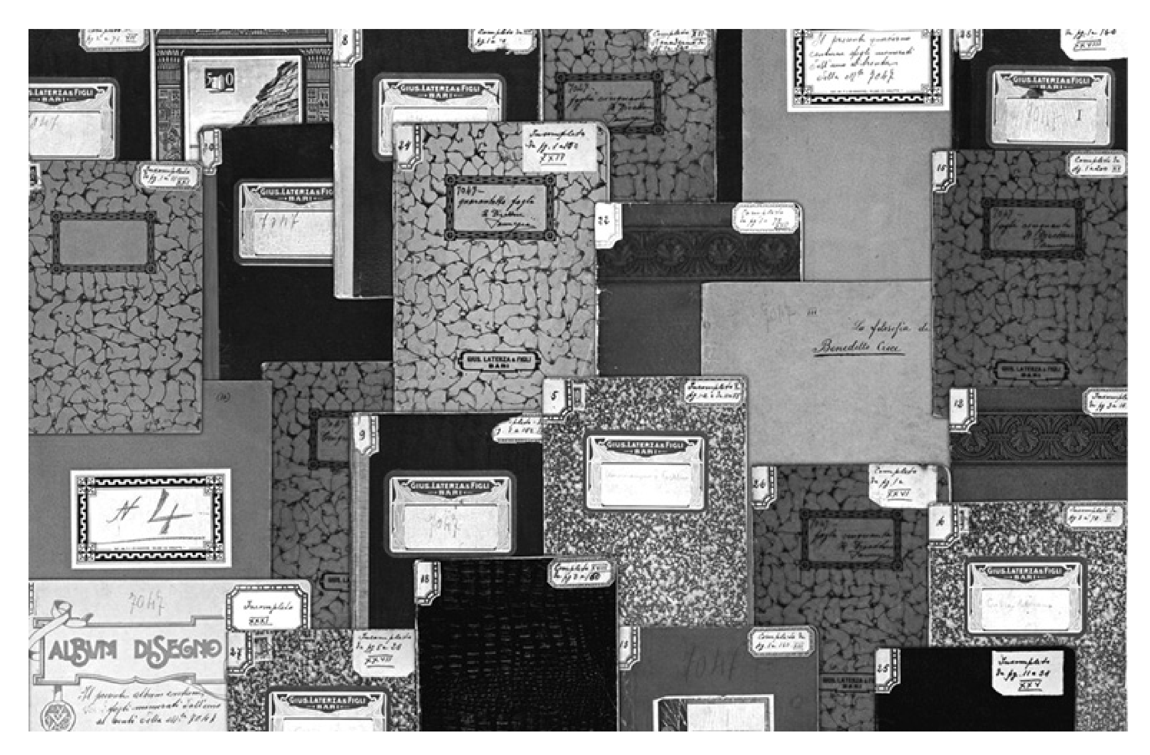
A comienzos de agosto de 1931, Antonio Gramsci sufrió su crisis de salud más severa hasta el momento. La mañana del lunes 3 despertó de golpe tosiendo sangre. Los guardias se tomaron su tiempo para visitar la celda, contigua a la sala donde descansaban, en respuesta a sus gritos de ayuda. Cuando vieron la sangre en la cama y la ropa de Antonio, salpicada por todas partes en el piso de piedra, entraron en pánico y mandaron llamar al médico de la cárcel. Les dijeron, y ellos le informaron a Gramsci, que el doctor Cisternino había salido a almorzar y luego iría a ver a otros pacientes del pueblo. Pero volvería a la prisión en cuanto terminara con ellos. Mientras tanto, pidió que lo mantuvieran vigilado. El ataque de tos de Gramsci duró hasta las 4 de la tarde; para entonces había expulsado –según su propia evaluación– unos 300 mililitros de sangre. No era una hemorragia continua, le escribió después a Tania; empezaba con un borboteo en la respiración, como cuando uno tiene un catarro. Después seguía una tos repentina y se le llenaba la boca de sangre. La tos no era especialmente violenta, ni siquiera intensa. Era exactamente el tipo de tos que se produce cuando uno tiene algo que le raspa en la garganta, solo episodios esporádicos.

Cuando Cisternino por fin apareció, le realizó un examen de rutina y le prescribió cloruro de calcio con un poco de adrenalina. No especificó qué aliviaría o curaría con esa prescripción, ni cuál era a su entender el problema de base, y Gramsci tampoco quiso preguntar. Cisternino regresó dos días más tarde, el 5 de agosto, e hizo un examen más exhaustivo con un estetoscopio. En esa ocasión al menos pudo descartar una infección bronquial y sugirió que la sangre había provenido de los intestinos. Dado el historial médico de problemas digestivos de Gramsci, no era una sorpresa en absoluto. De paso, le recomendó dejar de fumar tanto. Gramsci intentó fumar menos, tanto para ahorrar como por razones de salud; entonces armaba tres cigarrillos pequeños con la misma cantidad de tabaco que antes utilizaba para armar uno. Pero como la falta de cigarrillos afectaba su concentración, no se decidía a abandonarlo del todo. En cambio, racionaba el tabaco y hacía que un paquete le durara cinco días.

La tos fue cediendo poco a poco los días que siguieron, y ya no había sangre en el catarro. Pero el lado izquierdo de su cuerpo estaba cubierto de un sarpullido de manchas rojas. Recientemente había hecho demasiado calor, incluso para agosto, y hacía ya varias semanas que Antonio transpiraba mucho por las noches. También había tenido fiebre, sobre todo las dos noches anteriores al ataque de tos con sangre. Decidió no llamar a Cisternino para que examinara las manchas ni para informarlo sobre la fiebre. Los exámenes y prescripciones iniciales habían costado lo suficientemente caros –una buena tajada de su cuenta carcelaria–, y odiaba alimentar los negocios de Cisternino más allá de lo que fuera estrictamente necesario. Además, no quería que el médico pensara que era débil o que fingía estar enfermo. Gramsci solía usar, a veces al borde de la obsesión, el termómetro que le había pedido a Tania que comprara y enviara, y notaba las más leves variaciones en su temperatura, sobre todo antes y después de comer. Le escribió a Tania para tranquilizarla y asegurarle que no había motivos para alarmarse. En respuesta a su preocupación por su dieta magra, Antonio le contó que compraba todo lo que podía para suplementar las raciones de la cárcel; el problema era que no había mucho a disposición. La venta de fruta había sido poco frecuente el

último tiempo, y de queso fresco aún menos. En la cantina solo vendían cosas que él no podía comer; el médico le había prohibido hasta el jamón, sobre todo por el estado de sus dientes, de modo que se alimentaba de huevos, leche y arroz cocido con manteca. Las diversas “curas” dietarias –consumir solo leche, uvas o incluso limonada durante varios días seguidos– calmaban su dolor de estómago por un tiempo breve, principalmente porque pasaban de largo sin exigirle al sistema digestivo.

Los medicamentos tampoco hacían grandes diferencias. La prescripción de Cisternino lo hacía sentir soñoliento y constipado, y los diversos remedios que Tania enviaba u ordenaba en la farmacia local no tenían buenos efectos duraderos. Gramsci anotaba meticulosamente sus componentes y los efectos que tenían en su temperatura, peso y bienestar, e informaba a Tania para que consultara con sus amigos médicos; pero eso no servía de mucho. En cambio, Antonio pensaba que las condiciones de vida en la cárcel eran importantes. Los frecuentes disturbios y despertares violentos en medio de la noche, que le provocaban insomnio, empeoraban notablemente su estado; dormir profundamente lo hubiese beneficiado. Con ese fin le escribió varias cartas a Parmegiani, director de la cárcel, para protestar contra los ruidos continuos que afectaban su celda durante la noche, sin resultado alguno más allá del reconocimiento oficial de la recepción de su queja. Por el contrario, su denuncia de que la aplicación del reglamento se había vuelto objeto de tráfico entre guardias y reclusos –paquetes de tabaco y cuartos de litro de vino a cambio de tratamiento especial durante las inspecciones– solo empeoró el barullo nocturno. Gramsci pasaba los días en una especie de sopor y las noches dando vueltas en la cama. El mejor uso que podía dar a su tiempo, de noche o de día, era leer o escribir en sus cuadernos, su terapia preferida. Eso no requería buena salud física. En todo caso, el pensamiento profundo le ofrecía una manera de elevarse por encima de la enfermedad, espoleado por la sensación de urgencia derivada de su falta de energía.



Cuadernos utilizados por Gramsci durante su reclusión

---

[283] Fiori, ob. cit., p. 257.
[284] J. B. Urban, *Moscow and the Italian Communist Party. From Togliatti to Berlinguer*, Nueva York, 1986, p. 54.
[285] Gramsci, *Letters from Prison*, vol. 2, ed. Rosengarten, ob. cit., p. 23.
[286] Ibíd., pp. 200-201 [carta del 28 de julio de 1930 a su madre. N. de E.].
[287] Ibíd., pp. 115-116 [carta del 20 de octubre de 1930 a Tatiana. N. de E.].
[288] Gramsci, *Selections from Prison…*, ob. cit., p. 302.
[289] Gramsci, *Letters from Prison*, ed. Rosengarten, ob. cit., vol. 1, p. 356 [nueva cita de la carta del 20 de octubre de 1930 a Tatiana. N. de E.].
[290] Gramsci, *Letters from Prison*, ed. Lawner, ob. cit., p. 220.
[291] Gramsci, *Letters from Prison*, vol. 1, ed. Rosengarten, ob. cit., p. 359.
[292] Gramsci, *Letters from Prison*, vol. 2, ed. Rosengarten, ob. cit., p. 9.
[293] Ibíd., p. 12.
[294] Gramsci, *Gramsci's Prison Letters…*, ob. cit., pp. 146-147.
[295] Gramsci, *Letters from Prison*, ed. Lawner, ob. cit., p. 194.
[296] Ibíd., p. 196 [carta a Julia del 1º de junio de 1931. N. de E.].
[297] Ibíd., pp. 199-201 [carta del 3 de julio de 1931. N. de E.].

22. El trabajo sana

Gramsci continuó estudiando de manera intensiva y durante largas horas durante 1931 y 1932. Consultaba y ordenaba la amplia variedad de libros y periódicos que le enviaban Tania y su hermano Carlo o recibía directamente de la librería de Milán donde Piero Sraffa había abierto una cuenta a su nombre. Eran –según les decía a los guardias o los otros presos que notaban las pilas de periódicos leídos e hileras de libros subrayados en todos los rincones de su celda– su sangre, su vida misma o, de manera más frívola, su zoológico. Estaba especialmente orgulloso de los libros y las revistas que le había costado leer, como sus atesorados volúmenes de Marx, y que ahora sabía que lo acompañarían durante el resto de su vida. En el transcurso de esos años, para sobrellevar los períodos en que no se sentía capaz de pensamiento original, tradujo del alemán al italiano una pequeña antología de escritos de Marx. También emprendió un ensayo sumamente original sobre el Canto X del *Infierno* de Dante, que le ofrecía algún consuelo porque lo retrotraía a sus tiempos de estudiante antes de la guerra. Pero incluso eso tenía un objetivo más amplio: demoler las interpretaciones más convencionales (como la de un tal “Rastignac” con la que acababa de toparse) y demostrar que en cuestiones de ciencia y gusto artístico los representantes de un grupo social subalterno podían superar con creces a rufianes intelectuales como el susodicho Rastignac. Su lectura de Dante tenía un propósito personal extra, aunque no expresado: focalizar la atención en la angustia del personaje Cavalcante dei Cavalcanti por el destino de su hijo –el poeta Guido–, un retrato hermoso y conmovedor de un padre preocupado y doliente. Cuando terminaba una tanda de libros y revistas, se la enviaba a Tania o a Carlo para que la guardaran o la desecharan, o bien la donaba a la biblioteca de la cárcel. Era muy meticuloso en su forma de catalogarlos y guardarlos, con listas de

publicación y detalles de edición dignos de la mejor biblioteca, y de controlar su uso posterior. Por ejemplo, le ordenó a Carlo que no prestara sus libros a nadie fuera del círculo familiar. No veía por qué sus libros debían entretener a personas que eran indirectamente responsables de su reclusión. En cambio, esperaba que formaran la base de una biblioteca familiar para sus hermanos, hermanas, sobrinos y sobrinas, y quizá algún día para sus propios hijos.

Además de leer, escribía nuevas notas y revisaba y reordenaba las viejas; así, poco a poco fue llenando los cuadernos de tapas marmoladas con su caligrafía enmarañada y sus reflexiones sobre historia, filosofía y economía política. Durante meses enteros, volvía a sus colecciones de diarios y artículos de distintos años y separaba lo que quería conservar consigo de lo que mandaría a guardar o desechar. Tardaba mucho porque no podía resistirse a usar citas selectas o respuestas propias como puntapié inicial para nuevas reflexiones originales. Poco a poco, algunas de estas reflexiones –que llamaba “monografías”– se transformaron en artículos completos acerca de sus preocupaciones centrales, en especial el papel de los intelectuales en la historia italiana y europea, que se permitía imaginar que algún día serían publicados en algún lugar. Su único problema, como le escribió a Tania, eran las severas y demasiado frecuentes jaquecas que le impedían concentrarse como necesitaba. Pasaba la mayor parte del tiempo solo, separado de su familia en Rusia y en Cerdeña, y de su partido en el exilio y en Italia, e incluso de la mayoría de sus compañeros de cárcel en Turi. Estos lo veían a través de los barrotes de su celda, como de costumbre, de pie ante un escritorio alto tapado de libros y papeles, caminando entre las pilas que se acumulaban en el suelo para aclarar sus pensamientos, o sentado al sol cuando se aventuraba a salir al patio en el horario de ejercicios, casi siempre con un cigarrillo en la mano o en la boca. Era reservado y respondía de manera cortés pero rutinaria a las preguntas sobre su salud y su bienestar, o simplemente hablaba del tiempo. Mostraba poco interés en las casi siempre alborotadas y fervorosas disputas sobre los temas del día que apasionaban a los otros presos políticos.

Su estado de ánimo era una mezcla de fatalismo sereno, una paz sarcástica consigo mismo y melancolía acendrada; lo único que

lamentaba (le escribió a Tania) era la debilidad de no haberse atrevido a estar solo, de permitirse lazos de amor, compromisos y relaciones estrechas. Llegado a ese punto, sentía que las que había formado en sus años de libertad solo le habían traído problemas. Si consiguiera aislarse por completo de las demás personas y del mundo exterior, podría convencerse de no reflexionar más, de resistir cualquier estímulo externo, de hacer a un lado las cartas que recibía sin siquiera leerlas. Decía que aquello era una especie muy deseable y productiva de continencia emocional totalmente pasada de moda, pero que en sus circunstancias –encerrado en la cárcel y sin poder trabajar– representaba, por lejos, el modo de vivir más saludable desde lo psicológico y más productivo desde lo intelectual. Intentaba apaciguar la constante ansiedad de Tania por su salud física, que la había llevado a escribirle a su hermano Carlo e incluso al doctor Cisternino, insistiendo en que se había recuperado por completo del episodio de la tos con sangre de agosto. Era tan escéptico respecto de la medicina como podía serlo cualquier persona sensata respecto de cualquier ciencia que proclamara grandes verdades, pero respetaba y escuchaba a los médicos, incluso al doctor Cisternino. Respetaba todavía más a los veterinarios, porque los animales no podían describir sus síntomas, lo cual significaba que esos profesionales debían acertar con los diagnósticos. Después de todo, los animales costaban dinero, mientras que la mayoría de la humanidad era una pérdida total.

Antonio hacía uso sistemático, muchas veces superficial, de su nuevo derecho a enviar una carta por semana, que repartía por partes iguales entre su familia de origen en Cerdeña y, vía Tania, su nueva familia en Rusia. Pero las respuestas seguían siendo esporádicas. Pasaba semanas enteras, e incluso meses, sin recibir noticias, y se irritaba y resentía ante la evidente incapacidad de sus familiares para comprender la importancia de la correspondencia cuando alguien está en la cárcel. Como le escribió a su madre, entonces sumida en un extraño silencio, poco después de su enfermedad, “[la correspondencia] llena los días y da cierto sabor a la vida”.[298] Hasta su hermano Carlo, antes tan diligente en sus comunicaciones, solo entablaba contacto esporádico por medio de Tania, pese a que con ayuda de Piero Sraffa se había mudado a

Milán para estar más cerca de Antonio. Corrían rumores de que Carlo tenía alguna dificultad no especificada con el dinero que recibía del PCd'I en el exilio, con las autoridades italianas, el partido o la Comintern, o incluso con sus propios gastos y su contabilidad personal. Antonio no sabía exactamente cuál era el problema, aunque estaba al tanto de que había momentos en los que Carlo trabajaba y otros en que estaba desocupado. El empleo que Sraffa le había ayudado a conseguir, en la empresa textil milanesa SNIA Viscosa, solo le había durado unos meses.

Los largos silencios de Cerdeña le resultaban tan duros de soportar como los de Julia, sobre todo porque las cartas más recientes de su hermano y sus hermanas se habían centrado en la frágil salud de su madre. Signora Peppina ya tenía más de 70 años y empezaba a padecer los efectos de una vida de rigores y sacrificios personales. El dolor de las manos le impedía escribir y solo podía comunicarse con Antonio dictando sus cartas a otros. Gramsci detectaba en esto una suerte de justicia poética, porque Peppina les había enseñado a leer y escribir a sus siete hijos y en ese momento podía valerse de ellos para aliviar el dolor de sus manos. Le aseguraba que todos recordaban lo fuerte que había sido y la bondad y la ternura con que los había tratado cuando eran niños. Estaba, y siempre había estado, en el único paraíso real que existe, que para una madre deben ser los corazones de sus hijos. Resultó ser que la Signora Peppina y el resto de la familia Gramsci, así como la mayoría de los habitantes de Ghilarza, habían sido azotados por una ola de malaria en el verano de 1931. Con la llegada del otoño y el clima más fresco, todos se sentían mucho mejor. Antonio respondió con alivio a esta noticia y recomendó que pidieran a los gobernantes del municipio la inmediata construcción de cloacas, tal como sus predecesores habían tenido la visión de construir un acueducto. Un acueducto sin cloacas era sinónimo de malaria, tan seguro como que la noche sigue al día. “Las mujeres de Ghilarza antes eran feas y ventrudas por el agua de mala calidad, ahora serán todavía más feas por la malaria. Los hombres harán su curación intensiva con vino, imagino”.[299] La renovada correspondencia le permitió notar que sus sobrinas y sobrinos siempre preguntaban por él y se quejaban de que el tío Nino nunca

les escribía ni les mandaba regalos. Y pidió que alguien les explicara que estar en la cárcel consistía precisamente en no poder hacer lo que uno quería cuando uno quería. “Díganles […] que tengo una celda muy grande, tal vez más grande que cualquier habitación de casa, solamente no puedo salir”.[300] Y cerró otra carta a su madre diciéndole: “[Estoy] más sereno que nunca, aunque envejezco en la cárcel”. Y en distintas cartas reseñaba haber perdido muchos dientes y no poder masticar, lo cual podía resultar especialmente molesto porque limitaba las ya escasas opciones de productos que comprar en la cantina.

A diferencia de Ghilarza, las noticias de Moscú no eran buenas. Por lo que podía discernir de los mensajes garrapateados de Julia que Tania enviaba con sus cartas, siempre más generosas, la condición psicológica de su esposa estaba peor que nunca. Desde su gran distancia, Antonio luchaba por entender y ayudar y obviamente (al menos para él) fracasaba, sobre todo porque lo inducían a no comunicarse directamente con su esposa y hacerlo por intermedio de Tania, los otros Schucht o cualquiera que estuviera dispuesto a leerle sus cartas. Su tono alternaba entre intimidante, pedante y simplemente exasperado. Intercalaba sus sermones con disculpas por sermonear tanto, y después seguía con otro sermón y volvía a disculparse por su formación intelectual y su escasa aptitud para las cosas de la mente y del corazón. Le parecía que Julia estaba poniendo una fe desmesurada en el psicoanálisis, con todos sus elementos fantasmagóricos y curanderiles, remontándose a través de sueños y fantasías hacia una clase de “naturaleza humana” innata que en realidad derivaba de épocas históricas previas y por completo diferentes. Al conducirla cada vez más hacia adentro de sí misma, hacia las honduras de su ser, el psicoanálisis no hacía otra cosa que alejarla más y más de su vida real en el tiempo presente y en el mundo exterior. Si tenía algún valor, era como medio para entender y tratar a los que Dostoievski llamaba “humillados y ofendidos”, individuos desdichados e inusualmente vulnerables que se encontraban atrapados entre los férreos contrastes de la vida moderna.[301] Estos eran por completo incapaces de reconciliar sus propios deseos internos con las exigencias externas del trabajo, la familia, la comunidad y todas

esas otras fuerzas sociales que unen a las personas pero al mismo tiempo pueden separarlas, incluido el amor de quienes las rodean. El conflicto resultante era desastroso para los temperamentos refinados y sensibles como el de Julia; pero el psicoanálisis solo ofrecía una visión limitada y muy poca ayuda práctica. Esta tenía que buscar su propia solución a su crisis personal en vez de recurrir a una fórmula preparada de antemano. Por ejemplo, no era bueno que rechazara sus habilidades artísticas y musicales y deseara hacer algo más útil, como últimamente hacía. Este error metafísico simplemente anulaba una importante fuente de placer y expresión personal, y una válvula de escape fundamental para su personalidad, por no mencionar que era una de las pocas opciones ocupacionales que le quedaban. Julia tenía que encontrar una manera de reconciliarse con el mundo que la rodeaba, pero no podía esperar lograrlo negándose a sí misma, negando sus orígenes y su formación personal, y negando su historia familiar.

Este último sermón tuvo una pésima acogida en la familia Schucht. Julia le comunicó vía Tania el disgusto que le provocaba que la llamara "humillada y ofendida", palabras que a su entender (y al del propio Dostoievski, podría haber agregado) aludían a los miembros más denigrados de las clases sociales más bajas. Esa traducción del ruso original al italiano –"humillados y ofendidos"– expresaba de manera más adecuada los sentimientos que las insinuaciones de Antonio habían provocado en Julia. En uno de sus arrebatos más recientes, con un resabio de sospechas y celos, Julia incluso había urgido a Tania a romper su relación con Gramsci y volver con la familia a Rusia. Tania también transcribía las postales breves y bruscas que Apollon enviaba desde Moscú, en las que expresaba su descontento paterno ante las molestias que Gramsci continuaba causando a la familia y le pedía a Tania que se lo transmitiera. La situación era especialmente dura para su esposa, Julia Grigorievna, que estaba mal de salud y sentía hasta el tuétano la más mínima falta de respeto a su familia. Antonio intentó explicarse con más claridad, aludiendo a los contrastes debilitadores entre lo ideal y lo real, lo personal y lo público, lo individual y lo colectivo, sobre todo en momentos históricos de crisis y profunda tensión y desgaste. Todos los seres humanos, incluido él mismo, estaban sujetos a

fuerzas sociales y rémoras culturales que no podían controlar individualmente. Desde lo personal, había varias maneras de responder: con escepticismo vulgar, hipocresía social, conformismo absoluto o (y esta era su propuesta, que intentaba aplicar a sus propios problemas) pensamiento histórico y dialéctico para identificar los propios problemas y soluciones –lo que Freud llamaba "el trabajo" del psicoanálisis– con ecuanimidad intelectual. Una vez más, cada quien debía ser su propio médico. Antonio envió esta aclaración con más esperanzas que expectativas, más consciente que nunca de sus limitaciones como esposo y de la fragilidad del vínculo con su lejana esposa.

Sus lecturas, en especial la ficción popular ligera que hojeaba para ayudarse a dormir, comenzaron a resonar con sus preocupaciones personales. Párrafos e incluso capítulos enteros saltaban ante sus ojos e iluminaban su propio dilema lamentable. En esta tesitura, en diciembre de 1931, leyó *Villa Beatrice*, del escritor católico florentino Bruno Cicognani, donde se exponía la personalidad de la protagonista como una suerte de fenómeno natural, como escribió Gramsci en su último cuaderno. "Beatrice es 'descripta' como la frialdad sentimental personificada y tipificada. […] 'Incapaz' de amar […] a cualquiera, [por el] hecho de que ella sufre del corazón. […] Naturalmente, Beatrice no es consciente de esta determinación de su existencia psíquica".[302] El relato de Cicognani le resultaba trillado, inconsistente y carente de representación artística; pero Gramsci no podía ignorar los paralelos con la personalidad de Julia y su propia actitud cada vez más distante hacia ella, "un fenómeno de historia natural", no una mujer. En otro escrito de ese mismo mes, recordó la obra *La muerte civil* del popular dramaturgo decimonónico Paolo Giacometti, acerca de "un hombre que cumple cadena perpetua en la cárcel y logra escapar, y descubre que su esposa e hija reconstruyeron exitosamente sus vidas en su ausencia. Y en vez de perturbar la felicidad de estas mujeres, se mata".[303]

Este también fue un período de creciente discordia en las comunicaciones de Antonio con Tania. Lo que comenzaba como una provocación tonta o un regaño en broma –con falsas amenazas de cortar la correspondencia– comenzó a volverse serio. Ella se

distraía y cometía errores al comprar libros para Gramsci. En vez de una gramática alemana para italianos, le mandaba una gramática italiana para alemanes. También le había hecho llegar un nuevo par de anteojos, que él reconocía que lo ayudaban a aliviar sus jaquecas, pero había gastado cuatro veces más dinero del necesario al escoger un armazón tan sofisticado. Pasando a cuestiones más serias, Tania había escrito cartas en nombre de Gramsci a los abogados involucrados en su juicio y, en las subsiguientes e infructuosas apelaciones, a las autoridades penitenciarias, al gobierno e incluso al propio Mussolini acerca de las condiciones de vida y la sentencia de su cuñado; todo esto, sin consultarlo con él. También se enfrascaron en una larga y compleja disputa para dirimir si debían hacer una revisión y exámenes independientes para llegar al fondo de las numerosas dolencias de Antonio. Tania, con sus conocimientos médicos y sus conexiones, pensaba que la atención que ofrecían en la cárcel era totalmente inadecuada. Antonio no le veía el menor sentido a incurrir en el considerable gasto de un examen por un médico particular que le diría lo que él ya sabía. ¿Cómo era posible que Tania no comprendiera que su terca y obstinada interferencia en las únicas áreas de su vida sobre las que aún tenía algún control socavaba el poco poder y dignidad que le quedaban? Hacer ese pedido especial a las autoridades penitenciarias representaba para él una forma de suicidio. En la misma época escribió en su cuaderno sobre el conde Confalonieri de Milán, el rebelde antiaustríaco del siglo XIX que le había escrito al emperador Francisco I “como un hombre quebrado, pidiendo misericordia y piedad. […] Sus palabras implorantes delatan una violación espiritual cien veces más abyecta que una sentencia de muerte; son el estertor de derrota de una voluntad destrozada”.[304]

Tania continuaba enviándole cosas prohibidas por el reglamento del presidio: alimentos que no respondían a sus restricciones dietarias; un termo para café que representaba un peligro potencial para la seguridad; un frasco de yogur que se había volcado en el correo; libros que Gramsci no había pedido y que, de todos modos, solo habrían entrado en la cárcel si los enviaban desde la librería de Milán. Todos estos eran gestos inútiles, en especial la ropa que le

mandaba. Tenía pulóveres de sobra para varios años, cuatro o cinco por lo menos, y había dos que ni siquiera había estrenado. No habría sido tan malo si Tania se hubiese cuidado como correspondía, dado que, por sobre todas las cosas, Antonio necesitaba que ella estuviese bien y fuerte:

> ¿Sabes que me hizo reír una alusión tuya a que “siempre” tienes hambre? Hablas de eso como si se tratase de una enfermedad y no de una señal de salud. Es un punto de vista que los napolitanos encarnaron ingeniosa y risiblemente en la figura de Monsignor Perrelli y de los cuidados que él destinaba a a sus caballos para curarlos de la enfermedad del hambre. ¡Pero al menos Monsignor Perrelli quería curar a sus caballos y no se aplicó a sí mismo el régimen de la abstinencia![305]

Por supuesto, esto último lo agregó para instar a Tania a cuidarse.

Durante los seis meses que Tania pasó en Turi, Antonio se mostró incluso más irritado con ella, tanto durante sus visitas como por carta. Y después le pedía perdón. No estaba acostumbrado a ese tipo de contacto tan íntimo y personal, razonaba. Su proximidad le recordaba la vida familiar que se estaba perdiendo y la distancia creciente con Julia, su esposa. La mansedumbre de Tania, combinada con los efectos obvios de su salud frágil, lo tornaba más irritable e impaciente, y luego se sentía culpable por haberla tratado mal. Después de comentar con sarcasmo que su madre decía que ella era una santa, Antonio comenzó a cuestionar sin tapujos los motivos de Tania para cuidarlo y haber viajado desde tan lejos solo para estar cerca de él. Se preguntaba si había perdido el deseo de vivir para sí misma, y solo podía vivir para otros. Mencionaba su mala salud y su alimentación inadecuada, que la obligaban a pasar días enteros en cama en su pequeña habitación en Turi. ¿Acaso no estaría mejor en Roma o en Milán, o incluso –como de un tiempo a esa parte insistía Apollon– de regreso en Moscú con su familia? Cuando ella le comentó a Antonio que disfrutaba la sensación de no saber qué hacer con su vida y le confesó sus ilusiones y sueños infantiles de viajar por Italia, este la acusó de vivir en un miasma

intelectual. El Grand Tour estaba tan pasado de moda como la poesía romántica y la pintura de paisajes idealizados que había suscitado. Volvió a repetir sus acusaciones de siempre: ella no comprendía nada de su vida en la cárcel, por completo despojada de cualquier clase de heroísmo o nobleza. A los ojos de Tania, Gramsci era una especie de nuevo Gandhi. Todavía pensaba que la cárcel era como un internado para niñas aristócratas huérfanas bajo el patrocinio de reinas madres. Y en cuanto al tema central de la enfermedad de Julia, había mostrado una crueldad despiadada al ocultarlo durante más de tres años. Una vez más, en cartas y visitas subsiguientes, pidió perdón insistentemente e intentó explicar por qué a veces parecía que provocaba conflicto porque sí: para entablar un diálogo. Su temperamento, y no solo su visión y sus principios políticos, estaba gobernado por la dialéctica. Lo que Tania tomaba como mal carácter era apenas una manifestación personal del "sarcasmo apasionado" inherente al marxismo. O eso decía él. El tono de la correspondencia mejoró notablemente cuando Tania regresó a Roma. Esta le escribía con regularidad que estaba haciendo planes para visitarlo pronto. Cuando eso quedaba en la nada, Antonio se entristecía y se exasperaba; pero una vez pasada la irritación, se sentía aliviado, ya que Tania se ahorraba el gasto, así como la presión sobre su salud, por el largo y arduo viaje para cruzar medio país.

Como había hecho antes, usó sus problemas y preocupaciones personales como acicate para trabajar. Su concepto clave de hegemonía empezó a cobrar forma. Era el ingrediente esencial de la más moderna filosofía de la praxis, le escribió a Tania, que eliminaba las concepciones mecanicistas fatalistas de determinismo económico que habían dominado el marxismo en la esforzada socialdemocracia de la Segunda Internacional, pero también reemplazaba al posterior idealismo histórico de Benedetto Croce. Tomaba lo mejor de la concepción de Lenin de la acción política y lo ampliaba en una exposición teórica acerca de cómo son gobernadas las sociedades.[306] Si bien Gramsci (al igual que otros marxistas) había utilizado el término con anterioridad, en su sentido convencional de superioridad nacional o dominio por la fuerza, en ese momento comenzaba a adquirir un significado mucho más rico y

profundo, y un poder de explicación más amplio, sobre todo para responder a dos preguntas. Primero, ¿por qué las masas populares consienten su propia subordinación y explotación, cuando es evidente que no responde a sus propios intereses históricos, materiales o morales? Hay un elemento de coerción en el proceso, dado que cualquier Estado semicompetente no vacilará en desplegar sus fuerzas policiales y de seguridad para reprimir a la población, pero el empleo de la fuerza bruta solo es la mitad de la respuesta. La mayor parte de las fuerzas estatales están en reserva, visibles como disuasivo pero rara vez usadas, por la simple razón de que ningún Estado podría resistir un sitio interno concertado o permanente. En cambio, el consentimiento popular se gana, y de manera continua, a través de un complejo proceso de persuasión política, negociación económica e influencia cultural. Entonces surge una especie de sentido común de la vida cotidiana ordinaria, una suerte de mentalidad subalterna que la inmensa mayoría adopta de buen grado porque les permite vivir, a ellos y a sus familias, con relativa comodidad, conformidad y paz, o bien ingeniárselas para sobrevivir haciendo de tripas corazón con la esperanza de obtener alguna pequeña mejora. Con un poco de suerte, la posición y la riqueza de sus familias y comunidades mejorará con el correr de las generaciones y cada conjunto de hijos e hijas estará un poco mejor que sus padres y madres. Mientras tanto, las clases subalternas quedan sujetas a las iniciativas de la clase dominante. Incluso si se rebelan, están en lo que Gramsci describía como un estado de defensa alarmada.[307]

Hay una suerte de infantilización en el ejercicio de la hegemonía en una sociedad de clases. Las clases subalternas resignan su dignidad y su autonomía a cambio de aliviarse de las cargas del poder y la responsabilidad, que la clase dominante retiene y ejerce sobre todos los aspectos de la vida pública. En esta condición de infancia para toda la vida, las personas comunes nunca llegan mucho más allá de sus propias vidas y familias inmediatas –esferas privadas en sí mismas sujetas a creciente restricción y control bajo la disciplina “fordista” de la sociedad industrial; eso, sin mencionar la mercantilización por parte del capital de las funciones de cuidado y consumo personal y privado antes realizadas dentro de las familias

y las comunidades, y por ellas–, por lo que carecen de la experiencia, las habilidades y la confianza necesarias para controlar la sociedad en un sentido más amplio. Por rutina, delegan en sus superiores. Estas clases subalternas forman una suerte de escudo –o “bloque histórico”, para usar la designación acuñada por el viejo sindicalista francés Georges Sorel– en torno al grupo gobernante y de este modo protegen, dignifican y disfrazan el crudo interés corporativo de su gobierno. Las alianzas entre clases y subgrupos sociales se negocian por medio de la maniobra, la exhortación y la concesión, y terminan por identificar sus propios intereses corporativos subalternos con el *statu quo*. En su modo más simple, esto está representado por la aceptación de los términos y condiciones del trabajo asalariado; en su modo más complejo, adopta la forma de conformidad con los preceptos de la democracia parlamentaria. En términos más amplios y contemporáneos, las clases subalternas apoyan las dinámicas y las jerarquías del capitalismo, en primer lugar, porque no ven una alternativa mejor y, en segundo lugar, porque el capitalismo parece ofrecer una oportunidad de mejorar a los individuos, aunque en su mayoría ellos –dada la rigidez de la sociedad de clases– tienen pocas posibilidades de alcanzar un éxito sustancial y duradero.

En este proceso, el papel de los intelectuales, palabra que para Gramsci iba mucho más allá de los “grandes pensadores” o académicos, es absolutamente crucial. Los intelectuales tradicionales –docentes, clérigos, abogados, etc.– sostienen el orden establecido a través de las instituciones de la sociedad civil y política y el Estado que los emplea. Pero no son buenos para promover cambios, en parte porque tienen sus propios intereses corporativos en el orden establecido, pero principalmente por la falta de una estrecha relación orgánica o conexión con las masas de gente común o el público general, respecto de los cuales mantienen una fastidiosa distancia y una sensación de superioridad. En esta situación de estasis social, como escribió Gramsci en una hermosa síntesis de lo que podríamos denominar el paisaje cognitivo de la hegemonía, las personas sienten pero no comprenden ni saben, mientras que los intelectuales saben pero no comprenden ni mucho menos sienten. Su función es puramente burocrática o formal; se

mantienen como una casta o un grupo sacerdotal dentro de la hegemonía establecida y se jactan de una supuesta autonomía personal y grupal que de hecho no disfrutan. Los intelectuales orgánicos tienen roles y características muy diferentes. Emergen del seno de clases sociales específicas para organizar las adaptaciones al orden establecido que sean necesarias por obra de los partidos políticos, las asociaciones civiles y espirituales, las artes y los medios de comunicación. Estas adaptaciones pueden ser relativamente menores, con el objetivo de absorber ideas críticas o grupos opositores en el bloque histórico que escuda a la élite gobernante. Este tipo de cambio gradual es característico del proceso de transformismo, que consiste en cooptar a las élites opositoras, o de períodos de revolución pasiva en los cuales el cambio radical se impone desde lo alto. En ciertas situaciones y momentos históricos excepcionales, los intelectuales orgánicos de un grupo social antes subalterno pueden ser verdaderamente revolucionarios, aspirar a derrocar a la élite gobernante y construir un nuevo bloque histórico en torno a un nuevo liderazgo surgido de una clase social en ascenso.

Esto suscita la segunda pregunta central de Gramsci: ¿cómo se forman esos estratos intelectuales en cualquier período histórico y situación específicos? Y más al grano, ¿cómo puede una nueva clase social potencialmente hegemónica, como el proletariado industrial, cultivar sus propios intelectuales orgánicos para que contribuyan al proceso revolucionario y la construcción del socialismo?[308] Esto ya estaba sucediendo como consecuencia del desarrollo industrial, la expansión de la sociedad civil y la extensión del voto –todos esos “autodidactas” y suscriptores de librerías populares sedientos de iluminación y algún grado de cultura y poder político–, pero todavía debía forjarse en una fuerza coherente y constructiva. Eso nunca es fácil: “Intelectualmente, […] la clase revolucionaria siempre es débil: lucha para hacerse una cultura y expresar a una clase culta consciente y responsable; por lo demás, todos los descontentos y fracasados de las otras clases se arrojan a ella para recobrar una posición para sí mismos”.[309] Lo más común era encontrarse con una chusma cambiante de camarillas y grupúsculos que, haciéndose pasar por “formadores de opinión”,

“influyentes” o “élite cultivada”, agregaban un poco de sal y pimienta al guiso rancio y soso de la sociedad burguesa. Esto era evidente en la vida cultural e intelectual dominante de los países industriales más avanzados, en especial en los años treinta.

Existía además otra distinción entre los intelectuales orgánicos que complicaba aún más las cosas: aquella que separa a los intelectuales culturales –que forman vanguardias artísticas y contribuyen a ganar hegemonía pero son descartados por la flamante clase hegemónica– de los intelectuales técnicos que salen favorecidos y suben a la palestra para consolidar la nueva hegemonía. Este proceso era evidente en la historia de las revoluciones burguesas, siempre presagiadas por medio del arte y las ideas pero consolidadas por obra de la ciencia y la tecnología; de todos modos, no estaba claro cómo lo manejaría la revolución proletaria. Este era sin lugar a dudas el trasfondo de la continua lucha, en la Unión Soviética, entre Stalin y las diversas líneas de la vieja oposición bolchevique cuya formación cultural era principalmente literaria y artística, y por lo tanto inadecuada para las tareas técnicas del desarrollo industrial y la planificación nacional. Si bien el propio Stalin de ningún modo carecía de cultura y si además manifestaba un notorio interés por la literatura, el teatro y el cine recientes, afirmaba (al igual que Julia con su desprecio por su carrera musical y su determinación de hacer algo supuestamente más útil) que la Rusia de los años treinta necesitaba más técnicos que poetas. Por ende, el conflicto político en Rusia estaba representado, en la esfera intelectual, por los ingenieros y planificadores del desarrollo económico y tecnológico por un lado, y los soldados rasos del Plan Quinquenal y los constructivistas y futuristas del arte y la literatura por el otro, todos esos genios delirantes de ojos desorbitados, manchados de pintura, que construían flores gigantes y declamaban versos libres en los salones y las plazas de Moscú y Leningrado.

Por el momento, Gramsci no se sentía capaz de expresarlo en esos términos, sobre todo por los riesgos de una intervención política directa en una época de crisis y tensión extrema en el movimiento comunista. Además, a comienzos de los años treinta, el resultado de este conflicto –¿arte o tecnología?– no estaba para

nada claro. Pero al menos había columbrado el proceso mediante el cual los intelectuales orgánicos del proletariado revolucionario pasaron al frente, aprendieron su oficio y ayudaron a oponer un serio desafío a la hegemonía prevaleciente durante la constructiva resistencia de los consejos de fábrica de Turín y los primeros años de la Unión Soviética. Estos proyectos hegemónicos habían cuestionado las maneras dominantes de hacer y de pensar en casi todos los aspectos de la experiencia humana. Y esto a su vez conllevó cierta perspectiva de construir un partido revolucionario eficaz para las circunstancias del capitalismo contemporáneo, desarrollado y demócrata liberal. Esta nueva clase de partido formaría, en una actualización del refinado estudio de Maquiavelo sobre el arte de gobernar en el siglo XVI, un Príncipe moderno para el siglo XX.

Pero ¿dónde quedaba la causa, tanto mayor, de la revolución proletaria internacional a la que Gramsci había consagrado su vida antes de la cárcel? Pese a su desinterés manifiesto y sus protestas de estar "fuera de juego", seguramente habrá observado, por sí solo o junto a un par de confidentes entre sus camaradas reclusos, que la situación había degenerado en una vorágine de purgas y terror; un "Termidor" mucho peor que cualquier cosa que hubiera producido la primera revolución de la era moderna en Francia. Las derrotas en Europa y en Asia, y el fracaso en el continente americano o en las colonias africanas y asiáticas, ayudaban a explicar la retirada ante la insistencia de Stalin en implementar la doctrina del socialismo en un país y la subordinación total de las perspectivas revolucionarias en el resto del mundo a las *raisons d'État* y la política exterior rusas. Los bolcheviques tenían un país que gobernar, como Gramsci le había escuchado decir al propio Lenin en el Cuarto Congreso de la Comintern muchos años antes, reprendiendo a la turba de opositores de izquierda que ni siquiera podían dirigir sus minúsculos partidos y facciones marginales con un poco de unidad, propósito o eficiencia, incluido el joven PCd'I liderado por Amadeo Bordiga. Pero esto no justificaba ni ofrecía una explicación plausible de por qué el bolchevismo soviético se había tornado tan cruento, brutal y tan absolutamente inadecuado para ser exportado como modelo a otras sociedades más avanzadas.

Para responder este dilema, había que ahondar en la historia. En particular, había que comprender las diferencias históricas entre las sociedades y economías de Oriente, con sus simplismos sociales y sus brutales e inflexibles aparatos estatales que hacían que fueran relativamente fáciles de gobernar pero también de derrocar, y los mucho más sofisticados, maleables, establecidos, popularmente aceptados y profundamente hegemónicos órdenes que gobernaban Occidente. Las estrategias revolucionarias que se requerían en los dos casos también eran diferentes. En términos militares, en Oriente la lucha había sido una guerra de maniobras con fuerzas móviles que realizaban ataques sorpresivos contra puntos débiles fácilmente identificables en las defensas enemigas. Así fue como los bolcheviques pudieron tomar el Estado ruso en octubre de 1917. Una pequeña banda organizada pudo simplemente desplazar el débil gobierno provisional de Kérenski y arrestar a sus miembros mientras tomaban su consomé y comían faisán en una mesa de mármol en el Palacio de Invierno. Pero recién entonces comenzó la verdadera revolución, con la guerra civil y la lucha contra la subversión burguesa y la intervención extranjera que lograron ganarse de manera decisiva casi una década después. Pese a las destacadas proclamas de Stalin, el edén socialista de libertad, igualdad y fraternidad continuaba siendo un proyecto muy lejano. Lo preocupante era, como había argumentado años antes "el francés" Victor Serge, que simplemente se había reemplazado una autocracia con otra.

La revolución en Occidente fue algo muy diferente, una guerra de posición y desgaste gradual en un frente amplio contra un enemigo bien atrincherado y capaz de construir varios estratos de defensa a lo largo de la línea de frontera. El nuevo poder emergente, el proletariado industrial guiado por el Príncipe moderno del partido revolucionario, debía atacar al viejo enemigo en todas las esferas de la vida moderna –la cultura popular y las artes, la prensa y la opinión pública, la organización de la economía, la industria y la agricultura, la educación y los servicios sociales, la interminable batalla de las ideas codo a codo con los pormenores de la vida cotidiana– con el objetivo de asumir la responsabilidad y el control en todos y cada uno de esos flancos, no como un acontecimiento único, audaz y

decisivo, verdaderamente excepcional, ni tampoco como una intervención para equilibrar la balanza, sino como un proceso de toma formal del control político. Llegada esta etapa, la lucha de clases por el poder estatal ya estaría ganada y los coletazos de la revolución serían, por fortuna, mucho menos destructivos de lo que habían sido necesariamente en Oriente. Cualquier otra estrategia política, como el llamado a la insurrección inmediata que Stalin continuaba imponiendo en la Internacional Comunista, y que Gramsci escuchaba cada vez que se aventuraba al patio de ejercicios de la cárcel, no era más que un peligroso sueño contraproducente que invitaba al violento rechazo público y la reacción estatal.

Mientras tanto –con la mira puesta en el fascismo italiano y el emergente nacionalsocialismo en Alemania y Austria, pero dejando traslucir que también podría aplicarse a la despiadadamente reestabilizada y decididamente posrevolucionaria Unión Soviética bajo Stalin–, Gramsci escribía en sus notas que la lucha de clases global había llegado a un punto muerto. “Lo que se da en llamar ‘crisis de autoridad’ […] consiste precisamente en que lo viejo está muriendo y lo nuevo no puede nacer; en este interregno se producen los más diversos fenómenos mórbidos”.[310] Si la clase gobernante ha perdido consenso o en realidad nunca lo tuvo –es decir, si ya no lidera y solo gobierna con un poder puramente coercitivo, o en algunos casos parece haber salido de escena–, esto significa en realidad que las grandes masas se han distanciado de las ideologías tradicionales. Ya no creen en lo que creían antes; en cambio, prevalecen la apatía y el cinismo. La lección más importante para los marxistas –o, para el caso, para los autoproclamados “progresistas” de todas las índoles– es que el progreso histórico no tiene garantías. El *motor* que había impulsado el desarrollo social y económico durante los últimos cien años de expansión industrial, comercial e imperial se había detenido. Incluso daba la impresión de ir marcha atrás, y parecía que solo avanzaría de nuevo mediante la acción política y cultural concertada y masiva. O bien –y esto era claramente lo que estaba ocurriendo en Italia, Alemania y probablemente en Rusia– un “hombre fuerte” podía imponer autoridad y orden sin respeto por la democracia, la legalidad o la

justicia, o sin consenso y unidad genuinos; una figura como Julio César o Luis Bonaparte dispuesto a barrer con toda oposición interna para dar una apariencia de seguridad y estabilidad. El cesarismo podía ser relativamente progresista o reaccionario, pero sus logros serían siempre precarios, de corto plazo y verticalistas, porque su hegemonía no se basaba en el consenso político y cultural. Consistía en la dominación coercitiva, no en la dirección educativa, y se transformaría en el modo de gobierno característico de los años treinta contra un trasfondo de crisis irresueltas y un naciente conflicto bélico.



Retratos policiales de Gramsci, tomados durante su permanencia en la clínica Cusumano (años 1933-1935)

---

[298] Gramsci, *Letters from Prison*, ed. Rosengarten, ob. cit., vol. 2, p. 58 [pasaje de la carta del 24 de agosto de 1931 a su madre. N. de E.].
[299] Gramsci, *Gramsci's Prison Letters…*, ob. cit., p. 158 [final de la misma carta de la cita previa. N. de E.].
[300] Carta del 13 de septiembre de 1931 a su madre. [N. de E.]
[301] F. M. Dostoievski, *The Insulted and the Injured*; 1ª ed. rusa: 1861 [ed. cast.: *Humillados y ofendidos*, Barcelona, Alba, 2010].
[302] Gramsci, *Prison Notebooks*, ed. Buttigieg y Callari, ob. cit., vol. 3, pp. 143-144 [corresponde al tramo titulado "Bruno Cicognani" de *Letteratura e vita nazionale*. N. de E.].
[303] Ibíd., p. 400.
[304] Ibíd., p. 288 [corresponde a Cuaderno 8 (XXVIII), § (91). N. de E.].
[305] Gramsci, *Letters from Prison*, vol. 2, ed. Rosengarten, ob. cit., p. 54 [carta del 11 de agosto de 1930. N. de E.].
[306] Acerca de la absorción parcial, por parte de Gramsci, del concepto de hegemonía de Lenin, véase P. Anderson, "The Antinomies of Antonio Gramsci", *New Left Review*, 100, enero-febrero de 1976 [ed. cast.: *Las antinomias de Antonio Gramsci*, Madrid, Akal, 2018].
[307] Por ejemplo, en Cuaderno 25 (XXIII), § (2). [N. de E.]
[308] Utilizo la expresión "potencialmente hegemónica" con toda intención, para subrayar lo que Gramsci siempre consideró un proyecto revolucionario predominantemente constructivo y creativo. El término "contrahegemonía", que suele atribuírsele, nunca apareció en sus escritos. Fue acuñado por Togliatti para respaldar la estrategia de posguerra de participación

parlamentaria y reconstrucción nacional del PCI; en otras palabras, refiere a la supuesta “lucha prefigurativa” dentro de la hegemonía establecida. Para Gramsci, pese a su propio “gradualismo” final (y a la realidad histórica de la hegemonía de las superpotencias de posguerra: los Estados Unidos y la Unión Soviética), esto habría conllevado el riesgo de que el bloque histórico gobernante bajo el capitalismo absorbiese en su interior cualquier forma de *sovversismo* o “alternativismo”; y, por supuesto, este fue el lamentable destino final del PCI.

[309] Gramsci, *Prison Notebooks*, ed. Buttigieg y Callari, ob. cit., vol. 1, p. 335 [la cita corresponde a Cuaderno 2 (XXIV), § (91). N. de E.].

[310] Gramsci, *Selections from Prison…*, ob. cit., p. 276; no hace mucho, encontré una variación bastante rara de esta frase comúnmente citada, “el tiempo de los monstruos”, para aludir al resurgimiento del fascismo en el siglo XXI. [La cita de Gramsci corresponde a Cuaderno 3 (XX), § (34). N. de E.].

23. Los últimos años

A comienzos de 1932, Gramsci se enteró de la existencia de un programa de intercambio de prisioneros entre el gobierno soviético y el Vaticano, entonces constituido como Estado independiente por los Pactos de Letrán de 1929. El papa había conseguido la liberación de presos comunistas en Italia a cambio de un arzobispo ruso condenado a muerte. Desde entonces, ambas partes tenían listas de prisioneros para permutar y el nombre de Gramsci había sido mencionado en las deliberaciones recientes. El ministro del Exterior interino del Vaticano incluso visitó la cárcel de Turi. No pudo ver a Gramsci pero le dejó una tarjeta, firmada "Monseñor Giuseppe Pizzardo, Interino del Secretario de Estado de Su Santidad, Saludos". En el ínterin, por alguien que trabajaba en la embajada soviética en Roma, Tania Schucht había llegado a saber que el ministro de Asuntos Exteriores Maksim Litvínov se había contactado con el embajador italiano en Moscú para hablar sobre la posible liberación de Gramsci. Le transmitió la información a Carlo Gramsci, quien a su vez (en una de las pocas visitas que recibió Antonio en Turi durante todo este período) se la comunicó con entusiasmo a su hermano. Eso nunca se hizo realidad; ni siquiera se supo si había algo de verdad en el asunto. En aquel momento la política exterior soviética estaba orientada a sostener buenas relaciones con Italia para evitar cualquier alianza entre el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán. Esa situación tomó la forma de un pacto de amistad celebrado en 1933, además del floreciente comercio de armas y petróleo, cosa que llevó a Mussolini a esperar "que Stalin esté moviéndose hacia el corporativismo y el 'capitalismo de Estado', y esté convirtiéndose en algo afín a un fascista", según reseña Mack Smith.[311] Por su parte, los soviéticos estaban ansiosos por evitar cualquier sospecha de interferencia en los asuntos internos italianos, lo cual incluía a quiénes decidía

encarcelar el Estado. Además, ¿qué valor real tenía este exlíder de uno de los partidos más pequeños de la Comintern, notoriamente hostil y poco dispuesto a cooperar, fuera de acción desde hacía más de cinco años y pudriéndose en una ignota cárcel provincial en el remoto sur de Italia? Si se podía dar crédito a las historias que se contaban en el seno del propio PCd'I, incluso se dudaba de que el individuo en cuestión siguiera siendo, o alguna vez hubiera sido, un comunista leal.

Antonio Gramsci se sentía ahora totalmente abandonado por todos y por todo aquello a lo que alguna vez había pertenecido: el PCd'I y el movimiento internacional, que eran apenas parte del asunto; su familia en Cerdeña, que respondía sus cartas de manera intermitente y con poco entusiasmo, y (excepto Carlo) jamás pensaba en ir a visitarlo; su familia en Moscú, que de tanto en tanto le enviaba una nota garrapateada o un mensaje que Tania traducía del ruso y sumaba a sus propias cartas, pero que por lo demás mostraba cada vez menos interés en su persona. Por un motivo u otro –la distancia, la mala salud, la molestia que significaba, las obligaciones laborales, la preocupación del propio Gramsci de que el regreso a Turi volviera a mandarla al hospital, alguna vaga inhibición que nunca se expresaba con todas las letras, pero probablemente provenía de Apollon Aleksándrovich o de una orden directa de Evguenia–, durante casi dos años y medio, de junio de 1930 a enero de 1933, la propia Tania no había visitado a Gramsci. Sostenía el contacto epistolar como el deber dictaba, con largos y dolorosos períodos de silencio, justificados con otros asuntos obviamente más importantes que atender. Sus cartas consistían principalmente en reflexiones generales acerca de la situación del mundo, las noticias diarias y sus últimas lecturas. Los malentendidos y desacuerdos personales eran frecuentes y exigían largas y tortuosas explicaciones. En el otoño de 1931, Tania y Antonio se trenzaron en una discusión extrañamente prolongada, suscitada por una película que ella había visto acerca de la idea de que judíos y gentiles vivían en dos mundos bastante alejados, diferentes y autosuficientes. Gramsci respondió diciendo que esa noción estaba errada desde lo histórico, era antisemita en esencia y sobre todo muy rara viniendo de alguien que, como ella, tenía en

parte ascendencia judía. Al prestarse a creer en la idea de *due mondi*, Tania estaba suscribiendo una manera de pensar digna de centurias negras,[312] el Ku Klux Klan o los nazis. Quizá estaba revelando su herencia rusa: "¡Muchos cosacos creían como artículo de fe que los judíos tenían rabo!".[313]

Por su parte, Tania se ofendió con la acusación de antisemitismo y de que –estas fueron sus palabras– ella podría participar en un pogrom. Lo único que había hecho era una referencia circunstancial a una película que había visto. Él había aprovechado para arrinconarla y jugar juegos de palabras como el periodista que había sido. A vuelta de correo, Gramsci respondió que los comentarios de Tania también le resultaban profundamente ofensivos. Jamás había sido uno de esos periodistas contratados que venden su pluma al mejor postor y para quienes la habilidad de mentir es una necesidad laboral. Siempre había sido fiel a sus principios, había dicho la verdad tal como la veía y nunca había sido esbirro de nadie. Y en cuanto a esa insensatez de los dos mundos, en primer lugar, se arrepentía de haber tomado el asunto en serio. Tendría que haberlo ignorado o bromeado acerca de los estereotipos culturales de reserva inglesa, pomposidad francesa, organización alemana, arrogancia española, encanto italiano y, por fin, misticismo eslavo, todas las caricaturas que usaban los novelistas y guionistas populares.

Tania respondió que las diferencias "raciales" eran reales y podían reconocerse sin culpa ni prejuicio. Citó una cantidad de ejemplos históricos y contemporáneos, incluida su propia familia, donde las diferencias de temperamento entre sus padres, que a su vez se debían a diferencias raciales, habían causado una infelicidad que había afectado las vidas de sus hijos de manera indudable y adversa. Alcanzado este punto, Piero Sraffa sintió la necesidad de intervenir e hizo referencia a varios cambios recientes en las leyes y en la opinión pública que revelaban la creciente fuerza del antisemitismo y causaban miedo en la pequeña población judía de Italia previamente integrada y secularizada. No se podía esperar que Antonio, recluido en la cárcel e inmerso en las actitudes universalistas de una era muy anterior, estuviera al tanto de esas cuestiones. Sraffa también quedó enredado en una discordia

posterior entre los cuñados cuando le sugirió a Tania que le pidiera consejo a Gramsci acerca de un trabajo suyo sobre Croce. Esta lo hizo pasar como un pedido de ayuda para una reseña que estaba escribiendo, pero el censor interpretó que las largas y detalladas respuestas de Antonio en seis cartas consecutivas eran un intento de publicar sus escritos en el extranjero. Lo interrogaron y requisaron su celda, y le impusieron nuevas restricciones sobre los temas que podía tratar en sus escritos y las publicaciones que podía consultar.

En un aspecto más productivo, las cartas de Antonio a Tania reflejaban sus recientes lecturas y notas –sobre literatura, religión, el papel de los intelectuales en la historia italiana, la evolución de la filosofía marxista– intercaladas con noticias de su salud y su estado de ánimo. Estaba trabajando arduamente para ordenar sus notas y poder realizar nuevas investigaciones. Aunque nunca él se lo dijo ni ella se lo comentó, era obvio que su dedicación sistemática, fructífera y profunda al estudio lo ayudaba a distraerse de sus problemas personales. Gramsci empezaba a sentir que sus pensamientos más profundos eran un puerto seguro donde refugiarse del frío y desamorado mundo exterior y también de la aburrida y debilitante rutina de la vida carcelaria, por no mencionar los fantasmas y demonios de su propia maleza mental. Peleaba con fuerza y con resultados desparejos contra los sentimientos que le provocaba la sensación de abandono: autocompasión, resentimiento, irritabilidad vengativa, exacerbados por la enfermedad y el insomnio constantes. Había notado que su irritabilidad hacia todos y cada uno incluso hacía que los guardias arquearan las cejas. Pese a sus denodados esfuerzos por preservar un comportamiento sereno y alegre, lo mejor que conseguía era una especie de neutralidad o torpor emocional. Por mucho que lo intentara, no podía evitar que sus peores sentimientos emergieran a la superficie en los primeros o los últimos párrafos de sus cartas; o, más al punto, las inundaran de amargura. El tema de “los dos mundos” era lo de menos. Antonio hostigaba a Tania y a Carlo por lo poco que habían conseguido en el fallido plan de intercambio de prisioneros; sobre todo, por no haberlo mantenido informado y no haberle permitido participar en el proceso. Tania siguió escribiendo a

las autoridades (hasta llegar al propio “jefe de gobierno”) acerca de los problemas de salud de Antonio y la necesidad de que recibiera tratamiento médico por fuera del sistema penitenciario, pero sin contarle mucho al respecto. Preocupado como estaba por el deterioro de su salud física, Antonio resentía el hecho de que ella socavara su posición como dueño de su propia vida. Y el “tierno abrazo” con el que casi siempre concluía sus cartas a menudo desentonaba de manera violenta con los párrafos que lo precedían.

Espoleado por la idea de que quizá no saldría vivo de la cárcel, hacía cálculos interminables y complejos de cuánto tiempo le quedaba por cumplir bajo las permutas de varias amnistías y apelaciones. Esto sumó todavía más rencor contra Tania ante el menor desvío respecto de sus instrucciones. Las intervenciones de Carlo eran similarmente bienintencionadas, pero a menudo torpes y contraproducentes. Cuando el gobierno anunció una amnistía limitada para presos políticos en el décimo aniversario de la “marcha sobre Roma” en octubre de 1932, Carlo le envió un telegrama a Antonio diciendo que quizá lo liberarían pronto y que no veía el momento de viajar a Turi para poder abrazarlo como hombre libre. Durante unas horas, Antonio se atrevió a creerlo, hasta que un comentario cortante del director del presidio, lanzado al pasar frente a su celda, le abrió los ojos. Poco después, se enteró de que también le habían dicho a su madre enferma y frágil que sería liberado. La noticia le hizo revivir sus breves horas de ilusión y la aplastante decepción que sintió cuando cayó en la cuenta de que no era cierto, y pensar en el efecto devastador que tendría en ella era cien veces peor. Enfurecido, le escribió a Tania y a su hermana Teresina sobre el embrollo y la parte que, a su entender, cada una de ellas había tenido en el asunto; y les advirtió que, después del fiasco del telegrama, no quería tener nada más que ver con su hermano Carlo. Se arrepentía y lamentaba estar en situación tal que dependía de él para las cuestiones económicas, ya que ese hermano había demostrado ser muy inmaduro y poco hombre. Al borde de la desesperación, intentaba transmitirles a todos sus seres queridos el estado mental al que lo había reducido la cárcel: “Me volví insensible ante una serie de cuestiones y en cambio me parece que me despellejan por minucias”. Y poco antes explicaba:

> Siento las semanas, las horas y los minutos, y todo me es gravoso y me pesa como si alguien me limara los nervios. […] Si tuviese que decir cuál es el ideal que anhelo, sería este: no tener vínculos con nadie, ser olvidado por todos y olvidar todo y vivir la vida de una bestia en su madriguera.[314]

En diciembre de 1932, le escribió a Tania que, tras la primera etapa de su arresto y condena, y la segunda más tolerable y productiva en Turi, había "comenzado una tercera etapa, mucho más difícil, de mi vida como prisionero".[315]

Con el mismo espíritu de "escisión nítida", propuso, siempre por vía de Tania, que a partir de ese momento se consideraran formalmente separados y libres de obligaciones mutuas con Julia. Después de tantos años de separación y sin ninguna perspectiva de reunirse, era ridículo que mantuvieran las apariencias y dejaran sus vidas en suspenso; en especial Julia, quien tal vez no disfrutaba de una excelente salud pero era libre y aún tenía una larga vida por delante. Antonio había aceptado hacía tiempo que ya no encarnaba (si es que alguna vez lo había hecho) ninguna clase de sueño romántico que ella pudiera haber tenido de un "príncipe azul". Tal vez, incluso, él había contribuido al desmejoramiento de la salud de su esposa. Otra persona, más cercana y más fuerte, con quien Julia pudiera relacionarse físicamente, quizá podía ayudarla a mejorar. Sin embargo, en el verano de 1932, la salud mental de Julia parecía estar en vías de recuperación, al menos lo suficiente para escribirle a Antonio cartas coherentes y directas, sin nadie que las mediara. Allí le contaba que ya no veía tanto a los médicos y que había decidido (a instancias de Antonio) pararse sobre sus dos pies. Incluso estaba considerando volver a trabajar y seguir su sugerencia de proponer traducciones del ruso al italiano, o incluso intentar hacerlas. Antonio no pudo menos que expresar su profunda satisfacción al enterarse. ¿Por qué iban a dejarse subyugar por las vidas que habían llevado hasta entonces? Lo que más lo alegraba era que Julia hubiera superado su fijación con la cura psicoanalítica, completamente llena de charlatanería. En cuanto a los planes de Julia de volver a trabajar, lo haría inmensamente feliz que ella se

dedicara de manera sistemática y alcanzara un alto nivel de especialización en la traducción técnica. Eso la ayudaría a sentirse útil, en un sentido práctico, a la gran causa soviética de construcción del socialismo. Pero también la urgía a dedicar parte de su tiempo a la música, que había abandonado en un acto de daño espiritual autoinfligido por considerarla incompatible con sus responsabilidades prácticas inmediatas. Siempre había creído que lo único que la animaba y le permitía alcanzar la plenitud era la actividad artística.

Tania le hizo llegar las primeras fotos que se había tomado Julia después de un tiempo, y le parecieron encantadoras, aunque era evidente que su esposa había sufrido mucho. Sin embargo, escribió a vuelta de correo, también era evidente que lo peor había pasado y que estaba iniciando una nueva vida. Durante un tiempo más, Julia y Antonio mantuvieron un intercambio epistolar libre y abierto. Él le pidió más fotos de ella y de los niños, y agregó un comentario jocoso sobre la temporada que había pasado en Ustica: ¿Julia no querría que él pensara en ella como la esposa del Beduino, verdad? A la luz de su evidente recuperación, incluso se animó a hacerle un relato crudo y detallado de su vida en la cárcel: “Terrible y deprimentemente vacía de cualquier contenido interesante […] que [la] haga digna de ser vivida. […] Apenas vivo, y mal, la existencia animal y vegetativa”.[316] Lo único que aliviaba el tedio eran las cartas de Julia (“siempre leo con gran interés tus escritos y ellos me dan unas horas de serenidad y contento”.[317] Incluso se atrevió a sugerir que Julia fuera a verlo a Italia y llevara a los niños. Pero, una vez más, todo quedó en nada. Julia volvió a sumirse en el silencio. Tal vez había decidido aceptar su ofrecimiento anterior de una separación formal, pero no se animaba a decírselo. ¿Cómo saberlo cuando no habían cruzado ni una sola palabra en meses? Tal vez sus frases de aliento y sus regaños, y su insistencia en que trabajara para sentirse mejor habían provocado una nueva crisis. Aunque no fuera literalmente cierto, Gramsci empezó a pensar en su esposa como uno de los jueces que habían decidido su destino, aunque de manera inconsciente, y lo habían condenado a prisión durante lo que empezaba a sentir como el resto de su vida. Sentía una desesperada necesidad de orden y claridad, de poner las cosas

en su lugar, así que, vía Tania, volvió a ofrecer que pusieran fin a su matrimonio. Ya era demasiado tarde para ellos: ya no tenían una posibilidad real de salvar su relación.

Tal vez la vida de un comunista a tiempo completo era incompatible con la intimidad personal y las responsabilidades familiares. ¿Acaso había existido algún matrimonio feliz en el jacobinismo o el bolchevismo? En esto Gramsci veía un egocentrismo terrible y destructivo, cuando la propia filosofía de vida y las ambiciones políticas impedían establecer vínculos reales con las personas que lo rodeaban. Uno está tan ocupado tratando de salvar el mundo que no puede salvarse a sí mismo ni a los individuos que ama. Antonio estaba demasiado viejo, enfermo y aislado para cambiar, encerrado en la cárcel y sin perspectivas de salir en el futuro cercano. Pero Julia apenas tenía 36 años y, por suerte, estaba recuperando la salud. Todavía podía armarse una nueva vida. ¿Por qué un ser humano en sus cabales habría de permanecer atado a alguien que parecía estar muerto? Quizá su actitud parezca romántica, una suerte de extorsión emocional –la abrumaría tanto su magnanimidad que se sentiría obligada a rechazarlo–; pero Gramsci hablaba en serio y estaba decidido. Sabía que sería difícil y doloroso para todos, pero estaba convencido de que, en última instancia, era lo mejor. Le comunicó todo esto a Tania en Roma, con la esperanza de que ella encontrara una manera apropiada de comunicárselo a Julia, luego de reflexionar con la cabeza fría y serena sobre lo que Antonio había dicho y pensando, por sobre todas las cosas, en la vida y en el futuro de Julia. Como era de esperar, Tania tergiversó las cosas y, a fines de 1932, la cuestión se transformó en un nuevo motivo de discordia entre los cuñados. Antonio le escribió exasperado: “Una cosa debes contestarme: ¿estás dispuesta a volverte intérprete ante Julia de lo que te escribí, o lo consideras imposible? Un sí o un no: eso es lo que que deseo saber. Cualquier rodeo de discusiones me disgustaría inmensamente. Se trata de una operación quirúrgica, en cierto sentido una decapitación; solo se justifica si se le efectúa con un corte neto, decisivo”.[318] Sin que Gramsci lo supiera, Piero Sraffa había urgido a Julia (vía Tania) para que fuera a visitar a Nino

cuanto antes e intentaran salvar el matrimonio, pero no había recibido respuesta.

En la ronda de amnistías que conmemoró los diez años de gobierno fascista en octubre de 1932, redujeron la sentencia de Gramsci a doce años y cuatro meses; esto significaba que todavía le quedaban ocho años por cumplir. Por medio de su tío, que fungía como juez en el tribunal de apelaciones de Italia, Piero Sraffa solicitó al gobierno la libertad condicional de Gramsci dado su gravísimo estado de salud. Sraffa y su tío argumentaron que su frágil condición le impediría realizar cualquier clase de actividad política o incluso llevar una vida cotidiana normal, por lo que no representaría ningún tipo de amenaza. El gobierno no rechazó la petición, pero dejó en claro que requería un pedido formal de clemencia del propio Gramsci. Este se negó, aduciendo que eso equivaldría a admitir la culpa y, por ende, sería una suerte de suicidio para un preso político como él. En sus cuadernos, hizo varias referencias nuevas a Confalonieri y sus humillantes ruegos al emperador austríaco. Durante varias semanas, Gramsci y los otros *politici* encarcelados en Turi fueron sometidos a un estricto confinamiento solitario para que asimilaran esta nueva demostración de poder fascista y su propia debilidad.

El 30 de diciembre de 1932, falleció en Ghilarza la madre de Gramsci. Su familia decidió no decírselo a Antonio, porque temían los efectos de la noticia sobre su salud deteriorada. Carlo, el único hermano que mantenía contacto regular con Antonio, aún sentía remordimientos por el fiasco del telegrama enviado dos meses antes y el dolor que eso le había causado a su madre. Varios años después de la muerte de la Signora Peppina, Antonio continuaría expresando a su familia preocupación por la salud de su madre y pidiendo novedades. Incluso le escribió directamente a ella para desearle felicidades en Pascua y en su cumpleaños. Se sintió desconsolado, aunque no del todo sorprendido, al no recibir respuesta, y probablemente intuía lo que había ocurrido: otro secreto de la familia Gramsci. El 2 de enero de 1933, le escribió a Tania que 1932 había sido

> el peor de todos los años que pasé en la cárcel. Tampoco el año nuevo se presentaba con perspectivas alentadoras. Si el año 32 fue malo, me parece que el 33 debe ser peor. Estoy desgastado y al mismo tiempo van aumentando las cargas [que arrastro]; la relación entre las fuerzas disponibles y el esfuerzo que sostener siguió empeorando. Con todo, no estoy desmoralizado; al contrario, mi voluntad encuentra alimento precisamente del realismo con que analizo los elementos de mi existencia y resistencia.[319]

Tania Schucht volvió a instalarse en Turi en enero de 1933 y retomó sus visitas regulares a la cárcel para ver a Antonio. Tras haber recuperado la salud, al menos por el momento, se sintió en condiciones de regresar al Sur. Sus finanzas también habían mejorado gracias al salario que percibía y los términos altamente favorables del alquiler que había acordado pagarle a Nilde Perilli por su habitación en Roma. Y aunque Tania nunca se lo dijo a Antonio, el padre de las Schucht estaba enfermo, internado en un sanatorio, y ya no podía, o no quería, imponer su voluntad a la familia (moriría en mayo y lo enterrarían en el Cementerio Novodévichi; una vez más, su yerno en Italia tardaría años en enterarse). En ese momento, a Evguenia se le metió en la cabeza que Gramsci era trotskista y que eso traería nuevas desgracias a la familia. Había puesto predecibles objeciones al hecho de que Tania volviera a reunirse con Antonio; pero, como no fueron refrendadas por su padre inválido, Tania las ignoró (para no alterar la armonía familiar, decidió no hablar de eso con Gramsci). Y por fin pudo retomar lo que consideraba la misión de su vida: cuidar a su cuñado. Incluso hablaba abiertamente del asunto, aunque a veces con un dejo de remordimiento. Como para resaltar su creciente confianza y la renovada intimidad entre los dos, Tania empezó a llamarlo “Nino” tanto en persona como por escrito, cosa que nunca antes había hecho. En febrero, nuevamente viviendo en Turi, Tania le escribió a Piero Sraffa lo que pensaba sobre el estado y el aspecto de Antonio después de dos años y medio sin verlo. Nino parecía un niño pequeño, casi un bebé, de tanto peso que había perdido. Estaba pálido y consumido. Le había hablado a Tania de un episodio de

varias semanas de un verdadero frenesí neurasténico, como una obsesión continua y espasmódica que no le daba un momento de paz.

El 7 de marzo de 1933, Antonio Gramsci sufrió un nuevo episodio de enfermedad aguda con parálisis parcial. Se cayó al suelo al bajar de la cama y no pudo levantarse. Los guardias lo ayudaron a volver a la cama, donde pasó varios días débil y afiebrado. Deliraba y alucinaba de a ratos. Después supo que había hablado varias horas seguidas con total lucidez sobre la futilidad de la religión, intercalando largas parrafadas en dialecto sardo. En una carta a Tania, Gramsci llegó a la conclusión de que seguramente había pensado que estaba por morir y no quería que lo asistiera un sacerdote. Recordaba con horror la experiencia de Jean Barois, el personaje central de una popular novela francesa de preguerra, que recibía la extremaunción antes de morir. Posteriormente, su esposa encontró su testamento, donde había estipulado que no creía en el alma sustancial e inmortal, que su personalidad era una masa de átomos y que no quería ninguna ceremonia religiosa en su muerte. En la novela, arrojaban el testamento al fuego. Al menos él no había sufrido semejante humillación: según le escribió Gramsci a Tania, "quien me oía era un trabajador de Grosseto, que se caía del sueño, y que, según creo, pensó que yo estaba enloqueciendo".[320] En su delirio, las ventanas y las paredes de la celda estaban cubiertas de rostros y figuras, no aterradores sino benévolos y sonrientes, en toda clase de poses. No eran personas que él conociera, o al menos no las recordaba, pero no le deseaban el mal. De tanto en tanto, luchaba por incorporarse, pero el aire volvía a aplastarlo contra la cama con un golpe seco. Nuevas imágenes se superponían con viejas: un torbellino de caras y cuerpos y edificios y campos. También oía constantemente cosas, voces que decían con toda claridad: "¿Estás ahí?" o "¿Estás dormido?", u otras palabras extrañas. Una vez más, no sabía de quiénes eran esas voces, pero no eran hostiles. Era como si estuviese mirando una película.

Mandaron a llamar al doctor Cisternino, que finalmente llegó y le diagnosticó anemia cerebral, una interrupción del flujo sanguíneo al cerebro que podía ser la causa del "apagón", pero no de su gravedad y duración. El 18 de marzo, Tania le escribió a Piero Sraffa

que Antonio parecía estar desahuciado. Dos semanas más tarde, Gramsci recibió la visita de otro médico de afuera, como respuesta largamente demorada a la carta que Tania le había enviado a Mussolini el otoño anterior. El profesor Umberto Arcangeli, colega y amigo de Tania en Roma, diagnosticó que Antonio padecía

> la enfermedad de Pott, una forma de tuberculosis de la columna vertebral; también tiene lesiones tuberculosas en el lóbulo superior del pulmón derecho que han causado dos efusiones de sangre; una de ellas fue copiosa y acompañada por una fiebre que duró varios días. También padece aterosclerosis, con hipertensión de las arterias. Ha sufrido desmayos, con pérdida de la conciencia y afasia parcial durante varios días. Desde octubre de 1932, ha perdido 7 kilos de peso. Sufre de amnesia y ya no puede escribir como antes.

El profesor Arcangeli llegó a la conclusión de que “Gramsci no sobrevivirá mucho tiempo en las condiciones actuales. Considero necesario trasladarlo a un hospital o una clínica, esto es, si no consideran posible otorgarle la libertad condicional”.[321]

No hubo una respuesta inmediata de las autoridades penitenciarias. Gramsci permaneció en su celda varios meses más, hasta el verano de 1933. Pasaba casi todo el tiempo en la cama, a veces sintiéndose peor, otras mejor, casi siempre a la deriva en una marea de recuerdos y especulaciones semiconscientes. Tenía muy hinchadas las venas de los pies, por lo que le resultaba sumamente incómodo usar zapatos o incluso calcetines. Le quedaban once dientes, la mayoría flojos, cosa que no le permitía comer. Una semana se quejó en una esquela a Tania: “No tengo nada que decirte, ni que decir a nadie. Estoy vaciado”.[322] A la semana siguiente, le escribió para disculparse por haber herido sus sentimientos. El dolor de cabeza lo volvía loco y los espasmos de sus manos estaban empeorando. Esperaba que lo trasladaran a la enfermería de una cárcel moderna. Lo único que importaba era salir de aquel agujero infernal donde se estaba muriendo de a poco. Al menos lo habían transferido a otra celda en el subsuelo de la

prisión, bien lejos de la ruidosa sala de los guardias. Era húmeda y oscura, y solían utilizarla como celda de castigo, pero era mucho más silenciosa. También le habían adjudicado un compañero de celda permanente para que lo vigilara, Gustavo Trombetti, el trabajador de Grosseto que lo había asistido en marzo. Cuando sus síntomas amainaron, Gramsci volvió a leer y escribir; pero su permiso fue provisoriamente revocado mientras las autoridades penitenciarias escrutaban sus cuadernos en busca de algo que probara alguna clase de comunicación prohibida o conspiración entre Gramsci, Trombetti y los otros presos comunistas en Turi. Esta prohibición le causó tanto o más sufrimiento e irritación que sus dolencias físicas, ya que estaba desesperado por poner en orden sus escritos sueltos mientras aún podía hacerlo. En sus cartas, Antonio comenzó a preparar a la gente para una especie de final. Le escribió a Tania que estaba agotado, y a su hermana Teresina que no se sorprendiera si le escribía cada vez menos desde ese momento en adelante.

En el verano de 1933, se lanzó una campaña internacional en París por la liberación de las víctimas del fascismo, entre ellas Antonio Gramsci y otros destacados comunistas y socialistas italianos. El escritor Romain Rolland, de quien Gramsci había adoptado el lema “El pesimismo de la inteligencia, el optimismo de la voluntad”, publicó el panfleto *Antonio Gramsci. Ceux qui meurent dans les prisons de Mussolini* [Quienes mueren en las cárceles de Mussolini]; en tapa, el rostro de Gramsci se cernía imponente sobre un gesticulante *duce*.[323] El boletín de propaganda *Azione Antifascista* dedicó la mayor parte de su número de junio a Gramsci, como parte de una campaña por los presos políticos de todas las tendencias. Esta era una insinuación de la Comintern a otras fuerzas políticas e indicaba cierta atenuación del sectarismo y el dogmatismo de su “Tercer Período” y un movimiento hacia la estrategia del Frente Popular, que rendiría importantes frutos a mediados de los años treinta. También era un reconocimiento tardío de lo contraproducente de sus denuncias contra la democracia burguesa y el “fascismo social”, que de hecho habían contribuido al ascenso del auténtico fascismo, sobre todo en Alemania, donde Hitler y los nacionalsocialistas acababan de acceder al poder y

habían procedido a aplastar a la dividida oposición comunista y socialdemócrata. La consigna entonces era "Izquierda unida". Una de las primeras respuestas a esta nueva línea, más abierta, de la Comintern provino de los trotskistas franceses, que lanzaron su propia petición por la liberación de Gramsci. Después de casi dos años de silencio, la prensa clandestina y emigrada del PCd'I volvió a mencionar a Gramsci como su secretario general e instó a la acción bajo el lema "¡Salvemos a nuestro líder!". En Italia, se repartieron volantes ilegales que hablaban de "Gramsci, el mayor italiano de nuestra época, líder de los trabajadores italianos". El informe médico del profesor Arcangeli fue publicado por el diario comunista francés *L'Humanité* en mayo y reproducido por otros medios en los meses siguientes. Esta vez los titulares que anunciaban "¡Gramsci se está muriendo!" no parecían tan inverosímiles, aunque las denuncias de tortura y asesinato que los acompañaban quizá lo fueran. La prensa francesa publicó que Gramsci había muerto, noticia que fue desmentida rápidamente, y también se habló de contactos de alto nivel entre los gobiernos soviético e italiano, pero nada concreto.

La campaña internacional al menos logró causar cierta incomodidad diplomática en el gobierno italiano. Los fascistas rechazaban el reclamo de que la amnistía de noviembre de 1932 le daba derecho a Gramsci a la libertad inmediata, pero ante la evidencia médica comenzaron a dudar de que Turi fuera un lugar adecuado para su confinamiento. En octubre de 1933, autorizaron a Gramsci a abandonar esa cárcel, y entre las autoridades del país entero comenzó a circular un pedido oficial de una clínica apropiada para que un importante preso político enfermo de tuberculosis y otras graves dolencias que necesitaba tratamiento especial pudiera ser vigilado y atendido sin dificultad. Se identificó una clínica en Formia, una ciudad pequeña cerca de Gaeta (de donde era oriundo el padre de Gramsci y donde este había estado encarcelado), a mitad de camino entre Roma y Nápoles. Antonio Gramsci dejó la cárcel para convictos enfermos de Turi el 19 de noviembre de 1933, a los 42 años, después de haber pasado casi un lustro allí. Durante ese tiempo, perdió la salud, casi todos los dientes, así como la mayoría de sus contactos y su reputación en el mundo exterior, y además compuso el grueso de las notas y cartas que le darían fama

póstuma. Antes de que Gramsci abandonara Turi, Gustavo Trombetti se las ingenió para esconder sus cuadernos en el baúl, entre sus pertenencias personales, mientras él le daba conversación al guardia del depósito de la prisión. Pasó dieciocho días en la enfermería del presidio de Civitavecchia, en el Lacio, mientras colocaban barrotes de hierro en las ventanas de su nueva habitación en Formia para transformarla en una celda. Camino a Civitavecchia, se vio reflejado en un espejo por primera vez en cinco años; profundamente impactado, apresuró la marcha para reunirse con su escolta policial. Durante su estadía, Gramsci reconoció a numerosos excamaradas en los pasillos y las salas comunes de la cárcel, pero estos decidieron no establecer contacto.

El 7 de diciembre de 1933, Gramsci arribó por fin a la clínica de Formia, dirigida por el profesor Giuseppe Cusumano. Seguía siendo un preso, formalmente detenido, con un policía que lo vigilaba las veinticuatro horas en su habitación y patrullajes policiales habituales de los jardines de la clínica y áreas adyacentes. Tatiana Schucht iba a visitarlo desde Roma, donde había vuelto a instalarse en su habitación en casa de Nilde Perilli. Entonces lo llamaba “Nino”. En varias ocasiones, Antonio la confundió con Julia al verla entrar en su cuarto o cuando lo sacudía suavemente para despertarlo. También lo visitaban su hermano Carlo y Piero Sraffa. La policía seguía a los tres y luego completaba informes de rutina. En Formia, Gramsci se recobró un poco y retomó la escritura de sus cuadernos; revisó y reordenó viejas notas y redactó algunas nuevas. En el verano de 1934, lo examinó otro médico independiente amigo de Tania, el profesor Vittorio Puccinelli, de la clínica Quisisana de Roma. Puccinelli no quedó conforme con las condiciones y los estándares de cuidado de la clínica Cusumano, que cobraba 120 liras diarias por atender a prisioneros como Gramsci, dinero que reunían sus parientes en Cerdeña y Rusia y complementaban con fondos clandestinos de los exiliados del PCd’I. Puccinelli le confió sus preocupaciones a Tania, quien a su vez le informó a Piero Sraffa que en la clínica no solo faltaba pan para comer y agua caliente para bañarse, sino que la atención médica era esporádica y a menudo incompetente.

A comienzos de octubre de 1934, Gramsci remitió su propio pedido de libertad condicional, basado en cláusulas del Código Penal sobre los derechos de los reclusos enfermos. El 25 de octubre, le otorgaron la libertad condicional, previo compromiso de que no utilizaría esta nueva condición para hacer propaganda comunista en Italia o en el extranjero. Incluso le permitieron dar breves paseos con Tania, Carlo o Piero Sraffa por los jardines de la clínica y las calles cercanas, a pie o en vehículo. Pero lo vigilaba de cerca la policía, que sospechaba un plan de fuga tramado por elementos antifascistas en Nueva York. El nombre de Gramsci continuaba apareciendo en la propaganda antifascista; pero el sospechado plan de fuga no tenía fundamento alguno en la realidad. Tania lo visitaba al menos una vez por semana y conversaban, o bien ella se quedaba sentada en silencio en su habitación mientras él descansaba o dormía. Durante los siguientes dieciocho meses, Antonio casi no escribió cartas personales. La única importante estuvo dirigida a su madre muerta, el día de su santo, en marzo de 1934. En abril, Tania le escribió a Teresina, la hermana de Gramsci, que Nino ya no tenía fuerzas para escribir, cosa que (según dijo) le causaba mucho sufrimiento a Julia, quien no recibía mensajes suyos desde hacía más de un año.

En junio de 1935, Gramsci sufrió otra crisis y pidió dejar la clínica Cusumano, que a todas luces no estaba equipada para atender sus problemas de salud cada vez más graves. Según se detalló en la solicitud enviada al inspector general de la Dirección General de Seguridad Pública, estos incluían un ataque de gota producto de la negligencia médica.[324] Durante más de un mes, sin resultado alguno, Gramsci se había quejado de dolores musculares e hinchazón en los tobillos y de una incipiente hernia causada en parte por la dieta inadecuada, la falta de higiene, las moscas y hormigas en la comida, y las marcas de dedos en los platos. Además de sucia, la clínica era ruidosa, sobre todo porque en su pequeño edificio residía la numerosa familia Cusumano, lo cual significaba un constante barullo arriba de su cabeza desde las 5 de la mañana hasta pasada la medianoche. Autorizaron su pedido de traslado, y el 24 de agosto Gramsci viajó con el profesor Puccinelli a la clínica Quisisana en Roma. Había cierta ironía en el nombre de la

clínica (que significa “aquí se sana”); después de todo, evocaba esa misma prescripción torpe que él recomendaba para los problemas psicológicos de su esposa.

Cuando su trabajo lo permitía, Tania lo visitaba casi todos los días en Quisisana y a menudo se quedaba a pasar la noche. Su hermano Carlo y Piero Sraffa también lo visitaban, todavía con escolta policial a una distancia no tan discreta y doce guardias armados apostados en las inmediaciones de la clínica. En una carta a Sraffa de septiembre de 1935, Tania le comentó que Antonio nunca salía de su cuarto, excepto para mirar por el balcón. Esto no era del todo cierto. Otra paciente internada en Quisisana, Lina Corigliano, recordaría más tarde que era la única interna que tenía radio en su habitación y que, cuando Mussolini estaba por dar un importante discurso para anunciar la fundación del Imperio a partir de la conquista de territorios africanos, todos se amucharon allí para escucharlo. Ella sabía que en la habitación de al lado había una importante personalidad bajo vigilancia constante, y le mandó un mensaje preguntando si deseaba escuchar al *duce*. La invitación fue cortésmente rechazada. Sin embargo, al día siguiente, Gramsci se acercó a escuchar una emisión de *Carmen* de Georges Bizet.

En 1936, después de un silencio de varios años, Gramsci retomó la correspondencia con Julia y sus hijos en Moscú. Volvió a llamarla “Julka” y le aseguró que aún la estaba esperando y que ella siempre sería uno de los elementos esenciales de su vida. La felicitó por la evidente mejoría de su estado de ánimo –en una ocasión le dijo que no recordaba la última vez que ella le había escrito con tanta alegría… y con tan pocos errores– y repetidamente le sugirió en vano que quizá podría ir a verlo. Pero esto no era una reconciliación con Julia/Julka, sino una manera de hacer las paces con su propia declinación irrefutable. Durante todo ese año y hasta bien entrado el siguiente, estuvo postrado en la cama, cada vez más débil; si bien todavía podía leer, escribir le demandaba un esfuerzo enorme. Sus cartas se transformaron en misivas breves dirigidas a sus hijos, donde los saludaba por los cumpleaños y otras ocasiones especiales, les decía que se portaran bien y estudiaran mucho, elogiaba o criticaba las cartas y los dibujos que le enviaban y recordaba experiencias de su propia infancia. Antonio les propuso

que cada día, a determinada hora, ellos y mamá Julka dedicaran cinco minutos a pensar en papá y hablaran de él. Y él haría lo mismo en Italia. En agosto de 1935, cuando cumplían 12 y 10 años, les mandó de regalo dos relojes que Tania le había encargado a un relojero en Roma.

Gramsci era muy consciente de que no sabía casi nada de sus hijos. Lo poco que averiguaba –sobre los castillos en el aire de Delio o el desarrollo lento de Giuliano y la preocupación de sus maestros, y sobre todo la atmósfera falsa, empalagosa y artificial en que se estaban criando con Julia y su “mamita” Evguenia– le seguía disgustando y a veces incluso lo perturbaba. Hacía frecuentes comparaciones desfavorables con sus propias habilidades e intereses de niño, ignorando olímpicamente las enormes diferencias históricas, geográficas y sociales que existían entre criarse en la remota Cerdeña rural a fines del siglo XIX y hacerlo en una gran metrópolis industrial a mediados del siglo XX o el simple hecho de que para esos jóvenes pioneros él era un completo extraño. Le rogaba a Delio que le enviara cartas más largas y lo regañaba por el tono formal y compuesto que tendía a emplear: “Me escribiste cuatro líneas que parecen sacadas de una gramática para extranjeros. ‘El loro está bien’ (¡dale mis más sinceras felicitaciones y mejores deseos!). ‘¿Cómo está el tiempo allí? ¡Aquí hay buen tiempo!’, etc.”. Cuando Julia le escribió que esta tenue reprimenda había enojado a Delio, Gramsci le escribió a su hijo: “¿Por qué no me lo dijiste tú mismo? Si no te gusta algo de mis cartas, debes decirlo. Te amo muchísimo y lo último que quiero es lastimarte. Estoy muy lejos y no puedo abrazarte y llenarte de besos, pero no sabes cuánto desearía hacerlo”.[325]

A Giuliano le escribió: “Solo te conozco por tus cartas”, que eran pocas y muy espaciadas.[326] El interés del niño solo despertó cuando vio una enorme foto de su padre en una exposición de presos políticos comunistas prominentes en el Parque Gorki de Moscú. Un vecino le contó que su padre había pasado varios años en la cárcel y quiso saber todo de él. Estaba con Delio y Evguenia cuando conoció a Romain Rolland y pudo saborear de cerca la imperiosa celebridad política, con discursos emocionantes, fotos tomadas por la prensa antifascista, las palmadas en la mejilla y

manos que le revolvían el pelo. Las anécdotas de Giuliano conmovían y divertían a Antonio. Hacía intentos sutiles y a veces torpes para comunicarse con ese hijo al que jamás había visto, le preguntaba por sus viajes al campo y al mar o cómo le iba en la escuela especial a la que habían decidido enviarlo los Schucht, un internado cerca de Sochi para niños con predisposición nerviosa. Según Tania, de lo contrario, habría tenido que repetir al menos un año en la escuela a la que asistía en Moscú. Giuliano le confió que tampoco estaba contento en la nueva escuela y que no paraba de meterse en problemas. Eso le hizo recordar a Antonio lo que había sentido cuando lo mandaron a terminar la primaria lejos de Ghilarza. Conmovido, alentó a su hijo a enfrentar los acontecimientos con calma y coraje.

Antonio seguía regañando a Tania por lo poco y mal que comía, y los efectos nocivos que eso tenía sobre su salud. No era cuestión de falta de apetito –él la había visto comer un pollo entero hervido en el almuerzo, seguido por un abundante guiso de cordero con papas en la cena–, sino de falta de rutina. En las visitas conjuntas, Carlo daba su opinión cuando Antonio o Tania contaban su última discusión con Julia o Evguenia o compartían sus preocupaciones por la educación de los niños. Era algo muy parecido a una familia normal. A fines de 1936, por fin admitieron que Signora Peppina Gramsci y Apollon Aleksándrovich Schucht habían fallecido unos años antes. Si bien Antonio lo sospechaba desde tiempo atrás, decidió no hacer comentarios para evitar que le ocultaran alguna otra mala noticia en el futuro con la supuesta intención de protegerlo. En cuanto a su situación general en la vida, Gramsci había alcanzado una suerte de serenidad intelectual que bordeaba la resignación política. Acusó a Julia de “cierta flojera superficial y bohemia”, señaló que prefería los monótonos rigores del *Manuale del caporale* (un manual italiano de instrucciones militares) a *Les réfractaires* de Jules Vallès (un relato de la gloriosa derrota de la Comuna de París en 1871), y confesó un incipiente gradualismo en su visión política y su perspectiva personal.[327]

La sentencia de Antonio Gramsci expiró formalmente el 21 de abril de 1937, pero todavía no estaba en condiciones de dejar la clínica Quisisana. Antes de que siquiera se finalizara o implementara un

plan para su liberación, sufrió una hemorragia cerebral la noche del 25. No recuperó la conciencia durante todo el día siguiente y murió a la mañana del 27 de abril de 1937, a los 46 años. Al enterarse de la muerte de Gramsci, un camarada cercano y protegido de Turín, Mario Montagnana, le escribió a su cuñado Palmiro Togliatti que eran pocos quienes podían

> comprender en plenitud, con tanta profundidad como nosotros, la gravedad de la pérdida que ha sufrido el partido y, por eso, todo el pueblo; y esto, porque Antonio revela su grandeza, sus enormes cualidades políticas, intelectuales *y* morales sobre todo en las conversaciones, en la vida común de cada hora. Sin embargo, me impactó oír a un joven compañero, que ni siquiera conoció a Antonio, decirme que lo más trágico, lo más doloroso en la muerte de Antonio es que en gran medida su genio estuvo, digamos, inutilizado y por eso permaneció desconocido.[328]



Pier Paolo Pasolini visita el monumento que custodia las cenizas de Gramsci en el Cementerio Acatólico de Roma, hacia 1970

---

[311] Mack Smith, ob. cit., pp. 171, 182.

[312] Las centurias negras eran grupos de extrema derecha, surgidos en respuesta a los levantamientos populares rusos de 1905, y con la intención de malquistar a la opinión pública con la población judía. Tuvieron un papel protagónico en los pogroms antisemitas. [N. de E.]

[313] Gramsci, *Gramsci's Prison Letters…*, ob. cit., p. 169 [carta del 28 de septiembre a Tatiana].

[314] Gramsci, *Letters from Prison*, ed. Lawner, ob. cit., p. 249 [carta del 20 de febrero de 1933 a su hermana Teresina. N. de E.].

[315] Gramsci, *Letters from Prison*, vol. 2, ed. Rosengarten, ob. cit., p. 238.

[316] Gramsci, *Gramsci's Prison Letters…*, ob. cit., p. 184 [carta del 15 de agosto de 1932 a Julka. N. de E.].

[317] Carta del 29 de agosto de 1932 a Julka. [N. de E.]

[318] Gramsci, *Letters from Prison*, vol. 2, ed. Rosengarten, ob. cit., p. 237.

[319] Gramsci, *Gramsci's Prison Letters…*, ob. cit., p. 203.

[320] Fiori, ob. cit., pp. 276-277.

[321] Véase "Chronology", en Gramsci, *Prison Notebooks*, ed. Buttigieg y Callari, ob. cit., vol. 1, p. 92.

[322] Gramsci, *Letters from Prison*, ed. Rosengarten, ob. cit., vol. 2, p. 306 [carta del 2 de julio de 1933 a Tania. N. de E.].

[323] Romain Rolland, *Antonio Gramsci. Ceux qui meurent dans les prisons de Mussolini*, sin pie editorial [París, Imprimerie Centrale], 1934; texto

previamente publicado en *L'Humanité*, 27 de octubre de 1934, p. 3; luego reprod. en *Quinze ans de combat (1919-1934)*, París, Rieder, 1935, pp. 221-230 [ed. cast.: *Quince años de combate*, Santiago de Chile, Ercilla, 1936].

[324] Son gestiones ante el comisario Guido Leto, que Gramsci pide a Tatiana (en carta del 22 de julio de 1935). En abril, el propio Gramsci había enviado a Mussolini una solicitud de traslado y en junio había recurrido al inspector general de Seguridad Pública en Formia, Antonio Valenti, para intentar que el trámite llegase a buen puerto. [N. de E.]

[325] Gramsci, *Letters from Prison*, ed. Lawner, ob. cit., p. 265 [carta a Delio, s.f. N. de E.].

[326] Gramsci, *Letters from Prison*, ed. Rosengarten, ob. cit., vol. 2, p. 383.

[327] Ibíd., p. 375.

[328] Spriano, ob. cit., p. 181.

Posfacio

Las vidas después de la muerte de Antonio Gramsci

En los diez años y medio transcurridos desde el arresto de Antonio Gramsci en 1926 y su muerte en 1937, el mundo cambió de manera dramática, por lo general (desde su perspectiva) para peor. Después del *crack* de 1929 y las crisis subsiguientes, el fermento revolucionario internacional de los años veinte había dado paso a una revitalizada competencia capitalista en los reestabilizados Estados-nación de Europa Occidental y América del Norte. Bajo la égida de Stalin, la Unión Soviética se había transformado: el experimento radical con la historia que significaron la Revolución de Octubre y su caótica estela inmediata, pasando por la rápida industrialización y la colectivización forzada de la agricultura, llegó a ser algo parecido a una sociedad y una economía modernas normales, aunque con características distintivamente rusas y profundamente autoritarias. El PCUS y la Comintern habían sufrido purgas extremas; solo habían salido indemnes los militantes más serviles y los intelectuales conformistas. En Europa entera, el nacionalismo de extrema derecha había volteado las normas de la democracia liberal e instaurado regímenes paramilitares, primero en la Italia natal de Gramsci, después en Alemania y más tarde en España. En todas partes, la izquierda, desde la socialdemocracia más tibia hasta el comunismo más revolucionario, estaba desorganizada y en retirada. No sorprende que Gramsci se haya pensado a sí mismo "fuera de acción" durante la mayor parte de esos catastróficos diez años, ni tampoco que hacia el final se atreviera a apoyar un cauto gradualismo mientras destinaba toda su energía a la titánica tarea historiográfica de explicar la amarga

derrota de la revolución proletaria. Y, por supuesto, la ironía final de los últimos diez años de su vida –notada por más de un observador y seguramente clara como el agua para el propio Gramsci– era que la cárcel de Mussolini lo había salvado de las purgas de Stalin, tal como la marginalidad obstinada y la aparente irreverencia del pequeño grupo de comunistas italianos exiliados protegieron a la mayoría de ellos.

Gramsci fue eximido de los sórdidos manejos que debían ejecutar los camaradas teóricamente libres para su simple supervivencia: por ejemplo, Palmiro Togliatti, el siempre leal estalinista, o Angelo Tasca, el primer mentor político de Gramsci y colega *ordinovista* de Turín, que terminó como funcionario del régimen colaboracionista de Vichy y murió poco después de la guerra en la más deplorable deshonra. Además, un componente mayor de la originalidad de Gramsci era su extraordinario interés por las actitudes y opiniones de la gente común y corriente, su "sentido común" y la ideología, la cultura popular y el folclore con los cuales se expresaba, cosa que una carrera política organizada monótonamente sin dudas habría opacado si no eliminado del todo. Su amigo Piero Gobetti (quien en febrero de 1926 murió de bronquitis e insuficiencia cardíaca mientras estaba exiliado en París, con solo 24 años, después de la paliza que le habían dado los fascistas el año anterior) tal vez lo haya definido como un "hombre del partido de pies a cabeza" a comienzos de los años veinte, pero al final de su vida era cualquier cosa menos eso.[329] No tenemos indicaciones claras del propio Gramsci acerca de cómo veía el trabajo de toda su vida en esos años finales. Al menos desde fines de 1935, no había podido trabajar de manera sistemática en sus cuadernos. Había concluido la mayoría de sus notas originales entre 1929 y 1933, en poco más de tres años de investigación lúcida y concentrada, que fueron también los años de aislamiento personal y tormento emocional más profundos. De una manera u otra, Gramsci se las ingenió para llevar los cuadernos de la cárcel de Turi a las clínicas Cusumano y Quisisana donde pasó sus últimos años; pero la mayor parte del tiempo casi todos sus textos estuvieron guardados en un depósito por orden de las autoridades penitenciarias, que le exigían redactar solicitudes individuales para poder consultarlos. Hacia el final, ya no

estaba en condiciones físicas ni mentales para hacerlo, mucho menos para agregar notas nuevas o adaptar y reordenar las viejas.

Cuando Gramsci murió, Tatiana Schucht –su compañera más constante y, a todas luces, la primera persona que supo valorar la importancia de sus escritos– consiguió sacar de contrabando los cuadernos y los depositó en la bóveda de la Banca Commerciale Italiana, cuyo director, Raffaele Mattioli, era un conocido solidario. (Tania regresó a Rusia en 1939 y murió de tuberculosis en 1941, el año más duro de la guerra; sus hermanas Evguenia y Julia vivieron largas vidas, siempre como leales soviéticas, y criaron juntas a Delio y Giuliano, quienes llegaron a ser, respectivamente, ingeniero y músico). Un año más tarde, los cuadernos fueron trasladados a Moscú en valija diplomática soviética bajo la supervisión personal de Vincenzo Bianco, el principal contacto de Gramsci con los líderes exiliados del partido y con su familia en Rusia. En un comienzo, no hubo mayor interés en sus contenidos. En la atmósfera letal de la Rusia de fines de los años treinta y la inminente guerra mundial, los camaradas tenían otras preocupaciones más apremiantes. En todo caso, visto que conocían las opiniones recientes de Antonio acerca de la controversia en el seno del partido, era comprensible cierta reticencia. Y si bien Togliatti expresó el deseo de preservar el legado político y literario de su viejo camarada en una carta a Piero Sraffa, donde preguntaba si Gramsci había dejado instrucciones al respecto, casi con certeza pensaba en los artículos y documentos que había escrito antes de su arresto en 1926.

Lo que cambió todo fue la Segunda Guerra Mundial. El fascismo y el nazismo fueron derrotados militarmente y, si bien nunca fueron eliminados por completo del discurso político, conocieron el desdoro moral y legal. Los cuarenta años de Guerra Fría resultantes fueron, en efecto, un incómodo acuerdo entre el capitalismo gerenciado de Occidente y el socialismo estatal de Oriente, que al menos en un comienzo dejó cantidad de espacio a las variantes locales, en especial durante el inmediato aluvión de victoria antifascista “democrática”. Estas incluían a Italia, donde el previamente quebrado y marginado PCI emergió de la Resistencia como el partido comunista masivo más numeroso y más poderoso que alguna vez operó en el seno de una democracia liberal, y de lejos el

partido individual más grande del nuevo Estado, liderado por un grupo central intacto, experimentado y sumamente capaz bajo la égida del “astuto zorro viejo” Togliatti. Y si bien mantenían una fachada de estalinismo conformista en el extranjero, habían conservado un grado inusual de apertura y pluralismo que les resultaría muy útil en la nueva era.[330] De regreso en Italia después de la guerra, en la práctica tuvieron la sensatez de tomar un rumbo socialdemócrata basado en la coalición social, el compromiso cultural y el acuerdo político, respaldado por Stalin al menos en esos pocos años en que ese “hombre de acero” todavía disfrutaba del prestigio global de la victoria en la Gran Guerra Patria y promovía estrategias similarmente “nacional-populares” en toda la esfera de influencia soviética. Esto evitó el conflicto social que abrumaba al igualmente bien posicionado, aunque de línea más dura, Partido Comunista en Grecia. En 1948, gracias a su programa de reconstrucción económica y renovación democrática, el PCI habría podido llegar al gobierno nacional, orientado hacia una hegemonía proletaria aceptablemente “occidental”, si la CIA no hubiera interpuesto la tan forzada fórmula parlamentaria de la democracia cristiana. Sin embargo, los comunistas italianos ejercieron un enorme poder político, cultural e institucional durante los siguientes cincuenta años de existencia. El legado y el aura de Antonio Gramsci fueron activos clave en el predominio del PCI, bajo el diligente cuidado de Togliatti y sus sucesores.

* * *

Los cuadernos de la cárcel de Gramsci fueron publicados por primera vez en Italia por el sello Einaudi, en seis volúmenes, entre 1948 y 1951. La tarea de selección, anotación y reordenamiento de esta edición provocó mucha controversia. Algunos adujeron que el PCI de posguerra publicaba únicamente aquellos materiales que de algún modo respaldaban su nueva estrategia de un camino parlamentario hacia el socialismo y una cultura nacional. También se insinuó que el partido quería crear un mito fundacional que el propio

Gramsci habría aborrecido, sobre todo porque sus iteraciones populares estaban lejos de la realidad histórica. Para G. A. Williams, esto era “una suerte de culto a Gramsci de notable alcance e intensidad”.[331] El dirigente sardo se convirtió en “el Espíritu Santo del comunismo italiano” y en casi todos los pueblos y ciudades alguna calle o plaza llevaba su nombre. Editori Riuniti publicó, en 1963, volúmenes temáticos que constituían una antología de sus cuadernos de la cárcel, más selectiva pero también más equilibrada, al cuidado de Mario Spinella y Carlo Salinari, como parte de un proceso correctivo que Williams describe como “casi único” entre los partidos comunistas, que consiste en “abrir sus archivos a historiadores afines pero de pensamiento independiente; […] una magnífica empresa histórica que ha reconstruido con éxito la historia temprana del partido y además ha despejado el campo a la controversia apasionada, informada y honesta”. Por último, en 1975, se publicó una edición completa y definitiva de los cuadernos en cuatro volúmenes, al cuidado de Valentino Gerratana.

La primera edición italiana de *Lettere del Carcere*, 218 de las cartas que Gramsci escribió en prisión, fue publicada por Einaudi en 1947, como volumen inicial de su plan de obras completas. También en este caso, fueron seleccionadas y alteradas con propósitos políticos, más específicamente para borrar las referencias amistosas a Amadeo Bordiga, quien, como hemos visto, había precedido a Gramsci como secretario general del primer PCd’I pero a quien el PCI de posguerra consideraba un ultraizquierdista. Sin embargo, fue un éxito comercial y de crítica, y obtuvo un importantísimo premio literario al año siguiente. Esta edición parcial fue reemplazada en 1965 por una nueva edición de 428 cartas, más abarcadora y definitiva, anotada por Sergio Caprioglio y Elsa Fubini. La primera colección sustancial de escritos previos al arresto y encarcelamiento de Gramsci fue seleccionada y editada por Paolo Spriano, el mayor historiador comunista italiano, y la publicó bajo el título *Escritos políticos* en 1967. La *Vida de Antonio Gramsci* de Giuseppe Fiori se publicó en 1966 y la tradujo al inglés Tom Nairn. Si bien está bellamente escrita, quizá es demasiado reverente hacia su protagonista (siguiendo la línea del mito fundacional del PCI, por más que el propio Fiori se reconociese como socialista),

notablemente generosa hacia las familias Gramsci y Schucht, e incorrecta en algunos detalles, además de estar visiblemente sujeta a las prerrogativas políticas del PCI (con prescindencia de que Fiori era senador de la izquierda independiente).

Desde 1972, se han publicado en Italia más de 20.000 obras de Antonio Gramsci o acerca de este, lo cual refleja su estatus como figura histórica consagrada pasible de revaluación y reinterpretación continua, y no un mero conjunto de ideas sujeto a modas intelectuales pasajeras. En décadas recientes, hubo un segundo florecimiento de la gramsciana italiana, supervisado por el venerable Instituto Gramsci de Roma, que incluye varios volúmenes nuevos de cartas dirigidas a un círculo más amplio de personas publicadas desde los años noventa hasta el presente y una nueva edición completa de los cuadernos de la cárcel publicada en 2007. En 2009, se publicó un descomunal diccionario Gramsci, con 600 entradas redactadas por 60 personas. Todavía existen controversias ocasionales acerca de si determinado artículo de la temprana prensa socialista italiana puede o no ser atribuido a Antonio Gramsci. Todo el tiempo se descubren nuevas cartas, o se atribuyen a otro autor las ya conocidas, cosa que a veces cuestiona el relato consolidado (sobre todo, en años recientes, acerca de la relación inicial de Gramsci con las hermanas Schucht). Sin embargo, el estudio de Gramsci ha quedado principalmente acotado a la academia incluso en Italia, con el decaimiento de la izquierda política organizada, el revival de la extrema derecha en formato populista modernizado primero bajo Berlusconi y después con Salvini, y lo que Paul Ginsborg denomina la “infantilización” de la cultura popular italiana.[332] Se ha dicho que Gramsci, traducido, tuvo más impacto sobre la izquierda británica que sobre cualquier otro movimiento político fuera de Italia. Hubo dos fuentes principales de Gramsci en inglés, que hicieron reclamos diferentes sobre el legado gramsciano. La primera estaba asociada con la *New Left Review*, sobre todo en su segunda encarnación dirigida por Perry Anderson. La primera *New Left*, fundada en 1956 y vagamente liderada por luminarias intelectuales como E. P. Thompson, Raymond Williams y Stuart Hall, muchos de ellos excomunistas desilusionados, también se había interesado en Gramsci, aunque de

una manera menos focalizada que la segunda *New Left* de Anderson, quien tomó las riendas en 1962 y la orientó en una dirección más teórica e izquierdista en líneas generales. En 1964, el dramaturgo Trevor Griffiths empezó a trabajar en la obra *Occupations*, centrada en un encuentro imaginario entre Gramsci y un emisario comercial soviético durante las ocupaciones de las fábricas de Turín en 1919-1920. La pieza fue puesta en escena en 1971 por la Royal Shakespeare Company.

El segundo y posterior centro gramsciano fue el ala eurocomunista del Partido Comunista de Gran Bretaña, cuyos intelectuales adoptaron a Gramsci como su principal teórico en los años setenta. En eventos como la Communist University of London y en publicaciones como *Marxism Today*, buscaron aplicar un conjunto de conceptos gramscianos a circunstancias y acontecimientos contemporáneos, con un espíritu de política de masas y "amplia alianza democrática" no contaminado por el autoritarismo estalinista o el ultraizquierdismo del trotskismo (aunque, sorprendentemente, *Marxism Today* tenía cero interés en Gramsci y solo publicó un artículo dedicado a él durante su apogeo en los años ochenta: "Gramsci y nosotros" de Stuart Hall, en 1987). El eurocomunismo británico, con sus puntales gramscianos, tuvo su expresión práctica más pura en el revisado *British Road to Socialism* del Partido Comunista de Gran Bretaña formulado en 1977, pero flaqueó y se desmoronó bajo el impacto del conflicto interno entre el partido y el thatcherismo.

Hubo coincidencias y colaboraciones, también divergencias y conflictos, entre estos dos "centros" de gramscismo británicos; las más evidentes son las magníficas *Selections from Prison Notebooks* (1971), editadas por dos miembros de la *New Left Review*, Quintin Hoare y Geoffrey Nowell-Smith, pero publicadas por la editorial Lawrence and Wishart, del Partido Comunista de Gran Bretaña. También hubo fuentes separadas y subsidiarias de material de Gramsci como Pluto Press, asociadas (al menos en sus primeros años) con el International Socialists/Socialist Workers Party. Estos partidos tenían especial interés en el período de los consejos de fábrica de Gramsci, por sus propios motivos *ouvrieristes*, y en 1975 publicaron dos estudios exhaustivos sobre el movimiento de

consejos de fábrica escritos por Gwyn A. Williams y Paolo Spriano. Pluto Press también publicó uno de los primeros libros sobre Gramsci, una traducción de Anne Showstack de un libro escrito originariamente en italiano por Alberto Pozzolini en los agitados días de 1968, que reflejaba el espíritu exaltado imperante en la época. Y en 1976 publicó el algo más mesurado y, en líneas generales, bien visto *El marxismo de Gramsci* del estadounidense Carl Boggs, cuyo argumento de que "una continuidad temática definida subyace al trabajo teórico de Gramsci desde los primeros tiempos hasta los *Cuadernos de la cárcel*" contradecía otras concepciones izquierdistas que postulaban "una ruptura radical en el pensamiento de Gramsci antes y después de 1926 provocada por la 'bolchevización' del PCI".[333] El Institute of Workers Control y su brazo editorial Spokesman, ambos conectados con la fundación Bertrand Russell, también se interesaron por Gramsci, en especial por sus primeros escritos políticos. La publicación *Socialist Register* y su brazo editorial Merlin, un grupo de intelectuales dentro y alrededor del Partido Laborista mejor conocido por sus críticas al socialismo parlamentario y el laborismo (más notablemente Ralph Miliband y John Saville), produjeron muchos artículos sobre Gramsci y, lo que es más significativo, el libro de Alastair Davidson titulado *Antonio Gramsci. Towards an Intellectual Biography*, que presenta a un Gramsci preleninista, marxista no doctrinario. La biografía de Davidson es fuerte cuando trata de las raíces idealistas croceanas de Gramsci pero débil cuando se ocupa de los cuadernos de la cárcel, y si *Socialist Register*/Merlin buscaban que su publicación echara las bases de un tercer centro de gramscismo británico, la cosa simplemente no resultó.

De modo que en esta etapa tenemos al Gramsci "revolucionario" de los años de los consejos de fábrica contra el Gramsci "reformista" de la cárcel (su definición final acerca de su propia política fue, no sin cierta ironía, "gradualista"), que reflejaban *grosso modo* las controversias de los años sesenta y setenta en Italia, donde realmente tenían influencia inmediata sobre los asuntos políticos. Fuera de Italia, estas cuestiones de categorización y periodización quedaron mayormente restringidas al núcleo duro de los ideólogos reincidentes y los cazadores de herejes. Las reacciones más

comunes ante Gramsci eran el entusiasmo y la excitación, una sensación de descubrimiento teórico y liberación creativa no siempre respaldada por la comprensión del texto. Al fin, la atmósfera estancada del marxismo oficial y opositor se disipó, y pudimos empezar a pensar de cero acerca de nuestras culturas, historias y políticas. En la exacerbación "post-todo" de fines del siglo XX se tendió a dejar atrás al Gramsci histórico real (de manera más obvia, en la revista *Marxism Today*).

Por lo demás, la recepción y aplicación de Gramsci siguió un patrón similar, con variaciones locales que dependían de la orientación de los partidos comunistas hacia el eurocomunismo, la aplicabilidad de los conceptos gramscianos a las historias y circunstancias locales, o el nivel de interés por Gramsci de las instituciones académicas. Así, en Francia, Gramsci fue filtrado a través del discurso intelectual del Partido Comunista Francés (PCF) y en líneas generales subordinado a las prerrogativas políticas del partido. Louis Althusser, intelectual líder del partido, adoptó el rol de crítico simpatizante y defendió la originalidad de Gramsci contra su alegada desviación de la ortodoxia marxista-leninista. El PCF nunca abrazó con entusiasmo el eurocomunismo. Con el derrumbe del Programme Commune bajo el ascendente Partido Socialista de François Mitterrand, sus propias perspectivas electorales declinaron rápido, mientras el predominio intelectual y cultural del marxismo francés fue arrasado por la iconoclasia del posmodernismo y otras modas pasajeras. El Partido Comunista Español, bajo Santiago Carrillo, era en un principio mucho más entusiasta del eurocomunismo y sus raíces gramscianas, hasta que el propio Carrillo fue cuestionado por los jóvenes intelectuales y militantes y revirtió a "métodos administrativos" más tradicionales de manejo partidario. En Grecia, Gramsci fue absorbido por la emergente política posdictadura de la izquierda democrática, que eventualmente tomaría forma en la corriente abiertamente gramsciana/eurocomunista dentro del partido gobernante poscrisis Syriza, liderado con destreza por Alexis Tsipras.

En los Estados Unidos, Gramsci siempre tuvo mejor acogida en la academia que en el campo político; por lo que, si bien debemos las traducciones definitivas y los comentarios más incisivos a los

académicos estadounidenses, los conceptos gramscianos han tenido muy poca tracción en la práctica política y el discurso popular. En el bloque soviético había muy poco interés en Gramsci, más allá de su valor simbólico como mártir histórico del fascismo. Tras el derrumbe del comunismo, hay todavía menos interés, pese a que Gramsci vivió un tiempo en el país y a sus relaciones familiares (incluido su nieto y homónimo ruso, Antonio Gramsci Jr., autor de una respetada memoria familiar). En los partidos comunistas que permanecen en el poder (más notablemente en China y Vietnam), el estudio de Gramsci ha quedado restringido, por lo general, dentro de los parámetros del marxismo-leninismo oficial y ha acompañado los vaivenes de la política gubernamental. Según Xin Liu (académico residente en los Estados Unidos), sus modelos híbridos de capitalismo gerenciado y socialismo estatal del siglo XXI han renovado el interés en Gramsci, en especial sobre el papel de los intelectuales para mantener la hegemonía cultural, pero dudo que haya mucha coincidencia con la discusión de los mismos tópicos en Europa y los Estados Unidos.[334]

En el mundo en desarrollo, el concepto de subalternidad ha sido utilizado para iluminar las penurias de sociedades poscoloniales como India; pero, como todas las luchas de liberación nacional, el proyecto ha quedado mayormente restringido a subgrupos distanciados de las élites autóctonas de la era colonial. Como me dijo en cierta ocasión un colega gramsciano, pese a que se enfocan en “la historia desde abajo” y en “los subalternos como agentes del cambio social y político”, los miembros del famoso grupo de estudios subalternos del Sudeste Asiático son notablemente “brahmanes”. Representan un ejemplo de cómo, en tiempos recientes, Gramsci fue absorbido casi por completo por las rutinas y marcos de las instituciones académicas donde prosperan los que él llamaba “intelectuales tradicionales”, empleados a sueldo que en última instancia deben responder a sus pagadores, en contraste con los “intelectuales orgánicos” que surgirían de las clases subalternas para organizar una nueva hegemonía, y por lo tanto neutralizados como fuerza política o cultural en el conjunto de la sociedad.[335] En Occidente, este proceso de neutralización (o, si nos valemos del término favorito de Gramsci, transformismo) principalmente consistió

en encerrar a Gramsci dentro del corral académico de los estudios culturales, que florecieron brevemente como una rama de la sociología preocupada por las incipientes políticas identitarias (en su propia jerga, procesos y técnicas autorreferenciales), antes de prácticamente desaparecer arrastrando consigo (para la mayoría) al propio Gramsci. Mi objetivo central en este libro ha sido devolverlo a la política y a la historia, aplicar su principio rector de "historicismo absoluto" a sus conceptos centrales explicando cómo surgieron de las experiencias vividas y las relaciones de una personalidad humana real inmersa en su época. Lo he intentado a través de una lectura rigurosa y cronológica de sus cartas y sus cuadernos traducidos al inglés (sumados al magistral *A Great and Terrible World. The Pre-Prison Letters* de Derek Boothman), que están disponibles hace poco tiempo.

* * *

Ser gramsciano en el siglo XXI puede ser profundamente frustrante. Por un lado, su visión política, su perspectiva histórica y sus conceptos clave de hegemonía y subalternidad tienen más sentido que cualquier otro marco intelectual en los últimos cien años de nuestros a menudo desconcertantes y confusos tiempos y circunstancias; en especial, cómo y por qué las personas se someten a su propia opresión y explotación. Esto fue lo que llevó al provocador locutor de radio estadounidense de ultraderecha Rush Limbaugh a describir a Gramsci como el arma secreta de la izquierda y a regodearse en su renuencia a utilizarla. Por otro lado, Gramsci es muy poco conocido fuera de una pequeña cofradía de devotos, nostálgicos de ese período de aproximadamente diez años en las décadas de 1960 y 1970 en que la izquierda organizada parecía decidida a trascender sus confines históricos de socialdemocracia y los dogmatismos gemelos del estalinismo y el trotskismo, pero ahora mayormente confinada a la academia y consagrando la mayor parte de su tiempo a esa "erudición sin sangre en las venas" de la que Gramsci tanto se burlaba. Los

intentos de análisis gramscianos acerca de temas contemporáneos, como mi *The Politics of New Labour* (2011), siguen siendo solitariamente marginales. Todas esas tesis de maestrías y doctorados relacionadas con (o inspiradas en) Gramsci, como la que dio origen a mi libro, no son lo que Gramsci tenía en mente cuando propuso la creación del nuevo partido revolucionario posmaquiavélico del Príncipe moderno. Si la gente oyó hablar de él, casi siempre es por una referencia a medias recordada en un claustro universitario, o un resumen simplista del concepto de hegemonía pergeñado por algún comentarista político deseoso de impresionar al iluso prójimo. Incluso en su Italia natal, donde se lo reconoce como una figura histórica clave, estudiar a Gramsci es más una cuestión de preservar su legado que de su aplicación creativa, una forma de institucionalización que mantiene viva la llama pero impide que el fuego se propague. El estado funesto de la política y la sociedad italianas –capturado fielmente, a mi entender, por las dos mejores películas italianas de los últimos tiempos: *Gomorra* de Matteo Garrone y Roberto Saviano y *La gran belleza* de Paolo Sorrentino, que culminan en un partido mayoritario con parámetros abiertamente fascistas– da prueba de ello. En la izquierda italiana no hubo líderes políticos con peso propio desde Enrico Berlinguer, el arquitecto del acuerdo histórico que casi hizo llegar al PCI al gobierno nacional a fines de los años setenta, solo para caer en los "años de plomo" bajo la arremetida combinada del estatismo, los remanentes del fascismo, el crimen organizado, la CIA y las Brigadas Rojas. Cuando los autoproclamados "herederos de Gramsci" se reúnen alrededor de la urna que contiene sus cenizas en el Cementerio Acristiano de Roma en el aniversario de su muerte –no lejos del sepulcro familiar de sus últimos caseros, los Passarge– y declaman sus monsergas y discursos como una ignota subsecta religiosa, uno no puede menos que preguntarse qué habría pensado él de todo eso. Con su profunda ambivalencia hacia su país natal (como alguna vez arguyó Tom Nairn) y su pertinaz sardismo, el feroz moralismo social de Antonio Gramsci encontraría muchos blancos fáciles en la Italia contemporánea.[336]

Hay huellas gramscianas en toda nuestra política y cultura, desde los pequeños Césares del Brexit hasta el César algo más corpulento

que ocupó la Casa Blanca en 2016. En un sentido más amplio, nuestra época está definida por la prolongada hegemonía del thatcherismo, su cuidadosa y continuamente ajustada mezcla de coerción y consentimiento, y las adaptaciones transformistas de varios, sucesivos y similarmente maleables laborismos, todo contra un trasfondo de profundización de la subalternidad de los órdenes más bajos del capitalismo, al que se suma la rediviva confianza en sí misma de la burguesía transnacional y el bloque histórico con el que se protege, disfraza y aísla. Toda nuestra economía política está dominada por "los pensionistas de la historia económica", los *baby boomers* que han derivado tanto beneficio personal corporativo de la "revolución pasiva" neoliberal verticalista de los últimos cuarenta años. Cómodos y a salvo en su retiro, munidos de un buen seguro de salud y numerosas propiedades, han consagrado todas sus energías a levantar el puente levadizo para impedir que pasen las siguientes generaciones y todos los que están destinados a quedar atrás. Estos "adultos mayores activos" son nuestro equivalente demográfico del "pueblo de los monos" (o, en términos más duros, "la escoria de la sociedad") al que Gramsci identificaba como la espina dorsal del fascismo italiano. Su mirada aguda habría atravesado del mismo modo nuestra degradada cultura popular. Como crítico teatral profesional de larga data, Antonio Gramsci se habría entusiasmado con el resurgimiento del drama inmersivo como nuestra forma actual de arte más poderosa, ya sea en la televisión o en el teatro; pero se habría deprimido profundamente al ver nuestros entretenimientos masivos dominados por las celebridades huecas y la repetición perezosa y formulaica.

Hay tanto de la vida contemporánea que invita a lo que Stuart Hall llamaba "pensar de manera gramsciana": es decir, la aplicación creativa de la filosofía de la praxis, el historicismo absoluto y (según la propia descripción autocrítica de Gramsci de su percepción de Marx) el "sarcasmo apasionado" en que consistía su "marxismo abierto".[337] El riesgo es que esto conduce a una desesperada búsqueda de consuelo en alguna clase de gradualismo (en sus desesperanzados años finales, el propio Gramsci bromeaba que así habían terminado sus propias ideas políticas). Ya anciano, Stuart Hall me dijo que lo mejor que podíamos esperar era alguna forma de

socialdemocracia. Muchos otros ex eurocomunistas terminaron totalmente desilusionados con el inicialmente prometedor proyecto del Nuevo Laborismo, que más de una vez confesó su inspiración gramsciana. En su mayoría, recayeron en lo que David Purdy describió como un "quietismo incómodo", que también podría ser una síntesis del estado de ánimo final de Gramsci. Pero si, como han sugerido Hall y otros, Gramsci es nuestro mayor filósofo de la derrota, todavía puede ayudarnos a explorar el carácter y las consecuencias de la derrota histórica de la izquierda comunista y socialista, y contrarrestar ese triste registro con toda la potencia de su "pesimismo del intelecto" junto al perdurable "optimismo de la voluntad". Este proceso de análisis y autocrítica, en mi opinión, nunca fue plenamente emprendido. Miremos adonde miremos, veremos las consecuencias del posterior fracaso de mi generación de militantes y pensadores de izquierda –nosotros, los autoproclamados "intelectuales orgánicos de los años sesenta y setenta"– al transmitir el beneficio de nuestra desalentadora experiencia en líneas generales –qué funciona y qué no– a la próxima generación. Espero que este libro aporte su granito de arena para hacerlo bien.

---

[329] Gramsci, *Selections from Prison…*, ob. cit., p. 73, n. 42.

[330] J. B. Urban, "Introducción", ob. cit., pp. 15-22.

[331] Williams, ob. cit., pp. 305-306.

[332] P. Ginsborg, *Italy and Its Discontents*, Londres, 2006.

[333] C. Boggs, *Gramsci's Marxism*, Londres, 1976, pp. 15-16 [ed. cast.: *El marxismo de Gramsci*, México, Premia, 1985].

[334] Xin Liu, "Gramsci's Presence in China", *Carte Italiane*, vol. 7, 2011, pp 69-80.

[335] Gramsci, *Selections from Prison…*, ob. cit., p. 6. [Acerca de la trayectoria y la recepción del pensamiento de Gramsci en América Latina, véase José M. Aricó, *La cola del diablo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014. N. de E.].

[336] T. Nairn, "Antonu su Gobbo", en A. Showstack Sassoon (comp.), *Approaches to Gramsci*, Londres, 1982, pp. 159-179.

[337] S. Hall, "Gramsci and Us", *Marxism Today*, junio de 1987; Gramsci, *Prison Notebooks*, ed. Buttigieg y Callari, ob. cit., vol. 1, p. 118 [ed. cast.:

“Gramsci y nosotros”, *Intervenciones en Estudios Culturales*, 4, 2017, pp. 11-24].

Bibliografía selecta de (o acerca de) Gramsci

Textos clave de A. Gramsci

A Gramsci Reader, ed. al cuidado de D. Forgacs, Nueva York, 2000.

A Great and Terrible World. The Pre-Prison Letters 1908-1926, ed. al cuidado de D. Boothman, Londres, 2014.

Gramsci's Prison Letters. A Selection, Londres, 1988.

History, Philosophy and Culture in the Young Gramsci, ed. al cuidado de P. Cavalcante y P. Piccone, Saint Louis, 1975.

Letters from Prison, ed. al cuidado de L. Lawner, Nueva York, 1973.

Letters from Prison, ed. en 2 vols., al cuidado de F. Rosengarten y R. Rosenthal, Nueva York, 1994.

Prison Letters, ed. al cuidado de H. Henderson, Londres, 1988.

Prison Notebooks, ed. en 3 vols., al cuidado de J. A. Buttigieg y A. Callari, Nueva York, 2007.

Selections from Cultural Writings, ed. al cuidado de D. Forgacs, G. Nowell-Smith y W. Boelhower, Londres, 1985.

Selections from Political Writings 1910-1920, ed. al cuidado de Q. Hoare y J. Matthews, Londres, 1977.

Selections from Political Writings 1921-1926, ed. al cuidado de Q. Hoare, Londres, 1978.

Selections from Prison Notebooks, ed. al cuidado de Q. Hoare y G. Nowell-Smith, Londres, 1971.

The Antonio Gramsci Reader. Selected Writings 1916-1935, ed. al cuidado de D. Forgacs, Londres, 1988.

The Modern Prince and Other Writings, ed. al cuidado de L. Marks, Londres, 1957.

The Open Marxism of Antonio Gramsci, ed. al cuidado de C. Manzoni, Nueva York, 1974.

Algunas ediciones castellanas disponibles

Antología, ed. al cuidado de M. Sacristán, México, Siglo XXI, 1970; reed.: Buenos Aires, Siglo XXI, 2017.

Escritos politicos (1917-1933), con introducción de Juan Carlos Portantiero [origen de su libro *Los usos de Gramsci*], México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1977; 2ª ed. modif., con un ensayo de Leonardo Paggi, 1981; reed.: México, Siglo XXI, Biblioteca del Pensamiento Socialista, 1987.

Cartas desde la cárcel, Buenos Aires, Losada, 2015.

Cuadernos de la cárcel, ed. en 6 vols., a partir de la versión italiana de 1975 (Istituto Gramsci; al cuidado de V. Gerratana), México, Era - Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 1982.

Nuevas ediciones italianas

Edizione Nazionale degli Scritti di Antonio Gramsci, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana; vols. publicados: *Epistolario 1. Gennaio 1906-dicembre 1922*, 2009, y *2. Gennaio-novembre 1923*; *Scritti (1910-1926) 1. 1910-1916*, 2019, y *2. 1917*, 2015; *Documenti 1. Appunti di Glottologia, 1912-1913*, 2016; *Quaderni del carcere 1. Quaderni di traduzioni (1929-1932)*, 2007, y *2. Quaderni miscellanei (1929-1935)*, 2017.

Lettere dal carcere. 1926-1937, Palermo, Sellerio, 1996.

Biografías, comentarios, etc. de otros autores

Anderson, P., “The Antinomies of Antonio Gramsci”, *New Left Review*, 100, enero-febrero de 1976 [ed. cast.: *Las antinomias de Antonio Gramsci*, Madrid, Akal, 2018].

Boggs, C., *Gramsci’s Marxism*, Londres, 1976 [ed. cast.: *El marxismo de Gramsci*, México, Premia, 1978].

Bosworth, R. J., *Mussolini’s Italy*, Londres, 2005.

Davidson, A., *Antonio Gramsci. Towards an Intellectual Biography*, Londres, 1977.

De Grand, A., *In Stalin’s Shadow. Angelo Tasca and the Crisis of the Left in Italy and France 1910-1945*, Northern Illinois, 1986.

Deutscher, I., *The Prophet Armed*, Óxford, 1970 [ed. cast.: *Trotsky. El profeta armado*, México, Era, 1976].

Dostoievski, F. M., *The Insulted and the Injured*; 1ª ed. rusa: 1861 [ed. cast.: *Humillados y ofendidos*, Barcelona, Alba, 2010].

Fiori, G., *Antonio Gramsci. Life of a Revolutionary*, Londres, 1970 [ed. cast.: *Antonio Gramsci. Vida de un revolucionario*, Madrid, Capitán Swing, 2017].

Fitzpatrick, S., *Everyday Stalinism,* Londres, 2000 [ed. cast.: *La vida cotidiana durante el estalinismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019].

Fitzpatrick, S. y A. Rabinovitch, *Russia in the Era of NEP*, Londres, 1991.

Ginsborg, P., *Italy and Its Discontents*, Londres, 2006.

Hall, S., “Gramsci and Us”, *Marxism Today*, junio de 1987 [ed. cast.: “Gramsci y nosotros”, *Intervenciones en Estudios Culturales*, 4, 2017, pp. 11-24].

Joll, J., *Gramsci*, Londres, 1977.

Kennedy, M., *The Constant Nymph*, Londres, 1924 [ed. cast.: *La ninfa constante*, Barcelona, RBA, 2010].

Laqueur, W., *Weimar. A Cultural History*, Londres, 1974.

Lenin, V. I., *On the Struggle within the Italian Socialist Party*, "False Talk on Freedom (Instead of an Epilogue)", Moscú, 1920 [luego incluido en *Collected Works*, vol. 31. *April-December 1920*, Moscú, Progress, 1966; ed. cast.: *Acerca de la lucha en el Partido Socialista Italiano*, "2. Falsos discursos acerca de la libertad (A manera de epílogo)", en *Obras Completas*, t. 41, *Mayo-noviembre de 1920*, Moscú, Progreso, 1986].

Lermontov, M. [Mijaíl Lérmontov], *A Hero of Our Time*, trad. de N. Randall, Londres, 2009 [ed. cast.: *Un héroe de nuestro tiempo*, México, Siglo XXI, 2007].

Mack Smith, D., *Mussolini*, Londres, 1994 [ed. cast.: *Mussolini*, Madrid, FCE, 2001].

Martin, M. W., *Futurist Art and Theory*, Óxford, 1968.

Nairn, T., "Antonu su Gobbo", en A. Showstack Sassoon (comp.), *Approaches to Gramsci*, Londres, 1982.

Parker, S., *Bertolt Brecht. A Literary Life*, Londres, 2014.

Pearmain, A., *Gramsci in Love*, Winchester, 2015.
—, *The Politics of New Labour. A Gramscian Analysis*, Londres, 2011.

Reed, J., *Ten Days That Shook the World*, Nueva York, 1919 [ed. cast.: *Diez días que estremecieron el mundo*, Madrid, Akal, 2011].

Rolland, R., *Antonio Gramsci. Ceux qui meurent dans les prisons de Mussolini*, sin pie editorial [París, Imprimerie Centrale], 1934; texto previamente publicado en *L'Humanité*, 27 de octubre de 1934, p. 3; luego reprod. en *Quinze ans de combat (1919-1934)*, París, Rieder, 1935, pp. 221-230 [ed. cast.: *Quince años de combate*, Santiago de Chile, Ercilla, 1936].

Serge, V., *Memoirs of a Revolutionary*, trad. de Peter Sedgwick, Londres, 1963 [ed. cast.: *Memorias de un revolucionario*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2019].

Showstack Sassoon, A. (comp.), *Approaches to Gramsci*, Londres, 1982.

Sontag, S., introd. a G. Bataille, *Story of the Eye*, Londres, 2001.

Spriano, P., *Antonio Gramsci and the Party. The Prison Years*, Londres, 1979.

Togliatti, P., *On Gramsci and Other Writings*, Londres, 1979.

Urban, J. B., *Moscow and the Italian Communist Party. From Togliatti to Berlinguer*, Nueva York, 1986.

Von Mayerburg, R., *Hotel Lux*, Múnich, 1978.

Willett, J., *The New Sobriety. Art and Politics in the Weimar Period*, Londres, 1978.

Williams, G. A., *Proletarian Order. Antonio Gramsci, the Factory Councils and the Origins of Communism in Italy*, Londres, 1975.

Xin Liu, “Gramsci’s Presence in China”, *Carte Italiane*, vol. 7, 2011, pp. 69-80.